

**ANNA CASANOVAS**

*Autora de Doce años y un instante*

*Saltar  
al vacío*

**Lectulandia**

¿Existen el momento perfecto y la edad perfecta para el amor?

Cuando Alexia era pequeña, solo quería pintar. Hasta que creció y descubrió que deseaba algo más que convertir sus sentimientos en obras de arte; le deseaba a él. Por encima de todo. Pero cuando lo tuvo por primera vez, lo perdió. Y cuando creyó recuperarlo, fue solo un espejismo.

Cuando José era un adolescente, los ojos de una niña le recordaron que no estaba solo en el mundo, y sin decirle nada se aferró a ellos. Años más tarde, la propietaria de esos ojos le rompió el corazón. Después él se lo rompió a ella.

Sus caminos se cruzan una y otra vez, mientras se preguntan si están mejor separados o en realidad están perdidos el uno sin el otro, y que llegará el día en que deberán a saltar al vacío.

Anna Casanovas ha recibido el Premio Rincón Romántico a la mejor autora de 2013, y su novela Doce años y un instante ha sido distinguida como la mejor novela contemporánea de ese año.

Amar a alguien es como saltar al vacío, nunca sabes qué pasará si no te atreves a lanzarte...

**Lectulandia**

Anna Casanovas

# **Saltar al vacío**

ePub r1.0

Chris07dx 22.11.14

Título original: *Saltar al vacío*

Anna Casanovas, 2014

Editor digital: Chris07dx

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Marc, Ágata y Olivia*

*I have finally seen the light.  
And I... have finally realized.  
What you mean...  
And now, I need to know if it's real love.  
Or is it just madness,  
Keeping us afloat*

*MUSE,  
Madness*

# Prólogo

*En la actualidad*

ÉL

No sé por qué insisto en hacerme esto. Sé que si entro en ese bar la encontraré bailando con otro y que a mí se me revolverán las entrañas. Ella me verá y bailará, y flirteará con el desgraciado de turno sin dejar de mirarme a los ojos. Y yo le aguantaré la mirada.

Soy así de estúpido.

Pero hoy necesito verla.

La señora Pallarés tenía noventa años y no ha sufrido; su muerte no tendría que afectarme tanto. Suelto el aliento y me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros para no pasármelas por enésima vez por el pelo. Estoy furioso y, aunque la muerte de esa anciana tenga «lógica», me niego a convertirme en uno de esos médicos a los que no les importa perder un paciente.

No estudié medicina para convertirme en un coleccionista de estadísticas; aunque suene a tópico, estudié medicina para salvar vidas... y para estar en casa lo menos posible.

Dios, si hubiese estado en casa tal vez habría podido evitar que Sebastián se fuese.

No, esta noche no voy a pensar en lo que le sucedió a mi hermano.

Llevo caminando más de cuarenta minutos. He tenido el acierto de no coger la moto. Si ella no está en el bar terminaré bebiendo, y gracias a las horas que me pasé en urgencias mientras hacía el MIR sé que en el estado en que terminaré no podré conducir.

Me detengo frente a la puerta del bar. Una extraña luz celeste se cuelga por las ventanas del local y le dan un aire más decadente del que probablemente tiene en realidad. Levanto la mano pero la detengo antes de coger el tirador de metal.

Todavía estoy a tiempo de irme.

Debería irme.

Solo terminaré haciéndome más daño.

Da igual, al menos así sentiré algo.

Tiro de la puerta y el ruido me golpea de inmediato. No hay humo en el local, obviamente, pero la música está tan alta y las luces son tan extrañas que me cuesta acostumbrarme. Camino directamente hacia la barra y pido una cerveza.

El camarero, un chico que he visto un par de veces en el hospital por culpa de algún cliente, me saluda con un gesto y coloca una cerveza bien fría delante de mí. Me siento en el taburete y el cansancio me derrumba los hombros. Sujeto el vaso con

los dedos y veo que me tiembla ligeramente el pulso.

Todo esto es ridículo. Llevo prácticamente dos días sin dormir y no recuerdo la última vez que comí algo caliente. Tendría que estar en casa, en la cama, y no aquí.

Saco un billete del bolsillo y lo dejo en la barra junto a la cerveza intacta. Me pongo en pie sin esperar a que el camarero recoja el dinero y me dirijo hacia la salida.

Y entonces la veo.

No está bailando con nadie. Está sola, apoyada en una de las columnas que hay dentro del local. Nunca he sabido exactamente para qué son, me recuerdan a un garaje.

En la mano sujeta un taco de billar, pero es la única que está jugando en esa mesa. En realidad, ya no queda ninguna bola sobre el tapete.

Tengo que seguir caminando. No me ha visto.

Noto el instante exacto en que ella levanta la cabeza y me ve, porque me falta el aire durante un segundo.

Al siguiente, la sangre se acelera por mis venas y flexiono los dedos para contener la reacción inmediata de todo mi cuerpo.

Me recorre con los ojos. Lo hace siempre, porque sabe que me pone furioso... Y otras cosas. No disimula, nunca lo ha hecho, y la odio por ello.

¿Por qué solo le importa eso?

Saca la lengua muy despacio y se humedece el labio inferior.

Voy a salir. No pienso volver a entrar en su juego, es demasiado doloroso y ni mi mente ni mi corazón pueden soportarlo más tiempo.

Ella cree que este es uno de nuestros encuentros de siempre. Lo sé porque me sonrío y se aparta de la columna para dirigirse hacia mí muy despacio.

Tal vez es culpa mía por haber accedido esa primera vez. Y las otras.

Por no haberle dicho la verdad, pero es imposible que ella no lo sepa.

Que no lo vea.

Que no lo sienta.

Voy a irme.

Acelero ligeramente el paso y ella se da cuenta de que me pasa algo. Mierda, por qué tiene que ver dentro de mí.

—¿Estás bien, José Antonio?

Está frente a mí, levanta una mano y me acaricia la mejilla.

No la creo. No puedo creerla. Odio que sea cariñosa cuando sé perfectamente que lo nuestro es una farsa.

—Perfectamente —le contesto apretando los dientes.

Ella no se aparta. ¿Por qué no se aparta? Desliza la mano que tiene en mi mejilla hasta el pelo y enreda los dedos en él.

Se nos acelera la respiración y yo flexiono los dedos para no tocarla.

—No es verdad. Cuéntame qué te ha pasado.

—¿Por qué? —Entrecierro los ojos—. ¿Acaso te importa?



Creía que con esa frase conseguiría que se apartase, pero para variar su reacción es justo la contraria.

—Esta noche estás distinto.

—Puede ser —reconozco. Es la primera vez que me planteo seriamente no seguir con esto—. Me voy.

Ella me mira y durante unos segundos creo que va a decir algo, que intentará impedírmelo, pero se encoge de hombros y se da media vuelta para volver hacia la mesa de billar.

—Adiós, Alexia.

Salir de ese bar esa noche es probablemente una de las cosas más dolorosas que he hecho en la vida, porque cuando empecé a andar supe que si cruzaba esa puerta sin volver a besarla no lo haría nunca más en la vida.

Y no lo he hecho.

## ELLA

Siempre que está cerca lo siento en mi piel. Es como si llevase la vida durmiendo y él fuera el único capaz de despertarme, pero no como la princesa de un cuento de hadas sino como si estuviese a punto de precipitarme en el abismo y solo él fuera capaz de sujetarme y salvarme. Sí, supongo que esta es la mejor manera de describirle: José Antonio me salvó la vida, y yo se la estoy destrozando.

José debería odiarme y estoy segura de que una parte de él lo intenta con todas sus fuerzas, y aunque él crea que es una desgracia todavía no lo ha logrado. Y yo soy un monstruo por alegrarme de ello. Tendría que alejarme de él, evitar que pudiese encontrarme; tendría que hacerle tanto daño, más si cabe, que no quisiera volver a buscarme.

Pero no puedo. Por más que me digo a mí misma que es lo que tengo que hacer, que si le amo como sé que le amo no tengo más remedio que dejarle para siempre, no puedo. ¿Quién podría arrancarse el corazón de cuajo? Yo no soy tan fuerte. No tengo a nadie. Solo le tengo a él. Antes me torturaba con imágenes de José descubriendo la verdad, con que venía a buscarme y me besaba entre lágrimas y me decía que todo iba a salir bien, que por fin sabía qué había sucedido esa horrible noche y que nada ni nadie iba a separarnos jamás. Ahora sé que eso no sucederá, esa clase de milagros no les suceden a las chicas como yo.

Yo le rompí el corazón al mejor hombre del mundo y tengo que pagar por ello. Además, él tiene ahora su vida, su profesión, y sin duda algún día formará la familia perfecta con la mujer perfecta.

No puedo respirar durante un segundo y me escuecen los ojos. Será mejor que deje de pensar en él y en sueños imposibles. Me acerco al billar y cojo un taco. Hay dos tipos observándome, uno lo hace con bastante descaro y se incorpora con la clara intención de acercarse a mí. Yo camino despacio, me detengo frente a una de las

columnas que entorpecen el interior del bar, y clavo la mirada en la de ese tipo desagradable. Espero que entienda el mensaje, esta noche no quiero hablar con nadie.

Entonces sucede, esa sensación que me recorre la piel y me detiene el corazón para luego acelerarlo. Me falta el aire y me tiemblan las manos y tengo que clavar los pies en el suelo para no correr hacia él y abrazarlo. José Antonio está aquí.

Durante lo que dura un latido me atrevo a ser feliz y le miro a los ojos.

Oh, Dios mío.

¿Qué le ha pasado?

José Antonio tiene el alma en los ojos. Son tan expresivos que desde esa horrible noche me duele mirarlos, porque fue en ellos donde vi lo que él sentía por mí de verdad. Esos ojos nunca van a su favor, siempre le delatan. Se oscurecen de deseo, arden de rabia, se convierten en el océano cuando sienten dolor. Tal vez por eso suelo evitarlos, pero hoy me está resultando imposible.

Hoy, ahora, José Antonio me está mirando de verdad. Esa máscara de fingida indiferencia que suele adoptar cuando no podemos evitar coincidir ha caído del todo. No está ocultando lo que siente. No sé qué le ha pasado para dejarle así, tan desnudo, tan herido.

Me acerco a él sin pensarlo; en realidad, sin poder evitarlo. Por José Antonio seré capaz de destrozarme la vida, así que es absurdo pensar que soy capaz de quedarme quieta sin tocarlo cuando sé que me necesita y que se está maldiciendo a sí mismo por necesitarme.

—¿Estás bien, José Antonio?

Levanto una mano para acariciarle la mejilla. Me gustaría tener derecho a abrazarlo, poder preguntarle directamente por qué está así, qué le ha pasado para desgarrarlo por dentro de esa manera. Mis entrañas se retuercen y mi corazón me odia por mantener las distancias, aunque es lo que tengo que hacer. No puedo echarlo todo a perder ahora.

—Perfectamente —me miente y vuelve a mirarme con odio.

Es lo que me merezco, lo que yo misma he creado, y, sin embargo, siempre que recibo una de esas miradas, muero de nuevo. José no siempre ha sido capaz de mantener esa clase de control sobre sus emociones y el único modo que tengo de recordárselo es haciéndole sentir algo tan inevitable y tan cierto como que a pesar de todo lo que ha sucedido entre nosotros, a pesar de nosotros mismos, nos deseamos.

—No es verdad. Cuéntame qué te ha pasado.

—¿Por qué? —Entrecierra los ojos—. ¿Acaso te importa?

«Claro que me importa. Tú eres lo único que me importa».

No puedo decirle eso y tengo que carraspear y humedecerme el labio para obligarme a pronunciar la siguiente frase:

—Esta noche estás distinto.

Me atrevo a mirarle otra vez y el aire que ha entrado en mis pulmones al verlo caminar hacia mí se detiene de repente y empieza a quemarme.

—Puede ser —dice ajeno al terror que fluye ahora por mis venas.

Es la última vez que le veo, pienso con el corazón en la garganta.

—Me voy —termina la frase y me mata sin saberlo.

Le miro, ¿qué otra cosa puedo hacer? Ya no vivo, dejé de hacerlo hace tiempo, pero durante un segundo le siento temblar. José Antonio va a irse para siempre... Si me ve llorar... ¡No, tengo que impedirselo! Aguanto la respiración y me doy media vuelta.

—Adiós, Alexia.

Tengo que clavar los dedos en la mesa de billar para no correr tras él.

No salir del bar esa noche, no perseguir a José Antonio por la calle, sujetarle por los hombros, obligarle a mirarme, a escucharme de una vez por todas, a besarme, es lo más doloroso que he hecho en la vida, porque a diferencia de las otras veces que le había visto alejarse de mí, incluso que le había obligado a hacerlo, ahora sabía que no iba a volver.

Y no ha vuelto.

# **Primera parte**

**Porque a veces el amor se equivoca**

# 1

*Hace doce años, cuando Alexia tenía dieciocho y miedo de creer en el amor y José Antonio veintiuno y nunca había creído en nada.*

Llovía tanto que el cielo había desaparecido. Las primeras gotas habían empezado a caer por la mañana y habían ido aumentando a medida que avanzaba el día, hasta engullirlo por completo. Ahora solo quedaban los truenos y la tormenta, y un pastel abandonado encima de la mesa con dieciocho velas por encender. El viento soplaba en el exterior y a lo lejos podían oírse las olas del mar; las únicas que fingían haberse olvidado de su aniversario.

No le importaba, en realidad lo prefería. No habría podido soportar otra cena llena de sonrisas hipócritas y miradas falsas. Había elegido formar parte de esa gran mentira cuando solo era una niña, convencida de que era la única opción que tenía, aterrorizada por el miedo que le causaba perderlo todo. Sin embargo, ahora se arrepentía profundamente, cuando ya no podía hacer nada para evitarlo.

Excepto decir la verdad.

Su hermana mayor seguro que lo entendería, pensó, o tal vez no. Su madre quedaría destrozada. ¿Se enfadarían con ella? ¿Creerían las dos que las había traicionado? Ese temor era una mancha negra que avanzaba por su interior hasta que Alexia no podía respirar.

Se suponía que no iban a celebrar su cumpleaños, así lo habían decidido desde un principio. Lo harían más adelante. Pero al final su madre había insistido en no dejarlo para más tarde, su hija pequeña no cumplía dieciocho años todos los días, decía cada vez que pasaba junto a ella con añoranza. Su hermana Cecilia había vuelto de Madrid solo para estar con ella y su padre, que no había tenido más remedio que ausentarse por negocios, la llamaría desde dondequiera que estuviese. Alexia se había resistido a la idea —no tenía ganas de reconocer que se había hecho mayor—, pero al final no tuvo más remedio que ceder, ponerse uno de los vestidos que les gustaban a sus padres, uno verde con botones en la espalda, y recogerse el pelo en una coleta. Había elegido incluso los zapatos de tacón negros que le habían regalado en Navidad y se había echado perfume, y, envuelta en ese disfraz, antes de salir del dormitorio, se permitió soñar que la cena iba a salir bien.

Celebrarían su cumpleaños.

—Lo siento mucho, Alexia —le susurró su madre acariciándole el pelo.

A Alexia le costó encontrar la voz.

—No es culpa tuya, mamá.

—Seguro que papá está muy ocupado.

—Seguro.

Su madre cogió de nuevo la caja de cerillas y se dispuso a encender las dieciocho

velas. Lo hizo despacio, como si estuviese practicando algún ritual mágico y fuese a conjurar algo. Alexia esperó y apretó las manos con fuerza hasta clavarse las uñas en las palmas. Las diminutas llamas bailaron sobre el pastel de chocolate y temblaron al unísono cuando se abrió la puerta de entrada de la casa.

Alexia no permitió que ninguna emoción se dibujase en su rostro, podía ser cualquiera, y solo sonrió cuando oyó la voz de su hermana Cecilia flotando por el pasillo. Cecilia no solo se había mudado a estudiar a Madrid, había cambiado, se había distanciado de su hermana y del resto del mundo. Alexia tenía la sensación de haber perdido a su mejor amiga sin haber hecho nada que lo justificase. Los últimos meses antes de la partida de Cecilia a Madrid habían sido muy dolorosos, discutían por nimiedades y Cecilia la rehuía siempre que ella intentaba acercarse.

Habían pasado tres años de aquello, pero Alexia seguía echándola mucho de menos. No solo físicamente, sino que también añoraba aquella sensación de felicidad que las había acompañado de pequeñas siempre que jugaban juntas. Alexia hacía mucho que no sentía esa clase de paz.

—Lamento llegar tarde —se disculpó Cecilia quitándose el abrigo y apartándose un mechón de pelo mojado de la frente—. He perdido el primer tren y he tenido que esperar a que pasara otro.

Se acercó a Alexia con una sonrisa en los labios y un paquete en la mano derecha. Hacía tanto tiempo que no veía aquella sonrisa, que la menor de las dos hermanas sintió un nudo en la garganta.

—Felicidades, Alexia.

Cecilia la envolvió en un abrazo mezcla de cariño, tristeza y camaradería y Alexia suspiró profundamente. Al principio, cuando Cecilia empezó a cambiar, Alexia le preguntó cientos de veces el motivo. Hasta que, ante las negativas y el silencio, dejó de hacerlo. Ahora no le importaba, le bastaba con haberla recuperado, aunque fuese solo por esa noche.

—Gracias —farfulló.

Cecilia la soltó y, sin dejar de sonreírle, le entregó el paquete. Era perfectamente cuadrado y estaba envuelto en un papel acharolado con rayas rojas y doradas. Estaba coronado por una lazada prefabricada pegada a un extremo con una de esas anodinas pegatinas que recitan «Felicidades».

—Toma, es para ti.

Alexia aceptó el regalo y comprobó que le temblaban las manos.

—Vamos, ábrelo —la animó su madre, colocándose detrás de ella. Le acarició la trenza igual que hacía cuando era pequeña.

Alexia tiró de un extremo del papel, que se desgarró sin ninguna delicadeza y dejó al descubierto una caja verde. Confusa, Alexia buscó la mirada de su hermana y la encontró resplandeciente, expectante. Animada por la alegría de Cecilia, Alexia levantó la tapa de la caja de cartón.

Había dos cuadernos de gruesas hojas blancas iguales a las que Alexia utilizaba

siempre para dibujar, una caja de lápices de madera, una de acuarelas, varios pinceles, óleos, carboncillos y, encima del artístico grupo de utensilios, un llavero con tres llaves.

—Tienes que tener tus propias llaves. —La voz de Cecilia apareció casi de repente—. Yo no podré seguir tus horarios de artista extravagante —se burló con el cariño que tanto había añorado Alexia.

Sí, era verdad, siempre habían dicho que cuando fuese a la universidad a estudiar bellas artes las dos vivirían juntas, pero lo había olvidado porque tenía miedo de que ese momento no llegase nunca.

Alexia soltó la caja y corrió a abrazar a Cecilia. Cómo la había echado de menos. Tal vez podía contarle la verdad, compartir aquel secreto con ella. Su hermana mayor sabría qué hacer y así dejaría de sentirse sola. O una traidora. Pero cuando lo hiciera, cuando ese secreto dejase de serlo, sus vidas cambiarían. La sonrisa que su madre tenía ahora en los labios desaparecería, la luz que parecía haber renacido en Cecilia se apagaría de nuevo. No, decidió Alexia valorando esos tesoros por encima de su propia paz; todavía faltaban varios meses para que llegase septiembre y empezar la universidad, quizá sería más acertado esperar a entonces. Esperar a que las dos estuviesen viviendo en Madrid, lejos de Cádiz y de las mentiras. Así les resultaría más fácil pensar y buscar una solución.

—Gracias —susurró Alexia sin soltar a su hermana.

Cecilia la estrechó con fuerza unos segundos antes de soltarla. Las dos hermanas eran morenas y probablemente de espaldas cualquiera podría confundirlas, pero sus rostros eran tan distintos como ellas mismas.

Eran sus ojos.

Cecilia los tenía oscuros, cálidos, dulces, por eso era tan fácil detectar en ellos la frialdad. Los de Alexia eran claros; de pequeña, su madre le decía que tenían el color de las nubes. A ella nunca le habían gustado, desconfiaba de ellos porque la hacían dudar de sí misma. Tenía la sensación de que en su interior se escondía algo taimado y que tarde o temprano terminaría sucumbiendo y convirtiéndose en la peor versión de sí misma. No le gustaban porque la hacían sentirse una farsante.

—Será mejor que vuelva a encender las velas —anunció su madre tras darles un abrazo conjunto.

Alexia besó a Cecilia en la mejilla y la soltó. Se dirigió de inmediato hacia donde había dejado la caja llena de regalos para inspeccionar el contenido con más detenimiento y disimular las lágrimas. Estaba acariciando las acuarelas cuando el ronroneo del motor de un coche se insinuó por entre la lluvia.

—Creía que papá estaba de viaje. —Cecilia apartó la cortina y los faros del vehículo se apagaron después de que lo identificase.

—Me dijo que intentaría arreglarlo y estar aquí para el cumpleaños de Alexia. Quería daros una sorpresa —terminó Patricia, dejando las velas del pastel sin encender.

Alexia acarició las acuarelas un segundo más antes de dejarlas de nuevo en el interior de la caja y mirar a su madre. Durante un breve instante se permitió fingir que no sabía nada y sonreír ante la felicidad más que evidente que se reflejaba en el rostro de Patricia. No fue capaz de alargar la sensación, la mentira tenía vida propia y esa noche se estaba alimentando. Alexia tuvo que morderse la lengua para no gritar. Ajena a ese dolor que retorció el estómago de su hija hasta convertirlo en un nudo imposible de aflojar, Patricia abandonó el comedor y se dirigió a la entrada principal para ayudar a su esposo.

—¿Sucede algo, Alexia?

La voz de Cecilia la sobresaltó casi tanto como notar que le tocaba la espalda. Ni siquiera la había oído acercarse.

—Me acuerdo de cuando tú cumpliste dieciocho años —le contestó Alexia con la mirada perdida por entre la lluvia que seguía cayendo en medio de la noche—. Fuimos a cenar a un restaurante cerca del puerto, tú estabas muy contenta porque mamá y papá te habían dicho que podías salir con tus amigas hasta tarde. Recuerdo que pensé que se te veía feliz y un poco nerviosa. Yo no estoy ninguna de las dos cosas.

Cecilia, que solo era tres años mayor que Alexia, carraspeó y se sonrojó un poco.

—Tú casi nunca estás nerviosa y llevas semanas diciendo que no querías celebrar tu cumpleaños. Y si hoy no estás feliz será porque estás cansada, tú siempre sonríes, Alexia. Eres la persona más alegre y vital que conozco.

Alexia sacudió levemente la cabeza y envidió la ingenuidad de su hermana. Ojalá fuera como ella la percibía.

—No es que no quiera celebrarlo, es que...

La puerta del salón se abrió y la interrumpió.

—Mira, Alexia, papá está aquí.

Levantó la mirada y se encontró con la de su padre. Cuánto lo había admirado; lo había considerado el mejor de los hombres, el listón al que jamás llegaría ninguno de los chicos que le gustaban... y era mentira.

Ese hombre tan perfecto, tan cariñoso, tan íntegro, tan sencillamente maravilloso, no existía. No había existido nunca. Era solo una farsa, una creación, una representación tan perfecta que había conseguido engañarlas a todas. A las tres, a su madre, a Cecilia y a ella.

El problema era que Alexia era la única que sabía la verdad y la verdad no puede hacerse desaparecer, nadie puede desoír algo que le ha quedado para siempre guardado en la memoria, ni fingir que no ha visto una escena que jamás podrá olvidar. Si pudiera contárselo a alguien, compartir el peso del silencio, tal vez podría respirar.

«Ojalá pudiera».

—Felicidades, Alexia.

Se había quedado petrificada donde estaba, frente a la ventana y con una mano



todavía encima del regalo de su hermana mayor.

Tuvo que tragar saliva para responder.

—Gracias, papá.

Su padre se agachó, la rodeó con sus brazos y le dio un beso en la mejilla.

—No iba a perderme el cumpleaños de mi princesa, hoy cumples dieciocho años.

Farsa. Todo formaba parte de esa estúpida farsa. Él lo sabía perfectamente, el brillo de sus ojos era postizo, y, al mismo tiempo, demasiado perfecto.

La soltó y se acercó a la mesa para encender las dieciocho velas del pastel. Sacó el mechero de acero del bolsillo interior de la americana, se lo habían regalado Alexia y Cecilia un día del padre años atrás. Siempre lo llevaba encima.

—Vamos, niñas, poneos al lado de papá —les dijo Patricia apareciendo con la cámara fotográfica.

Cecilia se colocó a la derecha de Ignacio y este le sonrió y le dio un abrazo. Le preguntó por los exámenes mientras Alexia caminaba hacia ellos dos sin ganas de alcanzarlos. Llegó, por supuesto, y ocupó el lado izquierdo de su padre. Miró a su madre, que les sonreía a unos pocos metros de distancia y se le contagió la sonrisa.

Alexia había crecido convencida de que tenía la familia perfecta. Vaya estupidez.

—Ven, Patricia, ponte aquí con las niñas —sugirió Ignacio apartándose de sus hijas—, prepararé el disparador automático y así tendremos una foto de los cuatro.

Patricia irradió felicidad y dejó la cámara fotográfica encima de la mesa, justo al lado de las perfectas servilletas blancas con las que habían cenado. Cuando se cruzó con su esposo, él le acarició la mejilla y le sonrió.

—Estás guapísima.

Alexia cerró las manos hasta clavarse las uñas en las palmas.

—El disparador automático se ha roto —pronunció en voz alta para dotar la afirmación de credibilidad—. Se me cayó al suelo el otro día, cuando fui a sacar fotografías a la playa para la clase de dibujo. Lo siento, mañana llevaré la cámara a arreglar, pero papá puede sacarnos una fotografía a las tres, ¿no?

Tragó saliva y se enfrentó a la mirada de su padre. Él le sonrió, pero sus ojos se endurecieron.

—Claro, vuelve a encender las velas.

Alexia no dejó de mirarlo mientras Cecilia deslizaba la llama del encendedor por las mechas. Patricia ocupó el mismo lugar que su esposo y cogió a sus dos hijas por la cintura, una con cada mano.

—¿Estáis preparadas?

Se disparó el *flash* un segundo más tarde que las sonrisas.

Con medio pastel todavía en la bandeja y los platos sucios de chocolate, Alexia empezó a llevar los utensilios de la cena a la cocina. Cecilia la ayudó y en cuanto terminaron su hermana mayor se fue a la cama. Parecía muy cansada y demasiado abatida, pensó Alexia mientras se servía otro vaso de agua para ver si así aflojaba ese maldito nudo que tenía en la garganta. Podía oír a sus padres hablando en el salón; no

distinguía las palabras, pero sí lo relajados que estaban. Unas risas flotaron por el pasillo y después la conversación se interrumpió.

Unas pisadas bastaron para que Alexia advirtiera la presencia de su padre en la cocina.

—Creía que ibas a estar de viaje. —Ella no se dio media vuelta, dejó el vaso en el fregadero y se secó las manos con un trapo.

—Al final hemos tenido que anularlo. —Ignacio soltó la respiración—. Creía que habíamos quedado en que no ibas a decirle nada a tu madre.

Alexia se giró de repente.

—Y no se lo he dicho.

—No, pero si sigues comportándote así terminará por enterarse.

—¿De qué? —Lanzó el trapo encima de la mesa de la cocina—. ¿De que tienes una amante? ¿De que llevas años engañándola? Oh, vaya, lo siento. Lamento que se me note que me molesta que mi padre sea...

—No empieces otra vez, Alexia. —Ignacio se puso las manos en los bolsillos y la interrumpió con la voz y la mirada—. Ya te dije lo que pasaría si te inmiscuías en mi vida.

Alexia apretó los dientes. Se le heló la sangre al recordar lo poco que le había costado a su *padre* amenazarla cuando vio que lo había descubierto.

—Y yo te dije que hoy no quería verte.

Ignacio levantó lentamente la comisura izquierda del labio. Era una mueca estudiada, diseñada para intimidar a cualquier contrincante, y que no había mostrado a ninguna de sus hijas hasta que la menor de ellas descubrió lo que él llevaba años ocultando.

—Cuidado, Alexia, no te olvides de con quién estás hablando.

Alexia abrió y cerró los dedos de ambas manos. ¿Por qué había tenido que presentarse ese día sin avisar en el despacho de su padre? ¿Por qué había tenido que encontrarle con su secretaria? ¿Por qué su vida se había convertido en un culebrón barato?

—¿Sucede algo?

Su madre apareció en la cocina y los miró a ambos. Primero fijó la vista en Alexia, y después la deslizó hasta Ignacio. Y vuelta otra vez.

—No, nada —le contestó él acercándosele.

—No. —Alexia carraspeó—. Le estaba contando a papá que tengo muchas ganas de irme a vivir a Madrid con Cecilia —improvisó.

—Bueno, para eso todavía faltan unos meses. —Patricia sonrió—. La universidad no empieza hasta septiembre. Aunque tal vez podríamos organizar una pequeña escapada y pasar allí un fin de semana.

—No contéis conmigo —intercedió Ignacio—. Tengo mucho trabajo. Pero id vosotras, seguro que os lo pasaréis muy bien. —Se agachó y besó a su esposa en la mejilla mirando de soslayo a Alexia. Retándola.

Ella le sonrió y salió de la cocina.

En Madrid, apenas unos meses después de esa cena, todo parecía ya más fácil; vivir, olvidar, seguir adelante. Perderse en su arte.

Los mejores recuerdos de Alexia siempre eran alrededor de lápices de colores, de hojas de papeles desordenadas, de ropa con manchas de tinta o de acuarela. Dibujar era su vida, lo único que había querido siempre.

Dibujar le permitía seguir soñando.

No había dudado ni un segundo en elegir la carrera de bellas artes; en realidad, nadie lo había dudado. En las dos semanas que llevaba de clases, había oído a varios de sus compañeros quejándose de las miradas de lamentación que habían recibido por parte de sus amigos o familiares cuando les confirmaron que se habían matriculado en aquella facultad.

Ella no.

No era que tuviese un talento espectacular, ni que fuese un prodigio, los trazos de Alexia sencillamente transmitían que su autora tenía que pintar para ser feliz, incluso para respirar. Lo demás era secundario. Ella solo existía de verdad en los dibujos que salían de las puntas de sus dedos. En ellos no había mentiras, ni frases con doble sentido, ni verdades ocultas; eran auténticos. Sin censura.

La cena de cumpleaños había marcado un antes y un después en la relación con su padre. Alexia rompió cualquier lazo con él, mantuvo solo las apariencias. Dejó de llamarlo, de preguntarle su opinión, de necesitarlo. Convirtió todo el cariño que había sentido por ese hombre a lo largo de la infancia en rabia e indiferencia y lo encerró en un lugar dentro de ella que solo abría cuando pintaba. En cuanto a su madre, Alexia siempre la había querido, y siempre la querría, y, sin darse cuenta, ese amor la llevó a convertirse en la protectora de Patricia. Y ese era un papel que Alexia no habría tenido que desempeñar jamás... O tal vez mucho más tarde. Intentó por todos los medios que Patricia no se diese cuenta, y también se esforzó para que su hermana Cecilia permaneciese ajena a la verdad. Aquello era cansado, agotador y la carcomía por dentro, pero valía la pena y de momento lo estaba consiguiendo.

Sí, salir de Cádiz e instalarse en Madrid le había hecho bien.

Vivir con Cecilia no era para nada como se lo había imaginado. Tenían un pequeño apartamento alquilado cerca de la universidad. No tenía ascensor y demasiados vecinos. Lo compartían con Teresa, una estudiante de derecho que se había convertido en la mejor amiga de Cecilia. Ellas dos parecían compartir un lenguaje secreto que Alexia, al parecer, era incapaz de aprender. Alexia no se sentía abandonada, sabía que siempre podía contar con Cecilia, aunque seguía teniendo la sensación de que su hermana era distinta, más triste y fría de lo que recordaba. O quizá siempre había sido así y la alegría que la había embargado de pequeña había sido la excepción. Pero, a pesar del muro de Cecilia (así era como Alexia se imaginaba a su hermana mayor: rodeada por un muro), Alexia era feliz allí; podía

respirar, podía pintar. Y podía soñar.

Su habitación tenía ventana. El papel de las paredes era horrible, tanto que al final resultaba hasta entrañable. Habían colocado una cama individual pegada a la pared y el armario más pequeño que había podido encontrar, porque necesitaba el máximo espacio posible para su mesa de dibujo y sus pinturas. Había amontonado los zapatos en un cesto que dejaba siempre en el pasillo y la ropa de abrigo la había repartido entre el dormitorio de Cecilia y el de Teresa. El día que Alexia entró en sus habitaciones cargada de ropa y empezó a colgarla en sus armarios, la miraron con una ceja enarcada y se limitaron a sonreír. La cocina era larga y estrecha, podían abrir los armarios de ambos lados si se colocaban en medio, pero les bastaba. El baño estaba invadido de toallas, cepillos, lacas de uñas y novelas a medio leer. Y en el comedor habían colgado unas láminas que Alexia iba a sustituir en cuanto pudiera. El sofá era el único lujo que se habían permitido, aunque el televisor era de lo más antiguo y chispeaba siempre que cambiaban de canal. Las charlas que transcurrían en ese sofá de color rojo se quedarían en el corazón de las tres durante mucho tiempo, eso lo sabían con certeza.

Alexia todavía caminaba con cierta torpeza por esa nueva etapa de su vida, pero tenía sus clases, sus dibujos, y a Cecilia; y también a su madre, que iba a visitarlas muy a menudo. Su padre no aparecía nunca y cuando coincidían en Cádiz intercambiaban miradas sinceras —cargadas de amenazas y reproches— y palabras falsas. A Alexia le habría gustado ser capaz de preguntarle a su padre si había dejado de serle infiel a su madre, pero no podía. Las palabras se encerraban en su garganta cuando recordaba la mirada de su padre de aquel día, la determinación con la que le había dicho que si contaba lo que había descubierto a su madre, o incluso a su hermana, las destrozaría. Y él no dudaría en irse y abandonarlas.

«Lo que hacía era de lo más *normal*». Esa había sido la única excusa de su padre; la normalidad. Y al final sería ella, y no él, la que destrozaría a su familia.

Era viernes y no lo parecía. Alexia salió de la facultad y caminó en dirección al metro. Le gustaba pasear por Madrid, era una ciudad completamente distinta a Cádiz y llena de personas desconocidas que se perdían en sus propios pensamientos. Bajó la escalera que conducía a la estación. La barandilla de acero estaba fría, la pintura resquebrajada. Los sonidos flotaban a su alrededor; las pisadas, las llamadas de los trenes, las conversaciones incomprensibles. Ella iba pensando en lo que haría cuando llegase al apartamento y durante el resto del fin de semana. Su hermana y Teresa iban a salir a cenar esa noche con Pedro, el novio de Teresa, y un grupo de amigos. La habían invitado, pero Alexia prefería quedarse sola en casa y dibujar. En otra ocasión probablemente habría aceptado, Pedro y Teresa le gustaban y seguro que el resto de sus amigos también eran agradables, pero esa semana apenas había logrado conciliar el sueño y necesitaba descansar si quería poder sobrevivir a las entregas y a los exámenes de la semana siguiente.

El andén estaba muy concurrido, buscó un lugar libre y dejó la bolsa en el suelo.

Hoy no iba especialmente cargada, llevaba un par de cuadernos, unos lápices y poco más, pero le dolía el hombro. Lo subió y bajó varias veces y giró el cuello hacia los dos lados. Llevaba el largo pelo negro recogido en una trenza, pero un mechón había aprovechado una ráfaga de viento para escapar y ahora le caía por la frente. No era un mechón cualquiera, sonrió al apartárselo, era su mechón.

Era violeta, o púrpura, o lila, como decía su hermana Cecilia. Era de un color precioso, se escondía disimuladamente por entre el cabello azabache, y, cuando aparecía, resplandecía. Brillaba. Alexia eligió ese color porque era cómo se sentía. Cada persona era de un color, de eso Alexia estaba convencida, aunque era una teoría que jamás había compartido con nadie.

Cecilia, su hermana mayor, era rojo. Hacía unos años habría elegido el rosa para ella, pero le había sucedido algo que la había oscurecido, y mucho. Alexia no sabía qué, ni tampoco por qué Cecilia no quería que nadie se lo preguntase.

Su madre, Patricia, naranja.

Su padre, negro.

La puerta del vagón se detuvo a pocos metros de distancia y Alexia entró justo cuando empezaba a sonar el pitido de advertencia. El trayecto hasta la siguiente estación lo hizo de pie, no le importaba. Después, pudo sentarse. Ocupó el asiento y durante unos segundos su mirada se deslizó por el interior del vagón. Abrigos que se rozaban unos con otros, respaldos de asientos, mapas que se entrecruzaban.

Entonces un cosquilleo maravilloso le recorrió las yemas de los dedos y fue extendiéndose por sus brazos hasta que le resultó imposible contenerlo. No lo intentó, abrió la bolsa que tenía en el regazo, sacó un cuaderno de hojas blancas y un lápiz negro. Empezaron a aparecer líneas, sombras, trazos que subían y bajaban en la dirección exacta.

El vagón aminoró la velocidad y el lápiz giró nervioso entre los dedos de Alexia. No era su parada, pero aguantó la respiración hasta que se cerraron las puertas; por fortuna tampoco era la del propietario de la nuca que ella estaba dibujando.

Él estaba de pie a unos metros de distancia. Llevaba un abrigo de lana negra que se le pegaba a los hombros; uno de estos, el izquierdo, estaba ligeramente apoyado contra la barandilla de acero. La mano derecha se ocultaba en el bolsillo del pantalón de los vaqueros. No era su atuendo lo que había captado la atención de Alexia, ni tampoco su altura, ni su postura. Era el modo en que tenía agachada la cabeza hacia delante, como si estuviera conteniéndose. Las vértebras que sobresalían por el cuello del abrigo desprendían más fuerza y rabia de la que Alexia había visto en mucho tiempo, y, sin embargo, la línea alicaída de los hombros hablaba de serenidad, de paz.

Tenía que dibujarlo.

Tenía que intentar capturar esa intensidad, la verdad que transmitía esa espalda. Alexia guio el lápiz por encima del papel, el siseo de la punta apenas podía oírse por encima del ruido del metro, aunque para ella era el único ruido que existía. Hasta que sonó el anuncio de la siguiente estación y él cambió ligeramente de postura.

Movió el hombro izquierdo y se apartó de la barandilla. Sacó la mano derecha del bolsillo y se frotó la nuca.

El metro se detuvo, las puertas se abrieron. Una señora con un bolso demasiado grande fue la primera en bajar y en su lugar entraron tres adolescentes.

Él iba a bajar.

—No —pronunció Alexia sin darse cuenta.

Él se detuvo y se giró muy despacio. Enarcó una ceja —ella siempre recordaría aquel gesto— y ladeó la cabeza.

Sonrió.

—¿Alexia?

Ella apretó tanto la punta del lápiz sobre el papel que se rompió. Deslizó un segundo la mirada hacia abajo y vio la mancha negra, pasó un par de dedos por encima con cuidado para eliminar el exceso. Le dolió ver el dibujo mancillado de esa manera.

La puerta del metro se cerró y él no bajó.

—¿No te acuerdas de mí?

Por supuesto que se acordaba de él —y de su voz—, pero hacía años que no le veía, tres para ser exactos, y jamás se había imaginado que volvería a verlo. Ni que él se acordase de ella.

Jamás se había imaginado dibujándolo; en realidad, lo había evitado. Alexia se había jurado que nunca lo dibujaría.

Él caminó hasta donde estaba ella sentada y se detuvo enfrente. Las rodillas de Alexia rozaban la tela de los vaqueros de él. Había cambiado, aunque seguía causándole el mismo efecto de siempre; la atraía como un imán. No era solo una atracción física. Era algo mucho más fuerte y más complejo, más íntimo. Más inexplicable; tanto, que Alexia nunca había podido entenderlo y por eso no le había dibujado.

Excepto hoy.

Solo había estado tan cerca de él en una ocasión, las otras veces lo había observado desde la distancia. Jamás se había imaginado encontrárselo en Madrid ni en ninguna otra parte. Para ella, él era como una criatura mitológica, un recuerdo que solo había existido en sus sueños y que nunca iba a formar parte de su realidad.

—¿Te acuerdas de mí? Soy...

—José Antonio Nualart. —Alexia pronunció su nombre convencida de que él se desvanecería al oírlo.

No desapareció, sino que hizo algo mucho más mágico; le sonrió.

—Sí. ¿Qué estabas haciendo, dibujando? —Miró el cuaderno que Alexia había cerrado después de limpiar la mancha del lápiz.

—No —le mintió y guardó el cuaderno en la bolsa.

Él se encogió de hombros aceptando la respuesta de ella, pero Alexia tuvo la certeza de que no la había creído.

—Siempre pensé que terminarías estudiando bellas artes —la sorprendió.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —El metro se zarandeó y José Antonio tuvo que sujetarse de la barandilla que colgaba del techo. Ese movimiento hizo que las piernas de él se acercasen más a las de ella—. Vi tus dibujos, ¿no te acuerdas? En la exposición.

Alexia asintió sin decir nada. A pesar de lo mucho que significaban sus dibujos para ella, exceptuando su familia, casi nadie lo sabía. Y la exposición de la que hablaba José Antonio eran solo un par de cuadros, que ni siquiera había firmado, colgados en una de las salas de la empresa familiar.

Se oyó el nombre de la siguiente estación.

—Tengo que bajar, si no llegaré tarde. —Soltó la barandilla—. Tendría que haber bajado en la parada anterior pero me ha parecido que alguien me llamaba. —La miró a los ojos—. Me ha gustado volver a verte, Alexia.

—Y a mí. —Supuso que él lo decía solo por cortesía, pero a ella de verdad le había gustado verlo y comprobar cómo le habían cambiado los años.

José Antonio caminó hasta la puerta que ya se había abierto y se detuvo justo antes de salir. Se dio media vuelta y volvió a sonreírle.

—Me gusta el mechón lila. —La sonrisa se intensificó—. Eres tú.

Alexia jamás olvidaría que él había sido el primero en entenderlo.

Las dos siguientes estaciones aparecieron y desaparecieron casi sin que ella se diese cuenta y cuando oyó el nombre de la suya, pronunciado por la perfecta y sensual voz de la megafonía del metro, Alexia se puso en pie de un modo automático. Abandonó el vagón y subió por la escalera como si saliera de un sueño. Tal vez lo había sido, pensó algo inquieta, y buscó el cuaderno. Levantó la tapa de cartón rojo y vio el esbozo de la nuca de José Antonio.

Eran apenas unos trazos, podía distinguirse el cuello del abrigo, parte de la nuca y de la cabeza agachada. Nada más y, sin embargo, ver el dibujo bastó para convencerla de la realidad del encuentro. Guardó de nuevo el cuaderno y soltó el aliento. Prácticamente había enmudecido ante José Antonio. Ella no era muy habladora, se le daba mejor escuchar, pero con él había sido incapaz de encontrar palabras. Lo único que quería decirle era que se estuviese quieto para que pudiese dibujarlo.

Algo que entonces recordó que había prometido no hacer jamás.

Suspiró acariciando inconscientemente la cubierta de cartón rojo; ahora, en realidad, tampoco le había dibujado, y no volvería a encontrarse con él. Madrid era una ciudad grande y las probabilidades de que sus caminos volviesen a cruzarse eran casi inexistentes. Además, José Antonio no le había preguntado nada sobre ella. Y Alexia no le había confirmado que estudiase bellas artes o que viviese en Madrid. Era tan improbable que volviesen a coincidir que cuando Alexia llegó al apartamento ni siquiera le contó a su hermana Cecilia que se había encontrado con alguien de Cádiz. Tal vez, si no se lo decía a nadie, no asustaría al destino que había cruzado sus caminos y este volvería a hacerlo. No solo calló para no provocar la suerte, sino que



también optó por el silencio porque su hermana reaccionaba de un modo extraño cuando alguien le mencionaba gente de Cádiz; era como si mudándose a Madrid Cecilia también hubiese decidido mudar de vida.

En el ascensor pensó en la actitud de su hermana y decidió que tenía muchas ventajas comparada con la suya, que parecía anclada en el pasado, por lo que se prometió intentar imitarla.

Cecilia estaba arreglándose frente al espejo cuando Alexia entró en casa y dejó la bolsa en el rellano; la menor de las dos hermanas pasó a su dormitorio y se sentó en la cama para quitarse las botas.

—¿Estás segura de que no quieres venir a cenar con nosotras? —insistió Cecilia desde el baño.

—Sí. —Suspiró aliviada mientras se tumbaba—. Prefiero quedarme en casa. Gracias.

Unos minutos más tarde, Teresa también se lo preguntó y Alexia volvió a rechazar la invitación, y cuando sus dos compañeras de piso estuvieron enfundadas en sendos zapatos de tacón, se despidieron de Alexia y le recordaron que tal vez llegarían tarde, pero que no se preocupase.

Alexia se quedó en su dormitorio y cerró los ojos. Tal vez podría dormir un rato y cenar más tarde. O no cenar. Estaba tan cansada que podía renunciar a comer a favor de unas horas de sueño. Respiró despacio, el silencio fue acunándola y, sin previo aviso, los trazos de antes empezaron a aparecer en su mente. Primero intercalados, aunque fueron ganando velocidad hasta que la figura quedó completa.

La espalda que la había hipnotizado en el metro, la nuca repleta de fuerza y determinación. Apretó la sábana entre los dedos, movió la cabeza hacia un lado e intentó dormir. Los detalles iban perfilando la imagen haciéndola cada vez más real y perfecta, pero le faltaba algo. Estaban pidiéndole a gritos que terminase el dibujo, que acabase de darle vida.

Se levantó casi sin quererlo. Se quitó los vaqueros negros, la camiseta blanca y el jersey largo color malva. La ropa la esperó esparcida en la cama mientras se quitaba también los pendientes y la pulsera. Se dejó la trenza y se vistió con un viejo jersey de algodón gris y unas mallas. Después, buscó el lápiz que quería, el que se le había despuntado en el metro no era el mejor para esa clase de dibujo, y tras abrir el cuaderno se sentó en la cama con la espalda pegada a la pared, para seguir con el dibujo desde donde lo había dejado.

Y se preguntó cómo era posible que José Antonio Nualart la recordase.

Cádiz, tres años antes del encuentro en el metro de Madrid.

Para celebrar el centenario de la empresa Ávila Ruiz-Belmonte, y los veinticinco años que llevaba él al frente de la misma (los mismos que hacía que su apellido se había incorporado al nombre original), Ignacio, el padre de Alexia, creó una beca. No fue una idea suya, sus asesores le habían aconsejado esa clase de premio porque dotaba a la empresa de prestigio y humanidad al mismo tiempo; dos bienes muy

preciados que solían escasear entre las reputaciones de las empresas dedicadas al sector farmacéutico.

La fundación Ávila Ruiz-Belmonte, creada también para la ocasión y que ostentaría más funciones en el futuro, elegiría un alumno del último curso de cualquiera de los institutos de Cádiz y le pagaría la totalidad de su carrera universitaria. Los alumnos no podían presentarse por sí mismos, cada colegio o instituto presentaría a su candidato, y los miembros de la fundación nombrarían al ganador.

Y el ganador de esa primera beca era sencillamente perfecto, pensó Ignacio cuando leyó el informe que contenía los datos del joven.

José Antonio Nualart se había mudado a Cádiz tres años atrás, recién cumplidos los quince. Su madre trabajaba de cocinera en el colegio y su padre era taxista de profesión, aunque en ocasiones también ejercía de chófer para empresas privadas. José Antonio tenía dos hermanos: una hermana pequeña y un hermano mayor que había sido juzgado por homicidio involuntario. La familia entera se había mudado de Madrid a Cádiz a consecuencia del juicio del hijo mayor y José Antonio había tenido que empezar de cero en un colegio nuevo con el peso de la reputación de su hermano en los hombros.

Era el ganador perfecto. Procedía de una familia humilde y sus profesores lo consideraban brillante. En su barrio se habían deshecho en halagos; cuidaba siempre de su hermana pequeña y prácticamente se hacía cargo de la casa cuando sus padres no estaban. Y quería ser médico para ayudar a la gente.

Perfecto, sencillamente perfecto.

Ignacio Ruiz-Belmonte estaba pletórico; ese chico tenía además unos modales impecables y un rostro que desprendía honradez y, tal como había dicho su esposa Patricia, era un «chico muy guapo». La convocatoria de la beca Ávila Ruiz-Belmonte había sido todo un éxito e Ignacio ya había notado que la gente pronunciaba su nombre con otro tono, más respetuoso. Había sido un gran acierto, pensó mientras se vestía y sin dedicar ni un segundo a sopesar el alcance que tendría la concesión de esa beca en el futuro del joven vencedor.

La entrega del premio, un diploma que acreditaba a José Antonio Nualart como primer ganador de la beca, iba a llevarse a cabo en la sede de la farmacéutica, en uno de los salones para reuniones.

Ignacio acudió acompañado de su esposa Patricia y de sus dos hijas, Cecilia y Alexia. Se daba la casualidad que Cecilia era compañera de clase de José Antonio, pero nunca habían llegado a ser amigos. Se saludaron al llegar y Cecilia lo felicitó sincera, aunque Alexia, que observó la escena desde una esquina del salón, vio que su hermana mayor se negaba a mirar a José Antonio más de dos segundos.

Si ella estuviera tan cerca de José, pensó Alexia, no podría dejar de mirarlo. Intentaría aprendérselo de memoria para luego poder dibujarlo. Se le veía tan estoico, tan distante, tan fuerte y asustado al mismo tiempo que Alexia tuvo la tentación de

correr a abrazarlo.

Habría sido una estupidez, y él la habría mirado como si estuviera loca, o quizá se la habría quitado de encima con delicadeza por ser la hija del hombre que iba a pagarle la carrera universitaria. Ella solo tenía quince años y hasta aquel instante nunca se le había hecho un nudo en el estómago al ver a un chico y nunca había deseado que al chico en cuestión también se le anudase el estómago y le costase respirar. Tampoco se había preguntado nunca si ella tenía derecho o no a acercarse a otra persona, a querer formar parte de él de alguna manera. Alexia no hizo nada, se quedó a un lado y se quitó esas ideas tan confusas y absurdas de la cabeza. Intentó no dormirse durante el discurso de su padre, aplaudió a la directora del colegio —una mujer que nunca le había gustado—, y se puso en pie, igual que el resto de los asistentes, cuando José Antonio aceptó el diploma. Después, cuando sirvieron unas bebidas para celebrar el fin de la ceremonia, José Antonio la sorprendió acercándose adonde estaba ella, oculta detrás de su madre y de su hermana, para darles de nuevo las gracias. Alexia lo miró embobada, ahora que estaba cerca y medianamente oculta pudo hacerlo, y entonces, a pesar de su edad, de la confusión y de la timidez, vio tanto dolor en los ojos de José Antonio que se asustó.

—¿Estás bien? —no pudo evitar preguntarle saliendo de su escondite.

Él desvió la mirada despacio hacia ella y asintió antes de contestar.

—Sí. —Levantó las cejas y le dejó ver parte de su alma—. Gracias.

Alexia no entendió esa mirada, pero sí su valor. Y sintió el efecto que causó en los latidos de su corazón.

Él, sin dejar de mirarla, dio un paso hacia atrás muy despacio. Después, sacudió levemente la cabeza y se despidió de ellas en voz más baja que antes para dirigirse de inmediato hacia la salida del salón sin esperar a su padre o a su madre. Entonces Alexia adivinó que parte del dolor que había presenciado en los ojos de José era soledad. A pesar de que él había acudido al acto acompañado físicamente de sus padres, no les había dirigido la palabra en ninguna ocasión y ellos no le habían abrazado ni tocado para felicitarlo tras recoger el diploma. Aunque le habían acompañado, José Antonio estaba solo.

¿Por qué?, pensó Alexia confusa y enfadada en nombre de él. Y tal vez, si hubiese sido mayor o más valiente, se lo habría preguntado, bien al propio José Antonio bien a sus padres. Furiosa al comprobar que él se iba sin que nadie le dijese nada, Alexia dio un paso hacia delante, y luego otro, y otro. Tenía que detenerle. Uno de los empleados de su padre la interceptó y le dijo que estaba guapísima y que había crecido mucho, ella le sonrió y siguió caminando.

Tenía que encontrar a José antes de que se fuera.

Lo vio y dejó de moverse; la determinación de segundos antes desapareció y se quedó inmóvil. José estaba de pie frente a uno de los dos cuadros que había colgados en la pared del salón. Era la silueta de unos niños jugando en la playa; estaban de espaldas, y, a pesar de ello, sus cuerpos transmitían felicidad, o al menos eso era lo

que la había impulsado a dibujarlos. Alexia había hecho ese dibujo y el otro que había colgado en el extremo opuesto de la sala de actos. Su madre había insistido en enmarcarlos y su padre en colgarlos. Alexia lo habría impedido, pero Patricia los cogió sin que lo supiera e ignoró los deseos de su hija para «darle una sorpresa».

José Antonio levantó una mano como si quisiera tocar a los niños que corrían por la arena, la detuvo a escasos centímetros del cuadro y cerró los dedos. Una mujer se acercó a él. Alexia sabía que tenía un cargo importante en la empresa, aunque en aquel instante fue incapaz de recordar su nombre. José Antonio le preguntó algo y la mujer le contestó y siguió deambulando por el salón.

Él se quedó quieto con la mirada fija en el dibujo, las manos a ambos lados de su cuerpo y los hombros alicaídos. Tras lo que a Alexia le parecieron unos minutos, José Antonio asintió, enderezó la espalda, se puso las manos en los bolsillos y abandonó el edificio sin mirar atrás.

### 3

*Madrid, hace nueve años, tres después del encuentro en el metro.*

ELLA

No volví a ver a José Antonio hasta unos cuantos años más tarde. Aunque no me había olvidado de aquel encuentro en el metro, con el paso del tiempo, la escena se transformó en una especie de sueño y había ocasiones en las que no estaba segura de que hubiese sucedido de verdad. Me pasé meses buscando su nuca en todos los vagones a los que me subía; si me había encontrado con él por casualidad una vez, bien podía volver a suceder, ¿no? No volví a verlo, ni en el metro ni paseando por la ciudad ni en ninguna parte. No terminé el dibujo, lo intenté más noches de las que recuerdo, y al final asumí que jamás lo lograría. Paseé el cuaderno durante las vacaciones de verano y cuando terminaron y tuve que abandonar Cádiz y volver a Madrid lo guardé en una caja junto con el resto de dibujos, esbozos e ideas que quería conservar de mi primer curso universitario.

Allí, en Cádiz, tampoco lo vi. No sé si estuvo en la ciudad, si fue a visitar a su familia, pero cuando entraba en un café o cuando iba a la playa lo buscaba con la mirada, y aunque no lo encontré, supongo que nunca me olvidé de él. Me había parecido una señal tropezarme con José Antonio ese atardecer en el metro de Madrid. A quién no. De todas las ciudades del mundo, de todos los metros, de todos los viernes, los dos coincidimos en ese vagón en ese momento: el chico de ojos tristes que se había parado a ver mis primeros dibujos y yo.

No debió de serlo porque no volví a verlo. Pensé en él, lo reconozco, al fin y al cabo he leído todas las historias de amor que caen en mis manos y sigo creyendo que el amor existe y que es muy difícil de encontrar. Rozando lo imposible. Pero José Antonio no volvió a aparecer en mi vida y esta siguió adelante. Si hubiésemos estado destinados a vivir una gran historia de amor, habría vuelto a encontrarme con él de inmediato. Sin embargo, y a pesar de mí misma, hay momentos en los que su mirada se aparece entre mis recuerdos. Me reconforta, me da paz saber que no se ha desvanecido del todo.

Mi padre siguió engañando a mi madre, y yo seguí sin decírselo a nadie. Todavía no sé cómo es posible que ni mamá ni Cecilia se hayan dado cuenta de que no le miro como antes, o de que no soporto hablar con él. Sin embargo, lo cierto es que desde que vine a Madrid, hace ya tres años, apenas hemos coincidido los cuatro. Sigue sin sentarme bien ocultarle la verdad a mamá, y, siempre que la veo me digo que si está triste, que si ella insinúa que tiene la menor sospecha de que está pasando algo raro, se lo diré. Pero este momento no llega nunca y ella está contenta, feliz de las cenas que comparte con papá y de las visitas a Madrid. Hace unos meses me planteé

contárselo a Cecilia; mi hermana ha vuelto a Cádiz y pensé que sería mejor que se lo dijese yo a que se enterase por otro, por accidente, sin querer y sin necesitarlo. Iba a decírselo, tenía la conversación pensada hasta la última coma, iba a contarle cómo pillé a nuestro padre con esa otra mujer y que él me confirmó entonces que no tenía intención de dejarla. Algo que irónicamente sí ha sido capaz de cumplir. También iba a contarle a mi hermana que nuestro querido padre me había hecho sentir culpable por intentar destrozar su matrimonio, porque según él el daño se lo haría yo a mi madre, y no él, que era quien se estaba acostando con otra.

Al final, no le conté nada a Cecilia. No pude.

Cecilia estaba cerrando la última caja de cartón para abandonar el piso de Madrid. Había acabado la carrera de biología marina y en pocas semanas empezaba a trabajar en el puerto de Cádiz como bióloga. Estaba ilusionada, era la primera vez en mucho tiempo que la veía sonreír, así que me callé y la ayudé a bajar la caja al coche. Ahora estoy sola en Madrid; Teresa, la mejor amiga de Cecilia que compartía piso con nosotras, también acabó la carrera y aceptó un trabajo en Bruselas, en un cuerpo consular o en algún organismo europeo, me confundo constantemente.

Pensé que no iba a gustarme vivir sola, y la verdad es que las echo mucho de menos a las dos, pero estoy bien, pinto y dibujo mucho y no hay nadie que me mire como si estuviera loca. Ríe menos, cierto, y a menudo hablo sola, aunque al mismo tiempo siento que esta soledad me está obligando a hacerme mayor. Eran muchos los temas que les consultaba a diario a Cecilia y a Teresa.

Para compensar la pérdida del alquiler de Teresa, me busqué un trabajo, y desde hace meses voy a un pequeño estudio de fotografía cuatro tardes por semana, donde tengo el honor de hacer de ayudante (cargar las cámaras) en bodas, bautizos y comuniones. No es el trabajo de mi vida, y mi jefe es insoportable y carece completamente de gusto, pero hay días, cuando el señor Rebollo no está, que puedo practicar con los objetivos y los filtros y aprendo algo. La fotografía, igual que la pintura o el dibujo, es otra manera de contar una historia y empieza a fascinarme.

Necesito contar historias a través de los trazos que salen de mis manos, o de cualquier manera. Las palabras en sí mismas nunca han sido lo mío. Me siento torpe con ellas y suelen parecerme incompletas, como si les faltase una dimensión. Se me da bien reír, sonreír, cantar, incluso fingir una alegría que no siento, pero me cuesta enfrentarme a los sentimientos honestos, a las consecuencias de la realidad. Tal vez sea porque las únicas veces que lo he intentado no ha servido de nada y he acabado rompiéndome algo por dentro. O tal vez se deba a que fui una consentida, sí, el síndrome de hija pequeña existe, o tal vez porque no soporto el desengaño, las discusiones y los llantos. No lo sé, la cuestión es que siempre he sabido que necesito expresarme con los colores y con imágenes y no con palabras.

Era un sábado por la mañana, igual que hoy, y yo estaba sentada en un banco similar al que ocupo ahora, pero a mi lado tenía dos lápices negros pequeños y con una mano sujetaba el tercero, y más largo, encima del cuaderno. Fue hace una

semana, siete días exactos. Ni uno más ni uno menos. Estaba dibujando un árbol, un roble, las ramas que configuraban la copa y las hojas que había esparcidas en el suelo a su alrededor. No era un árbol especialmente bonito, pero la luz del sol y de las nubes que bailaban encima le conferían una textura mágica, irreal. Parecía sacado directamente de un cuento de hadas, de esos que me regalaba la abuela cuando me portaba bien, y habría jurado que en medio del tronco se abriría de un momento a otro una trampilla de la que saldría un duende o tal vez una comadreja con levita.

Busqué de inmediato un lugar donde sentarme sin perder esa luz y dejé mi bolso sin demasiado cuidado a mi lado. Saqué los utensilios de dibujo del interior y empecé a dibujar. No sé si él llegó diez minutos o dos horas más tarde, lo único que sé es que segundos antes de que apareciera creí notar que cambiaba el viento, pues un escalofrío me recorrió el cuerpo, pero no se movió ni una brizna a mi alrededor.

Tenía la mirada fija en un montón de hojas caídas en el suelo, cuando una sombra se interpuso. Iba a quejarme, a pedirle al intruso que se apartase y que me dejase seguir dibujando. Levanté la mirada y me olvidé del enfado. Giré la página del cuaderno y cambié el tema del dibujo. El músculo de la pierna apoyada en el suelo estaba tenso y el de la otra, levantada y apoyada contra el árbol, también. Él estaba de espaldas, con las palmas de las manos en el tronco y la cabeza agachada entre los hombros.

Respiraba despacio, controladamente. Flexionó los hombros y casi toqué la fuerza que escapó de ellos. Tenía que dibujarle, no pude evitarlo.

Él flexionó los brazos, la parte superior de su cuerpo se acercó al árbol unos segundos y después se alejó. Llevaba camiseta blanca de manga corta y pantalones también cortos. Una fina capa de sudor le cubría la parte trasera de las piernas y la tela blanca se le pegaba entre los omoplatos. Soltó una mano y se la pasó por el pelo.

Iba a quejarme por el cambio de postura, pero entonces se dio media vuelta e, igual que años atrás, me sonrió.

—¿Alexia?

No sé si el culpable fue su voz o sus ojos, pero el lápiz me resbaló de entre los dedos y cayó al suelo justo delante de mis pies.

Él, sin dejar de sonreírme, se acercó y se agachó para recogerlo.

Me costó tragar saliva y durante unos segundos temí no ser capaz de contestarle.

—Hola, José Antonio —balbuceé al fin.

Se incorporó con la sonrisa intacta y balanceó el lápiz ante mis ojos.

—Siempre me dibujas.

Cerré el cuaderno de inmediato y me negué a contestarle. Él ensanchó un poco más la sonrisa y yo levanté la mano para recuperar mi lápiz.

Me encanta ese lápiz.

—Dibujaba el árbol —afirmé, intentando controlar mi sonrojo.

Él giró la cabeza lo justo para echar un vistazo al árbol que, efectivamente, yo había estado dibujando... antes de que él apareciese y decidiese empezar a dibujarlo a

él.

—Todavía llevas el mechón púrpura —dijo al mirarme de nuevo.

No me tocó el pelo, se cruzó de brazos y levantó una ceja a la espera de mi respuesta.

—Sí.

Me había acostumbrado a ver esa nota de color junto a mi rostro y a mi mirada. Me sentía acompañada y me daba ánimos, igual que tener a un amigo siempre cerca. Supongo que llegará el día en que dejará de identificarme o que su compañía se volverá molesta o tal vez superflua.

—Me gusta.

—Gracias. —En ese preciso momento dejé de ser una mujer de veintiún años para convertirme en una adolescente y me aparté el mechón para colocármelo detrás de la oreja.

—¿Sueles venir por aquí? —preguntó—. Yo corro por aquí todos los sábados.

Era obvio que se preocupaba por su físico, aunque no de una manera obsesiva; el calzado deportivo que utilizaba no tenía pretensiones y no llevaba ningún artilugio de esos que miden las pulsaciones o las calorías que consumes. Me había fijado en todos esos detalles al dibujarlo, lo hago siempre. Y, a juzgar por las miradas de dos mujeres que pasaron corriendo por nuestro lado, no era la única que se había fijado en él esa mañana.

—No —le contesté tras carraspear—, es la primera vez.

—Ah, eso explica que no hayamos coincidido antes. —Se quedó en silencio y cogió aire, diría que para recuperar fuerzas, pero sería una estupidez. José Antonio no parecía necesitarlas para nada, y menos para hablar conmigo—. Mira —empezó tras soltar los brazos y pasarse las manos por el pelo—, hace años, cuando coincidimos en el metro, ¿te acuerdas?

—Sí. —Me sorprendió que *él* se acordase.

—Me sentí como un estúpido por no preguntarte dónde vivías o si podíamos volver a vernos algún día —aclaró con rapidez.

—Oh.

Sí, dije esa tontería, una simple onomatopeya, y él sonrió.

—Así que... ¿te apetece tomar un café conmigo?

—¿Ahora?

—No, ahora no. —Se apartó un poco de mí y se señaló con las manos—. Tengo que ir a casa, mi guardia empieza dentro de una hora y mañana trabajo. ¿Qué te parece el próximo sábado? Aquí mismo, a las once de la mañana.

—De acuerdo —acepté sin darme la posibilidad de echarme atrás. Después de aquel encuentro en el metro, había fantaseado demasiado con el hombre que ahora tenía delante. Habían pasado tres años, ahora él estaba aquí, sudado e inexplicablemente atractivo, y no iba a permitir que él y yo volviéramos a convertirnos en una posibilidad perdida. Igual que con mis dibujos, tenía que



convertirse en algo real o desaparecer para siempre.

José Antonio se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó un móvil.

—¿Puedo pedirte el número de teléfono? De momento tengo el sábado libre, pero no sería la primera vez que me cambian una guardia sin avisar y no me gustaría darte plantón.

—Claro. —Le recité el número y un segundo más tarde me sonó el teléfono. El timbre cesó de inmediato, aunque giré el rostro en busca del aparato que navegaba perdido dentro de mi bolso.

—He sido yo —me confirmó guardándose el suyo de nuevo en el bolsillo—. Así tú también puedes llamarme si te sucede algo, no quiero tardar tres años más en verte, Alexia. No voy a volver a dejar nuestros encuentros en manos del destino.

—Quizá no estamos destinados a encontrarnos. —No sé por qué dije eso, no lo sé. Se me encogió el estómago al terminar la frase y José Antonio entrecerró los ojos.

—Pues vamos a poner a prueba el destino, tú y yo. ¿Qué te parece? Te espero aquí el sábado. Dime que vendrás para que pueda irme. La última vez sucedió lo mismo, te encontré segundos antes de tener que estar en otra parte. No me gustó entonces y no me gusta ahora. Dime que vendrás, por favor.

Estaba tan seguro, me miraba tan decidido que me limité a asentir. Entonces la tensión abandonó ligeramente sus hombros y se dispuso a reanudar la marcha.

—Ven, Alexia, no le des la razón al destino —me dijo en voz alta ya de espaldas y acelerando el paso. Llegando tarde adondequiera que fuese.

Le hice caso y no le he dado la razón al destino, al menos de momento. Estoy aquí en el parque, en el lugar exacto donde nos encontramos hace una semana, y son casi las once de la mañana. Faltan cinco minutos.

Ayer por la noche estaba nerviosa; fingía no estarlo, pero lo estaba. Si Cecilia y Teresa hubiesen estado en casa se habrían reído de mí con razón. Las eché mucho de menos. A lo largo de los tres años que hemos vivido juntas, hemos compartido muchas historias y secretos, muchos consejos bienintencionados y discusiones absurdas, y algunas muy serias. Ahora ellas están empezando una nueva etapa en sus vidas, y yo también. Ayer eché de menos que opinasen sobre mi elección de ropa y los cientos de preguntas que me habrían hecho acerca de él, pero también me gustó estar sola y dejarme llevar por la impaciencia y las dudas. Siempre que he salido con algún chico he tenido a Cecilia y a Teresa a mi lado ejerciendo de entrenadoras personales y terapeutas incansables. Las dos compartían mis alegrías y me consolaban en mis penas, y probablemente yo me apoyaba en exceso en ellas.

Ayer viví sola mis nervios y esta mañana me he vestido y he salido de casa sin recibir su sello de aprobación. Ha sido distinto, más silencioso, y al mismo tiempo me ha parecido más sincero y auténtico, como si todo esto me estuviese pasando más de verdad.

—¿En qué estás pensando?

Ha venido. Ha venido. Ha venido. El corazón me golpea las costillas y se me

anuda el estómago. Como siempre que oigo su voz.

Giro levemente la mitad superior del cuerpo y le veo acercarse. Lleva vaqueros y un camiseta negra y camina decidido hacia mí. Lleva el pelo más largo de lo que había creído en un principio y es tan negro que tengo ganas de tocarlo y descubrir su tacto. Las cejas las tiene muy bien dibujadas y le confieren una seriedad permanente, tal vez por eso sus sonrisas quitan el aliento, porque le transforman completamente el rostro. Tiene una cicatriz en el puente de la nariz y otra en la ceja que todavía no puedo preguntarle cómo se ha hecho, y una barba incipiente intenta oscurecerle las mejillas. El rasgo que más le lleva la contraria a José Antonio son sus labios y él los aprieta sin cesar.

No voy a dibujarle nunca, recuerdo de repente.

¿Por qué?

—Hola. —Se detiene frente a mí y me sonrío—. ¿En qué estás pensando?

—En mi hermana —contesto con lo más parecido a la verdad, no voy a decirle que le estaba recorriendo con la mirada, seguro que se ha dado cuenta.

—Cecilia. Me acuerdo de ella. ¿Cómo está?

—Bien. —Me levanto del banco con el bolso en el hombro—. Ha vuelto a Cádiz. Es bióloga marina —le explico.

—Me alegro por ella, creo recordar que siempre le gustó mucho el mar.

—¿Nunca fuisteis amigos?

Hemos empezado a caminar, él está a mi lado. No me toca, ni siquiera me roza, y sin embargo siento su presencia. No me había sucedido nunca, me desconcierta ser tan consciente de que está junto a mí. Es como si le hubiese visto justo ayer y al mismo tiempo le hubiese echado muchísimo de menos durante siglos. Aprieto el asa del bolso con la mano derecha y la izquierda la meto en el bolsillo de la delgada chaqueta violeta que llevo encima del vestido.

—No —me contesta José Antonio—, pero tampoco nos llevábamos mal. Yo no tenía amigos en el colegio. Tu hermana y yo hablamos en varias ocasiones y siempre me pareció interesante. Por eso me acuerdo de que le gustaba el mar.

Cecilia le parecía interesante. El estómago me ha caído a los pies y me sudan las palmas de las manos.

—Cecilia se ha mudado a Cádiz —le recuerdo. Si todo esto es una estrategia para quedar con mi hermana, mejor saberlo cuanto antes.

—Ya me lo has dicho. —Le veo sonreír—. Yo apenas voy por allí.

Nos detenemos en un semáforo y me doy cuenta de que no sé adónde vamos. Él gira la cabeza y me mira. No es incómodo, pero sí intenso.

—¿No echas de menos a tu familia y a tus amigos? —le pregunto; tengo que hacer algo para fingir que la sangre no me corre a toda velocidad por las venas.

—Solo echo de menos a mi hermana Gabriela, pero a ella sí que voy a verla siempre que puedo. Tiene doce años.

—Creo que la vi una vez. —El afecto que siente por su hermana flota incluso en

el aire. El tono de voz le ha cambiado, es más dulce, y los ojos le brillan de un modo distinto.

—Con el MIR y el trabajo apenas me queda tiempo libre, y cuando tengo me gusta pasarlo con ella.

—No tienes por qué justificarte —añado. No quiero que se sienta incómodo por haber reconocido que echa de menos a su hermana pequeña, es evidente que la adora, pero tengo la sensación de que es él el que no sabe qué hacer con esa clase de relación. En mi caso, a pesar del engaño de mi padre y de la profunda decepción que supuso para mí descubrir la verdad, me siento cómoda mostrando y recibiendo afecto. Confianza, eso no sé si soy capaz de sentirlo por nadie. Es demasiado arriesgado.

—No lo hago. —Se encoge de hombros—. He pensado que podríamos tomar un café aquí.

Se detiene frente a una puerta roja que pertenece a un pequeño café con aires literarios. He pasado por delante del local varias veces, pero nunca he entrado porque, aunque me ha llamado repetidamente la atención, siempre he sentido que todavía no había llegado el momento.

—Claro —acepto y entro en el local cuando él me abre la puerta y me la sujeta.

Nos sentamos, me quito la chaqueta y la cuelgo en el respaldo junto con mi bolso, que casi roza el suelo. Él ocupa la silla frente la mía y se cruza de brazos igual que hizo en el parque una semana atrás para mirarme.

—Cuéntame qué significa el mechón lila.

*Él, en esa misma cafetería.*

Alexia siempre me ha sacudido por dentro. Incluso cuando yo era un adolescente furioso con el mundo y ella solo una niña de quince años con la que me cruzaba, nada accidentalmente, por el pasillo del colegio.

Nos mudamos de Madrid a Cádiz para que mi hermano mayor, Sebastián, pudiese empezar de cero, o eso es lo que nos repitió nuestra madre a toda la familia hasta la saciedad. Y yo me lo creí durante demasiado tiempo. Ahora sé que pesaba más su vergüenza y las pocas ganas que tenía de defender a su hijo mayor frente a desconocidos que no el bienestar de Sebastián. No nos fuimos a Cádiz para que Sebastián tuviese una segunda oportunidad, sino para que mi madre pudiese fingir que él no existía, que no había existido nunca. Lamentablemente todos lo intentamos durante un tiempo. Si hay algo de lo que no me siento orgulloso es de cómo reaccioné con Sebastián en esa época, y mi única excusa es que tenía quince años. Averigüé la verdad cuando Sebastián ya estaba viviendo en Chile, y fue gracias a Gabriela, porque ella, a pesar de ser todavía una niña, nunca se ha creído que nuestro hermano mayor sea culpable de las maldades que le atribuía nuestra madre.

Desde entonces no he vuelto a dejar que la edad me dicte cómo actuar. Hay errores que de momento no puedo enmendar, todavía no he encontrado la manera de retomar mi relación con Sebastián, pero puedo evitar que Alexia desaparezca de mi vida sin averiguar por qué siempre me ha afectado tanto haciendo tan poco. Necesito saberlo, no puedo seguir preguntándomelo.

La noche que recogí el diploma de la beca estaba demasiado aturdido para hablar con ella. No por la beca, esa noche aquello parecía insignificante, sino por la discusión que había mantenido con mis padres horas antes. Y hace tres años, cuando la encontré en el metro, no supe reaccionar. Quería preguntarle tantas cosas, decirle tantas cosas, tocarla un segundo, que cuando elegí por cuál de todas ellas quería empezar el vagón había reanudado la marcha y yo no sabía cómo volver a encontrarla. Igual que en Cádiz con mi hermano, reuní el valor necesario demasiado tarde. Y, como un iluso, pensé que si la había encontrado una vez volvería a encontrarla, pero no fue así.

Hasta la semana pasada.

Habría podido preguntar en Cádiz, lo sé, habría podido pedirle a mi madre o a mi padre que hablasen con sus amigos y que averiguasen la manera de contactar con Alexia en Madrid. Aunque nuestras familias se movían en ambientes muy distintos, coincidían lo necesario para tener conexiones comunes. Habría podido conseguir el número de teléfono de Cecilia, la hermana mayor de Alexia, con relativa facilidad; seguro que existía una asociación de antiguos alumnos del colegio a la que yo nunca

me había suscrito y me facilitarían algún dato. Sin embargo, no hice nada de eso, no acudí a ninguna parte y no le conté a nadie que caminaba por Madrid distraído buscando el rostro de Alexia entre las miradas de los desconocidos. Podía imaginarme la reacción de mi madre si llegaba a averiguar que sentía interés por la pequeña de los Ruiz-Belmonte y quería evitármela. Se frotaría las manos si supiera que su hijo quería conocer mejor a la hija del empresario que me estaba pagando la carrera de medicina. Mi madre era incapaz de comprender que una cosa no tenía nada que ver con la otra; yo siempre me había quedado sin aliento al estar cerca de Alexia, y me había esforzado por ganar la beca porque necesitaba encontrar la manera de salir de casa. En mi mente jamás había relacionado una cosa con la otra. Yo no quería conocer a Alexia por su familia o por su dinero y me repugnaba que alguien, aunque fuera una sola persona, pudiera pensarlo. A mi padre no le pedí ayuda por el mismo motivo él no se habría frotado las manos imaginándose emparentar con los Ruiz-Belmonte Ávila, pero se lo habría contado a mi madre. Tal vez fue un error, quizá confié demasiado en la casualidad, y a lo largo de estos últimos tres años me he arrepentido mil veces de no haberle preguntado cómo encontrarla cuando la vi en el metro, pero lo único que importa ahora es que he vuelto a verla. Esta vez voy a conocerla, a hablar con ella, y no me detendré hasta entender por qué cuando Alexia me mira sé que puedo sentir.

El sábado pasado, cuando me detuve en el parque, lo hice porque de repente el aire cambió a mi alrededor, se espesó y circuló con dificultad por mis pulmones. Paré frente a aquel árbol con la intención de recuperar el aliento, apoyé las manos en el tronco, y sentí algo en mi piel. Algo que solo había sentido una vez antes, varios años atrás en el metro.

Me quedé inmóvil durante unos segundos repitiéndome que era imposible, que las casualidades de ese tipo no existen, y menos tres años más tarde. Entonces me di la vuelta y la vi, vi su mechón lila y el lápiz deslizándose por la hoja de papel; la vi a ella mordiendo el labio inferior con las cejas arrugadas de la concentración.

Alexia.

Me acerqué a ella antes incluso de pensarlo; el lápiz cayendo al suelo me detuvo y me agaché para recogerlo. Instante que aproveché para aminorar las pulsaciones.

No tenía tiempo, mi guardia empezaba en pocas horas, tenía que irme de allí con la promesa de volver a verla o con los medios necesarios para volver a encontrarla.

He mirado su número de teléfono unas cuantas veces esta semana. No la he llamado; no quería darle la oportunidad de anular nuestra cita y quería disfrutar de las ganas de verla.

La soledad es mi compañera preferida y las ocasiones en las que he optado por otra clase de compañías siempre me han dejado indiferente. He tenido buenas amigas a lo largo de los años y con algunas he compartido cama, pero los dos siempre hemos sabido que no íbamos a enamorarnos. Supongo que desprendo que esa clase de sentimientos no están a mi alcance, y ellas nunca me lo han ofrecido. Lo cierto es que

no creo que el amor exista; existen la comodidad y los instintos y las necesidades físicas, disfrazarlos de algo más complejo no tiene sentido y vivir esa clase de engaño puede hacerte mucho daño. Mis padres son prueba de ello. Sin embargo, Alexia es la única mujer, la única persona en realidad, que despierta mi curiosidad. Y no solo eso, sino también las ganas de saber más de ella, de entenderla, y de tocarla, de sentirla dentro de mí.

Hace unos años, después de bajarme del metro, me dije que no le había preguntado cómo ponerme en contacto con ella, porque me asustaba descubrir hasta dónde podíamos llegar juntos. Tal vez sea cierto, o tal vez sencillamente me olvidé, pero no volverá a sucederme.

Llego a nuestra cita puntual; quería llegar unos minutos antes, pero me han llamado del hospital a última hora y me he retrasado un poco. Un compañero quería cambiarme la guardia y he notado que le sorprendía comprobar que no podía remplazarlo porque tenía planes. Es la primera vez, así que supongo que su sorpresa está más que justificada.

Acelero el paso en los últimos metros, convencido de que Alexia no va a estar en el parque. El pesimista que hay en mí se está imaginando el plantón con prolijidad de detalles, pero, en cuanto cruzo la verja, la veo sentada en el banco y se me altera la respiración.

Alexia está allí sentada, con la mirada perdida y el ceño ligeramente fruncido sin un cuaderno de dibujo en las manos.

Le pregunto en qué estaba pensando y empezamos a hablar. Solo eso. Yo, que nunca sé qué decir, he iniciado la conversación. Podría pasarme horas preguntándole, pero cuando nos sentamos a tomar el café por fin le hago una de las preguntas que llevo años guardándome.

—Cuéntame qué significa el mechón lila.

Alexia se lo toca con dedos que tiemblan un poco y aparta la mano en cuanto se da cuenta.

—No es nada. —Levanto una ceja para animarla a seguir. Ese mechón no es «no es nada». Me lo hice cuando me fui de Cádiz —sigue al ver que no me ha convencido.

Es lo único que me explica; me apoyo contra el respaldo de la silla y suelto los brazos para coger la carta que hay encima de la mesa. De momento me conformaré con ese retal de información, más adelante averiguaré el resto.

—La semana pasada dijiste que tenías guardia —empieza ella con la mirada fija en el dedo índice de su mano derecha, que está recorriendo una veta de la madera.

—Sí.

—Recuerdo que cuando te dieron la beca era para estudiar medicina.

Me reconforta que se acuerde; es agradable averiguar que no soy el único que ha atesorado momentos del otro.

—Sí, estoy terminando la carrera. Siempre quise ser médico.

—Yo siempre he querido dibujar —contesta levantando al fin la vista—. Me alegro de que estés haciendo realidad tu sueño.

Es poca la gente que comprende que ejercer la medicina siempre ha sido para mí un sueño. Y nadie en tan poco tiempo.

—Sí —carraspeo—, aunque sin la beca no lo habría logrado.

—Yo no estoy tan segura. Tienes la mirada de alguien extremadamente decidido, da un poco de miedo. —Se sonroja al final de la frase.

Cojo la taza que segundos atrás ha dejado un camarero frente a mí y me la acerco a los labios.

—¿Miedo?

—No es malo. —Sonríe tímidamente pero no titubea—. Es extraño. Es como si en el fondo de tus ojos brillase un fuego que nunca se apaga. —Alexia deja la taza, ella también la ha cogido antes, y aparta levemente la mirada—. Lo siento, no pretendía insultarte.

—No me has insultado —me apresuro a decirle—. Y lo cierto es que sí que soy decidido, pero me gusta creer que soy capaz de cambiar de opinión y de adaptarme. Tu descripción me ha hecho sonar implacable.

—¿No lo eres?

Una presión se coloca justo encima de mi torso y me impide respirar. Pienso en mi hermano y en cómo lo traté durante años, y en la relación que mantengo con mis padres. No es posible que Alexia sepa hasta qué punto se está metiendo bajo mi piel.

—No siempre —me permito confesarle.

Alexia recupera la taza y bebe un poco de café.

—Cuando nos vimos en el metro, me dijiste que te gustaba el mechón lila, que era yo —dice con los labios ocultos tras la pieza de cerámica.

—Lo recuerdo.

—¿Por qué lo dijiste?

—Porque es cierto, no te imagino con ningún otro color.

Me sonrío de un modo distinto, le bailan los ojos y a mí el corazón. ¿Qué diablos está pasando?

—Yo tampoco. —Juega con los dedos unos segundos antes de seguir hablando—. Hay gente que siempre me recuerda un color.

—¿Ah, sí?

—Sí, mi hermana es el rojo.

—¿Qué color soy yo?

Me mira, me mira de verdad, y noto los ojos metiéndose bajo mi piel, acercándose a mi pulso y a demasiados secretos.

—No lo sé aún.

Suelto el aliento y el alivio por entre los dientes. El «aún» flota entre los dos.

—Todavía puedes averiguarlo —digo en voz más baja que antes.

—Es absurdo. —Suspira burlándose de sí misma—. Nunca le había contado esto

a nadie. Otorgarle a la gente un color no es lo mismo que ponerle un apodo. Hasta ahora mismo lo había considerado mi secreto más íntimo y habría jurado que me lo llevaría a la tumba conmigo. Al parecer —farfulla—, a ti no voy a poder ocultarte nada.

La presión de antes reaparece y la miro a los ojos. Alexia me hizo compañía sin saberlo en una de las peores noches de mi vida y que ahora me haya regalado esa pequeña parte de ella aumenta las ganas que tengo de seguir conociéndola. Conociéndonos juntos.

—Deduzco que acerté con lo de bellas artes —le digo tras encontrar la voz—. ¿La Facultad de Bellas Artes es tan bohemia como nos imaginamos los estudiantes de medicina?

—Ni mucho menos, ahora tenemos aulas llenas de ordenadores. —Ella también necesitaba aligerar la conversación, pero no las miradas—. Yo soy de las que prefiere el lápiz y la caja de colores.

—Los dibujos que había en la sala donde se celebró la entrega de la beca eran preciosos.

—¿Cómo sabes que eran míos? —Noto que, para ella, esa pregunta es tan necesaria como para mí muchas otras.

—¿No lo eran? —Sé que lo eran, pero algo dentro de mí me lleva a flirtear y a alargar el momento.

—Sí, pero no estaba mi nombre por ninguna parte.

—Lo supe en cuanto los vi. —Ahora soy yo el que le sonrío—. Pero la verdad es que se lo pregunté a una señora al salir para confirmarlo.

—Mi padre insistió en colgarlos. No son de mis preferidos. —Se encoge de hombros. No es una falsa modestia en busca de halagos.

—Son los únicos que he visto. —Me arriesgo a colocar la mano junto a la de Alexia, encima de la mesa—. Cuando quieras puedes enseñarme más, y si eres pésima, prometo decírtelo. —Levanto la mano y le toco los nudillos con el dedo índice. Ella no la aparta y la veo respirar despacio.

—Hay dibujos que no enseñé nunca a nadie, pero podría enseñarte otros.

—Los que tú quieras.

Muevo el índice una vez, tocándole la piel un segundo, lo suficiente como para comprobar que nunca me ha afectado tanto nadie.

Es absurdo. Y maravilloso. Y sí, nunca nadie me ha afectado tanto.

—¿Te apetece ir a una exposición? No es importante —añade apresuradamente—; es de unos compañeros de clase. Es aquí cerca y han abierto hace una hora. He pensado que podríamos acercarnos, si quieres, claro.

El ofrecimiento nos sorprende a ambos y acepto antes de que Alexia se replantee haberme invitado.

—Claro, suena interesante. —Cojo la cuenta que el camarero ha dejado en la mesa junto con las tazas y busco el dinero para pagarla. Alexia ha metido la mano en



el bolso, pero he negado con un gesto para detenerla—. Vamos. Después, si te apetece, podemos comer algo.

A ella se le cae el bolso al suelo, pero al levantarlo acepta mi sugerencia.

Salimos del café y caminamos por la calle. La escucho mientras me cuenta que la sala de arte pertenece a un profesor de la facultad que la presta a los alumnos que están interesados en exponer. Ella no lo ha hecho nunca porque de momento no se siente cómoda, aunque no descarta hacerlo en el futuro.

—Yo estaré a tu lado —le digo y le cojo la mano en medio de la calle.

Alexia se tensa unos segundos y me mira a los ojos. Ella dice que los míos son decididos, fuertes, pero los suyos a mí siempre me han parecido honestos, sinceros, incapaces de ocultar o de mentir. Por eso me perdía, y me pierdo, en ellos.

No suelta la mano, no sé si son mis ojos o lo fuerte que la aprietan mis dedos, pero no se aparta y seguimos andando. No dice nada sobre mi última frase. «Yo estaré a tu lado». Al decírla le he prometido algo que nunca antes le he prometido a nadie, aunque ella no lo sabe. Le he prometido que no le fallaré.

Caminamos por las calles de Madrid, ella sigue contándome que la exposición a la que me lleva solo durará dos semanas y que después otros alumnos de la Facultad de Bellas Artes utilizarán el local para dar unas conferencias. Me pregunta un par de cosas acerca de mis estudios, si ya he elegido especialización y si tuve dudas al respecto. Le contesto que no, la oncología siempre me ha fascinado. Luchar contra uno mismo tiene mucho sentido para mí.

Es lo que mejor sé hacer, casi lo único.

Llegamos a la sala de exposiciones; es un local alargado y blanco y entrar en él es como penetrar en un túnel. Una chica vestida de negro nos dice que podemos dejar los abrigos en un improvisado guardarropía que hay junto al baño y nos dirigimos hacia allí. No puedo quitarme el abrigo sin soltarle la mano, obviamente, lo hago con tanta naturalidad como me es posible a pesar de que nunca antes he hecho nada parecido. Sí, le he dado la mano a chicas antes, a demasiadas, pienso al sentir la ausencia de los dedos de Alexia en los míos. Ella deja también su chaqueta púrpura y se cuelga el bolso en bandolera. Después, alarga la mano para coger la mía y tirar de mí.

Puede llevarme adonde quiera. Por primera vez en mi vida no me importa dónde termine, lo único que necesito es que sea con ella.

Alexia guio a José Antonio por entre los cuadros sin dejar de hablar. No podía dejar de hablar. Si paraba, empezaría a pensar en los dedos de él tocándole la piel, en esos ojos que veían lo que ella intentaba ocultar y en lo absurdo que era que se sintiese tan bien cuando apenas llevaban unas horas juntos.

Había sentido lo mismo a los quince años, cuando vio a José Antonio recoger solo el diploma de la beca y caminar hasta detenerse frente a los dibujos que ella había hecho. Lo había sentido en el colegio, cuando se cruzaban en medio de un pasillo y se miraban durante un segundo. Lo había sentido en el metro, durante los breves minutos que lo estuvo dibujando.

Y lo sentía ahora, con la diferencia de que ahora, por fin, empezaba a adquirir sentido. Notaba el pulso de José Antonio latiendo por las venas de los dedos que tenían entrelazados, oía la voz de él a su lado y podía palpar que también sentía algo. No sabía qué, quizá solo fuera un interés momentáneo hacia ella, quizá fuera algo más. Quizá fuera el principio de algo maravilloso, o tal vez de un completo desastre. Pero fuera lo que fuese, iba a intentar averiguarlo.

Alexia le contó a José Antonio que los autores de las obras que estaban viendo, Alicia y Miguel, habían coincidido con ella en un par de asignaturas, y que si bien Alicia era muy simpática, Miguel, a pesar de poseer verdadero talento, se tomaba a sí mismo y a su «arte» demasiado en serio y en ocasiones podía resultar pedante. Caminaron por entre los cuadros sonriéndose, intercambiando preguntas y respuestas y esquivando miradas. Alexia le presentó a Alicia, una chica altísima con el pelo muy corto y gafas de pasta de color rojo, y José Antonio le estrechó la mano y quiso saber dónde se había inspirado para pintar las obras allí expuestas. Alicia le respondió y Alexia envidió la comodidad que desprendía José Antonio; si ella estuviera rodeada de médicos, o de futuros médicos, no sabría qué decirle a nadie. Probablemente sonreiría y diría algo agradable, pero nunca sería capaz de hacer la pregunta acertada o el comentario preciso.

Ella siempre era el pez fuera del agua. Excepto con José Antonio, pensó; con él sentía otra clase de nervios, de eso no cabía duda, pero no se sentía fuera de lugar.

Cuando Alicia se alejó para ir a hablar con otro grupo de personas que estaban observando una de sus obras, José sonrió a Alexia y siguieron deambulando por la galería como si esa fuese la quinta, o quizá la sexta, que visitaban juntos, pero no la primera.

Estaban llegando al final de la sala, mientras José Antonio contaba a Alexia que él sería incapaz de exponer de esa manera su trabajo. Bromeó diciendo que los médicos tenían unos egos muy sensibles y que se morirían si recibieran malas críticas. Alexia sacudió la cabeza y le sonrió e iba a sugerirle que quizá deberían inventar una sección de críticas médicas en los periódicos cuando se tensó y se detuvo en medio del pasillo que conducía a la salida.

José Antonio notó la reacción al instante y se paró a su lado. No le soltó la mano, apretó ligeramente los dedos, y la miró. Alexia tenía la mirada fija en un chico rubio que había justo en la entrada. El desconocido estaba hablando con una chica, pero debió de notar que lo estaban mirando y levantó la vista hacia ellos.

Alexia le soltó la mano a José Antonio y él la dejó ir porque la tensión de ella era tan evidente que no quería hacer nada para aumentarla, pero apretó los dientes y esperó sin alejarse ni un centímetro de ella. La intención inicial de José Antonio era llegar al guardarropía y preguntar entonces a Alexia si le apetecía ir a comer con él, quizá después podrían ir a alguna otra parte. O seguir paseando y saltando de una conversación a otra. Cualquier cosa con tal de alargar esas horas que estaban pasando juntos.

—¿Sucede algo? —le preguntó al ver que ella seguía inmóvil y en silencio.

—No, nada.

José Antonio asintió y no la creyó, le bastó con ver cómo levantaba la barbilla y cerraba los puños al ver acercarse al rubio de la puerta para saber que le estaba mintiendo.

—Hola, muñeca —la saludó el rubio con mirada lasciva incluida—. No sabía que ibas a venir.

Tal vez José Antonio no fuese extremadamente listo para esas cosas, pero podía reconocer esa clase de actitud a miles de kilómetros.

—Hola, soy José Antonio. —Tendió la mano al rubio y la colocó adrede entre este y Alexia—. Estoy con Alexia.

El rubio arqueó burlón una ceja y dejó la mirada fija en Alexia.

—¿Ah, sí?

José Antonio mantuvo la mano tendida y con la otra buscó la de Alexia. Ella, gracias a Dios, estrechó los dedos con los de él y José los notó fríos.

—Sí —sentenció—. Ya nos íbamos.

—Soy Rubén —se presentó el rubio, estrechándole brevemente la mano a José Antonio—. Yo acabo de llegar. Solo. ¿Por qué no te quedas un poco más, Alexia?

José Antonio iba a decir algo, pero notó una presión en los dedos y se calló.

—No, ya nos vamos. Adiós, Rubén —respondió Alexia, al mismo tiempo que reanudaba la marcha. Esquivó a Rubén pegándose a la pared y tiró de José decidida a llegar cuanto antes al guardarropía. El rubio se rio por lo bajo a sus espaldas. Si José hubiese sentido que tenía derecho a hacerlo, se habría dado media vuelta y le habría pedido una explicación. O le habría propinado un puñetazo.

Cogieron la cazadora de él y la chaqueta púrpura de ella y salieron a la calle. Caminaron por unas cuantas calles sin darse la mano, hasta que Alexia vio un banco cerca de unos árboles y de una farola y se sentó en él sin decirle nada a José Antonio.

Estaba abatida, carecía de la alegría que la había impregnado durante toda la mañana. José se sentó a su lado dispuesto a decir o a hacer cualquier cosa con tal de que Alexia volviese a sonreír. Esperó en silencio, no sabía en qué iba a consistir esa

conversación, pero sí que tenía que empezarla ella.

—Rubén y yo tuvimos una relación sórdida y estúpida —farfulló Alexia sin mirarlo—. Daría lo que fuera para borrarla de mi pasado, pero aunque lo intente, aunque lo desee con todas mis fuerzas, sigue allí, y a él, como has podido comprobar, le encanta recordármelo y restregármelo por la cara.

José Antonio sintió de inmediato la imperiosa necesidad de darle ese puñetazo al miserable de Rubén y de borrarle aquella sonrisa tan insultante del rostro. No eran solo celos, que los sentía, era mucho más, y tenía que ver con el respeto que le inspiraba la chica que tenía al lado. Él nunca había mirado de esa manera a ninguna de las mujeres que habían estado con él. Nunca había mirado a ninguna como Rubén había mirado a Alexia. José Antonio jamás las había insultado ni degradado a un mero pasatiempo. Ahora comprendía mucho mejor la mueca de satisfacción de Rubén, y le repugnaba. Sin embargo, no le dijo nada de eso a Alexia, se lo guardó para sí mismo y se prometió que si dentro de mucho tiempo ella se lo preguntaba, se lo contaría. Ahora Alexia no necesitaba verlo enfadado o furioso.

—No tienes por qué contarme tu pasado —le dijo, porque sabía que ella necesitaba su apoyo incondicional, y tal vez incluso algo de ternura.

—Lo sé —afirmó orgullosa. Le temblaba la voz pero se giró decidida hacia él y buscó su mirada. La encontró de inmediato y José Antonio no intentó disimular la confusión. No podía imaginarse a Alexia con ese hombre.

—¿Y esa relación ya ha terminado? —le preguntó él entonces.

Alexia agachó levemente la cabeza y la sacudió con restos de tristeza y rabia contenida.

—Sí, ha terminado. —Soltó despacio el aliento e irguió el rostro para mirar de nuevo a José Antonio—. Rubén tiene treinta y seis años y está casado. Su mujer vive en Barcelona y... —se frotó la sien— no voy a justificarme. No puedo. Sabía dónde me metía y por eso lo terminé. Me cansé de que me utilizase.

José Antonio también respiró despacio. Alexia se sentía avergonzada de sí misma por haber mantenido una relación con un hombre casado, pero al mismo tiempo reconocía que lo había hecho a conciencia y durante cierto periodo de tiempo.

—Lo único que me importa es que ya no estés con él. —Buscó la mano de ella y entrelazó de nuevo los dedos.

—No, ya no estoy con él. Jamás volveré a estar con él —afirmó Alexia rotunda—. Me ha costado mucho y hay un par de momentos de los que no me siento nada orgullosa. Cuando mi hermana y Teresa se fueron del piso... —tragó saliva—, me llevó su tiempo adaptarme a la soledad y Rubén apareció y volví a creerme sus mentiras.

José Antonio sopesó lo que ella le estaba contando. Él sentía una fuerte e innegable atracción hacia Alexia, no solo física sino también en el alma, comparable a la fascinación que puede sentir un niño por los dragones o por un arco iris. Pero Alexia le estaba demostrando que no era una criatura mitológica, sino una mujer real.

Una mujer real que, a pesar de sus veintiún años, había cometido un error y cargaba con las consecuencias del mismo sobre sus espaldas sin echarle la culpa a nadie, excepto a ella.

¿Valía la pena estar en ese banco con ella? ¿Iba a correr el riesgo de pasar un minuto más a su lado? Él podía levantarse e irse, podía intentar olvidar ese sábado que ya se había convertido en su mejor recuerdo. Quizá sería lo más cauto, lo mejor para los dos.

—¿Por qué me estás contando todo esto, Alexia?

—Porque... —Ella tragó saliva y apartó la mirada un segundo. Después, tras asentir y coger aire, volvió a colocar los ojos en los de José y siguió adelante—: Porque miraste mis cuadros, porque nos encontramos en el metro, porque... —apretó los dedos que no le había soltado— porque me gustas y me gusta como me siento estando contigo. No tenía intención de contarte lo de Rubén en nuestra primera cita, y no digo que esto haya sido nuestra primera cita —se apresuró a añadir nerviosa—, pero me ha llamado «muñeca» y me ha mirado. —Se mordió el labio.

—Te ha desnudado con la mirada —terminó José por ella.

—Sí. —Alexia cerró los ojos unos segundos—. Tú me has dado la mano y he pensado que no te mereces que te arrastre a mi melodrama ni que te mienta o te engañe como hicimos Rubén y yo con su esposa. Después de lo que sucedió con Rubén, me prometí que siempre sería sincera con la persona que estuviese a mi lado —añade avergonzada—. Quiero que sepas que tarde o temprano te lo habría contado, si tú y yo... —suspiró— si tú y yo hubiésemos seguido viéndonos.

José Antonio vio la lágrima que resbaló por la mejilla de Alexia antes de que ella la sintiese y levantó la mano que tenía libre para secarla con el pulgar. Ella se quedó sin aliento al sentir la yema del pulgar en su piel y abrió los ojos. Nunca le había mirado así nadie, como si el siguiente latido de su corazón dependiese de él, y José Antonio no pudo evitar perder parte de su propio ser en esa mirada.

Soltó uno a uno los dedos que tenía entrelazados con Alexia y a ella le brillaron los ojos, le tembló el labio inferior y se lo mordió para contener el llanto. José capturó el rostro entre las dos manos y la acarició suavemente, temblando.

—Voy a besarte —susurró él en voz baja—. ¿Puedo?

Él podría haber agachado la cabeza y capturar sus labios; ella probablemente no se habría negado, pero, después del modo en que la había tratado ese otro hombre, quería que Alexia se sintiese especial. Perfecta. Única. Necesitaba que ella supiera que ese beso, y cualquiera que pudiesen compartir, no era un capricho o una manera de pasar el rato, o un instrumento para hacer daño a una tercera persona. Ese beso era eso, un beso.

El beso más intenso y sincero de toda su vida.

A Alexia le escocieron los ojos de la emoción. No derramó ninguna lágrima, las contuvo y asintió. Al mover la cabeza, José apretó ligeramente las manos encima de las mejillas de ella y le sonrió. Empezó con suavidad, depositó los labios encima de

los de ella y esperó a que el aliento de Alexia rozase el suyo. Cuando lo hizo, movió la lengua despacio en busca del sabor de la boca de ella y Alexia le devolvió un suspiro. Notó las manos de ella en su cintura, sujetándose de los vaqueros, sintió que flexionaba los dedos y que le temblaban los brazos, y entonces se permitió sentir y no controlar nada. Se dejó llevar por las minúsculas e imparables reacciones que Alexia le causaba, empezando por la presión que le oprimía el pecho y terminando por el deseo que no parecía tener fin.

Cuando Alexia vio a Rubén en la puerta de la sala de exposiciones se habría puesto a gritar. No era justo. Había pasado unas horas maravillosas con José Antonio y ahora Rubén iba a echarlas a perder como todo lo que tocaba. «Porque tú se lo permites». No, esta vez no iba a permitírselo, no iba a dejar que Rubén se acercase a José Antonio. La idea de que ellos dos estuviesen en el mismo espacio físico ya le resultaba inconcebible, tenía que irse de allí cuanto antes y sin que Rubén los viera. Pero una parte de ella no pudo evitar mirarlo, el muy cretino había acudido a la exposición cuando antes siempre se había negado a acompañarla a actos similares. Y Rubén la vio y le sonrió, y tras ver a José Antonio se acercó a ella desnudándola con la mirada, con el único objetivo de humillarla ante su acompañante. Alexia salió derrotada del local. Era imposible que José Antonio no se hubiese dado cuenta de que entre ella y Rubén había existido algo; iba a tener que contárselo. Y cuando José Antonio supiese la sórdida verdad, se iría y no volvería a verlo.

José Antonio no se había ido, lo único que le había preguntado era si su relación con Rubén ya había terminado. Y después la había besado.

Seguía besándola. La besaba como si no le importase nada excepto besarla, como si todo empezase y terminase en ese beso. Le sujetó el rostro entre las manos y se acercó despacio a sus labios, atesorando cada instante. No fue un beso lento; aunque empezó de esa manera, fue un beso profundo, auténtico, con el fuego contenido y la promesa de ser memorable. Alexia se sujetó de la cintura de los vaqueros de José Antonio, quería tocarlo pero no se atrevía, y le temblaban demasiado las manos para hacerlo. Se dejó llevar por la respiración entrecortada de él, por la fuerza y la ternura de sus labios, por su sabor que ya no olvidaría nunca, y se preguntó qué habría pasado si José Antonio y ella hubiesen coincidido antes.

Se estremeció al imaginarlo y él se dio cuenta. No dejó de besarla, apartó las manos que aún tenía en su rostro y las deslizó por su espalda para acercarla a su torso. Interrumpió el beso un segundo para mirarla a los ojos. Los de él brillaban tanto que eran líquidos. Iba a decirle algo, quizás iba a preguntarle si tenía frío o si estaba bien, pero Alexia no quería oír esas preguntas, solo quería volver a besarlo por si el destino cometía la crueldad de separarlos igual que había hecho antes. Levantó las manos de la cinturilla de los pantalones antes de que él pudiese decir una sola palabra y le sujetó el rostro del mismo modo que había hecho él antes.

Alexia besó a José Antonio. Ella había besado antes a otros hombres, nunca había besado a ninguno como besó en aquel banco a José Antonio. Alexia siempre había

tenido la sensación de estar desempeñando un papel, con todo el mundo excepto con él. Con José Antonio era ella de verdad. Podía sentirlo en su piel, en sus labios, en la respiración de José Antonio que se entrecortaba cuando ella le tocaba. Notó que él le sujetaba las muñecas y se tensó; durante un horrible segundo pensó que tal vez a él no le había gustado, o que le había incluso molestado que ella le sujetase y le besase, pero cuando se atrevió a abrir los ojos, José Antonio se acercó a ella y le dio un beso suave antes de volver a apartarse.

—No podemos seguir aquí —susurró acercándola a su torso para abrazarla—. ¿Qué te parece si te llevo a comer algo?

Alexia sintió que le acariciaba el pelo y el gesto trajo consigo de vuelta las lágrimas de antes. Intentó contenerlas, pero al ver que no lo conseguía optó por disimularlas. Lo segundo tampoco lo consiguió.

—No llores, Alexia. —La apartó con cuidado y la miró con una sonrisa todavía húmeda de sus besos.

—Siento haber estropeado nuestra primera cita. —Alexia se mordió el labio en cuanto terminó la frase, pero José Antonio se agachó y depositó un beso justo encima de la zona castigada.

—No la has estropeado —susurró al apartarse.

Se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla. Juntos caminaron de nuevo por las calles de Madrid y Alexia notó el cambio que se produjo en José Antonio ahora que se habían besado; él aprovechaba cualquier excusa para tocarla. No eran caricias provocativas, sino roces destinados a hacerla enloquecer.

José Antonio también notó el cambio que se había producido en Alexia, pero el de ella se debía tanto a la desafortunada aparición de Rubén como al beso que ellos dos habían compartido. Encontrar a Rubén en esa sala de exposiciones le había robado parte de la alegría, la había vuelto más cauta, más severa consigo misma. Y también más triste. A José Antonio le habría gustado pelearse con Rubén solo por haber intentado humillar a Alexia de esa manera, y también por cómo la había tratado a lo largo de su relación. Dios, Alexia le había dicho que Rubén tenía treinta y seis años, eso eran quince años más que ella. José no sabía cuándo había empezado su relación o cuántos meses había durado, pero le parecía que la diferencia de edad y el que él fuese profesor de la universidad le daban una ventaja considerable frente a Alexia que el muy desgraciado había sabido utilizar y aprovechar al máximo. Alexia no le había contado que él era profesor, pero José, tras recordar la actitud de Rubén al entrar en la sala y el modo en que saludó a las personas que encontró a su paso, dedujo que lo era.

El otro cambio de Alexia, el que se debía al beso que acababan de compartir, era más discreto y mucho más hermoso. Se notaba en su manera de sonreírle, en su mirada y en como se le erizaba la piel del cuello cuando se rozaban.

Fueron a un restaurante tranquilo y, en busca de un tema menos conflictivo y doloroso que la aventura que había mantenido con un hombre despreciable, Alexia le

preguntó a José Antonio por su vida en Madrid. Él le contó que había vivido en una residencia universitaria y había compartido piso con dos estudiantes de medicina hasta que unos meses atrás decidió alquilar un pequeño estudio para él solo. Le explicó que había compaginado la universidad con el trabajo desde el principio, aunque durante esos primeros años los trabajos habían sido de lo más dispares y ninguno de ellos había estado ni remotamente relacionado con la medicina. Ahora, siguió al terminar, hacía malabares para asistir a las clases que le quedaban, acabar el MIR y cumplir con su trabajo en la consulta donde le había contratado para suplencias y todo lo que se les pasase por la cabeza.

A José Antonio nunca le había inquietado estar tan ocupado, lo había preferido en realidad, pero allí, sentado en una de las mesas de aquel pequeño restaurante con una camarera que tecleaba mensajes en el móvil cada dos segundos, se preguntó a qué renunciaría para ver a Alexia.

A lo que fuese necesario.

Por su parte, ella le explicó que hasta el momento había compartido piso con su hermana Cecilia y con Teresa, la mejor amiga de esta. Ahora las dos habían acabado los estudios y una había encontrado trabajo en Cádiz y la otra en Bruselas, con lo que Alexia se había quedado sola. Las echaba mucho de menos, le confesó, aunque al mismo tiempo estaba aprendiendo a disfrutar de esa nueva etapa.

Al oír el nombre de Cecilia, la realidad se entrometió y José Antonio recordó que tanto él como Alexia tenían familia en Cádiz y que estas se conocían, y en un impulso que no intentó contener le capturó la mano y le acarició los nudillos.

Ella dejó una frase sin terminar.

—¿Puedo pedirte un favor? —le pidió él entonces.

—Claro.

—No le cuentes a tu hermana que estás conmigo. —Le apretó los dedos al notar que se tensaba y lo miraba confusa y dolida, aunque lo último intentó ocultarlo—. No quiero que mis padres lo sepan.

Alexia soltó los dedos despacio y cogió el vaso de agua para beber un poco. De repente le resultaba imposible tragar; ella ya había sido un secreto una vez y no pensaba volver a serlo. No era romántico ni sensual, a ella la había convertido en nada y le había costado mucho convencerse de que se merecía algo mucho mejor. Todavía había días que tenía que recordárselo.

—Lo siento —dijo José Antonio—. No debería habértelo pedido así. —Soltó el aire y le tendió la mano—. Dame la mano, por favor. —La miró a los ojos, muy adentro—. Por favor.

Alexia aceptó y colocó los dedos encima de la palma que él le ofrecía.

—Gracias. —José Antonio le tocó la piel, sincero.

—Rubén me prohibió que le contase a Cecilia, o a cualquiera, que nos veíamos —confesó Alexia humillada. Otra vez.

—Lo siento, lo siento. —Se puso de pie y se acercó a ella. Se agachó hasta que su



mirada quedó a la altura de la Alexia sin importarle que estuviesen en medio de un restaurante rodeados de gente—. Lo siento. —Le sujetó el rostro entre las manos—. Por mí puedes contárselo a quien quieras. —Le dio un suave beso en los labios, Alexia lo aceptó y suspiró, pero no fue a más.

—¿Por qué me lo has pedido? —le preguntó ella en voz baja cuando él dejó de besarla.

—No quiero que lo sepa mi madre.

Alexia abrió confusa los ojos y José Antonio le acarició el rostro una última vez antes de levantarse y volver a su asiento. Empezó a hablar en cuanto se sentó:

—Mi madre está obsesionada con el dinero. Cuando gané la beca —siguió impertérrito, ocultando unas emociones arraigadas muy adentro—, vi cómo es realmente. No quiero que se meta en esto, créeme. Si se lo cuentas a tu hermana, ella puede contárselo a alguien de Cádiz, aunque sea sin querer, y si mi madre se entera de que estamos juntos, convertirá nuestra relación en algo que no es.

—¿En qué?

—En una relación interesada. Vamos, Alexia, tu padre y tu madre me están pagando la carrera de medicina. No puedes negar que es lo primero que pensará cualquiera que nos vea juntos.

—Ganaste una beca.

—En la empresa de tu familia —insistió, y no logró ocultar la frustración.

No era ninguna explicación, pensó Alexia. Sonaba casi tan convincente como cuando Rubén le dijo que no podía saberlo nadie porque no lo entenderían o porque así podían vivir su amor más «intensamente». Sin embargo, la mirada de José Antonio no era taimada ni estudiada como la que tenía Rubén la noche que mantuvieron esa conversación. La mirada de José Antonio contenía tristeza y trazas de odio, y también muchos secretos. El corazón de Alexia le susurraba que podía confiar en él; su mente, sin embargo, recordaba el dolor del engaño de Rubén y le aconsejaba que fuese cauta.

No lo fue, por José Antonio no podía ser cauta. Y tal vez no le haría falta, confió en secreto.

—De acuerdo —accedió—. No se lo diré.

No se lo contaría a su hermana. De momento.

Terminaron de comer; esa última conversación ayudó a Alexia a poner cierto límite a las ilusiones que había empezado a dibujar en su mente y se distanció un poco de José Antonio. Recordó que apenas lo conocía y que, aunque sintiera una conexión muy especial con él, lo mejor sería ir despacio. Al salir del restaurante, José Antonio, ajeno a los pensamientos de Alexia, volvió a cogerle la mano y, sin previo aviso, la hizo girar hasta quedar frente a él.

La luz del atardecer los iluminaba; los ojos de José Antonio seguían teniendo secretos, pero le pidieron sin palabras que lo entendiera, igual que él la había entendido antes respecto a su pasado con Rubén. Alexia no podía permitir que ese

fiasco de relación estropease la que justo ahora acababa de empezar con José Antonio.

Iba a decirle que confiaba en él, pero no pudo, porque José Antonio la besó. Soltó la mano que tenía en la de ella, la rodeó con ambas por la cintura y la pegó a él para besarla con el fuego que había logrado contener en su mirada pero se había escapado por el resto de su cuerpo. La abrazó con tanta fuerza que incluso llegó a levantarla del suelo y Alexia sintió que volaba, y se dejó llevar por el beso. Los labios se negaban a separarse, sus alientos dependían ya el uno del otro, los suspiros que flotaban en el aire se perdían al tocarles la piel.

La dejó en el suelo despacio, y sin soltarle la cintura se echó hacia atrás y la miró.

—No quiero ocultarte, quiero besarte en plena calle —afirmó—. Y quiero que me beses. Quiero conocerte, descubrir por qué eres la única parte de mi pasado que quiero tener en mi futuro. Lo único que te pido es que por ahora no le hables de nosotros a nadie de Cádiz.

Alexia asintió, no solo porque no pudiera negarse, que no podía, sino también porque durante un horrible segundo pensó que todavía era demasiado pronto y que si José Antonio terminaba haciéndole tanto daño, o más, que Rubén, se ahorraría la humillación de que Cecilia lo supiera.

Alexia estuvo unos cuantos días sin ver a José Antonio ni hablar con él. Lo agradeció, porque así retomó el pulso a la realidad. El sábado habían sucedido muchas cosas, había sentido demasiado y demasiado pronto. Quizás había sido por la injustificada e inoportuna aparición de Rubén, o tal vez se debía a que José Antonio siempre había sido una especie de fantasía para ella; pero, fuera por el motivo que fuese, había sentido los besos del sábado como si llevase una eternidad esperándolos.

No sabía si le gustaba perder el eje de su mundo tan poco tiempo después de haberlo recuperado. La partida de Cecilia y de Teresa, poner punto final a su historia con Rubén, aceptar el trabajo de fotógrafa... Apenas podía mantener el equilibrio y José Antonio se lo hacía perder con solo mirarla. Y si la besaba... No, sacudió la cabeza y se obligó a concentrarse en el dibujo que tenía delante. Cuando José Antonio la besaba, una voz en su interior le susurraba que solo iba a besarla él durante el resto de su vida.

El jueves recibió noticias suyas de la manera más inesperada. Salía de una clase muy pesada dispuesta a volver a casa, tomarse una aspirina y meterse en la cama, cuando la voz de él se metió por entre el dolor de cabeza. Primero pensó que se la había imaginado, pero al ver que no desaparecía se dio media vuelta y lo buscó con la mirada.

José Antonio estaba sentado en los escalones que precedían la entrada principal de la facultad y se levantó en cuanto los ojos de ella se posaron en los de él. Alexia parpadeó perpleja.

—Hola —lo saludó entonces frotándose la frente—, ¿qué haces aquí?

—Quería verte. Te echaba de menos. —Levantó una mano para apartar la de ella y acariciarle las sienes. La observó detenidamente—. ¿Qué te pasa?

—Tengo un dolor de cabeza horrible.

José Antonio le cogió el bolso que le colgaba del hombro, se lo colocó en el suyo y tiró de Alexia con cuidado para abrazarla.

—Vamos, te acompañaré a casa —susurró mientras le daba un beso en lo alto de la cabeza.

Alexia asintió y se dejó llevar cuando él empezó a caminar.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó al cabo de unos minutos.

—No lo sabía. He salido de una guardia inacabable y he cogido el móvil para llamarte, pero cuando tenía el aparato en la mano he pensado que en realidad quería verte y he empezado a caminar. Supongo que es culpa de las horas de sueño que me faltan el que me haya parecido una buena idea.

—Me alegro de que hayas venido —susurró Alexia girando el rostro para mirarlo. Tenía ojeras y más barba que el sábado, y el pelo despeinado de un modo algo extraño.

—Y yo. —José Antonio se agachó despacio y le dio un beso largo—. Te echaba

de menos —repitió al apartarse.

Alexia se sonrojó y suspiró para sentir más cerca las palabras de él.

El sábado anterior José Antonio ya la había acompañado a casa, así que conocía la dirección. El dolor de cabeza iba en aumento. Alexia se dejó llevar, y cuando llegaron al portal del edificio donde vivía, él le cogió las llaves y abrió la puerta por ella. Subieron en el ascensor en silencio, Alexia cerró los ojos y apoyó la frente en el torso de él para descansar.

La maquinaria se detuvo con el chirrido de costumbre y José Antonio le acarició el pelo al apartarla. La guio fuera del ascensor y abrió la puerta del apartamento.

—¿Tienes aspirinas? —le preguntó tras dejar el bolso encima de la mesa del pequeño comedor.

—En algún armario debería haber —contestó Alexia antes de sentarse en el sofá—, pero no hace falta que te molestes —farfulló con los ojos ocultos tras el antebrazo. La luz que entraba por la ventana la estaba matando.

—No digas tonterías, Lila.

Apartó el brazo al oír el nombre y lo miró. O lo intentó.

—¿Lila?

—Por el mechón —contestó él abriendo y cerrando armarios de la cocina—. Las he encontrado.

Alexia sintió un cosquilleo en el estómago. Nadie se había inventado nunca una palabra cariñosa solo para ella. Sí, Lila no era ninguna invención, y puede que no fuese excesivamente original teniendo en cuenta que era el color de su mechón de pelo, pero no lo había hecho nunca nadie. Nadie se había fijado en él de esa manera. Y el modo en que José Antonio había pronunciado esas dos sílabas le haría cosquillas una eternidad y mucho más.

Oyó un sonido efervescente y volvió a abrir los ojos. José Antonio estaba frente a ella sujetando un vaso en la mano.

—¿Y cómo debo llamarte yo?

—No lo sé. ¿Ya tengo un color?

—Todavía no —contestó dolorida, aceptando el vaso con la medicina.

—Pues llámame José Antonio. —Se encogió de hombros y con los dedos capturó el extremo del mechón púrpura—. Me gusta.

—Te lo llama todo el mundo, es tu nombre. —Tragó y dejó el vaso vacío en la mesa.

Él lo cogió y lo llevó a la cocina mientras le contestaba:

—Aquí no. Mis compañeros de facultad me llaman José y en el MIR o en la consulta soy el doctor Nualart.

—Oh, vaya. Si lo prefieres, puedo llamarte José. —Fue perdiendo la voz a medida que se tumbaba en el sofá.

—Llámame como quieras, Alexia, lo único que quiero es que digas mi nombre. —Se sentó en la mesa baja que había al lado del sofá y le tocó la frente—. Tienes que

meterte en la cama.

—Sí, dormiré un rato.

José Antonio sonrió al ver que Alexia se levantaba como una autómatas y la acompañó al dormitorio, donde ella se tumbó vestida en la cama y se quedó dormida en el acto. Él la tapó con una manta que había en el respaldo de una silla y tuvo la tentación de coger uno de los cuadernos, cualquiera, de los que había amontonados en un rincón. Salió sin hacer ruido, y sin el cuaderno, y dejó la puerta entreabierta. Después, solo en el comedor, no se planteó la posibilidad de irse de allí ni un segundo. Sentado en el sofá se frotó la barba, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Estaba muy cansado, no le había mentado cuando le dijo que ni siquiera recordaba cuántas horas había estado de guardia. El sofá de Alexia no era especialmente cómodo, pero él estaba en condiciones de dormirse en cualquier parte, por eso se puso de pie y echó los brazos hacia atrás para desperezarse. No sirvió de nada. Fue a la cocina, se sirvió un poco de agua, y volvió al sofá; se sentaría un rato y descansaría, solo veinte minutos. Después comprobaría que Alexia estuviera bien y decidiría qué hacer.

Se quedó dormido dos horas, y, si no hubiese sonado el teléfono, habría dormido más. Se despertó sobresaltado y buscó el aparato, que no dejaba de sonar por los bolsillos. Reconoció el número de Cádiz y descolgó de inmediato.

—¿Sí?

—¿José? Soy yo, Gabriela.

José Antonio apretó el teléfono al reconocer la voz de su hermana pequeña. Gabriela tenía doce años, y aunque hablaba muy a menudo con ella, a José Antonio siempre lo llamaba su padre, así se saludaban brevemente, y este después le pasaba a su hermana.

—¿Sucede algo Gabriela? —No perdió el tiempo en tonterías, tenía que haber ocurrido algo grave para que lo llamase ella directamente.

—No lo sé. Ayer por la noche oí a papá y a mamá discutir.

Respiró un poco mejor, lamentablemente las discusiones de sus padres no eran ninguna novedad.

—Lo siento, Gaby —le dijo más tranquilo—. ¿Hiciste lo que te dije que hicieras la última vez que hablamos?

—Sí, me quedé en mi dormitorio y cogí un libro para distraerme.

—Bien hecho.

—Papá le dijo a mamá que Sebastián se había ido a Chile por su culpa, porque ella le había echado de casa.

A José Antonio se le heló la sangre. Sebastián era su hermano mayor y se suponía que se había ido de Cádiz para vivir aventuras, y no porque su madre le hubiera echado de casa. Sebastián había dejado una nota, una nota corta y superficial que puso furioso a José Antonio cuando la leyó. Él fue el primero en encontrarla; estaba

solo en la cocina cuando la leyó y cuando lloró de rabia contra su hermano mayor. Se sintió estafado, engañado como un imbécil. Pensó que Sebastián le había engañado cuando días antes de desaparecer le dijo que se alegraba de que volviesen a ser amigos. Pensó que su hermano mayor se había reído de él. Pero si lo que decía Gabriela era verdad, entonces Sebastián no había hecho ninguna de esas cosas.

—¿Qué contestó mamá?

Años atrás no se habría planteado la posibilidad de que su madre hubiese echado a Sebastián, sin embargo, ahora se sentía como un estúpido por no haberse cuestionado durante más tiempo la partida de su hermano mayor.

—Se rio —contestó Gabriela, con la voz tan pequeña como su edad—. Y después le dijo a papá que dependía de ella velar por el futuro de la familia. Insultó a papá.

Oyó que su hermana empezaba a llorar.

—Tranquila, Gabriela. No pasa nada. —La impotencia y la frustración le obligaron a ponerse en pie. Le temblaban los muslos de las ganas que tenía de salir corriendo.

—¿Tú crees que es verdad?

—No lo sé —suspiró José Antonio.

—He encontrado un sobre con la dirección de Sebastián.

—¿Has encontrado?

—Bueno, estaba en el dormitorio de mamá por casualidad y lo he visto. —Ni él ni ella se creían que hubiera sido por casualidad—. Voy a escribirle.

—No sé si es buena idea —sugirió él. Tal vez Sebastián se había ido de verdad por voluntad propia y no quería saber más de ellos.

—Lo es. —A pesar de su edad, Gabriela sabía ser autoritaria y decidida cuando quería algo—. Ya se lo he dicho a papá.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada. Creo que deberías venir, José Antonio. —Allí estaba el verdadero motivo de esa llamada—. Papá no está bien.

Miguel Nualart se había llevado demasiadas decepciones en la vida y los años le pesaban más de lo esperado, casi tanto como la soledad y la cobardía.

—Ahora no puedo, Gabriela. Iré dentro de un mes.

—Deberías venir ahora, José, cuanto antes.

Cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz, intentó entender la preocupación de su hermana pequeña, pero realmente le era imposible pedir unos días libres en la consulta y saltarse las clases y el MIR.

—Le llamaré y hablaré con él —sugirió al fin como compromiso—. Y si me parece que está mal, iré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —accedió la niña a regañadientes.

—Te llamo dentro de unos días. Pórtate bien, Gabriela.

—Lo intentaré.

Colgó, y, cansado, volvió a sentarse en el sofá. Encajó la nuca con el respaldo y

cerró los ojos. Llamaría a su padre más tarde y le preguntaría por la discusión que le había contado Gabriela y por su salud. Probablemente Miguel intentaría mentirle, pero al menos oiría su voz y podría juzgar mejor si su hermana estaba o no exagerando. Él había enfriado la relación tanto con su padre como con su madre, pero al primero lo echaba de menos y también echaba de menos las conversaciones que habían mantenido antes. Además, su padre había intentado arreglar las cosas. No había ido tan lejos como hablar abiertamente del tema, sino que había intentado fingir que no existía.

—No hacía falta que te quedaras.

Abrió los ojos y vio a Alexia de pie, frente a la puerta de su dormitorio. Se había cambiado; llevaba un pantalón holgado de color gris con una camiseta también ancha, blanca, con unas flores dibujadas en el centro.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó levantándose.

—Mejor.

Entrelazaron los dedos y ella tiró de él de nuevo hacia el sofá.

—Deberías comer algo —sugirió José Antonio, e intentó levantarse. Alexia le puso una mano en la rodilla para detenerle.

—Gracias por quedarte.

José Antonio tragó saliva antes de contestar.

—De nada.

—He oído el teléfono —siguió Alexia. Cambió adrede el tema de conversación porque notó que él estaba preocupado y sentía la necesidad de ayudarlo—. ¿Quieres contármelo?

Acertó con la frase, que cogió desprevenido a José. Él desvió la vista hacia algún lugar detrás de Alexia. Tras unos segundos, asintió y volvió a mirarla.

—Era mi hermana Gabriela. Ayer oyó discutir a mis padres y está preocupada.

—Oh, lo siento. —Le acarició los nudillos igual que había hecho él con ella el otro día en el restaurante.

—No es nada nuevo. Mis padres llevan años así, desde que nos fuimos de Madrid para instalarnos en Cádiz. Recuerdo que, durante el primer trayecto a Cádiz, pensé que con cada kilómetro que nos alejábamos de casa más enfadada veía a mi madre y más distantes estábamos todos.

—Tuvo que ser difícil mudarse a esa edad.

—Yo tenía quince años, Sebastián dieciocho recién cumplidos y Gabriela tres. Ella no se acuerda de Madrid ni de nada de lo que sucedió en esa época. Yo, sin embargo, lo recuerdo todo a la perfección —suspiró—. Nos fuimos de Madrid en cuanto terminó el juicio de Sebastián; le habían detenido porque formaba parte de una banda de adolescentes que atracaba taxistas y en su último atraco el taxista en cuestión murió después de que uno de los *amigos* de Sebastián lo apuñalase. Mi hermano salió libre. —Suspiró tras recitar parte de la historia, convencido de que Alexia la había oído de pequeña en Cádiz—. Sebastián estaba avergonzado de sí

mismo, ahora lo sé, y dispuesto a reconducir su vida y salir adelante. Pero yo le eché la culpa de todo; por su culpa tuve que dejar el colegio y perdí a mis amigos. Estuve años sin hablarle. Estaba furioso con él, y Sebastián aguantaba todas mis provocaciones sin decir nada. Poco a poco volvimos a hablar, o, mejor dicho, poco a poco volví a hablarle y durante los tres años que Sebastián estuvo en Cádiz recuperamos nuestra relación. Dejando a un lado la etapa en la que formó parte de esa banda callejera, Sebastián era un excelente hermano mayor. Siempre estaba dispuesto a escucharme. Por eso me puse furioso cuando una noche desapareció de Cádiz sin más, sin decirme ni una palabra. Durante un tiempo pensé que había vuelto a las andadas, a la mala vida, pero ahora sé que no. Tuvo que haberle sucedido algo, lo sé. Igual que sé que cuando era un adolescente no fue el único responsable de la destrucción de nuestra familia. —Soltó la mano de la de Alexia y con ambas se frotó la frustración—. Sebastián se fue de Cádiz la noche previa a la gala en la que tu padre me entregó el diploma de la beca. Recuerdo que, cuando le dije que la había ganado, me abrazó y me dijo que se sentía muy orgulloso de mí. Me dijo que iba a acompañarme a recoger el ilustre diploma. A la mañana siguiente, cuando vi que se había ido, me sentí como un imbécil. Y, más tarde, discutí con mis padres. Mi padre no es el que era desde que Sebastián se fue, y mi madre ha dejado de fingir y ya no oculta su frialdad ni su ambición. Odio que Gabriela esté allí sola con ellos.

—Por eso estabas tan triste esa noche —recordó Alexia—. No recuerdo mucho a Sebastián, pero si se esforzó tanto por arreglar las cosas contigo, seguro que le importas y que tiene sus motivos para no haberte contado por qué se fue. Ya lo verás, algún día volverá y todo esto tendrá sentido. —Habló despacio, dejando que las palabras llegasen a su ritmo a José Antonio—. Y a Gabriela no la conozco, pero te he oído hablar de ella y sé que es un niña lista y muy valiente. Y está con sus padres; por muy mal que estén entre ellos, no le harán daño.

—Sé que físicamente no le sucederá nada malo, pero no soporto que viva con esas discusiones y esos reproches flotando constantemente a su alrededor. Nos llamamos con frecuencia y voy a verla siempre que puedo, pero no basta.

—Eres un buen hermano, José Antonio. —Volvió a tocarle la rodilla y él apartó las manos de la cara para mirarla.

—Ahora tal vez, pero no siempre lo he sido. Le fallé a Sebastián, no supe estar a su lado. Si mi hermano hubiese sabido que de verdad podía confiar en mí, me habría pedido ayuda y no habría desaparecido en medio de la noche. Por eso cuido tanto a Gabriela, no voy a cometer el mismo error otra vez.

—Me parece que eres demasiado exigente contigo mismo.

Con la mirada, él le dejó claro que no lo creía y se levantó para ir a la cocina en busca de un vaso de agua. Lo llevó hasta el sofá y se lo ofreció a Alexia, dando el tema anterior por zanjado.

—Bebe un poco. —Esperó a que ella dejase el vaso para volver a hablar—. ¿Te apetece ir a cenar conmigo mañana?



—Claro.

—¿Paso a recogerte a las nueve?

José Antonio se había puesto las manos en los bolsillos después de pasárselas de nuevo por el pelo. Estaba nervioso, impaciente por llamar a su padre y comprobar que la preocupación de Gabriela era infundada. Hablar con Alexia de sus padres le había alterado. Él jamás hablaba de sus sentimientos, no sabía cómo hacerlo y se sentía demasiado expuesto. La única persona con la que en alguna ocasión había intentado ser él mismo había sido con su hermano y este no tuvo ningún reparo en desaparecer en medio de la noche sin decirle nada. Sebastián se había ido sin despedirse, sin darle la menor explicación, y le había dejado sintiéndose como un estúpido por haberle contado sus temores y sus preocupaciones. La segunda persona con la que se estaba atreviendo a ser sincero era Alexia y ella podía hacerle mucho más daño que su hermano si lo traicionaba.

—Perfecto.

José Antonio asintió y se dirigió hacia la puerta. Oyó un ruido a su espalda seguido por unas pisadas y un segundo más tarde notó la mano de Alexia en su antebrazo.

—Espera un segundo —susurró ella.

Él se detuvo y se giró despacio. Alexia le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas. Los labios le rozaron los suyos y detectó el olor a menta de la pasta de dientes. Jamás le había parecido sensual hasta ese momento.

Un beso suave y mentolado.

—Gracias por quedarte.

—No me las des.

Había intentado irse de allí sin besarla porque no sabía si sería capaz de contenerse si la tocaba. Ahora sabía la respuesta: no lo era. Le sujetó el rostro con las manos y con la fuerza de los labios separó los de ella para besarla del modo que necesitaba. Era una locura y la sentían los dos. Alexia se pegó a él y le devolvió el beso con igual o más intensidad. La lengua de José Antonio la sedujo y no se detuvo hasta que la obligó a suspirar y un temblor empezó en lo alto de su espalda y viajó por todo su cuerpo.

Entonces la soltó, casi tan de repente como había empezado aquel beso, y la miró con ojos negros iridiscentes.

—Vendré mañana —se despidió con voz ronca, y, cuando desapareció tras la puerta, Alexia se apoyó en ella y se dejó caer al suelo.

Las piernas no podían sujetarla después de ese beso y de esa mirada.

José Antonio no llamó a su padre. Iba a hacerlo, debería haberlo hecho, pero no lo hizo. Y si hubiera sabido cómo iban a desarrollarse los hechos, lo habría hecho.

Abandonó el apartamento de Alexia preocupado tanto por la conversación que había mantenido con su hermana Gabriela como por la que minutos más tarde había tenido con Alexia. Tampoco podía dejar de pensar en el beso, o peor incluso, no podía dejar de sentirlo. Él no estaba acostumbrado a sentir con tanta intensidad y una parte suya prefería no hacerlo. Otra quería liberarse de restricciones y dejarse llevar por esas emociones que Alexia le estaba despertando.

No la había llamado durante varios días, pero no había dejado de pensar en ella ni un segundo. Se la había imaginado en su apartamento al llegar a casa, cansado después de las clases y del trabajo; la había visualizado a su lado, de pie en la cocina, preparando la cena, y tumbada en la cama entre sus brazos.

Esa tarde, antes de dejarla con ese último beso, le había contado que el matrimonio de sus padres hacía años que era una farsa, una realidad que hasta ese momento él solo había dicho en voz alta en soledad; le había confesado que se sentía responsable de Gabriela y que tenía remordimientos por no haber apoyado a Sebastián.

Con sus compañeros de facultad, José Antonio solo compartía historias de clase, chistes o anécdotas sin demasiado sentido. Con las mujeres con las que había mantenido una relación había hablado de cine y de teatro, de música y de libros, pero nunca de él mismo y de su pasado, o de las dudas que cuestionaban su futuro a diario.

Las decisiones que había tomado a lo largo de su vida le habían llevado hasta allí; había sacrificado cualquier amistad durante la adolescencia en pro de los estudios, había decidido dejar a su hermana en Cádiz con sus padres y estudiar medicina en Madrid. Había tomado esas decisiones objetivamente, había analizado los pros y los contras, igual que hacía siempre. Con quince años, había castigado a su hermano mayor basándose únicamente en sus emociones y en la insistencia de su madre. Y había cometido un error. Con dieciocho años, volvió a cometer el mismo cuando confió en Sebastián y le habló de sus dudas sobre el futuro y cuando intentó pedirle perdón y este reaccionó desapareciendo al día siguiente.

La razón no podía explicar el nudo que sentía ahora en el estómago ni el peso que le oprimía el torso. Tenía veinticuatro años y nunca había contemplado la posibilidad del amor; requería una confianza que él no se veía capaz de sentir, y, sin embargo, por Alexia la sentía.

Caminó por la calle perdido en sus pensamientos con las manos en los bolsillos. Cuando llegó a su apartamento se perdió en los libros de medicina para alejarse de lo que no entendía.

Alexia se quedó en el suelo hasta que sintió que las piernas le reaccionaban y entonces se puso en pie y volvió a acostarse en la cama. Se tumbó boca arriba; el dormitorio y el piso entero estaban en silencio y los sonidos del beso de antes todavía resonaban por las paredes. Pensó en sentarse y dibujar un rato, tal vez así los latidos de su corazón se recuperarían, pero lo descartó porque terminaría dibujando los ojos de José Antonio al irse.

Esos últimos días, Alexia no había podido sacudirse de encima un mal presentimiento. Cada vez que intentaba disfrutar del momento y dejarse llevar por aquella maravillosa euforia, una vocecita en su mente le susurraba que tuviese cuidado, que José Antonio, igual que Rubén, le había pedido que ocultase su relación. Sintió un escalofrío y se tapó con la sábana. Le hubiera gustado poder decir que cuando besó a Rubén por primera vez no sabía que estaba casado, pero no sería cierto. Lo sabía, él mismo lo había dicho al presentarse en la primera clase. La historia del *affaire* era tan sórdida como previsible. Alexia apretó los dientes para contener las arcadas.

Rubén era profesor adjunto de la Facultad de Bellas Artes, impartía algunas clases mientras trabajaba en el doctorado. Se había casado dos años antes con la hija de un famoso y no muy respetado, pero sí rico, crítico de arte. Ella, su esposa, tenía una galería. Rubén fue encantador con toda la clase, pero con Alexia fue especial. Se acercó a ella el primer día y le dijo que tenía talento, que sus dibujos hablaban a los sentimientos de la persona que se detenía a mirarlos.

La seducción de Rubén fue magistral: recurrió a todos los tópicos; le dijo lo solo que se sentía con su esposa, lo incomprendido que estaba. Le juró que había intentado resistirse a la atracción que ella, Alexia, le despertaba, pero que era superior a sus fuerzas. Alexia se dejó conquistar en contra de sus propios consejos. Podría encontrar multitud de excusas que la justificasen: él era un hombre mayor y la sedujo; ella se sentía sola porque su hermana nunca le contaba nada y apenas había hecho amigas; era el primer hombre que le decía que necesitaba tocarla para seguir respirando.

En cuanto Rubén se la llevó a la cama, todo cambió. Durante unas semanas mantuvo el juego de la seducción, pero no tardó en cansarse y demostrar su verdadera personalidad. Rubén estaba enamorado de la seducción, le excitaba conseguir lo imposible; la hija de un famoso crítico, una alumna, la secretaria del decano... Y una vez que lo conseguía, se aburría y solo volvía a encapricharse de ese objeto o persona descartada si estaba solo y necesitaba sentirse importante, bien consigo mismo.

Alexia lo comprendió todo una noche, cuando Rubén, aburrido con ella, contestó el teléfono y le cambió la voz y el rostro al hablar. Le había llamado una mujer y a *ella* le estaba hablando como a Alexia antes de convertirse en amantes. Alexia rompió la relación esa misma noche, antes de que Rubén se fuese del piso en busca de la desconocida del teléfono, pero a él no pareció importarle demasiado y tampoco

se lo tomó muy en serio. Rubén volvió en varias ocasiones y Alexia le dejó volver, hasta que meses atrás se vio un día en el espejo y no le gustó lo que vio. Se sintió avergonzada de sí misma y tuvo que apartar la mirada.

En esta ocasión, Rubén sí la tomó en serio. Debió de ver en sus ojos que ella por fin lo veía tal como era, pensó Alexia. La insultó y le dijo que se arrepentiría y, como era de esperar, le aseguró que cuando ella quisiera volver, tendría que ganárselo.

Mentiría si dijera que no temía que eso fuese a suceder.

Las consecuencias de su relación con Rubén también llegaron a la facultad. A pesar de que ella no se lo contó abiertamente a nadie, los susurros y las miradas que de vez en cuando le lanzaban por el pasillo eran más que evidentes. Por suerte, se iban desvaneciendo, gracias al nuevo encaprichamiento de Rubén y a la discreción de Alexia.

Esa etapa de su vida había quedado atrás; las relaciones secretas habían quedado atrás. El único motivo por el que José Antonio le había pedido que no le contase a Cecilia ni a nadie de Cádiz que se estaban viendo era evitar las especulaciones de su madre. Y solo sería temporal.

José Antonio la había besado en medio de la calle. José Antonio la rodeaba con el brazo y caminaba a su lado a plena luz del día.

Le pesaron los párpados y poco a poco se quedó dormida.

Era viernes. A José Antonio, esa mañana le había tocado estar en urgencias del Gregorio Marañón, y de momento era un día tranquilo. Había pensado varias veces en Alexia y en la cena de esa noche. Estaba tan impaciente que miraba el reloj cada dos minutos en un intento de acelerar el paso del tiempo. Sonreía, circunstancia que no había pasado por alto a sus compañeros, y las cosas que normalmente le molestaban o le preocupaban le parecían invisibles esa mañana.

Las sirenas estridentes de dos ambulancias, no, de tres, le hicieron reaccionar y salir de inmediato de esa nube de felicidad. Corrió hacia la puerta de urgencias antes de que uno de los médicos encargados del MIR ordenase a gritos que lo hicieran.

—Ha habido un accidente —oyó que decía un enfermero—. Un choque en uno de los túneles.

—Un autobús escolar y varios coches —añadió otra voz.

A José Antonio se le heló la sangre y aceleró el paso. Llegó a la entrada y tiró de la primera camilla que salía de una de las ambulancias. Era una niña de unos doce años, igual que su hermana Gabriela. Le habían puesto una mascarilla para ayudarla a respirar y tenía el cuerpo quemado y una herida que no dejaba de sangrar en la frente.

Durante un instante se quedó paralizado. Esa podía ser Gabriela. La niña de la camilla tosió y gimió de dolor, y José Antonio salió de su estado de estupefacción y se puso a trabajar. Llevó la camilla a uno de los boxes de urgencias y le curó la herida mientras al mismo tiempo inspeccionaba visualmente el cuerpo de la pequeña en

busca de más, y empezó a hablarle. Le contó que él tenía una hermana tan guapa y tan valiente como ella. La auscultó. El ruido de los pulmones no le gustó y la llevó a la sala de radiografías. Allí se ocupó de ella otro médico y José Antonio corrió a ocuparse de otro de los heridos en el accidente. Eran muchos; las camillas inundaban ahora los pasillos de la planta, el olor a humo se había pegado a la ropa y al ambiente, y el sonido del dolor no desaparecía.

Pasaron horas, el personal médico del hospital atendió sin cesar a las víctimas de esa desgracia hasta el último minuto. José Antonio había perdido la cuenta de las desgracias que había presenciado; en su interior no dejaba de repetirse lo que algunos de sus profesores les habían aconsejado: no dejéis que os afecte el dolor o la pérdida o no podréis hacer vuestro trabajo. Lo intentó, intentó ponerse esa coraza de distanciamiento y buscar la objetividad, y quizá lo logró durante algunos minutos. Salió del quirófano donde habían estado operando a una de las últimas víctimas. Estaba exhausto, y al ver el reloj de la pared comprendió por qué. Eran las diez de la noche, la primera ambulancia había llegado a las ocho de la mañana y todavía quedaban heridos por atender.

—Vete a casa un rato, José —le dijo el doctor Valero deteniéndose a su lado. El hombre, que estaba tan agotado como él, apoyó la espalda y la cabeza en la pared y cerró los ojos—. Duerme y vuelve mañana a primera hora; no sirves de nada en este estado.

José Antonio movió los hombros hacia atrás y estiró los brazos con las manos entrelazadas.

—Esta mañana he atendido a una niña, tendría unos doce años.

El doctor Valero asintió y arqueó una ceja sin abrir los ojos.

—¿Sí?

—La dejé en la sala de radiografías —siguió José Antonio—. ¿La has visto?

—Creo que sí. —Se apartó de la pared y se apretó el puente de la nariz—. ¿Tenía una herida en la ceja?

—Sí, la misma —le confirmó José.

El rostro del doctor Valero, un hombre afable de cuarenta años con una profunda vocación, se vació de emoción antes de mirar al que era uno de sus alumnos preferidos y un joven al que admiraba.

—Ha muerto.

El doctor Valero le explicó brevemente las complicaciones que había sufrido la pequeña; le aseguró que habían hecho todo lo posible para salvarla, pero José Antonio no oyó nada. Empezó a andar y salió del hospital.

Caminó por las calles de Madrid sin fijarse por dónde iba. Al detenerse en un semáforo, vio que la señora que tenía al lado lo miraba de un modo extraño y se percató de que todavía llevaba puesta la bata blanca. Se la quitó furioso y la lanzó a la basura que milagrosamente había también en esa acera. La brisa nocturna le erizó la piel, hacía un poco de frío y él se había dejado la cazadora en el hospital, junto con el

resto de sus pertenencias. Le dio igual. Había leído multitud de artículos sobre cómo afrontar la primera muerte en su trabajo, cientos de ellos, pero ninguno mencionaba ese dolor mordiéndole el alma, las ganas de gritar como un poseso o de ponerse a llorar, o de darle una paliza a alguien. Salió del hospital sin rumbo fijo pero con un objetivo: detener el dolor y el odio que estaba creciendo en su interior. El dolor lo esperaba, no sabía qué hacer con él pero lo esperaba, pero el odio no. Odiaba al mundo en general, a los padres de esa niña por haber elegido esa ruta esa mañana y no otra distinta, a la constructora del puente, a los conductores de los otros coches, al universo, a sí mismo. Alguien tenía que hacerse responsable de la muerte de esa niña. El doctor Valero no podía tener razón; el mundo era una absoluta mierda si una niña de doce años moría en la mesa de un quirófano y todos se exculpaban diciendo que «habían hecho todo lo posible».

Sus ojos enrojecidos por la rabia y las lágrimas que se negaba a derramar por absurdas reconocieron el portal y trepó por la escalera. Golpeó la puerta y llamó al timbre al mismo tiempo. Esa hoja de madera le molestaba, se interponía en su camino.

Alexia abrió la puerta; tenía el cejo fruncido y los labios apretados como si estuviese muy enfadada, pero en cuanto vio el rostro y la mirada de José Antonio la de ella se descompuso.

—Alexia —susurró su nombre un segundo antes de abrazarla con todas sus fuerzas. Necesitaba sujetarse a ella para no ahogarse en la tormenta de dolor y de rabia que lo estaba sacudiendo por dentro.

—Tranquilo, tranquilo, estoy aquí.

Alexia se asustó al ver que José Antonio temblaba tanto y aparcó en su mente las preguntas que quería hacerle para abrazarlo y darle el apoyo que necesitaba. No sabía qué le había sucedido, pero tenía la piel helada y la mirada ardiente y Alexia supuso que tenía que ser algo grave y profundo. Le acarició la espalda con una mano y con la otra la nuca, él se estremeció y no la soltó, hundió el rostro en el cuello de ella y respiró profundamente. Cada bocanada de aire parecía dolerle y apretaba la mandíbula con obstinación.

José Antonio no podría contener durante más tiempo la rabia, la frustración, el dolor y la necesidad de sentir que estaba vivo y que no era un monstruo sin alma al que le estaban desgarrando la piel para llegar a la superficie.

—Solo podía pensar en ti, cuando me ha dicho que la niña había muerto; solo podía pensar en ti —le confesó entonces sin moverse ni un centímetro.

—¿Qué niña?

José Antonio soltó el aire por entre los dientes, erizándole la piel a Alexia, antes de responder.

—No sé su nombre. —Apretó los dedos en la espalda de ella—. Ni siquiera sé su nombre. Oh, Dios mío.

—No pasa nada, no pasa nada.

Dio un paso hacia atrás sin dejar de abrazarlo y él la siguió instintivamente.  
—No me sueltes, Alexia. No me sueltes nunca.

—No voy a soltarte. —Esperó unos segundos y siguió acariciándole despacio, susurrándole al oído que ella estaba a su lado. Después, cuando pensó que le respiración de José Antonio era regular, intentó apartarse un poco—. Voy a cerrar la puerta.

Él levantó la cabeza y la miró aturdido, incluso confuso.

—¿Qué?

—Voy a cerrar la puerta —repitió Alexia en voz baja—. ¿Por qué no entras y te sientas en el sofá? O, si lo prefieres, puedes tumbarte en la cama —sugirió sonrojada cuando ya estaba de espaldas a él echando el cerrojo.

José Antonio no se movió de donde estaba y esperó a que Alexia volviese a darse media vuelta. Ella le cogió de la mano y tiró de él hacia el comedor. Se detuvo ante el sofá y lo empujó levemente con un dedo para que se sentase. Un gesto insuficiente para un hombre de la altura de José Antonio, pero estaba tan aturdido que se dejó caer contra los cojines floreados. Ella iba a apartarse cuando él la sujetó por la muñeca y se lo impidió.

—Solo voy a la cocina a por dos vasos de agua.

Él levantó la cabeza que hasta entonces había mantenido agachada y buscó la mirada de Alexia.

—No te vayas. No quiero agua. —Tenía la voz ronca, rasposa como los cristales rotos y le costaba tragar—. No te vayas.

Alexia notó que el corazón le subía por la garganta. Ella no estaba preparada para esa intensidad, la asustaba mucho más que lo que la había asustado mantener una relación con un hombre casado; sin embargo, sus pies se negaron a moverse y se sentó en el sofá junto a José Antonio.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Ahora que la tenía a su lado le soltó la muñeca, pero entrelazó los dedos con los de ella y fijó la mirada en las manos de ambos. La de Alexia se veía firme, la suya seguía temblando.

—Ha habido un accidente —empezó distante—. No conozco los detalles, tal vez me los han contado pero ya los he olvidado. —Sacudió la cabeza y apretó durante un instante la mandíbula hasta hacerla temblar—. Hoy me tocaba estar en urgencias y han empezado a llegar ambulancias.

Se quedó en silencio, sujetaba la mano de Alexia entre las dos suyas. Ella no dijo nada, siguió sentada a su lado y esperó.

—He atendido a una niña, tenía una herida en la ceja y se la he limpiado. Me ha recordado a Gabriela, pero no le he preguntado su nombre. —Tembló y Alexia se olvidó de la distancia que estaba intentado mantener y le acarició el pelo de la nuca con la mano que tenía libre—. La he llevado a la sala de radiografías y he ido a atender a otra víctima. Le he dicho que todo saldría bien.



—José Antonio.

—Creía que era verdad. Te lo juro. No me habría apartado de su lado si hubiera visto que iba a empeorar tan rápido.

—Lo sé.

Él se giró de repente y la miró con los ojos inyectados en sangre.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —afirmó ella, rotunda, aguantando esa mirada llena de odio y resentimiento. ¿La estaba culpando a ella de algo?

José Antonio apartó de nuevo el rostro.

—Me he olvidado de ella, ¿sabes? Me he puesto a trabajar y me he olvidado de todo; de esa niña, de que teníamos una cita —añadió con desprecio hacia sí mismo—. De todo. Me he acordado de la niña horas más tarde.

—¿Por qué te estás haciendo esto, José Antonio? ¿Te sentirás mejor si te pones furioso conmigo?

—Estoy furioso —farfulló—. Tendría que haber hecho algo más. Nunca hago lo suficiente.

Él tenía la cabeza agachada, el mentón casi le rozaba la tela del jersey que llevaba, gris con un ribete verde alrededor del pico en forma de uve. Tenía las manos entrelazadas y los brazos tan tensos que le temblaban. Al llegar, ella le había abrazado, convencida de que eso era lo que él necesitaba, pero ahora no sabía qué hacer. La curiosidad que había sentido por él de pequeña le había convertido en un residente fijo de su memoria y cuando lo vio tres años atrás en el metro sintió el innegable magnetismo de la atracción física. Pero no había vuelto a verlo desde entonces y lo que había sucedido entre ellos dos en esas últimas semanas, desde que habían vuelto a encontrarse en el parque, se propagaba como el fuego por dentro de ella. Nunca había sentido nada parecido por nadie y no se fiaba de sus instintos.

Le habían fallado demasiadas veces.

—No puedo ni imaginarme tu trabajo, José Antonio —se atrevió a decirle, acercándose un poco más a él—. Y no puedo decirte si hiciste lo correcto o si podrías haber hecho algo más. —Vio que él aflojaba un poco los dedos, un gesto casi imperceptible que a Alexia no le pasó por alto: la estaba escuchando—. ¿Por qué quieres ser médico?

José Antonio volvió a apretar las manos y zarandeó la cabeza.

—No puedo ser otra cosa. Nunca he querido ser otra cosa.

Esa respuesta revelaba más por su brevedad que por sus palabras. No había terminado. José Antonio estaba buscando cómo continuar y Alexia esperó acariciándole el pelo de la nuca. Él le despertaba la hasta entonces desconocida necesidad de reconfortar a otra persona, de encontrar la manera de borrar la preocupación y la tristeza de su alma.

—Odio aceptar lo inevitable —siguió sin mirarla, con el cejo fruncido y los ojos fijos en sus nudillos—. No sé rendirme, y odio con todo mi ser sentirme impotente.

—Su voz desprendía la certeza que solo posee quién habla de lo que ha experimentado—. No sé cuándo sucedió exactamente ni cómo, pero recuerdo que estaba en mi antiguo dormitorio, aquí en Madrid, antes de mudarnos a Cádiz. Vivíamos en un piso muy pequeño con paredes de papel, podía oír las discusiones de los vecinos, y las de mis padres. —Soltó las manos y se frotó la frustración y el cansancio—. Decidí que tenía que estudiar medicina, que así todo tendría más sentido, que encontraría la manera de detener o impedir tragedias inevitables. —Apartó las manos del rostro—. Suena estúpido y presuntuoso.

La miró justo entonces y Alexia pensó que jamás había visto a nadie tan carente de presunción como el hombre desencajado que tenía delante. A ella le costó tragar, el corazón le entorpecía la garganta. No sabía qué hacer con tanta sinceridad, y una parte de ella no acababa de creérsela.

—Suena a que estás cansado —dijo al fin, cuando encontró la voz.

José Antonio enarcó una ceja y los ojos negros intentaron colarse de nuevo en los castaños de ella, pero Alexia no se lo permitió y él se dio por vencido. Se frotó de nuevo el rostro y se apretó el puente de la nariz.

—Sí, lo estoy. —Se echó hacia atrás y descansó la cabeza en el respaldo del sofá con los ojos cerrados—. Siento haber venido aquí de esta manera y siento haberme olvidado de que teníamos una cita —dijo, sorprendiéndola.

—No te preocupes. —Alexia se puso de pie porque no podía seguir a su lado y se balanceó nerviosa sobre los talones—. Estoy acostumbrada a que me den plantón, y no por un motivo tan noble como el tuyo.

José Antonio abrió los ojos y movió el cuello hasta dar con ella.

—¿Lo dices en serio? Dios, lo siento —se apartó del respaldo y entrelazó las manos encima de los muslos.

—No pasa nada. No tendría que haber dicho eso. —Se dirigió arrepentida a la cocina y abrió el grifo del agua—. Ha sido una frase muy poco acertada —farfulló en voz baja.

Alexia limpió la taza que había dejado antes en el fregadero y la dejó secándose encima de un trapo. El gesto rutinario le recordó que apenas una hora antes estaba furiosa con el mismo hombre que ahora la tenía tan alterada. En su mente le había insultado y había dado por terminada su incipiente relación; le había clasificado de grosero y mentiroso y se había dicho a sí misma que le daba igual no volver a verlo nunca más.

Pero él había llegado con los ojos rojos por lágrimas que se había negado a derramar por una niña pequeña —de la misma edad de su hermana— que había muerto en el hospital. Él había salido del trabajo, exhausto y abatido, y había ido a verla. A ella. Le había dicho que la necesitaba, le había susurrado pegado al oído que solo ella podía ayudarlo.

Le resbaló el vaso que estaba limpiando y se rompió al golpear el fregadero.

—Mierda.

Se cortó al coger los trozos de cristal y metió instintivamente la mano bajo el chorro de agua.

No le oyó levantarse del sofá ni andar por el breve pasillo, y tampoco detectó que entrase en la cocina. Sintió directamente que se le erizaba la piel, empezando por la mano con el corte que sujetó él con cuidado y terminando por la punta de los dedos de los pies.

—Déjame a mí. —Movió la mano de Alexia bajo el agua e inspeccionó la herida con cuidado. Después la apartó y la cubrió con una servilleta blanca que había encima de una cesta de mimbre—. ¿Dónde tienes el botiquín?

—En el segundo armario —susurró.

José Antonio dejó la mano de Alexia envuelta en la encimera. Cerró el grifo y abrió el armario que ella le había señalado con la mirada. Sacó una caja metálica de color blanco con una cruz roja y apartó las tijeras y unas vendas en busca del líquido antiséptico y unas tiritas. Cuando lo encontró, cerró la cajita y curó la herida de Alexia sin decir nada. Era un silencio agradable, pero Alexia creía poder oír los latidos de su corazón en la diminuta cocina.

Él no le soltó la mano, acarició la tirita con el índice y después entrelazó los dedos con los de ella. Soltó el aliento por entre los dientes y vació la mente de todo excepto de Alexia; estaba tan alterado por lo que había sucedido en el hospital y por los recuerdos que lo habían asaltado tras aquella conversación, que ella era lo único que parecía tener sentido.

Alexia tenía la cabeza agachada; antes le había acariciado la nuca y se había sentado a su lado, pero algo la había hecho levantarse y alejarse. José Antonio no sabía qué había sido, pero la distancia que estaba creando Alexia iba más allá de lo físico, y, aunque fuera inexplicable, le dolía. Levantó despacio la mano que tenía libre y colocó dos dedos bajo el mentón de Alexia para alzarle el rostro y encontrar su mirada.

Ella notó el pulso y a la vez algo inseguro de los dedos de José Antonio en la barbilla y no pudo evitar morderse el labio inferior. Buscó los ojos negros de él. Tal vez si los veía taimados y fríos le resultaría más fácil entenderlo. Pero no lo estaban; brillaban con un fuego cálido sin que él hiciese nada para evitarlo.

—Alexia —suspiró su nombre.

Ella, igual que él había hecho antes, buscó tocarlo y colocó la mano en su cintura. José Antonio exhaló e inhaló lentamente, el torso bajó y subió sin que él dejase de mirarla. Las llamas de los iris chispearon y unas motas rojizas se fundieron. Empezó a agachar la cabeza, detuvo los labios encima de los de Alexia y sintió que la piel de su boca acariciaba suavemente la de ella. Intentó estar quieto, incluso retirarse, pero necesitaba recuperar el sabor de Alexia, tener su aliento mezclado con el suyo, guardarse uno de los suspiros de ella bajo la piel, y solo podía tener todo eso con un beso.

Movió la lengua despacio, alargando el placer de esa dulce tortura, dejando que la

presión que le impedía respirar cuando estaba cerca de ella le atenazase, consintiendo que el corazón se le acelerase y amenazase con salirse del pecho. Ella tenía que devolverle el beso, tenía que sentirla temblar aunque fuese un segundo y entonces la besaría como necesitaba realmente.

Alexia apretó los dedos que tenía en la cintura de José Antonio y se humedeció el labio que él estaba besando.

«Por fin».

José Antonio extendió los dedos que tenía en el rostro de ella para sujetarlo y besarla profundamente. Los dientes tropezaron con los de ella y, probablemente por primera vez en la vida, no intentó contenerse y dejó que sus labios expresasen lo que su mente, y el resto del cuerpo, tenían que contener de momento.

Que la necesitaba.

Que no sabía qué le estaba sucediendo con ella, pero que iba a averiguarlo. A ella le contaría toda la verdad, poco a poco, sí, pero no le ocultaría nada.

Alexia respondió al beso, tiró de la cintura de José Antonio y lo atrajo hacia ella. Plantó cara a la pasión de él con la suya igual de sincera y le entregó las caricias y los suspiros que él tanto necesitaba. Y su sabor, ese sabor que iba extendiéndose por todo el cuerpo de José Antonio, impregnándole los pulmones, colándose por los poros de su piel y circulando espeso por sus venas.

—Alexia —gimió. Tenía que apartarse de ella ahora que todavía era capaz de hacerlo—. Alexia.

Un último beso suave en los labios. El último, se prometió.

Ella no le dejó cumplir la promesa cuando se puso de puntillas y buscó sus labios.

—Dios, no —farfulló José Antonio dando un paso hacia atrás. Apretó con cuidado la mano herida de ella y la miró a los ojos. Los dos tenían los labios húmedos y la respiración entrecortada—. Será mejor que me vaya.

No se soltaron, ni siquiera lo intentaron.

—No.

La negación de Alexia detuvo el pulso de José Antonio.

—¿No?

—No. Quédate aquí. Es tarde y estás muy cansado... y no quiero que te vayas —confesó con un ligero temblor en el mentón y la mirada decidida.

José Antonio la miró, le acarició el pómulos con el pulgar que seguía en el rostro de ella y bajó la voz como si las palabras dichas en voz alta fueran a entrometerse entre ellos.

—¿Estás segura?

Alexia iba a decirle que no, probablemente se lo habría dicho si los latidos de su propio corazón no hubiesen estado resonando en su cabeza o si sus pulmones hubiesen sido capaces de coger aire. ¿De verdad estaba dispuesta a arriesgarse de esa manera?

Asintió, las emociones la abrumaban, pero por encima de todas estaba la

necesidad de averiguar por qué José Antonio era tan diferente, por qué se estaba convirtiendo en parte de ella en tan poco tiempo. Tiró de las manos que tenían entrelazadas y caminó hacia el dormitorio. Encendió la luz y aquel entorno tan suyo la reconfortó: los cuadernos, las tazas llenas de lápices, pinceles y rotuladores.

—Ponte cómodo. —Aflojó los dedos, y, cuando los recuperó, se apartó un mechón de pelo de la cara—. Vuelvo enseguida.

No esperó a que él le contestase, se dirigió al baño y oyó que él se sentaba en la cama. Tardó unos minutos, se plantó frente al espejo del baño y buscó en su propia mirada alguna explicación. No la encontró. Optó por lavarse los dientes y quitarse los pendientes. Los dejó en un platito rosa de porcelana junto a su colonia y volvió a dormitorio.

José Antonio estaba tumbado en la cama, tenía un brazo doblado bajo su nuca a modo de almohada y el otro extendido junto al cuerpo. Se había quitado los zapatos y el jersey, pero se había quedado con los vaqueros, los calcetines y una camiseta blanca. Los ojos cerrados no temblaban bajo los párpados y la respiración era pausada. Alexia notó que se le anudaba más el estómago; él parecía estar recuperando cierta paz. Y lo había logrado ella dejándole entrar un poco más en su vida, siendo sincera.

—Ven. —La voz ronca de José Antonio se abrió paso por la tenue luz del dormitorio y acarició a Alexia.

Ella avanzó despacio, tal vez si aceleraba el paso él desaparecería en el aire o se convertiría en un monstruo. Se sentó en la cama y lo miró. Él levantó la mano y le acarició el rostro también fascinado e incrédulo. A los dos les estaba costando mucho asumir que estaban allí juntos, compartiendo esa parte tan íntima de sus almas.

Alexia movió el rostro en busca de la caricia de la palma de José Antonio y se tumbó despacio a su lado. Le rodeó la cintura con un brazo y el otro lo encajó entre su torso y el de ella. La mejilla descansó en el hombro de él podía notar el calor que desprendía la piel bajo el algodón e inhaló poco a poco. Él le acarició el pelo y la espalda con delicadeza, cada movimiento más lento y tembloroso que el anterior, hasta que la abrazó y ambos se quedaron dormidos.

## ÉL

Abro los ojos porque tengo que asegurarme de que no es un sueño. El cansancio físico y emocional me venció anoche, pero ahora necesito saber que Alexia está entre mis brazos de verdad. Las horas que pasé en urgencias, la muerte de esa niña dolorosamente parecida a Gabriela, el impulso que me obligó a cruzar medio Madrid en busca de Alexia para preguntarle si le parecía un monstruo, convirtieron el día de ayer en uno de los más complicados de mi vida.

Tarde o temprano voy a tener que tomar una decisión respecto a mi hermana Gabriela, no puedo seguir confiando en que ella va a estar bien en mi ausencia. Maldita sea, no quería pensar en eso ahora. No quiero que esos malos recuerdos se interpongan ante la preciosa mujer que tengo en mis brazos. Me niego a que también me arrebaten este momento. Giro el cuello hacia su rostro y sonrío despacio. Recuerdo el día que la vi por primera vez: yo tenía quince años y ella doce. Los dos estábamos en medio del pasillo del colegio de Cádiz. Ella, la hija pequeña del empresario del que todo el mundo hablaba; yo, el hijo de la cocinera del colegio y del chófer que llevaba a su padre. Hasta aquel momento nunca me había sentido inadecuado, distinto a otra persona, pero cuando vi a Alexia y su coleta negra balanceándose junto a la puerta de mi clase, pensé que era la cosa más bonita que había visto nunca. Ella estaba allí hablando con su hermana Cecilia, una chica lista y agradable que siempre me dejó indiferente. Alexia se apartó para dejarme pasar y me sonrió.

Y mi corazón, un órgano al que siempre había ignorado y que nunca había aprendido a hacer funcionar, latió en ese momento. Fue un latido distinto, intenso, y que solo me provoca ella.

Evidentemente no le hice el menor caso, o, mejor dicho, me asusté y lo negué, pero siempre que veía a Alexia por los pasillos el latido reaparecía. La vi cumplir trece años, y catorce, y también quince. Y nunca le dije nada, hasta la noche que recogí el diploma de la beca. La beca que pagan los padres de ella y que me ha permitido convertirme en médico.

No sé si el destino ha querido torturarme o me ha hecho un favor no dejando que volviese a encontrarla hasta ahora. Si esa tarde en el metro hubiésemos salido a pasear juntos, tal vez Alexia no habría mantenido esa relación con Rubén —aprieto los dientes para contener la rabia—, sin embargo, ahora yo estoy a punto de terminar la carrera y ella dejará de ser la hija del hombre que paga mis estudios. Suspiro y le acaricio la piel del brazo. Alexia lleva una camiseta de manga corta y me ha convertido en adicto al roce de su piel.

Tal vez no debería importarme tanto que la empresa familiar de Alexia esté

financiando mis estudios, pero no puedo evitarlo. Cuando la miro, no quiero volver a sentirme como ese niño de quince años en ese pasillo, indigno de acercarse a la princesa del cuento.

Le cambia la respiración, mueve despacio el rostro y la parte de su melena que me cubre el torso dibuja una silueta distinta. El mechón violeta se escapa por entre el pelo negro de Alexia y encuentra un lugar en mi camiseta. Todavía no me ha dicho qué significa, o si no significa nada.

Muevo la mano izquierda con cuidado de no despertarla, pero Alexia vuelve a mover la cabeza y apoya el mentón en mi pectoral unos segundos. Parpadea y sus ojos intentan acostumbrarse a la media luz que nos rodea.

Le acaricio el rostro antes de que pueda decir nada.

—Hola —susurro.

—Hola.

Me sigue mirando y me sonrío, creo que sin darse cuenta, así que levanto la cabeza y capturo sus labios. No sé si iba a besarla, pero de repente ha sido lo único que ha tenido sentido y que he necesitado hacer. Ella separa los labios al sentir los míos y su tímido aliento me acaricia el rostro.

Es la primera vez en mi vida que pierdo el control.

Me arrancaría la piel si pudiera. Me doy cuenta de que Alexia está debajo de mí y no al revés cuando dejo de besarla para coger aire. La he tumbado yo, todavía tengo las manos en sus brazos; flexiono los dedos para contener el temblor y mis rodillas están firmemente apoyadas en el colchón.

—Alexia... —Debería disculparme, decirle que lamento haberme precipitado, pero ella se humedece el labio inferior y me besa.

Ese beso es lo único que me importa. Y el siguiente. Y el siguiente. Sus manos, en mi espalda, descienden hacia abajo y tiemblan un instante antes de tirar del extremo de mi camiseta. Me quedo sin aliento al notar las yemas de los dedos de Alexia en mi piel y la beso con fuerza antes de apartarme. No sé si tenía intención de preguntarle si estaba segura o si iba a pedirle que se detuviera un segundo, pierdo la capacidad de pensar cuando Alexia me mira y susurra mi nombre.

No es oír mi nombre lo que me eriza la piel, sino cómo suena cada letra en sus labios. Me he pasado años helado, escondido tras un vacío de mi propia creación, y en tan solo unos días Alexia se ha metido dentro de mí.

La camiseta se desliza por mi espalda y después por mis hombros. Se detiene en mi cuello y me obliga a dejar de besar a Alexia. Ella me mira, se para y sus pupilas brillan desmesuradas en medio de su precioso rostro.

Es tan bonita.

—Alexia.

Ella me sonrío y no consigue ocultar el temblor que le sacude el labio inferior. A pesar de la fuerza de sus besos, de las manos con las que me ha quitado la camiseta, no es tan atrevida. El corazón me da un vuelco.

—¿Puedo volver a besarte? —le pregunto.

Asiente y yo descendo lentamente. Suspiro junto a sus labios, ella los separa y nos besamos despacio. Alexia levanta las manos de mi espalda, durante unos segundos no las siento encima de mí y entonces las noto en mi pelo. Los dedos se enredan entre los mechones que llevo demasiado largos y siento la caricia extendiéndose por mi cuerpo. Que me toquen el pelo nunca me ha afectado, hasta ahora. Dejo de besarla y escondo el rostro en su cuello, su perfume se mete dentro de mí y abro los ojos para separarme un poco.

El mechón púrpura.

Apoyo mi peso en la mano izquierda y levanto la derecha de la sábana. Le acaricio el rostro. Alexia me mira y sigue tocándome el pelo. Deslizo mis dedos hacia el mechón púrpura. Brilla y parece ocultar un secreto, descansa entre mis dedos; es suave, lleno de vida. Igual que Alexia.

—Creía que te habías olvidado de mí —dice en voz muy baja.

—¿Olvidarme de ti?

—Esta noche. —Se detiene porque le doy un beso en el cuello—. Cuando no has aparecido.

Me aparto y busco sus labios. La beso con todo mi cuerpo, quiero demostrarle que no soy capaz de olvidarme de ella. Alexia suspira, me devuelve el beso, baja las manos hasta mis hombros.

—No me he olvidado —afirmo al apartarme.

Alexia me mira, tal vez un poco insegura, y busco en mi mente qué decir para asegurarle que conmigo no hay medias verdades ni juegos retorcidos. Pero no encuentro nada o no me atrevo a decírselo. O mi cuerpo no puede pensar porque tiene el de ella debajo y necesito ver el color de su piel, sentir su tacto pegado al mío, aprenderme sus secretos.

La beso, no puedo aguantar la distancia; un gemido nace en el interior de mi pecho y me sube por la garganta. Las uñas de Alexia encuentran un lugar en mi espalda y pierdo el poco control que al parecer me quedaba.

La sujeto por los brazos e intercambio nuestras posiciones. Quiero que esté encima de mí, que sea ella la que dicte nuestros besos y nuestras caricias. Alexia ya es demasiado importante como para que ahora yo cometa un error.

A ella no puedo perderla.

La miro; en realidad me quedo embobado mirándola, y ella lo sabe. Me sonrío y echa la cabeza hacia atrás levemente, para apartarse la melena de la cara. Es preciosa, no puedo dejar de repetírmelo. Mis manos, ajenas a mi aturdimiento, se aferran al extremo inferior de la camiseta de Alexia. Consigo enarcar una ceja, preguntarle con el gesto si puedo desnudarla.

Y ella me sonrío.

Esa sonrisa terminará matándome.

Me aparta las manos, pero, antes de que mi mente pueda formular una pregunta,



veo que Alexia tira de la camiseta hacia arriba y se desnuda. Nunca podré aprenderme su color de piel, ni me acostumbraré a ver sus ojos o al sabor de sus labios. Lo sé, sencillamente lo sé. Una absoluta tristeza me embarga de repente, y, aunque intento contenerla, no lo consigo.

—¿Estás bien? —Me acaricia la mejilla preocupada y yo capturo la muñeca y la acerco a mis labios.

No, no estoy bien, pero si la beso y le hago el amor tal vez logre estarlo.

Tiro del brazo de Alexia y recupero sus labios, no dejaré que vuelva a apartarse. Y cuando noto que ella tampoco puede dejar de besarme, le acaricio la piel desnuda de la espalda. Jamás he sentido nada parecido al temblor que le recorre el cuerpo; noto en las yemas de los dedos cómo su piel responde a mis caricias. Es sensual, lento, un baile que solo quiero bailar con ella. Mis manos quieren desnudarla, el resto de mí lo necesita. Estoy excitado, pero siempre he sido capaz de dominar el deseo. Ahora, aquí, con ella, esto va mucho más allá del deseo.

—Te necesito —escapa de mis labios—. Ahora.

Noto sus manos en mi estómago, acariciándome los abdominales, y le muerdo el labio inferior.

—Lo siento —farfullo al apartarme.

Alexia me besa y me desabrocha el cinturón y el botón de los vaqueros. Su mano me acaricia por debajo de la prenda y yo, con las mías, le sujeto el rostro con fuerza para perderme en su boca. ¿Qué me está pasando? No me basta con besarla, ni con tocarla, ni con sentirla.

—José Antonio —susurra mi nombre. Tiembla.

No puedo más, no podré soportar que este anhelo vaya en aumento. Y aumentará si no entro dentro de ella.

Aflojo las manos y las aparto de la cara de Alexia, le acaricio el pelo, la piel de la espalda, y la sujeto de los brazos para tumbarla en la cama. Estoy encima de ella, besándola, pegando mi torso a sus pechos, notando que su estómago se encoge bajo el mío. Alexia levanta las caderas, no es un movimiento brusco, pero desprende la misma desesperación que yo siento y consigue hacerme estremecer.

—Te necesito —vuelvo a susurrar. No puedo evitarlo, y a mi orgullo, el mismo que me ha llevado a cometer infinidad de errores, no le importa suplicarle a Alexia—: Por favor.

«Por ella seré capaz de todo».

El pensamiento me estremece y la mano que Alexia desliza entre nuestros cuerpos empeora mi estado.

—Te necesito.

Levanta el rostro y me besa cuando nuestros cuerpos se unen. Estoy dentro de ella, la siento temblar alrededor de mí, su calor me marca para siempre. No quiero moverme, no puedo, pero al mismo tiempo no puedo evitarlo. Necesito que Alexia sienta una parte de lo que yo estoy sintiendo, si no, no podré soportarlo. Esto es

demasiado para mí, ella tiene que estar a mi lado.

—José...

Me acaricia el pelo, la nuca, la espalda. Le tiemblan las manos y me besa entre suspiros y gemidos. Yo le devuelvo cada beso y cada gemido y por primera vez en mi vida tengo la sensación de estar haciendo el amor.

Cuando me doy cuenta, cuando mi mente comprende que mi cuerpo se ha entregado completamente al de Alexia, siento un miedo atroz y al mismo tiempo ganas de gritar a pleno pulmón que por fin lo entiendo. Por fin sé qué se siente al confiar tanto en otra persona que eres capaz de entregarte a ella. Porque eso es lo que estoy haciendo.

Me he enamorado.

—José...

Me besa, me acaricia la espalda, y gime al notar el sabor de mis labios. Tengo el orgasmo más rotundo que he experimentado jamás, me asalta de repente, sin previo aviso y sin darme permiso para contener ninguna reacción. Alexia también se estremece, su placer me envuelve y me prende fuego.

Se abraza a mí como si no quisiera perderme. Yo me prometo a mí mismo que ella no me perderá.

Nos quedamos dormidos, Alexia está entre mis brazos, con el rostro escondido en el hueco de mi hombro. Me ha besado varias veces, muchas, pero no las suficientes. Deslizo el mechón violeta por entre los dedos y cierro los ojos.

Mañana volveré a besarla.

ELLA

Abro los ojos y le veo dormido a mi lado. Tengo que tocarlo, no puedo creerme que esté aquí y que hayamos hecho el amor de verdad. Me sonrojo y me siento como una tonta, pero no puedo evitarlo. He hecho el amor con José Antonio, me susurro en la mente. Le acaricio la mejilla y él se mueve sin despertarse. Retiro la mano y vuelvo a acurrucarme a su lado.

Estoy tan feliz que me asusto. Nunca he sentido tanta felicidad como cuando él me besa o cuando me mira. O cuando dice que me necesita.

«Me necesita».

Ayer por la noche, cuando le dije que se quedase a dormir, no tenía esto en la cabeza. Lo único que supe en aquel instante era que no quería que él se fuese, que no podía permitir que estuviese solo después de haber perdido a esa niña en el hospital.

Una horrible sensación nace en mi pecho, una duda que se abre camino y me llega al corazón. ¿Y si solo se ha acostado conmigo para sobrellevar su pesar? ¿O sencillamente para desconectar de lo sucedido?

No, no es posible. Si solo hubiese sido deseo, lo habría notado. Por desgracia sé perfectamente qué se siente cuando un hombre se acuesta contigo para relajarse o para sentirse mejor consigo mismo.

Dios, siento náuseas al pensar en Rubén. Tengo que dejar de hacerlo.

Acaricio el torso de José Antonio y al notar los latidos de su corazón bajo la palma de mi mano comprendo por qué nunca he sido feliz con ninguno de los chicos que han entrado en mi vida. Mi primer novio, un chico con el que salí en Cádiz, fue un encanto, pero cuando me mudé a Madrid la distancia pudo con nosotros. Guardo buen recuerdo de Óscar, y espero que él también de mí. Y luego está Rubén.

El maldito Rubén.

Ojalá pudiera eliminarlo de mi pasado, aunque supongo que si me ha servido para llegar hasta aquí, hasta José Antonio, tengo que asumir que en cierto modo forma parte de mi historia.

José Antonio vuelve a moverse y me abraza todavía dormido. Al notar el vello de sus antebrazos en mi espalda, siento un cosquilleo por todo el cuerpo y un nudo en el estómago. No sabía que la pasión pudiera ser así, tan incendiaria e incontrolable. Tan liberadora. Me sonrojo —otra vez—; con sus besos y sus caricias, José Antonio me ha hecho sentir y desear más.

Quiero volver a besarle, quiero tocarlo, quiero conocer sus secretos, aprender qué le hace vibrar. Quiero dibujarle. Y volver a besarle.

Necesito volver a besarle y hacerle sonreír. No quiero volver a verle nunca más tan triste y abatido como anoche, y para eso tengo que averiguar qué sucedió de

verdad, qué es lo que de verdad le alteró tanto.

—No voy a permitir que vuelvan a hacerte daño —prometo en un susurro mientras le acaricio el torso. Nunca le he hecho una promesa de esta clase a nadie, pero a él quiero hacérsela, aunque esté dormido y no pueda oírme.

Cierro los ojos, respiro profundamente y el calor que desprende José Antonio se cuela dentro de mí. No sé si pasan unos minutos o unas horas; cuando vuelvo a abrirlos, es porque él me está acariciando el pelo.

Me besa en lo alto de la cabeza.

—Hola —digo en voz baja. ¿Por qué tengo vergüenza?

José Antonio detiene la mano y la aparta de mi melena. Un segundo después la noto en mi mentón, guiándome suavemente el rostro hacia arriba. Cuando nos encontramos, me sonrío y levanta la cabeza para besarme.

—Hola.

No dice nada más, está recostado en mi almohada —que ahora olerá a él— y vuelve a acariciarme el pelo. Yo le acaricio el torso. José Antonio suelta despacio el aliento.

—Anoche —empiezo—, cuando llegaste...

—¿Sí?

—¿Por qué estabas tan alterado? —Me incorporo un poco. Entrecruzo las manos en su pecho y apoyo el mentón encima—. Quiero decir: entiendo que la muerte de esa niña te afectase, pero eres médico y me imagino que sabes que a veces esas desgracias son inevitables.

—Sí, lo sé. —Me mira durante unos largos segundos. Tal vez le ha molestado la pregunta—. ¿Cómo sabes que no es eso lo que me afectó tanto? —Enarca una ceja y detiene la mano con la que me acariciaba.

Me humedezco el labio antes de contestarle. Con Rubén cometí el error —uno de tantos— de no decir lo que pensaba. José Antonio se merece que no le oculte nada. Y yo también me lo merezco.

—No lo sé. Es un presentimiento. Creo que la muerte de esa niña te afectó mucho, lo cual te honra, pero también creo que hay algo más.

Espero. Intento disimular y fingir que no me importa su reacción. Me preparo mentalmente para el rechazo, me digo que no me molestará que él no me lo cuente, que no me afectará lo más mínimo.

—Tienes razón. —Suelta el aire por entre los dientes y se toca el pelo con una mano—. Hay algo más.

Aparto el rostro y vuelvo a recostar la mejilla en su torso. Tengo la sensación de que esa conversación le resultará más fácil si no le estoy observando.

Tarda unos minutos, pero no me importa. Le escucho latir el corazón y me dejo arropar por sus brazos.

—Esa niña se parecía mucho a Gabriela, mi hermana pequeña. —Otro silencio, este más breve que el anterior—. Ya te dije que la echo mucho menos, pero es más

que eso. Mis padres no son exactamente buenos padres. Bueno, quizá mi padre lo fue en otra época, pero ahora es un fantasma, un cascarón vacío que se sienta en un sofá y obedece a mi madre. Y ella, mi madre —esa palabra es tan amarga que noto el sabor en la lengua—, es tan fría y calculadora, tan egoísta, que no se preocupa lo más mínimo por Gabriela, ni por nadie. Me planteé quedarme a estudiar la carrera en Cádiz para poder cuidar de ella, pero al final tuve que venir a Madrid.

¿Tuvo?

—Me dijiste que hablabas a menudo con Gabriela. —Dibujo círculos en su piel desnuda, parecen tranquilizarle y ayudarle a hablar.

—Sí, y también le mando dinero. Y voy a verla siempre que puedo. Mi madre ya le destrozó la vida a mi hermano mayor. No tengo ni idea de dónde está Sebastián y no sé si piensa volver algún día. No pude hacer nada para ayudarlo, pero a Gabriela sí puedo ayudarla. Y voy a hacerlo. O eso es lo que me repito a diario, porque hay momentos, como cuando vi a esa niña, que tengo miedo de haberla abandonado. De llegar demasiado tarde, si algún día me necesita de verdad.

Se le ha acelerado el corazón. El miedo que siente por su hermana pequeña me hiela la sangre y me hace temer lo peor.

—¿De verdad crees que tu madre le haría daño a su propia hija?

José Antonio vuelve a acariciarme el pelo, creo que lo hace para recuperar cierta paz.

—No físicamente.

La aclaración me ha detenido el corazón. Quiero preguntarle mil cosas más, pero José Antonio mueve la cabeza en busca de mis labios; dejo que los encuentre y me bese. Sus besos me afectan de un modo que desconocía hasta ahora. Cuando José me besa, siento una presión en el pecho y se me anuda el estómago. Y pienso que si me da un beso más, solo uno más, podré soltarlo, pero no puedo. Quiero otro beso, y después otro, y luego otro más. Más intenso, más largo.

Los besos de José son distintos a los anteriores que he recibido en mi vida, porque él me besa con todo el cuerpo y sin pensar en nada más. Nunca me había sentido el centro de atención del deseo de un hombre y tengo que reconocer que es adictivo.

José me besa con las manos cuando me sujeta el rostro y me acaricia las mejillas, o cuando me aparta el pelo de la cara. O cuando le tiemblan los dedos al recorrerme las costillas para detenerse en los pechos. Me besa con las piernas cuando las desliza como ahora al lado de las mías, cuando busca tocarme con cada centímetro de su cuerpo.

Estamos desnudos, su boca no se aparta de la mía y el vello de su torso me hace cosquillas. Una de sus manos busca un lugar entre nuestros cuerpos y poco a poco se acerca a mi cintura. La acaricia y después me recorre el muslo. Cada uno de sus movimientos es distinto al anterior, imprevisible y enloquecedor. Tengo la sensación de que está buscando el modo más rápido de acelerarme el pulso.

—No —farfulla al apartarse—, no tiene sentido.

—José...

—No, no digas nada. —Me silencia con otro de sus besos. Le acaricio la nuca y la encuentro empapada de sudor—. Te necesito otra vez.

Mis piernas se rinden a su petición y le hacen un hueco entre ellas antes de que yo pueda plantearme negarme. Entra despacio durante unos segundos, pero le siento temblar y soy incapaz de contener un gemido. Y cuando José Antonio lo oye, el beso que me está dando prende fuego, me sujeta por los hombros con las manos, y empieza a mover las caderas.

Es rápido. Sensual. Demasiado intenso.

Y demasiado sincero.

Jamás había creído que pudiera existir esta clase de entrega.

Minutos más tarde, cuando los dos estamos abrazados fingiendo —al menos yo— que lo que ha sucedido entre nosotros no es extraordinario, José Antonio vuelve a hablar:

—Abandoné a mi hermano mayor, le fallé.

Tardo unos segundos en asimilar lo que ha dicho y recordar la conversación que estábamos manteniendo antes de hacer el amor. Le acaricio la nuca y no digo nada, creo que él quiere que le escuche.

—Le fallé a Sebastián —añade—. Y le estoy fallando a Gabriela.

Me rodea por la cintura y me atrae un poco más hacia él. El único modo en que podríamos estar más cerca sería metiéndonos bajo la piel del otro. Cierro los ojos, la oscuridad convierte la intimidad en un sueño, e inhalo la fragancia que todavía desprende el torso de José Antonio.

—Tengo que arreglarlo —murmura.

¿El qué? Me quedo pensando esa última frase. Espero a que él me responda, pero noto que la respiración le cambia y cuando abro los ojos para mirarlo veo que se ha dormido.

Cuando despertamos de nuevo es por culpa del teléfono de José Antonio. Yo tardo unos segundos en comprender que no es mi aparato el que está sonando y él parece aturdido cuando contesta, se frota la cara y se presiona el puente de la nariz. Contesta con monosílabos, así que me cuesta adivinar si se trata de una llamada personal o del trabajo, pero decido aprovechar para ir al baño y darle cierta intimidad. Al levantarme, él me acaricia la mano con la que me apoyo en el colchón y el corazón se me detiene; estos gestos de ternura me cogen desprevenida. Giro el rostro para sonreírle y mis ojos encuentran los suyos; es un segundo, porque su interlocutor le dice algo que le obliga a fruncir el entrecejo. Me encierro en el baño, esquivo el espejo, no estoy preparada para ver lo que seguro reflejan mis ojos y me cubro con el albornoz rosa. Es la primera vez que despierto junto a un hombre y no sé qué hacer o qué se supone que tengo que hacer.

Pero sin duda desearía tener un batín de seda de esos que parecen un kimono y que te convierten en una mujer seductora, en vez de mi albornoz color chicle que me

hace aparentar los veintiún años que tengo y toda la inseguridad que siento. Abro el grifo y me lavo los dientes. Justo al cerrar el agua, oigo farfullar a José Antonio.

—¿Me has dicho algo? —le pregunto al salir del baño.

Él está sentado en la cama frotándose los ojos. Tiene el pelo enmarañado y se le marca una sombra en las mejillas. Aparta la mano del rostro y se queda mirándome y a mí se me acelera el corazón y me cuesta respirar.

—Tengo que irme. Mierda. Lo siento —añade de inmediato poniéndose en pie. Ya lleva los calzoncillos y tira de los vaqueros que están en un extremo del colchón—. Lo siento mucho —repite.

—¿Te han llamado del hospital? —Hago la deducción más lógica.

—Sí, les han fallado más de la mitad de los médicos de guardia —me explica poniéndose la camiseta—. Y todavía hay muchas de las víctimas del accidente ingresadas.

—Pero... —me humedezco los labios, no sé si tengo derecho a decir la siguiente frase; la digo de todos modos—, ayer estuviste allí todo el día. Tienes que descansar.

—Lo sé —afirma él sin molestarse lo más mínimo, dando por hecho que mi comentario es legítimo y coherente—, pero no les importa.

—Oh, ¿y cuándo podrás salir?

No sé muy bien cómo ha sido, pero estoy frente a él acariciándole el antebrazo.

—No lo sé. Mierda, lo siento —repite de nuevo sujetándome por la cintura con ambas manos—. No es así como me imaginaba nuestra primera noche juntos.

«Nos ha imaginado juntos».

—No te preocupes —susurro.

Levanta las manos y me sujeta el rostro, inclina la cabeza hacia mí y me besa. Los labios tocan despacio los míos durante un breve latido y después su lengua se desliza por ellos derritiéndome las rodillas. Gime al entrar en mi boca, le tiemblan ligeramente las manos y separa los labios como si quisiera devorarme. Yo quiero que lo haga. Le rodeo el cuello y mis dedos buscan los extremos de su pelo negro. Nuestras cinturas se han pegado y noto que flexiona los dedos en el albornoz segundos antes de soltarme.

—Tengo que irme —asegura, apoyando la frente en la mía—. Lo siento.

—No pasa nada.

Abro los ojos y veo que los tiene firmemente cerrados. Los abre y me parecen distintos, más distantes, aunque tal vez son imaginaciones mías. Ese último beso ha sido de todo menos distante.

—Te llamaré cuando salga del hospital, aunque lo más probable es que cuando termine el turno me quede dormido de pie en algún pasillo.

Está caminando hacia la puerta conmigo detrás.

—Llámame cuando puedas.

—Lo haré —afirma ahora en el portal—. Siento mucho tener que irme así, Alexia. Anoche... —me sujeta el rostro y me obliga a mirarlo— fue maravilloso.

Nunca había sentido nada igual.

—Yo tampoco —susurro. El corazón me late tan rápido y tan fuerte que me retumban los oídos.

—Me alegro. —La sonrisa de despedida es más pícaro que ninguna de las pocas que he visto antes—. Te llamaré.

—Ten cuidado —le digo, y él se agacha y me da otro beso.

Baja la escalera saltando los escalones de dos en dos y yo me pregunto cómo voy a esperar a que me llame sin perder la cabeza.



José Antonio llegó al hospital donde, efectivamente, reinaba el caos. Faltaba personal en todos los departamentos, necesitaban más habitaciones y más quirófanos y les sobraba cansancio y tragedia. Se puso a trabajar de inmediato, algo que en el fondo le ayudó a no pensar en Alexia y en el modo tan intenso y tan profundo en que habían hecho el amor.

Nunca se había imaginado que pudiera existir esa clase de conexión con otra persona. Nunca se había imaginado sintiéndola.

Y la sentía, podía sentir a Alexia en las yemas de sus dedos, bajo los párpados, en cada poro de su piel, en el sabor que todavía tenía en los labios.

Dios, tenía que concentrarse en lo que estaba haciendo. El jefe de urgencias le había asegurado que localizaría a más médicos y que no tardaría en poder irse a descansar, pero él no terminaba de creérselo. El día anterior se había pasado más de doce horas seguidas atendiendo a pacientes y sabía perfectamente que al doctor Gálvez, el jefe de urgencias, no le resultaría fácil encontrar personal, así que se resignó a quedarse tanto como fuese necesario. Se duchó en el vestuario y se puso una camiseta de recambio que guardaba en la taquilla, y la bata encima. Le molestó quitarse el olor a Alexia de la piel, pero de lo contrario no habría podido concentrarse. Guardó el móvil en el bolsillo derecho de los vaqueros y se dispuso a atender al primer paciente.

Las horas se sucedieron una tras otra. Las víctimas del accidente que seguían en la planta de urgencias eran las menos graves, estas ocupaban las habitaciones adjuntas a las unidades de vigilancia intensiva o los quirófanos. De las distintas conversaciones, dedujo que un camión de gran tonelaje había perdido su carga al fallarle los frenos; la catástrofe había sido casi inmediata. A esa hora el túnel estaba lleno de turismos y de autobuses.

Después de como le había afectado el fallecimiento de la niña el día anterior, Antonio intentó distanciarse y atender a cada paciente con profesionalidad y objetividad, sin preguntas personales y sin fijarse en nada que no tuviese que ver con la herida o la lesión que le estuviese tratando. Cuando trabajaba o estaba en clase, apenas se percataba de si la persona que tenía delante o a su lado estaba sola o si, de lo contrario, estaba acompañada. En cambio, aquel sábado no podía evitarlo; la primera paciente a la que visitó estaba casada y un hijo suyo se había quedado a dormir en una silla de la sala de espera; la segunda tenía una sobrina esperándola; el tercero, a su esposa desde hacía dos años. No, a José Antonio no se le daba nada bien mantener las distancias con los pacientes y con cada sonrisa que recibía de ellos, con cada apretón de manos o con cada mirada de agradecimiento, se preguntó qué había de malo en que fuese así. Sí, cualquier pérdida dolía y le oscurecía el carácter, pero era mejor que no sentir nunca nada.

Levantó la vista al salir de la sala de análisis donde había ido a recoger unos

resultados y vio que eran las siete de la tarde. Un hora que no presagiaba en absoluto lo que sucedió después.

Iba caminando por el pasillo en dirección a los dormitorios cuando le vibró el bolsillo del pantalón. Metió la mano dentro, convencido de que vería el número de Alexia reflejado en la pantalla; ya tenía incluso la sonrisa preparada en los labios, pero los dígitos que aparecieron fueron los del teléfono de su casa en Cádiz.

—¿Sí? —Descolgó e instintivamente se situó en el extremo más alejado y solitario del pasillo para tener cierta intimidad.

Le contestó el llanto desconsolado de Gabriela.

—¿Gaby?

—José... —Las lágrimas no la dejaban hablar.

Las piernas de José Antonio tomaron la decisión de sentarse en una silla de plástico blanco que había clavada en la pared. El material crujió, un sonido desagradable y amenazador.

—Gabriela, ¿estás bien? —Una rodilla subía y bajaba nerviosa—. ¿Estás sola en casa? ¿Ha sucedido algo?

Más lágrimas. Gabriela intentaba hablar, pero apenas lograba pronunciar una o dos letras antes de que el llanto la dominase.

—Gabriela, tienes que decirme qué pasa. Por favor.

—Papá ha muerto.

El mundo de José Antonio se detuvo un segundo, durante el cual se desvaneció por completo la felicidad que había sentido esa mañana al despertar con Alexia. Los sonidos del hospital desaparecieron, el aire dejó de circular en ese pasillo.

—¿Qué? —Apretó el móvil en la palma de la mano—. ¿Cuándo?

—Anoche —le explicó Gabriela, sorbiendo por la nariz—. Tienes que venir, José Antonio. Estoy sola y te echo de menos —añadió, y en esa última frase sonó como la niña de doce años que en realidad era.

La profunda tristeza que marcó la petición de su hermana pequeña hizo que José Antonio volviese a respirar.

—Por supuesto que iré, Gaby —le aseguró esforzándose por transmitirle una calma que no sentía—. ¿Dónde está mamá? ¿Por qué no me ha llamado antes?

—No lo sé... Me dijo que no podíamos molestarte.

Los dedos de José se cerraron alrededor del aparato. Los motivos por los cuales su madre no le había llamado podían ser varios, y ninguno lo tranquilizaba.

—No llores, Gabriela, cielo.

—¿Vas a venir?

—Por supuesto —le repitió ahora que ella parecía estar escuchándole más que antes. Se levantó de la silla y fue en busca del supervisor. Se iría ya mismo, se detendría un momento en su apartamento para preparar una pequeña bolsa de equipaje y cogería el primer tren o el primer avión que encontrase rumbo a Cádiz.

—Mamá ha dicho que ahora que papá no está nos iremos a vivir a Galicia... —

Un llanto desgarrador volvió a desencajar a Gabriela—. No quiero irme a Galicia, José, quiero quedarme aquí... Por favor.

—Tranquila. —Maldijo mentalmente a su madre. La ausencia de llamada empezaba a adquirir sentido—. No te irás a ninguna parte, Gaby. Te lo prometo.

Llegó al ascensor y apretó el botón. Mientras esperaba su llegada, siguió consolando a su hermana pequeña, asegurándole que no tendría que mudarse y que él iba a llegar cuanto antes.

—Tengo que colgar —le dijo al ver que se encendía la luz roja del panel—, voy a entrar en un ascensor. Llegaré esta noche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

José Antonio se despidió y le pidió a Gabriela que se acostase un rato. Ninguno de los dos mencionó a su madre, aunque quedó claro que no iban a anticiparle la llegada de su segundo hijo a la ciudad.

La charla con el supervisor de urgencias fue fácil. En cuanto le explicó que su padre había fallecido, no tuvo ninguna objeción en dejarlo marchar y le aseguró que, después de todas las extras que tenía acumuladas, podía tomarse una semana libre. José Antonio aceptó las condolencias que le ofreció Gálvez y también la semana de permiso, después se dirigió apresuradamente a los vestuarios donde colgó la bata y recuperó la mochila. Llegó a la calle y con la brisa que le enfrió el rostro llegó el eco de unas palabras.

«Papá ha muerto».

Dios santo, su padre había muerto. Su padre había muerto.

Le fallaron las piernas y tuvo que apoyarse en la pared del exterior del hospital.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó una señora que entraba.

—Sí, gracias —le contestó tras humedecerse los labios—. Solo estoy cansado, no se preocupe.

La mujer asintió y siguió con su camino, pero José Antonio optó por deslizarse hasta el suelo y quedarse allí sentado unos minutos antes de continuar.

Hacía semanas que no hablaba con su padre. Llevaba meses, años en realidad, deseando mantener una larga conversación con él, pero nunca encontraba el momento. «Y ahora ya no existe la menor posibilidad de que lo consigas». Quería preguntarle a su padre qué diablos había pasado con Sebastián y por qué no volvía a España. Quería preguntarle por qué seguía casado con una mujer que lo despreciaba. Quería preguntarle si él solo podía cuidar de Gabriela, si necesitaba algo. Si era feliz.

No llegó a preguntarle nada.

Siempre parecía un mal momento, aunque lo cierto era que la mirada triste y resignada de su padre siempre le había intimidado.

Dobló las rodillas hacia arriba y hundió el rostro en ellas. No podía llorar delante de Gabriela, y no quería hacerlo delante de su madre. Tenía que desahogarse ahora, resolver el conflicto de emociones que existía en su interior, antes de llegar a Cádiz. Y tenía que ponerse en marcha ya mismo si quería cumplir con la promesa que le

había hecho a su hermana pequeña. Levantó la cabeza, se frotó los ojos para eliminar las lágrimas, y se puso en pie. Empezó a caminar en dirección a su apartamento cuando otro pensamiento cargado de emociones apareció en su mente: Alexia.

La necesitaba a su lado. Fue imaginar la primera letra de su nombre y el cuerpo entero de José Antonio la echó de menos. Ella haría que el dolor fuera soportable y que el enfrentamiento con su madre resultase menos traumático. Buscó el móvil en el bolsillo. Pero al mismo tiempo pensó que no podía pedirle que se fuera con él a Cádiz una semana y lo ayudase a enterrar a su padre. No podía pedirle tal cosa todavía. No sería justo para Alexia, y probablemente sería un acto de cobardía por su parte, pensó José Antonio. Tenía que enfrentarse solo a la despedida y a la discusión que le estarían esperando en Cádiz.

Estaba en la esquina, de pie junto a un semáforo, balanceando el móvil entre los dedos como si se tratase de una margarita a la que deshojar. No, no podía pedirle a Alexia que dejase su vida durante una semana para llevársela de escudo o de consuelo a Cádiz. Pero necesitaba contarle qué había pasado.

Necesitaba oír su voz.

Deslizó el dedo por las teclas en busca del botón de llamada. Algo le golpeó la rodilla y el muslo derecho y bajó la vista justo a tiempo de ver un niño de unos cuatro años corriendo detrás de un balón.

Los coches.

José Antonio oyó un grito de terror al mismo tiempo que estiró el brazo para coger el niño al vuelo y evitar que lo atropellasen. El tráfico no se detuvo, siguió avanzando frenético sin inmutarse. La madre del niño gritó al pequeño entre lágrimas y palabras de agradecimiento para José Antonio, al que aún le costaba respirar.

La mujer, tras sermonear al niño, se incorporó para recuperar su altura de adulta y miró a José Antonio.

—Muchísimas gracias.

—No hay de qué.

—Ese coche habría atropellado al inconsciente de mi hijo de no ser por usted. Dale las gracias al señor, Miguel.

—Gracias, señor —farfulló el niño con surcos de lágrimas en las mejillas.

—No hay de qué —repitió José Antonio, pero ahora en dirección al pequeño, que estaba más asustado por los gritos de su madre que por el coche que había pasado volando a dos centímetros de su nariz.

—Deje al menos que le compre un teléfono nuevo —sugirió la mujer, señalando con la barbilla hacia el asfalto de la calle.

«¿Un teléfono nuevo?».

José Antonio vio entonces un montón de plástico negro destrozado justo donde él había alzado el niño al vuelo. Su móvil. Mierda.

—No se preocupe.

—Insisto.

«Su teléfono».

«Alexia».

No podía llamarla, no había tenido tiempo de aprenderse su número de memoria. Su única opción era ir a verla. Ahora mismo.

—No, de verdad, no es necesario. —Vio que la mujer iba a insistir y la interrumpió—. Lo siento mucho, pero tengo que irme. —Miró al niño—. Ve con cuidado, chaval.

El niño asintió y José Antonio se puso a correr. Si quería llegar a tiempo de coger un tren o un avión rumbo a Cádiz, tenía que apresurarse y llegar al piso de Alexia cuanto antes.

Ella no estaba en casa.

Llamó al timbre varias veces y se esperó tanto como pudo sentado frente al portal, pero Alexia ni le abrió ni apareció. El piso, podía oírlo a través de la puerta, estaba completamente en silencio, y tampoco entró o salió nadie de los pisos vecinos.

—Mierda —farfulló en voz alta—. Mierda.

Se levantó resignado. No podía pasarle una nota por debajo de la rendija diciéndole que había tenido que irse a Cádiz porque su padre había fallecido. Eso la asustaría y, además, él quería tener esa conversación mirándola a los ojos u oyendo su voz. Resignado, abandonó el edificio donde vivía Alexia y se dijo que cuando llegase a Cádiz buscaría una tienda de teléfonos móviles y pediría urgentemente que le duplicasen el que había sufrido el accidente. Seguro que había una manera de recuperar toda la información.

Tras invertir cinco minutos en preparar el equipaje, fue a la estación y por fin tuvo algo de suerte: en el primer andén había un tren a punto de partir hacia Cádiz. Compró el billete y se sentó.

La muerte de esa niña en el hospital, la noche que había pasado con Alexia, la muerte de su padre, la voz de Gabriela llena de lágrimas... los recuerdos se mezclaron en su mente. Fue extenuante, y al final José Antonio se rindió al sueño.

Habían pasado tres días y José Antonio no la había llamado.

El primer y el segundo día Alexia consiguió convencerse de que era normal, o de que la falta de comunicación respondía a un motivo perfectamente lógico; estaría cansado o había tenido que hacer dos turnos seguidos en el hospital. Ella también estaba cansada y tenía muchas cosas que hacer. Los dos eran personas ocupadas con horarios rocambolescos. Además, se repetía a sí misma cada vez que miraba el silencioso teléfono, tan solo habían sido dos días y él había prometido llamarla.

Iba a esperar. Sí, esperaría a que él la llamase, y cuando lo hiciera —porque iba a hacerlo—, le preguntaría cómo estaba y no le insinuaría nada acerca de ese innecesario y torturador periodo de silencio.

El tercer día dejó de creerse sus propias teorías y lo llamó, y el móvil de José Antonio ni siquiera sonó, sino que saltó directamente el contestador. Alexia dejó un breve mensaje pidiéndole que le devolviese la llamada. Cuando colgó estaba mucho más aliviada que antes; seguro que José estaba en el hospital o en clase y por eso no había podido cogerle el teléfono. Seguro que la llamaría en cuanto pudiese.

El cuarto y el quinto día José Antonio tampoco la llamó.

Alexia no volvió a llamarlo, al fin y al cabo tenía su orgullo, y se pasó la mañana del sexto día llorando y sintiéndose como una estúpida por haber vuelto a elegir al hombre equivocado y por haber vuelto a confiar en él de un modo precipitado.

¿Acaso no iba a aprender nunca?

Al llegar el mediodía de ese horrible sexto día, y después de una buena llorera y una buena ducha, Alexia se sentía mucho mejor. Fue a clase y volvió paseando a su casa. Al menos no había llegado a contarle a nadie lo que había sucedido con José Antonio, su hermana y Teresa seguro que la reñirían por haber sido tan boba... Y por haberse acostado con él de esa manera; sin pensar y sin contenerse.

«Bueno, al menos he aprendido un par de cosas».

Intentó frivolar, quitarle importancia, pero el nudo que le apretaba el pecho y le impedía que le latiese el corazón no la dejó. Por mucho que quisiera engañarse, José Antonio había sido mucho más que una mera experiencia.

Eso era lo que más le dolía: las miradas, los besos, las caricias, los silencios que había compartido con José Antonio eran de verdad. O así lo había creído ella. No, tenían que serlo, de lo contrario no habrían conseguido colarse por las grietas del muro que rodeaba su corazón desde hacía tiempo. Tenía que haber una explicación; ella no era tan joven ni tan inocente como para no poder distinguir entre la verdad y la mentira, el sexo y el amor.

Ella se había equivocado con Rubén, pero nunca —nunca— había creído que lo suyo fuese amor.

«Tal vez José Antonio es incluso mejor que Rubén engañando a las mujeres».

Se le heló la sangre solo de pensarlo.

Tenía que verlo.

En cuanto la idea apareció en su mente, no pudo hacer nada para eliminarla, todo lo contrario, cada vez tenía más fuerza. Sí, tenía que ver a José Antonio y hablar con él cara a cara, seguro que así sabría si él la había utilizado —«qué no sea eso, por favor»— o si le había sucedido algo que le había impedido llamarla antes. O si no le había sucedido nada y sencillamente no quería volver a verla (y era un cobarde por no dar la cara).

Fuera por el motivo que fuese, tenía que verlo.

Decidida, consiguió cenar tranquila y leyó un rato en la cama. Veinte páginas más tarde apagó la luz y se durmió sin soñar demasiado con la mirada y los susurros de José Antonio.

Por la mañana, en cuanto salió de la cama, miró el teléfono; en esos pocos días ya se había convertido en una costumbre. Seguía sin haber recibido ningún mensaje ni ninguna llamada, pero ahora que había decidido ir a verlo, se lo tomó de otro modo. Se vistió contenta y se notó en la elección de la ropa. Desayunó su café de siempre apoyada en la cocina, con la mirada perdida por la ventana que daba al patio interior del edificio. En un piso inferior había ropa tendida, unos paños de cocina al lado de una camisa. Se balanceaban en el aire y la manga de la camisa parecía querer coger el extremo de uno de los paños, el blanco con rayas rosas, para bailar. Alexia dejó la taza y fue a por el cuaderno que tenía encima de la mesa de su dormitorio y unos cuantos lápices de colores. Regresó a la cocina y volvió a colocarse donde estaba para capturar el vals de la colada. Hacía tiempo que no le pasaba eso, tener ganas de dibujar algo sin más, y Alexia sonrió mientras deslizaba el lápiz rosa por el papel. Estaba tan concentrada que tardó varios segundos en reaccionar al timbre de la puerta, pero, cuando lo hizo, dejó el cuaderno de inmediato y se dirigió a abrir.

«Tal vez es José Antonio».

El timbre volvió a insistir y se pasó las manos por el pelo para asegurarse de que estaba bien. El corazón le latía más rápido e intentó recordarse a sí misma que tal vez era solo uno de los vecinos para pedirle algo, o un mensajero, o...

—¡Papá!

Se quedó helada en el umbral. Flexionó varias veces los dedos con los que sujetaba la puerta porque el frío de la junta de acero le recordaba que estaba despierta.

Frente a ella, vestido con uno de sus impecables trajes, estaba su padre. Un hombre con el que llevaba años sin dirigirse la palabra. Cuando estaban con el resto de la familia se trataban con cordialidad, porque ninguno quería que el resto supiese la verdad, pero nunca se quedaban a solas. Y su padre nunca —nunca— la había visitado solo en Madrid.

—¿Qué haces aquí? —farfulló.

—¿Puedo pasar? —En realidad no fue una petición, porque con el levantamiento de cejas dio el primer paso hacia el interior del apartamento.

—Claro —dijo Alexia en voz baja, y sacó la cabeza al rellano para ver si su madre o Cecilia aparecían.

—He venido solo —le explicó él, adivinando la pregunta de Alexia—. Quería hablar contigo.

El corazón volvió a acelerársele, pero ahora por otro motivo. Quizás había ido a contarle que las cosas habían cambiado, que ya no tenía que guardarle aquel horrible secreto y que las cenas en casa, los cumpleaños, volverían a ser sinceros y divertidos. O no, aguantó la respiración un segundo, tal vez era justo lo contrario.

—¿Ha sucedido algo? —Su tendencia a imaginarse cosas la estaba matando, y en ese caso era completamente innecesaria. Su padre, para bien o para mal, no tenía ningún problema en contarle lo que pasaba.

—No.

Ignacio Ruiz-Belmonte estaba de pie frente a la mesa que Alexia, su hermana y Teresa utilizaban tanto para comer como para amontonar ropa encima. Él no encajaba en aquel piso de alquiler, sin embargo, estaba cómodo allí. Ignacio era de esos hombres que dominaban cualquier espacio en el que estaban, que hacían que la gente se acobardase a su alrededor y estuviese dispuesta de inmediato a servirle u obedecerle. De pequeña, Alexia creía que el mundo entero giraba alrededor de su padre, que sus hombros podían soportar el peso del mundo. Ahora, veía a un hombre con demasiado poder y que confundía esa sensación con la felicidad.

Se acercó a él. Sin darse cuenta se había quedado en medio del pasillo mirándolo, y esperó a que le contase el motivo de su visita.

Ignacio se dirigió al pequeño balcón y miró hacia la calle. Madrid seguía avanzando, pero su mirada se detuvo en el coche negro en el que había llegado y en el que seguía sentada su acompañante.

—Tu madre cree que he venido a una reunión.

No, no había cambiado nada. Alexia cerró los puños y se maldijo porque su padre se dio cuenta.

—¿Y has venido a contármelo? Podrías haberme llamado.

—No me habrías cogido el teléfono, Alexia. —Se giró y la miró—. Además, me viene de paso.

La última frase le dolió y se puso furiosa con ella misma. Ese hombre seguía teniendo el poder de hacerla sentir como una niña pequeña con demasiados defectos; demasiado alborotada, demasiado contestona, demasiado dependiente. Cogió aire y se recordó que lo había superado y la opinión de él no importaba.

—¿Cuántos días vas a quedarte? —le preguntó redirigiendo la conversación, ansiosa por acabar cuanto antes y seguir con los planes del día.

—Cuatro. —La recorrió con la mirada y Alexia, aunque tembló por dentro, logró mantenerse impasible—. Tu madre ha insistido en que te lleve a comer y a cenar un par de días —sonrió despacio—, pero me imagino que estarás ocupada.

—Lo estoy.



Ignacio arqueó una ceja. Era mirada debía de haberle conseguido grandes tratos financieros, pero con ella no iba a servirle de nada.

—Me alegro por ti —añadió sarcástico—, pero cuando te llame tu madre dile que estás muy contenta de verme y que te he llevado a comer a unos sitios muy bonitos.

Alexia apretó los dientes y tragó saliva para contener la bilis. No le gustaba mentir a su madre, lo odiaba, pero no veía la manera de romper aquel círculo vicioso. Y no podía soportar la idea de tener que ser ella la que le dijese a Patricia que su marido llevaba años siéndole infiel. Aunque eso no significaba que tuviese que ponérselo fácil a Ignacio.

—¿Mamá no ha querido acompañarte?

—Está enferma. Nada grave. —Dio unos pasos y se acercó al mueble del televisor—. Un resfriado.

—Y tú has aprovechado para venir con *esa*.

—¿Quieres saber cómo se llama?

—¿Acaso importa?

—No, la verdad es que no —contestó él. Y su hija le odió todavía más, porque, tal vez, si su padre se hubiese enamorado de la mujer con la que le era infiel a su madre, si hubiese perdido la cabeza y hubiese encontrado en esa persona su alma gemela, el amor de su vida, tal vez habría podido perdonarlo. O como mínimo entenderlo, pero ese no era el caso. Ignacio cambiaba de amante igual que de camisa, quizás incluso le era más fiel a su sastre que a cualquiera de esas mujeres.

Sintió náuseas y la casi incontrolable necesidad de echarlo de allí, porque, durante un instante, vio que Rubén, su ex, era igual. Si ella odiaba a su padre, ¿por qué se había fijado en un hombre tan parecido? ¿Tenía alguna explicación psicológica, digna de más de un diván, o sencillamente había sido un error y una desafortunada coincidencia?

—De acuerdo —le costó hablar por el nudo que se le formó en la garganta—, cuando llame mamá le diré que te he visto y que hemos comido juntos.

Ya podía irse. Pero Ignacio no se movió, sino que caminó hasta un dibujo de Alexia que su hermana Cecilia había insistido en enmarcar y colgar en la pared detrás del sofá.

—Tienes talento —señaló su padre—, pero sigo creyendo que es una lástima que te decidieras por bellas artes. —Alexia contuvo el dolor, apenas se le encogió el estómago—. Podrías haber estudiado lo que quisieras.

—Ya estudio lo que quiero —dijo entre dientes.

Él siguió como si no la hubiese oído, o como si no la hubiese escuchado.

—Es culpa de tu madre, por alentarte tanto cuando dibujabas. Y mía, por haberlo permitido. Si hubieras nacido en una familia sin medios como yo...

—¿Qué? —le interrumpió furiosa. Pensar en Rubén había empeorado considerablemente su humor y no iba a permitir que siguiese hiriéndola—. ¿Me casaría con un hombre con dinero?

La mirada de su padre se heló. Entrecerró los ojos y le dejó claro que ese comentario no iba a olvidarlo sin más. A Ignacio no le gustaba que nadie insinuase que se había casado con Patricia Belmonte por dinero; había invertido mucho tiempo y esfuerzos en demostrarle a ella justo lo contrario.

—Cuidado, Alexia, con tu trabajo de fotógrafa de tres al cuarto no ganas para pagar todo esto. —Hizo una pausa y esperó a que ella asimilara la amenaza—. No; si hubieras nacido en una familia con pocos recursos —seguía, ¿por qué diablos seguía?, ¿no podía irse?—, habrías elegido otros estudios, o te habrías esforzado más y ahora tendrías una beca en la mejor Facultad de Bellas Artes del mundo. Como ese chico que ganó la beca de la farmacéutica hace años.

José Antonio. Alexia tuvo un horrible presentimiento. El pulso le quemó bajo la piel y le costó pensar. ¿Por qué su padre hablaba de José Antonio?

—Sí, lo recuerdo. ¿Por qué lo mencionas?

—Por nada, lo vi ayer en Cádiz. Creo que está a punto de terminar medicina.

Alexia apoyó una mano en la mesa, cogió un jersey que había dejado el otro día encima y se puso a doblarlo, cualquier cosa con tal de que su padre no viese que estaba temblando.

Iba a preguntarle dónde había visto a José Antonio, pero no tuvo el valor necesario para hacerlo. Su padre se daría cuenta, detectaría de inmediato que no eran unas preguntas casuales y sabría utilizar esa información para seguir manipulándola.

—Bueno, me marchó, veo que tienes cosas que hacer y a mí me están esperando. —Esquivó a su hija sin tocarla y sin mostrarle afecto de ningún tipo—. Recuerda decirle a tu madre que te ha gustado mucho que viniera a verte.

Tuvo la desfachatez de guiñarle un ojo antes de cerrar la puerta del apartamento. Ella se había quedado tan aturdida al averiguar que José Antonio estaba en Cádiz que ni siquiera le había dicho adiós a su padre, claro que a él no parecía haberle importado. Se dirigió al sofá y se sentó. El nudo del estómago le habría impedido seguir de pie por mucho más tiempo. ¿José Antonio estaba en Cádiz? ¿Era él de verdad o su padre se había confundido? No tenía sentido que José Antonio estuviese en Cádiz, pero eso explicaría la ausencia de llamadas.

—No —susurró—, habías decidido ir a verle. Levántate y ve a verle.

Él le había explicado dónde vivía; le había contado que era un piso pequeño en un edificio que parecía sacado de los setenta, pero que al menos estaba solo. En el pasado había estado en una residencia y había compartido piso, le explicó, y aunque vivir solo era precisamente eso, solitario, lo prefería. Alexia no había estado, lo que le recordó el poco tiempo que de verdad hacía que se conocían, y ahora era el momento perfecto para visitarlo.

Cogió el bolso y la chaqueta y fue en busca de sus respuesta.

En el camino se planteó volver; llevaba el móvil en la mano por si él llamaba y evitaba que ella tuviera que exponerse tanto. En su intento por no pensar en José Antonio y no ponerse más nerviosa, recordó la reciente conversación con su padre.

Él tenía razón: si la hubiera llamado, no habría cogido el teléfono. E Ignacio, siendo un hombre de recursos como era, fue a verla para asegurarse de que no lo delataría. Alexia apretó inconscientemente los dientes. Cada vez le resultaba más difícil ocultar la verdad a su madre. Ahora ya no sentía que la protegía, sino que la estaba engañando.

Su madre no era la mujer frágil que pintaba su padre, y ella lo sabía mejor que nadie. Además, todavía era muy joven, podía rehacer la vida y encontrar a otro hombre con el que disfrutarla. Y el dinero... Patricia no era ninguna tonta, era imposible que lo hubiese dejado todo en manos de su marido. Ese último punto hizo titubear a Alexia y se prometió que la próxima vez que estuviese en Cádiz intentaría averiguar cómo tenían distribuidos los bienes sus padres.

Y se lo contaría a Cecilia, su hermana la apoyaría y juntas sabrían proceder mejor.

Llegó a la calle a la que se dirigía y enseguida dio con el portal indicado. La puerta estaba abierta, sujeta por un trozo de madera, así que Alexia entró sin dudarle, vio que el ascensor estaba ocupado y subió a pie. Se recordó que no estaba enfadada, solo preocupada. Subió otro piso. Esperaría a que él diese el primer paso y actuaría en consecuencia.

Lo que había sucedido entre ellos dos no era un engaño, era especial.

Llegó al piso de José Antonio, identificó el número y se acercó despacio, casi temerosa de que se desvaneciera en el aire. Apoyó la palma de la mano en la madera, un gesto absurdo probablemente, pero que a ella la hizo sentirse mejor, y llamó al timbre.

No abrió nadie.

Esperó unos segundos y volvió a llamar, tal vez se había quedado dormido. Acercó el oído a la puerta y apretó de nuevo el timbre. Lo oyó resonar en el interior del apartamento.

—No está.

Alexia se dio media vuelta sobresaltada y se llevó una mano al corazón, que le latía desbocado.

—Lo siento —dijo la propietaria de la voz que casi le causa un infarto—. No quería asustarte. Creía que me habías oído. —Tiró de un carrito de la compra que, efectivamente, era muy ruidoso.

—No se preocupe. —Alexia se sonrojó; la vecina de José Antonio prácticamente la había pillado comportándose como una adolescente.

—No está —repitió la señora mientras cerraba con llave su casa—. Se fue hace unos días, de viaje con su novia.

Qué curioso que una frase como aquella pudiese quitarle la respiración. El sonido de las ruedas del carrito pegándose a las baldosas negras con motas plateadas la hizo reaccionar.

—Ah, no lo sabía.

La mujer se acercó al ascensor y apretó el botón, y siguió hablando y eliminando

una a una las ilusiones de Alexia.

—Se fue con mucha prisa, pero bueno, tú también eres joven, seguro que también haces locuras por amor, ¿no?

No. Ella solo creía haber sentido amor por José Antonio; fue la mañana después de hacer el amor, cuando lo vio en su cama y le sonrió. Pero al parecer se había equivocado. Otra vez.

Al menos Rubén le había contando la verdad desde el principio. Sí, le había hecho creer que dejaría a su mujer, pero no le había ocultado que estaba casado.

Pero José Antonio... él había hecho que se enamorase de él. Y tenía novia. Una novia con la que se iba de viaje a toda prisa, sin avisar. Un viaje romántico.

—¿Bajas?

Alexia sacudió la cabeza y vio a la señora del carrito dentro del ascensor. No se iría si no le contestaba, y no sabía qué más podía decirle si se quedaba.

—No —tragó en busca de valor—; bajaré andando.

—Como quieras, yo ya no tengo edad para la escalera.

La puerta del ascensor se cerró y cuando el rectángulo de cristal quedó negro al iniciar el descenso, Alexia apoyó la espalda en la pared y se dejó caer al suelo.

Lloró.

Lloraría solo esa vez.

Las fiestas de la facultad nunca le habían gustado demasiado, pero a esa se había obligado a acudir. Era viernes, el primer viernes después de descubrir que se había comportado como una estúpida, y si se quedaba en casa caería en la tentación de llamar a José Antonio, algo que no había hecho hasta ahora.

Ya no quería preguntarle qué le había pasado ni decirle que estaba preocupada por él. Ahora quería insultarlo, gritarle, incluso pegarle. Lo que le había hecho José Antonio era muy cruel y ella no se lo merecía. «No tiene sentido».

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué le había dicho esas cosas en el parque, por qué había acudido a verla esa noche como si la necesitase más que a nada en el mundo? Se terminó la copa que tenía en la mano.

¿Por qué no había ido a ver a su novia? ¿Por qué no le había hecho el amor a ella mirándola a los ojos?

Apretó el vaso de plástico entre los dedos hasta romperlo. El líquido pegajoso la salpicó y se ganó que el chico que tenía al lado la mirase mal.

Sus amigas estaban todas bailando, probablemente se habían cansado de aguantar su mal humor y se estaban escondiendo de ella. Tampoco eran tan amigas, coincidían en clase y comían juntas de vez en cuando. Había accedido a ir a la fiesta porque no quería quedarse en casa llorando o sintiéndose como una estúpida por lo de José Antonio, y porque desde que Cecilia y Teresa no compartían piso con ella tenía que hacer un esfuerzo por conocer gente, por abrirse más. Alexia sabía que en la facultad la consideraban reservada, distante, y que su estúpida relación con Rubén no había ayudado a mejorarla. Ellos no se lo habían contado a nadie, pero los susurros y las miradas de soslayo eran innegables.

Era una estúpida, una idiota. Y ahora mismo se sentía muy sola y tenía ganas de llorar desconsoladamente. Tragó y se apretó los ojos con los pulpejos de las manos. Esperó hasta que creyó ver destellos bajo los párpados y entonces retiró las manos y se dirigió a la barra más cercana. Se coló sin demasiado disimulo por entre la gente que también estaba esperando a que le sirvieran y cuando llegó a la meta pidió otra bebida. La chica que las servía, que a juzgar por el escote estaba ganando una fortuna en propinas, debió de ver algo en ella que le dio pena —o miedo—, porque fue a por su copa y se la entregó a Alexia en meros segundos.

«Seguro que a ella no la engañan».

Vació esa copa más despacio; no estaba borracha, pero notaba una niebla en la cabeza, un aturdimiento muy bien recibido que era justo lo que necesitaba. Los sentimientos empezaron a resbalarle, el dolor se le pegó un poco más, pero también se lo quitó de encima gracias a un chico que la sujetó por la cintura y ¿bailó?, media canción pegado a ella.

Sí, tal vez esa era la solución: no sentir.

«No mezcles los colores».

Era una frase que le había repetido hasta la saciedad una de sus profesoras del colegio y eligió aquel momento para reaparecer en la mente de Alexia.

—Exacto —dijo en voz alta—. Voy a dejar de mezclar los colores.

—¿Qué has dicho? —le preguntó su sudado compañero de baile.

Alexia lo miró con atención; era un chico mayor que ella, lo sabía porque le había visto en alguna ocasión por la Facultad de Bellas Artes entrando en aulas de clases más avanzadas. No sabía su nombre, y no le importaba. Era alto, no tanto como... —«No, no sigas por allí»—. Era alto y rubio. Tenía el rostro agradable; era guapo sin ser nada del otro mundo, y su mirada estaba tan nublada como la de Alexia.

Serviría.

—Nada —le contestó, y se puso a bailar cerca de él. Cerró los ojos y se dejó llevar por la música; era repetitiva y escandalosa, pero la ayudaba a no pensar. Los altavoces del local vibraban y el temblor se extendía hasta las costillas de Alexia. Dejó caer la cabeza hacia atrás y se soltó el pelo que se había recogido en una coleta para soportar mejor el calor. Giró el cuello de un lado al otro y las puntas de la melena le hicieron cosquillas en la espalda.

Notó una mano en la cintura y durante un segundo quiso apartarla, abofetear a su propietario, pero él movió el pulgar despacio y Alexia no se sintió tan sola ni tan estúpida como antes. No era la mano del hombre que ella quería, no estaba tan borracha ni era tan idiota como para engañarse de ese modo, pero era la mano de un hombre que solo la deseaba. Un hombre que ni siquiera había intentado engañarla.

«Déjate llevar».

Dio un paso hacia delante y se acercó a él.

Otra mano apareció en la otra cadera y él se insinuó entre sus piernas.

El cuerpo de Alexia se había rendido, los días sin apenas dormir, las horas que se había pasado llorando, el alcohol, la música ensordecedora, no podía seguir resistiendo. Necesitaba dejarse llevar y necesitaba arrancarse de dentro esa tristeza que, quizá sin sentido pero sin freno, la estaba consumiendo.

Su mente, lo que quedaba de ella, estaba racionalizando su comportamiento. José Antonio la había engañado, la había utilizado, le había hecho daño y ahora ella necesitaba recuperar parte —todo— del ego que había perdido, entre otras cosas. No podía seguir comportándose como una adolescente con los hombres, tenía que aprender a tener el poder, a ser como ellos.

Tenía que aprender a utilizarlos, y él, el desconocido que tenía delante, era el candidato perfecto. Y estaba más que dispuesto a ser utilizado.

Movió las manos y las colocó encima del torso de él; llevaba una camiseta que había quedado empapada por el sudor, pero los músculos de debajo eran firmes y se flexionaron presumidamente al sentir la presión. Él agachó la cabeza; Alexia podía sentir su respiración cerca del cuello.

Iba a besarla.

Se preparó para el impacto, dejó de oír la música, el efecto de las copas

desapareció y levantó la cabeza para ir a su encuentro.

No la besó, se desvaneció en medio del aire. Eso fue lo que creyó Alexia, hasta que abrió los ojos y vio que Rubén había apartado al desconocido y lo había empujado al suelo. Se quedó atónita mirándolos, pero antes de que pudiera reaccionar, y antes de que el chico del suelo pudiera levantarse, Rubén se acercó a ella y, sujetándola del codo, siseó:

—Si tantas ganas tienes de follar, vámonos de aquí.

Tardó el segundo más largo de su vida en tomar aquella decisión, y, cuando lo hizo, le pareció la más acertada; si iba a utilizar a un hombre, quién mejor que Rubén.

—De acuerdo. —Le costó tragar pero lo hizo. Tiró del brazo para recuperarlo y se dio media vuelta. Esta vez ella marcaría el paso y Rubén la seguiría.

A Alexia no le extrañó que Rubén estuviera en la fiesta, solía acudir a muchos actos o eventos universitarios, pero sí le sorprendió que la hubiera visto y que se hubiese acercado a impedir que ese chico la besase. La Alexia de antes probablemente habría interpretado aquel gesto como una declaración de amor, o, como mínimo, le habría parecido sexy. A la Alexia de ahora no le importaba lo más mínimo.

Nada le importaba lo más mínimo.

Solo quería dejar de sentir y para eso necesitaba borrarse del cuerpo los dedos de José Antonio y cada uno de sus besos.

—Joder, Alexia, estás guapísima. Me he puesto a...

—Cállate —le ordenó ella, tapándole la boca con una mano. No quería oírle, no quería verle.

A Rubén el gesto le excitó increíblemente, gimió por entre los dedos de ella y se los lamió. Alexia le dejó hacerlo hasta que sintió náuseas, pero el coche se detuvo a una esquina de su casa y se dijo que era culpa del alcohol. Rubén había conducido directamente al piso de Alexia; ella miró la calle como si le costara reconocerla, pero sacudió la cabeza y reaccionó. Miró la hora que marcaba el cartel de la farmacia del barrio: eran las seis de la mañana.

¿Tanto rato se había quedado en esa fiesta?

Rubén paró el motor y colocó una mano entre las piernas de ella para tocarla. Alexia sintió lo mismo que cuando se ponía unas zapatillas viejas; era agradable, pero nada más.

—Me alegro tanto de que hayas entrado en razón, nena.

A ella se le erizó la piel y se giró en el asiento para mirarlo.

—Cállate, no voy a volver a repetírtelo.

Rubén se humedeció el labio, ajeno a los motivos que tenía Alexia para recurrir a aquel comportamiento y convencido de que era un juego sexual. Se tocó la erección y salió del coche para abrirla la puerta a ella.

Subieron en silencio. Ella temblaba; el trayecto en coche, la escalera, eran pequeños contratiempos que la obligaban a pensar, a sopesar las consecuencias de lo

que estaba a punto de hacer.

«No, no quiero pensar. Es lo que hacen todos, así que yo también puedo hacerlo».

Podía oír la respiración de Rubén, no creía haberlo visto nunca tan al límite, y sintió cierta satisfacción por haberlo llevado hasta allí mientras ella no había sentido nada en absoluto.

Se detuvo frente a la puerta de su casa y buscó las llaves en el bolso. No las encontraba. ¿Dónde diablos se habían metido? Tampoco era tan grande.

«Otro contratiempo para que pienses, una última oportunidad de dar marcha atrás y evitar esta locura».

—No —farfulló dando con el escondite del maldito llavero.

—¿Has dicho algo, nena? —le preguntó Rubén pegado al oído, mordiéndole el cuello.

—No, nada.

Abrió la puerta y los dos se precipitaron hacia el interior.

Rubén la sujetó por la cintura y cuando vio que no iba a caerse la soltó para quitarse el jersey y la camiseta por la cabeza y lanzarlos al suelo.

Alexia observó su trabajado físico durante un segundo y los mismos músculos que le habían gustado antes ahora no le despertaron nada excepto dolor... porque no eran los de José Antonio.

Pero él le había hecho más daño que Rubén; había engañado no solo su cuerpo sino también su corazón, y ahora ella tenía que borrarlo de ambos.

Levantó las manos y bajó la cremallera del vestido que llevaba. Rubén se acercó con las pupilas dilatadas y le quitó el vestido aprisionándola entre su pecho y la pared del pasillo.

Alexia le desabrochó el botón de los vaqueros y la bragueta y él cerró los ojos y apretó los dientes.

—Eres la mejor, nena.

—Cállate.

—Sí, dame órdenes —gimió él, mientras le bajaba la ropa interior.

—Cállate —repitió ella— y ponte un condón.

Rubén sonrió y se apartó de ella. Sacó un condón del bolsillo del pantalón, y, mientras se lo ponía, dijo a Alexia:

—Es culpa tuya que haya estado en otros sitios, nena.

Alexia iba a vomitar. ¿Cómo era posible que alguna vez hubiera sentido algo, aunque solo fuera una mínima atracción por ese hombre tan despreciable? Debería echarle de allí, pero no, era innegable que su cuerpo la estaba traicionando y necesitaba sentir algo, algo que la hiciese reaccionar de una vez por todas y le demostrase que ella también era capaz de ser fuerte y de pensar solo en sí misma.

Apoyó las manos en la pared y separó los labios. Bastó con eso para que Rubén



volviese a pegarse a ella.

—Vamos a tu cuarto.

—No. Aquí.

Rubén la cogió en brazos y separó las piernas para tener un mayor punto de apoyo, plantó los pies en el suelo y la penetró. No fue cuidadoso, ni intentó que la cabeza de ella no golpease la pared, no le importó nada excepto su propio placer. Y a ella tampoco.

Rubén gruñó, gimió, movió las caderas como un poseso e intentó besarla. Ella apartó el rostro y le clavó las uñas en la espalda.

—Sí, nena, sí.

Rubén flexionó los dedos que tenía en las nalgas de Alexia, le lamió el cuello. Entró y salió de dentro de ella casi sin respirar; sudaba tanto que el pelo se le había pegado a la frente. Alexia sintió que su cuerpo se acercaba al orgasmo, que buscaba ansioso el olvido que sentiría aunque fuese solo durante unos segundos, pero fue como si esa parte, la física, se separase del resto de ella, porque su mente y su corazón no podían seguir soportándolo.

«¿Qué estoy haciendo?».

En un gesto, quizás inconsciente, llevó las manos al torso de Rubén para apartarlo. Él no cedió, y le encantó.

—Sí, nena. Joder —gimió cuando ella le clavó las uñas en los pectorales—. Más.

Alexia notó que Rubén empezaba a temblar, y, para su vergüenza, ella también. Él sabía cómo tocarla y su cuerpo buscaba el alivio que iba a darle, cualquier sucedáneo le bastaba. Cerró los ojos.

Y cometió el peor error que podría haber cometido: vio a José Antonio. Lo vio besándola, tocándola, haciéndole el amor. Y llegó al orgasmo al mismo tiempo que se ponía a llorar.

Rubén se tensó y se hundió dentro de ella una vez más. La sujetó contra la pared mientras eyaculaba y no dejaba de gemir estupideces. Cuando terminó, Alexia volvió a empujarle el torso y por fin se apartó y la dejó en el suelo.

—Nena, no sé a qué ha venido este cambio, pero me encanta. Joder, vaya polvo. Si hubieras sido así antes...

—Vete de aquí.

—Oh, vamos. Ya hemos terminado, no hace falta que sigas con el rollo autoritario.

—Vete de una vez, no quiero volver a verte nunca más.

Él la miró a los ojos y los suyos se helaron de repente. Volvió a pegarse a ella y apoyó una mano encima del sexo de Alexia.

—No me mires como si te diera asco. Esto —tocó el líquido que le manchaba los muslos— prueba justo lo contrario.

Alexia sintió asco de sí misma; Rubén tenía razón el muy desgraciado. Aunque al final había pensado en José Antonio, el hombre que estaba dentro de ella era otro.

—Vete de aquí.

Lo apartó y se dirigió al baño sin decirle ni una palabra más. Rubén sabía dónde estaba la puerta y ella sabía perfectamente que él no iba a quedarse a pasar la noche; su esposa no se lo perdonaría. Echó el pestillo a la puerta y giró el grifo del agua caliente de la ducha. Se miró en el espejo y tuvo el tiempo justo de girarse y vomitar en el váter. Cuando ya no le quedó nada dentro del estómago, se metió bajo el agua y se quedó allí hasta que empezó a enfriarse.

Hubo un momento en que creyó oír el timbre de la puerta, pero probablemente era el de los vecinos. Las paredes de ese edificio eran de papel.

Se puso el albornoz, se lavó los dientes otra vez, se peinó y salió decidida a echar a patadas a Rubén si por casualidad todavía estaba allí.

Y estaba, desnudo de cintura para arriba, con una sonrisa de oreja a oreja y con las marcas de las uñas de ella clavadas en el torso y en la espalda.

Y con José Antonio a su lado.

—Bueno, yo me marchó —dijo Rubén casi riéndose—. Ha sido un placer, nena.

Recogió la camiseta y el jersey del suelo con lentitud y al mismo tiempo recogió el vestido de Alexia. No fue un gesto caballeroso, sino algo retorcido y calculado, pues pasó por delante de José Antonio y dejó la prenda y la ropa interior de Alexia en la mesa que quedaba entre los otros dos.

—Ya nos...

—No —lo cortó Alexia en seco. Le escocían los ojos del esfuerzo que estaba haciendo por contener las lágrimas—. Vete de aquí; no quiero volver a verte.

Rubén le sonrió, se puso la camiseta y el jersey sin el más mínimo pudor y silbó hasta abandonar el apartamento.

Al oír el clic de la puerta Alexia cerró los ojos y esperó unos segundos; una única lágrima se escapó por la mejilla y la secó furiosa. Cuando los abrió y miró a José Antonio, él le dijo:

—Me marchó. Y yo sí que no quiero volver a verte nunca más. Nunca más.

Alexia estalló. La ira, el dolor, la rabia, la angustia, la vergüenza, todo subió a la superficie tan de repente que fue incapaz de controlarlo.

Y la verdad es que no quiso hacerlo.

—¿Te vas? ¿No quieres verme nunca más? Vaya novedad —dijo sarcástica—. Creía que ya me habías dejado plantada y que no querías verme nunca más. Oh, no, perdona, es verdad, ¿cuántas veces me has llamado en estos últimos días?

Él se detuvo en medio del pasillo y volvió a girarse para mirarla.

—No he podido llamarte —farfulló—. Y no sé de qué te quejas, tú solo me has llamado dos veces.

—¿Ah, así que no has podido llamarme pero has recibido mis llamadas? —Se tocó el mentón como si se hallase ante un gran misterio—. Qué interesante.

Alexia estaba temblando; lo único bueno era que la rabia había ganado la partida a la tristeza y a la vergüenza y ahora estaba tan furiosa con José Antonio que iba a decirle todo lo que pensaba de él por lo que le había hecho.

—He estado en Cádiz con...

—Ah, sí, ya lo sé —lo interrumpió Alexia.

—¿Lo sabes? ¿Sabes por qué he ido a Cádiz y aun así has sido capaz de... —tuvo que tragar saliva dos veces para poder continuar— acostarte con Rubén? —Se acercó a ella y la miró con los ojos inyectados en sangre—. Dios, ¿cómo puedo haber sido tan estúpido?

—¿Estúpido, tú? Mejor di que la estúpida soy yo. Tardé una semana en averiguar que estabas en Cádiz de vacaciones con tu novia. —Le abofeteó; el escozor que sintió en la palma le produjo una leve satisfacción.

José Antonio le sujetó la muñeca.

—¿De qué estás hablando? —Alexia levantó la otra mano para darle otra bofetada, pero él, avisado por la anterior, le cogió la muñeca a tiempo—. ¿De qué diablos estás hablando? —Estaba completamente pegado a ella y Alexia pudo ver que tenía ojeras y que estaba más delgado, y un horrible presentimiento le recorrió el cuerpo. Nadie volvía de vacaciones con tal mal aspecto.

—Tu vecina —susurró.

—¿Mi vecina? No entiendo nada, Alexia, me temo que tendrás que explicármelo. Apenas he dormido en toda la semana y ayer, hoy, bueno, ya no lo sé, cogí el primer avión que encontré a Madrid.

—¿Y tu novia? ¿Se ha quedado en Cádiz? ¿Acaso pretendes tener una mujer en cada pueblo?

—Ya te he dicho que no sé de qué me estás hablando. —Él apretó los dedos con los que le retenía las muñecas, pero al mismo tiempo movió, probablemente sin saberlo, los pulgares para acariciarle la piel.

—Suéltame.

José Antonio la miró a los ojos y cogió aire despacio para después dejarlo escapar por entre los dientes. Estaba exhausto, y destrozado. En menos de dos semanas lo había perdido todo.

También a ella. Alexia le había traicionado, se había acostado con otro. Lo que habían compartido ellos dos no había significado nada para ella. Nada.

Y para él lo había significado todo.

—Dios, tengo que irme de aquí —farfulló soltándole al fin las muñecas.

Se quedaron mirándose el uno al otro, en silencio, temblando, dos personas heridas que no podían soportar el daño que se habían hecho. José Antonio fue el primero en apartar la mirada y darse media vuelta.

Tenía que salir de allí. Si se quedaba un segundo más, corría el riesgo de preguntarle por qué, de suplicarle que le dijera qué había hecho mal. Y él no había hecho nada mal. Esta vez no.

—¿Vuelves con tu novia? —La voz de Alexia lo detuvo, pero lo que le hizo girarse fueron el dolor y la rabia que también detectó en ella.

—No tengo novia. —Se rio con mucha amargura—. Bueno, creía que lo eras tú, pero está visto que estaba equivocado. Supongo que he tenido suerte de averiguarlo ahora, si no, vete a saber cuánto tiempo más te habrías seguido viendo con Rubén a mis espaldas. Habrías tenido, ¿cómo lo has dicho? Sí, ya me acuerdo, un hombre en cada pueblo.

—¡Yo no me estoy viendo con Rubén!

—Él estaba desnudo. En tu apartamento. Cuando me ha abierto la puerta, olía a ti. ¡Dios, Alexia! ¿De verdad crees que soy tan estúpido?

—Tu vecina me dijo que...

—¡Es mentira! —rugió—. Joder, Alexia, ¿por qué la crees a ella y a mí no? Después de lo que pasó entre tú y yo creía que... —Sacudió la cabeza—. Da igual, está visto que estaba equivocado. Adiós, Alexia.

Ella reaccionó de inmediato; algo le decía que no podía permitir que José Antonio se fuese así del apartamento.

—Si no tienes novia...

—No tengo novia. —La fulminó con la mirada y tiró del brazo para desasirse.

—¿Qué hacías en Cádiz? ¿Por qué no me has llamado? Yo también creía que existía algo entre los dos, algo que se merecía al menos una llamada. Por eso, esta noche, cuando Rubén...

—Espera un segundo, ¿me estás insinuando que te has acostado con ese porque yo no te he llamado en, cuántos han sido, diez días? —Le temblaron las manos al pasárselas por el pelo—. Joder, Alexia, mi padre ha muerto.

A Alexia le fallaron las rodillas y tuvo la fortuna de estar de pie delante del sofá, porque si no se habría caído al suelo.

«Mi padre ha muerto».

«Mi padre ha muerto».

«Mi padre ha muerto».

—Ah, veo que, ahora, por fin me escuchas. Deja que te lo pregunte: ¿me crees o voy a pedirle a mi *vecina* que te lo diga?

—Yo... yo. —Se mordió el labio inferior porque no le dejaba de temblar—. Lo siento.

—¿Lo sientes? —Ahora José Antonio parecía más furioso que antes, como si hubiese dejado de contenerse—. Espero que no te importe que te diga que me da completamente igual que lo sientas. No puedo creerme que haya sido tan idiota, tan estúpido. Espero que seas muy feliz con Rubén o con el próximo hombre con el que elijas destrozarte la vida. Adiós, Alexia.

José Antonio se dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Caminaba despacio; el cansancio y la rabia le apretaban tanto los músculos que le costaba moverlos.

Alexia seguía sentada en el sofá; las consecuencias del grave error que había cometido la habían abatido. Si José Antonio la hubiese llamado, si él no hubiese aparecido en su piso en aquel preciso instante. Si él... sintió nauseas.

—¿Por qué no me has llamado? —Alexia se sobresaltó al oír su propia voz y comprendió que lo había dicho en voz alta.

Pensó que él no le contestaría, porque no quería o porque no la había oído. Alexia oyó que se abría la puerta; las malditas bisagras le recordaron que José Antonio se estaba yendo para siempre. Pero solo oyó eso, la puerta, y después la voz de él contestando a su pregunta con otra.

—¿Acaso importa? —José Antonio soltó el aliento. Ella pensó que se iría, pero tras unos segundos volvió a sentir su voz provocándole lágrimas—: Anoche conseguí un duplicado del teléfono y escuché tus mensajes; y decidí darte una sorpresa. Y al final me la he llevado yo, ¿qué te parece? —Sonó una risa horrible, tan amarga que a Alexia se le erizó la piel—. Adiós.

Cerró la puerta y desapareció.

Alexia lloró histérica. Los remordimientos le presionaban el pecho y no la dejaban respirar, la bilis le subía por la garganta, y el corazón le había dejado de latir de lo desgraciada y perdida que se sentía.

¿Qué había hecho?

Lloraba tan desconsolada que se le empapó la nuca de un sudor helado y le temblaban las manos. No podía permitir que José Antonio saliera así de su vida, tenía que ir tras él y hacerle comprender lo que había sucedido. Ella se había arrepentido desde el principio de acostarse con Rubén, incluso ahora sentía arcadas al pensarlo, y al final pensó en José Antonio. Fue su rostro y el recuerdo de sus besos lo que hizo que aquel encuentro fuese soportable.

Sí, tenía que contárselo, y tenía que contarle que su padre había ido a verla y lo mucho que esa visita la había afectado, y que hoy, en esa maldita fiesta universitaria, había bebido más de la cuenta.

Tenía que contárselo todo, y él tenía que perdonarla, porque si José Antonio no la perdonaba, ella no podría volver a mirarse en el espejo. Se puso en pie y con paso inseguro llegó al baño, donde se duchó de nuevo sin dejar de llorar. Esta vez no le importó la temperatura del agua, lo único que quería era cortar el llanto y pensó que la ducha ayudaría. Cuando creyó haber recuperado cierta calma, cerró el grifo y fue a vestirse. Se puso unos vaqueros, una camiseta, las botas, y cogió un jersey. Perdió medio minuto más en peinarse y con las llaves y el teléfono en el bolso abandonó su piso para ir al de José Antonio.

José Antonio oyó que llamaban a la puerta, por supuesto que lo oyó, pero se negó a abrir. No quería verla, y no quería que ella lo viese. Bastantes cosas había perdido a lo largo de esos días como para perder ahora la dignidad y el orgullo que le quedaban.

No quería oírla, no quería escucharla, quería seguir enfadado y dolido, porque así podía empezar a odiarla y a olvidarla esa misma noche.

—Abre la puerta, José Antonio, por favor —le pidió ella. Podía imaginársela con la frente apoyada en la hoja de madera y la palma de la mano al lado. A pesar de que lo había intentado, maldita sea, él no había sido capaz de alejarse del pasillo y estaba a escasos centímetros de la puerta—. Déjame entrar. —Se le rompió la voz y a él un poco más el corazón—. Por favor, José Antonio. Tenemos que hablar.

—Vete de aquí —le ordenó entre dientes—. Yo no tengo que hacer nada. Vete de aquí de una vez.

Alexia golpeó suavemente la puerta.

—Está bien, tienes razón, tú no tienes que hacer nada —reconoció, y él la oyó tragar saliva—, pero yo sí. Necesito hablar contigo, por favor, José Antonio. Por favor.

—No.

El silencio se alargó quizás unos minutos.

—Me quedaré aquí hasta que salgas; no me iré hasta hablar contigo.

—Vaya, es un alivio ver que eres capaz de ser constante en algo —dijo sarcástico e hiriente, porque sí, quería hacerle daño.

—Me lo tengo merecido —convino contrita—. Déjame entrar, José. Por favor.

Notó que ella apoyaba más peso en la puerta y supuso que había recostado la espalda para deslizarse hasta el suelo. Alexia no estaba bromeando, iba a quedarse allí sentada hasta que él saliese. José Antonio necesitaba dormir, necesitaba dejar de ser fuerte aunque fuera solo por unas horas, necesitaba llorar. Llevaba más de diez días conteniéndose, desde la llamada de Gabriela cuando le dijo que su padre había muerto, y ahora le quemaban los ojos. Estaba exhausto y por eso abrió la puerta.

Giró la llave y se preparó mentalmente para ver a Alexia. Ella se levantó del suelo, donde efectivamente se había sentado, con la espalda apoyada en la puerta, y se dio media vuelta para verlo.

—Sé que crees que lo que estás haciendo es romántico —le dijo él, antes de que ella pudiese abrir la boca—, pero no lo es. Esto —movió un dedo y los señaló a ambos— no es una película de adolescentes o una novela romántica. Esto sencillamente eres tú comportándote como una egoísta e ignorando mis deseos. Antes te he dicho claramente que no quería volver a verte.

Alexia aguantó la rabia de José Antonio, flexionó los dedos y se dijo que, si quería que él la escuchase, antes tenía que dejar que se desahogara y escucharlo ella a él.

—Pasa —la invitó José Antonio de mala gana y se hizo a un lado para que ella pudiese entrar—. Di lo que tengas que decir y vete de aquí. Estoy muy cansado.

—Gracias —farfulló ella.

José Antonio cerró la puerta y esquivó a Alexia para pasar antes que ella al interior del piso. Ni loco iba a comportarse como un buen anfitrión. Se dirigió directamente a la ventana que había en el comedor y miró afuera en busca de algo que le distrajese y le ayudase a soportar el dolor. No dijo nada más; era Alexia la que quería hablar, no él.

—Siento mucho lo de tu padre.

La voz de ella sonó tan cerca que le erizó el vello de la nuca y José Antonio supo que la tenía a su espalda. Maldita fuera. Alexia le acarició entonces un omoplato despacio y él no fue capaz de apartarse.

—Recuerdo que de pequeña le veía a menudo —susurró ella sin dejar de acariciarle la espalda—. Un día nos llevó en coche a mi padre y a mí y me habló de ti. Lo he recordado antes.

Los recuerdos golpearon a José Antonio; su padre había trabajado de taxista y de chófer para la empresa del padre de Alexia y seguro que lo que le estaba contando ella ahora era verdad; su padre solía presumir a diario de sus tres hijos. Era el único que lo hacía.

—¿Estaba enfermo? —Enredó los dedos en la nuca.

—Sí —contestó él, relajándose y buscando la caricia—. Pero no lo sabíamos.

—Oh, José. —Se le quebró la voz y dejó de tocarlo. Él se mordió la lengua para no pedirle que volviera a hacerlo, pero Alexia de repente apareció delante de él y le rodeó la cintura con los brazos—. Lo siento mucho.

Alexia le estaba abrazando y José Antonio sintió que eso era exactamente lo que necesitaba. Lo que había necesitado todos esos días en Cádiz mientras enterraba a su padre y descubría que su madre era la mujer más fría y egoísta del mundo. Cerró los ojos y notó que temblaba. Ella le abrazó con más fuerza y José Antonio se rindió y también la rodeó con los brazos.

No lloró, no derramó ni una lágrima más, pero los temblores no cesaron hasta que ella empezó a acariciarle de nuevo la espalda y a susurrarle:

—Lo siento tanto, José Antonio. Lo siento.

Entonces Alexia levantó el rostro y buscó el de él; ella tenía los ojos rojos de

haber llorado y se puso levemente de puntillas para besarlo.

Habría podido apartarse, habría podido soltarla y dar un paso hacia atrás. No hizo nada de eso, bajó la cabeza y la besó.

Ella sollozó al sentir la lengua de él en sus labios y flexionó los dedos que tenía en la espalda de José Antonio para pegarlo por completo a su cuerpo. José Antonio le mordió el labio inferior y la empujó sin darse cuenta hacia el cristal del balcón. El sabor de Alexia deslizándose poco a poco por sus venas, el perfume colándose por sus fosas nasales, el calor que desprendían las manos de ella cuando le tocaba los hombros. Después de todos esos días en el limbo emocional que se había autoimpuesto, en esa cárcel donde no podía sentir nada porque si lo hubiera hecho se habría desmoronado, el beso de Alexia fue como un milagro, porque le recordó que estaba vivo.

Pero con la vida volvió el dolor, y esta vez, quizá porque la tenía tan cerca, fue de verdad insoportable. No podía tocarla; apenas unas horas antes ella se había acostado con otro hombre, con un hombre al que además despreciaba.

—¡No! —Se apartó de ella y la miró furioso. Estaba excitado, muy excitado, temblaba de la cabeza a los pies y notaba la erección apretándose en el pantalón. Seguramente le bastaría con un beso más, con otra caricia, para terminar. Y después se odiaría por ello, y a ella todavía más—. ¡No!

—José Antonio, por favor... Lo siento. —Alexia también temblaba y apoyó la espalda en la ventana que tenía detrás—. Lo siento mucho.

—Eso ya lo has dicho antes, Alexia, y no sirve de nada. Puedes decirlo hasta cansarte y no servirá de nada. Quiero que te vayas.

—He cometido un error, José Antonio, y me arrepiento de ello. Dios, no sabes cómo me arrepiento. —Se secó una lágrima de la mejilla—. Tienes que entenderlo, por favor.

—¿¡Qué!?! —Se pasó las manos por el pelo; era un hombre a punto de cruzar el límite del cansancio—. ¿Qué es lo que tengo que entender? ¿Que como no te he llamado en diez días te has acostado con otro? ¿Que te has creído a mi vecina, una cretina a la que no conozco, antes que a mí? ¿Que no has tenido ningún reparo en acostarte con otro hombre después de lo que compartimos?

Las palabras de José Antonio fueron clavándose en el alma de Alexia, haciéndole cada vez más daño porque eran dolorosamente ciertas.

—¿Qué es lo que compartimos? ¡No me llamaste! ¿Cómo querías que supiera que esa noche que estuvimos juntos había significado tanto para ti como insinúas? ¿¡Cómo iba a saberlo!?

—¡Porque estabas allí! Joder, Alexia. —Dejó caer los hombros y suspiró—. Porque estabas allí. Me miraste a los ojos cuando estaba dentro de ti y yo miré los tuyos.

—Yo...

—Mierda —farfulló—. Tenías que saber que me estaba enamorando de ti.



A Alexia le fallaron las piernas y se deslizó hacia el suelo. Quedó sentada con las rodillas dobladas que no paraban de temblarle.

—¿Has... —se humedeció el labio inferior e intentó hablar por encima de los latidos de su corazón— has dicho que te estabas enamorando de mí?

Nunca nadie le había dicho nada parecido. Alexia nunca había conquistado a nadie, nunca había sido especial.

Nunca había tenido el poder de hacerle tanto daño a nadie.

—Sí, eso he dicho —afirmó orgulloso—, pero, si no te has dado cuenta hasta ahora, es obvio que no me conoces o que no existe una conexión especial entre nosotros como creía.

—No, José Antonio... espera un segundo, por favor. —Cerró los ojos e intentó evocar el instante exacto que él le había descrito—. Oh, Dios mío —balbuceó tapándose la boca—, es verdad. Lo sabía, ¿cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora? ¿Cómo he podido... —No terminó la frase, apretó los labios y contuvo la respiración para no vomitar.

—No te preocupes —la tranquilizó él sarcástico—, se me pasará. Por suerte para mí todavía estoy a tiempo de curarme.

¡No!, ella no quería que se curase. No quería que él la considerase una enfermedad.

—Tienes que perdonarme, José Antonio, si me lo hubieras dicho...

—¡No te atrevas a volver a insinuar que esto es culpa mía! Tendrías que haber confiado en mí, Alexia. Ahora ya es tarde.

—No, no puede serlo. Apenas nos conocemos.

—Exacto, si en solo unas semanas estamos así —la señaló primero a ella y después a sí mismo—, imagínate qué pasaría dentro de unos meses. No, es mejor así. Ahora los dos sabemos la verdad, hemos comprobado que lo nuestro no funcionaría, y podemos seguir con nuestras vidas.

—¡No! —Se obligó a no gritar al ver que él entrecerraba los ojos—. He cometido un error. Tienes que perdonarme —volvió a suplicarle—. Por favor.

José Antonio se quedó en silencio largo rato, mirándola y flexionando los dedos mientras le temblaba ligeramente la mandíbula.

—Yo no tengo que hacer nada, Alexia —dijo al fin, provocando que a ella se le escapase un sollozo—. Acabo de enterrar a mi padre y de perder a mi madre. Estoy muy cansado, demasiado. Necesito dormir, descansar, recuperarme un poco. Tal vez después podré pensar con claridad.

—Yo puedo...

—No, Alexia. —Se acercó a la puerta del apartamento y la abrió—. Necesito que te vayas. Por favor.

Las dos últimas frases sonaron huecas de ira; en ellas solo había tristeza y mucho dolor, y Alexia, aunque nada le habría gustado más que abrazarlo y quedarse a su lado, se levantó y se dirigió adonde él la estaba esperando.

José Antonio se hizo a un lado para dejarla pasar. Cuando Alexia levantó la mano para acariciarle el rostro, él se apartó y ella fingió no verlo.

—Vendré a verte pasado mañana —le dijo Alexia en voz baja ya en el rellano. Decidió que le dejaría descansar, se le veía exhausto y necesitaba dormir. Si no descansaba y se recuperaba, nunca estaría dispuesto a escucharla.

—Adiós, Alexia —se limitó a decir él un segundo antes de cerrar la puerta sin hacer el menor ruido. Un segundo después, Alexia oyó un sonido sordo y adivinó que José Antonio había golpeado la pared. Y luego otro. Y después un gemido gutural cargado de rabia y de rencor. Apoyó la palma de la mano en la puerta, como si así pudiera acariciarlo a él, pero no pudo.

—José Antonio, lograré que me perdones —susurró en voz muy, muy baja, solo para sí misma. Y se fue de allí para darle la intimidación que él tanto necesitaba y tanto había luchado por recuperar.

Cuando volvió dos días más tarde, a las once de la mañana y con una bolsa con unas pastas para el desayuno, tocó el timbre y empezó a coger aire. La puerta se abrió mientras lo soltaba e intentaba serenarse. Estaba muy nerviosa.

—Buenos días —la saludó una mujer con un traje chaqueta azul marino y pañuelo de cuadros en el cuello—, creía que habíamos quedado a las once y media, pero me alegro de que esté aquí.

—¿Disculpe?

—Sí, pase, pase. Es un piso ideal.

Alexia entró y se le cayó la bolsa de papel blanco al suelo al ver el apartamento de José Antonio completamente vacío.

—Si le gusta, puede entrar a vivir hoy mismo. El último inquilino ha tenido que irse de improviso.

—¿No volverá?

—No, puede estar tranquila. ¿Qué le parece si le enseño el dormitorio?

—No —consiguió balbucear—, tengo que irme. —La señora de la inmobiliaria, eso Alexia había sido capaz de deducirlo, la miró extrañada—. Tengo que irme. Tome, están recién hechas. —Le entregó la bolsa de papel que había recogido del suelo—. Adiós.

Bajó la escalera en trance, sintió la barandilla de acero fría bajo los dedos.

José Antonio se había ido y no iba a volver. Y no le hacía falta llamarlo al teléfono para saber que nunca iba a contestar.

# **Intermedio**

## **Nueva York. Cinco años más tarde**

Porque a veces la pasión es la excusa perfecta para no enfrentarte a tus sentimientos, o el único modo que tienes de demostrarle a una persona que la amas.

ÉL

Esta última conferencia podría habérmela ahorrado. No sé qué laboratorio habrá sobornado a quién para que ese hombre se haya pasado casi una hora contando estupideces, pero espero que les haya valido la pena. Yo he perdido un tiempo muy valioso y nadie va a devolvérmelo. Dejo caer la cabeza hacia atrás y la apoyo en la pared de la sala de convenciones. La luz del techo me ciega un segundo y cierro los ojos.

Mierda, estoy muy cansado. Creo que nunca me acostumbraré a estos viajes. Es la cuarta vez en lo que va de año que viajo a Nueva York. Sé que es un honor, un privilegio que el hospital de Cádiz me haya elegido a mí para acudir a estos seminarios, pero... Dios, no puedo quejarme. No tengo derecho; además, trabajé muy duro para que el comité de Cádiz me eligiera.

—¿Se encuentra bien, doctor Nualart?

Dejo caer las patas delanteras de la silla al suelo y miro a mi interlocutor; es un abogado del hospital de la ciudad que ha organizado parte del seminario. Nos presentaron dos noches atrás, pero no recuerdo su nombre.

—Sí, por supuesto, gracias.

—Me alegro. —Me sonrío. Mala señal. Me pongo de pie y cojo la americana que he dejado antes doblada en la silla de al lado. Empiezo a ponérmela y a caminar hacia la salida, y él camina a mi lado. ¿Cómo diablos se llama?—. Esta noche se celebra la cena de clausura del seminario.

—Lo sé. —Sueno antipático, pero ¿he dicho ya que estoy cansado? Llegué de Cádiz hace tres días y apenas he dormido unas cuantas horas y mañana por la noche sale mi avión de regreso a España.

He cruzado la puerta del salón de convenciones, espectacular, por supuesto, y estamos en el vestíbulo del hotel. Mi habitación está en la sexta planta; en ella hay una cama enorme que me atrae como un imán. Quiero dormir, recuperar la sensación de que soy un ser humano, y llamar a mi hermana Gabriela. En estos últimos años nos hemos convertido en una familia de dos, mi hermana y yo, o súper Gaby y el doctor Maligno, como nos llama ella. A pesar de que antes de subirme al avión me aseguré de dejarlo todo bien atado para que Gabriela no tenga ninguna sorpresa desagradable durante la semana, no me fío de nuestra madre. Patético, pero la vida es así.

—Hemos visto que no ha confirmado su asistencia.

¿Este tipo todavía sigue aquí? ¿Y qué es eso de «hemos», cuántos abogados han estado mirando la maldita lista de invitados?

—No, no la he confirmado. —Me pongo las manos en los bolsillos y desvío la

mirada por el vestíbulo haciéndome el despistado.

—No se preocupe —sigue el abogado—, nosotros lo hemos hecho por usted. Hay varios miembros del comité directivo del hospital interesados en conocerlo, doctor. La cena no es hasta dentro de tres horas, así que tiene tiempo de descansar un...

—No voy a asistir a la cena —le interrumpo harto de escucharle. A mí la política, las relaciones institucionales, o como quiera que se llamen, no se me dan bien. O mejor dicho, no me da la gana de entrar en ese juego. Ese era, y es, mi peor defecto, según la junta directiva del hospital de Cádiz, y el único motivo por el que se plantearon elegir a otro para asistir al seminario de oncología de Nueva York.

Tal vez deberían de haberlo hecho.

—¿Disculpe? —El abogado me mira como si le hubiese pedido que me trajese una virgen para sacrificarla ante un altar.

—No confirmé mi asistencia a la cena porque no voy a asistir —le explico.

—No lo entiendo. —Me mira confuso de verdad y siento la tentación de consolarle; podría contarle que, en Cádiz, el jefe de mi departamento también se sulfura cuando ve que no le hago la pelota a ciertos políticos.

Abro la boca para decirle que nunca asisto a esas cosas y que estoy exhausto, que no puedo mantener los ojos abiertos ni un segundo más, pero entonces mis ojos —los mismos que segundos antes me escocían— se detienen en un cartel que hay al lado de la recepción.

No puede ser. Imposible.

Esquivo al abogado y me dirijo sin poder evitarlo a inspeccionarlo más de cerca. Es del tamaño de una hoja de papel y está elegantemente encerrado en un marco negro a juego con la imagen sofisticada del establecimiento en que me hospedo. El marco está al lado del teléfono del conserje y en frente también hay un montículo de tarjetas. Levanto el marco y con el pulgar acaricio el rasgo que ha captado mi atención en la distancia: un mechón de color lila.

Alexia.

Mi corazón se detiene y el antiguo dolor resurge un segundo, pero le obligo a retroceder y recupero la normalidad.

Miento, lo sé, pero nunca he entendido por qué después de cinco años sigue produciéndome ese efecto. No he vuelto a verla desde que la eché de mi piso de Madrid. Mis ojos buscan el rostro de ella en la imagen que sostengo y no lo encuentran, está oculto entre las sombras y su propio pelo. Pero es Alexia. La exposición se titula *Colors and Seamonsters* y la artista se llama Lila.

«Lila».

«El mayor talento de la pintura española del momento».

Es ella. Lo sé, lo siento en mi piel.

—¿Doctor Nualart?

—No puedo asistir a la cena porque tengo un compromiso. —Cojo una de las tarjetas de la exposición y se la doy a mi acosador particular—. Hace mucho tiempo

que tengo esta cita pendiente.

Le dejo allí en el vestíbulo y salgo directamente a la calle, porque ahora que me he decidido no puedo esperar ni un segundo más.

La exposición se inaugura hoy, o, mejor dicho, se ha inaugurado hace —miro el reloj que llevo en la muñeca— dos horas, y estará en la ciudad un mes entero. Participarán otros artistas, aunque esa parte he dejado de leerla.

Cinco años y sigo sin comprender por qué me destrozó de esa manera que me engañase. No fue solo mi orgullo, que por supuesto me dolió, fue algo mucho más profundo. Tal vez fue culpa mía, eso me lo he preguntado siempre. Tal vez yo me tomé demasiado en serio lo que estaba sucediendo entre nosotros; fueron unos días muy intensos para mí y la muerte de mi padre aceleró las cosas. Cuando analizo los recuerdos con objetividad, algo que intento hacer lo menos a menudo posible, sé que Alexia y yo apenas nos conocíamos. Pero habíamos conectado. Siempre he creído que hay gente que no se conoce o que no siente nada el uno por el otro aunque pasen toda la vida juntos, y otra gente que con un mirada tiene suficiente.

Alexia fue mi mirada, pero yo no fui la suya. Sí, por eso no la he olvidado, porque sigo sintiéndome como un imbécil y como un gilipollas. ¿Cómo pude equivocarme tanto? A lo largo de estos años he conocido a mujeres fantásticas, unas más y otras menos, y he compartido buenos momentos con algunas... pero no he mirado a ninguna. Me niego a hacerlo. No merece la pena y no me hace falta.

Ha habido algunas de esas mujeres que me han acusado de ser emocionalmente inaccesible. Una estupidez, por supuesto. La última que me lo dijo fue hace unos meses y recuerdo que cuando la vi alejarse del restaurante donde habíamos estado cenando no sentí nada. Nada en absoluto, fue peor que un vacío, porque ni siquiera sentí eso. Para que algo estuviera vacío antes tenía que estar lleno, y yo no lo estoy. Eso sí que soy capaz de reconocerlo.

Por eso voy a la exposición a ver a Alexia, para descubrir si soy capaz de reaccionar o si ya estoy completamente muerto por dentro. Si lo estoy, no es solo culpa de Alexia, lo sé, sencillamente han sucedido demasiadas cosas.

Esos días que estuve en Cádiz tras la muerte de mi padre me cambiaron, me convirtieron en lo que soy. Y esa madrugada, cuando fui a Madrid para estar con ella, quería que Alexia me salvase, quería huir de todo aquello y tenerla en mis brazos. Y pensar solo en eso. La convertí en mi tabla de salvación y ella dejó que me ahogase.

La galería está a pocos metros de distancia. En una de mis visitas anteriores aproveché una tarde libre, la única que tuve, para perderme por el barrio. Estaba en el mismo hotel que ahora, así que cuando he visto el nombre de la sala de exposiciones y la calle la he localizado de inmediato. Esta vez el destino me lo está poniendo fácil. Me detengo en la acera justo enfrente: es un local con paredes blancas y una puerta de hierro negra; en realidad es como cualquier galería de arte de las que aparecen en las películas. De las paredes cuelgan unos lienzos enormes, de unos dos metros de ancho, y, aunque no puedo ver claramente el dibujo, sí que consigo captar el color. Es

vibrante, espectacular, quita el aliento.

Es exactamente lo que me había imaginado que pintaría Alexia algún día.

La gente que pasea por el interior de la galería va básicamente vestida de negro, lo que consigue resaltar todavía más la viveza de los cuadros, y veo pasar dos camareros con bandejas llenas de copas. Deslizo un segundo la mirada hacia mi atuendo y compruebo que llevo la camisa blanca, sin corbata (las odio), pantalón negro y americana también negra. En el hospital nunca voy así, evidentemente, pero este mediodía he tenido que participar en una mesa redonda y me ha parecido más acertado optar por algo más formal. He acertado.

Un pareja pasa junto a mí y veo que, en la entrada, un hombre con un pinganillo en la oreja les pide la invitación.

Mierda, no sé si tengo ganas de acercarme a ese tipo y contarle que soy un «viejo amigo» de la artista. No, sacudo la cabeza, definitivamente no quiero hacerlo. Suelto el aliento resignado, tal vez todo eso no ha sido buena idea. Además, Alexia ni siquiera está...

Dios mío.

Un camarero se aparta y al retirar la bandeja aparece ella. Sus ojos atraviesan el cristal de la calle y se detienen en los míos. Noto el instante exacto en que me reconoce; las pupilas le brillan de un modo distinto y le tiembla el labio inferior. Tiene las manos delante, como si las hubiera estado moviendo para explicarle algo a alguien, pero las detiene en el aire y se acerca la derecha al rostro para apartarse el pelo. El mechón púrpura brilla más que años atrás, pero sigue encajando a la perfección con ella. Tal vez más.

La veo pronunciar mi nombre, puedo leerle en los labios cierta duda, y yo, con las manos en los bolsillos, me encojo de hombros y asiento para confirmarle mi identidad.

Ella me sonrío, una sonrisa que le cambia la cara y se la ilumina, y la hace aún más hermosa. Empieza a caminar; el vestido verde que lleva flota suavemente a su alrededor y no me doy cuenta de lo que pretende hasta que se planta en la calle delante de mí.

Huele igual. Me vuelve loco.

—Hola —me saluda y se abraza con los brazos porque la brisa de la noche es fría y el vestido es de tiras. En realidad, para mi desgracia, parece un camisón.

—Hola —contesto casi sin voz. Carraspeo—. Deberías volver, aquí fuera cogerás frío.

Alexia ladea la cabeza.

—¿Quieres entrar? —Yo no digo nada, mi cerebro intenta encontrarle sentido a todo aquello, y ella insiste—: Es mi primera exposición y no conozco a nadie; bueno, a mi agente, supongo. Y me iría muy bien tener a... un rostro conocido cerca. Estoy muy nerviosa.

—No lo sé —suelto el aliento y flexiono los dedos dentro de los bolsillos. Tengo

la espalda empapada de sudor y una presión en el pecho que amenaza con romperme las costillas. No, definitivamente no estoy muerto por dentro. Y, sin duda, ahora mismo estoy furioso con mis propios sentimientos. Todo esto es ridículo—. Creo que será mejor que me vaya.

Sí, eso es. Tengo que irme.

Alexia deja de sonreír y sus ojos pierden intensidad. Y yo tengo que morderme la lengua para no aceptar su invitación de inmediato. No; me voy. Nunca debería haber venido.

—De acuerdo —asiente ella en voz baja y contrita—. Está bien. —Odio verla así, tan contenida, se me revuelven las entrañas.

—Estoy muy cansado —me justifico absurdamente.

—Oh, entonces, ¿te gustaría venir mañana? Podríamos...

—No.

—Oh, de acuerdo —repite—. Lo siento. —Se abraza con más fuerza y me temo que ahora no solo se protege del frío—. Voy a entrar.

Ni Alexia ni yo nos movemos de donde estamos. Alguien abre la puerta de la galería.

—Te están esperando, Lila.

El hombre, deduzco que su agente, cierra despacio y le veo acercarse a una pareja que están frente a un cuadro.

Alexia me recorre con la mirada, no sé si busca las diferencias que me ha dejado el paso de estos años, pero cuando termina sonrío con tristeza y se da media vuelta. Sujeta el tirador de la puerta.

—¿Te acuerdas de los cuadros que había en la sala donde se celebró la entrega de la beca? —me pregunta dándome la espalda.

—Sí. —Eran sus primeros cuadros, ella entonces apenas tenía quince años y ni siquiera estaban firmados. No los olvidaré nunca, me quedé hipnotizado mirándolos.

—Están aquí. —Abre la puerta—. ¿Quieres verlos?

Si me voy de aquí no podré seguir adelante; lo sé, igual que sé que jamás la perdonaré por haberme sido infiel aquella noche. Si me quedo, tal vez consiga dejar de castigarme con sus recuerdos. Y sí, maldita sea, quiero estar con ella un poco más. Llevo cinco años sin verla.

Alexia entra y se acerca a la pareja que está hablando con el hombre que había salido a buscarla. Me está dando la espalda pero sé que está pendiente de mí, lo noto en la tensión que domina la curva de sus hombros.

Puedo contar las horas que pasamos juntos, y son pocas, y estoy convencido de que sigo conociendo las reacciones de su cuerpo. Voy a entrar, suelto el aliento por entre los dientes y me acerco a la puerta de la galería. El guarda la sujeta y no me pide ninguna invitación, solo espera a que haya entrado del todo para poder cerrar.

Rechazo una copa de champán y me acerco al primer cuadro; el trazo del pincel tiene vida propia. No soy ningún experto en arte, pero entiendo perfectamente que



cualquiera se quede atrapado por la emoción que desprenden las pinturas de Alexia. Ella está escuchado a la misma señora de antes, levanta los ojos en el momento exacto y encuentra los míos. Me sonrío un segundo y se sonroja cuando vuelve a dirigir la atención hacia la dama.

Yo me quedo unos segundos más frente a ese cuadro, intento vaciar mi mente y dejarme llevar por las sensaciones que me provoca, aunque la sonrisa de Alexia se niega a abandonarme. Camino hasta el siguiente cuadro, y, cuando me detengo delante, vuelvo a sentir la mirada de Alexia. Yo arqueo una ceja, no entiendo qué representan esos trazos naranjas que parecen delineados con fuego, y ella arquea la suya y vuelve a sonreírme.

A lo largo de la hora siguiente, Alexia va hablando con los distintos visitantes de la exposición, pero cada vez que me paro delante de una de sus obras me mira y con su rostro intenta explicármela. Es tan íntimo, tan sensual, que mi cuerpo empieza a reaccionar. Y el de Alexia también.

Me detengo frente al penúltimo cuadro, la galería se ha ido vaciando y queda poca gente, pero Alexia sigue sin acercarse a mí. Es un lienzo de grandes dimensiones dominado por trazos azules y negros. Es el mar, lo sé sin lugar a dudas, el mar en medio de una tormenta. Es precioso; sin recurrir a ninguna forma transmite la rabia, la fuerza y la crueldad de una tempestad. Noto su mirada, levanto la mía y me quedo sin aliento al verla. Ese cuadro es muy personal, esa tempestad allí representada sucedió de verdad, y arrolló con algo muy importante en la vida de Alexia. El pulso me late fuerte en el hueco de la garganta, me cuesta tragar, pero pronuncio en voz muy baja el nombre de ella.

—Alexia.

A ella le brillan los ojos y le tiemblan las manos que tiene inertes a ambos lados del cuerpo. Una mujer de camino a la salida de la galería se interpone entre nosotros. Es una ruptura brusca, pero me da la tregua que necesito para preguntarme qué estoy haciendo. Sacudo la cabeza, el tiempo que he estado sin verla no ha logrado disminuir la atracción que siento hacia ella, ni la sensación de que le pertenezco.

No, es absurdo.

Camino hasta el último cuadro: este es rojo. Decir que es igual que el fuego parece una obviedad, pero eso es exactamente lo que siento al verlo: fuego y dolor. ¿Qué diablos le ha pasado a Alexia durante estos cinco años? No quiero saberlo.

Un instinto animal que identifico al instante como mi instinto de supervivencia me exige a gritos que salga de allí de inmediato. «Ahora mismo. Ni siquiera la mires». Evidentemente, le desobedezco y busco a Alexia con la mirada.

No sé si estamos solos en la galería; cuando la veo, es lo que siento. Las emociones que transmiten los cuadros son ridículas comparadas con las de sus ojos. No puedo absorber el impacto con el que me golpean. Tengo las manos en los bolsillos y cierro los dedos con fuerza. Una gota de sudor resbala por mi espalda y la noto centímetro a centímetro. Alexia camina, da un paso, y otro, y otro, y después da

el último.

Se detiene frente a mí. Está temblando y también flexiona los dedos nerviosa. Se humedece el labio y levanta la cabeza.

—José Antonio.

Susurra mi nombre, no hace nada más, pero mi cuerpo no puede aguantarlo y mis manos salen frenéticas de la cárcel donde las he encerrado para sujetarla por la cintura. La seda del vestido se funde bajo mis dedos y notar ese calor me obliga a acercarme más a ella.

Ahora mismo. Aquí. Porque si no, moriré y volveré a ser de piedra.

Agacho el rostro; mis labios no se colocan encima de los suyos, los muerden, los separan sin ninguna delicadeza y mi lengua recorre el interior de su boca reclamando la posesión de su sabor y de cada uno de los delicados gemidos que le suben por la garganta.

Alexia se pone de puntillas, lo sé porque su cuerpo —gracias a Dios— se pega más a mí y entrelaza las manos en mi nuca. Me acaricia el pelo y yo aumento la intensidad del beso. El instinto de supervivencia de antes se ha convertido en la necesidad animal de poseerla, de vengarme de ella por el vacío y la muerte sin fin en la que me ha obligado a vivir todos estos años.

¿Cómo se atreve?

La rabia me hace arder la sangre, me consume, llego a la estúpida conclusión de que si la poseo físicamente me saciaré de ella y la echaré para siempre de mi cuerpo y de mi mente. Sí, eso es lo que necesito. Tengo que quitarme de encima esta lujuria, este deseo que, literalmente, me impide pensar. No puedo razonar, lo único que puedo hacer es besarla, morder sus labios, capturar el sabor de su lengua, notar el calor de su cuerpo. Y no me basta, necesito más, necesito tenerla desnuda debajo de mí, hacerla mía para luego poder echarla. Quiero verla moviéndose de placer, quiero oírle gemir mi nombre. Dios, la imágenes que yo mismo he creado me están excitando más. Alexia tiene que notarlo... Lo nota, acerca su estómago a mi erección.

Tengo que parar.

Aparto los labios de los de ella, pero me niego a soltarla. Necesito esa noche y la necesito a ella. A nadie más. La realidad me molesta. Apoyo la frente en la de Alexia y abro los ojos; así, tan de cerca, solo está ella.

—Ven conmigo —le pido con la voz ronca.

Alexia solo asiente.

Cierro de nuevo los ojos en busca de la calma que necesito para salir de esa galería; noto los labios de Alexia en los míos un segundo y cuando abro los ojos veo que ella está cogiendo un abrigo y que se despide del hombre de antes.

¿Quién es? Aprieto los dientes. No, no me importa. Él no tiene nada que ver con lo que va a suceder con Alexia. Será solo una noche.

Alexia vuelve a mi lado con el abrigo puesto y me coge la mano sin dudarle. La de ella tiembla, pero me sujeta firme y decidida.

—Ya estoy lista.

Tiro de ella hacia la salida sin decirle nada y sin despedirme de nadie. El guarda de la entrada tiene el tino de abrirme la puerta. Cruzo las calles por las que he andado antes lo más rápido que me atrevo por los tacones de Alexia. Los oigo golpear el asfalto detrás de mí. Aprieto los dedos de ella todo el rato, y en algún instante me acerco nuestras manos unidas a los labios y beso el reverso de la de ella. No voy a plantearme nada, me dejaré llevar y así podré olvidarla.

Será solo una noche.

—Es mi agente —le oigo decir.

—¿Quién?

—El hombre con el que he hablado antes de salir, es mi agente. Se llama Donald.

Podría decirle que no me importa, pero ella detectaría la mentira igual que ha detectado que me he fijado y que no me ha gustado. Sigo odiándola por esto; si le basta con mirarme para saber qué pienso, por qué diablos hizo lo que hizo.

Da igual.

Será solo una noche.

Entramos en el vestíbulo del hotel; tengo la llave de la habitación en el bolsillo, así que no tengo que detenerme en recepción. Creo que le habría arrancado la cabeza a cualquiera que hubiese intentado entretenerme. Aprieto el botón del ascensor con la mano que tengo libre y al hacerlo veo en el reloj de mi muñeca que son casi las doce de la noche. Las puertas de acero se abren de inmediato y se cierran a nuestras espaldas, dejándonos solos en ese cubículo.

El gruñido que se oye sale de mi garganta un segundo antes de que mis labios devoren los de Alexia y la encierre entre mi cuerpo y la pared del ascensor. Me dará igual si se detiene y sube alguien más, no voy a dejar de besarla.

Suena la campanilla y me aparto lo necesario para ver que hemos llegado; vuelvo a cogerla de la mano y la conduzco hasta mi habitación. Mis manos, mis pies, funcionan solos, porque mi mente solo es capaz de pensar en Alexia y en todo lo que voy a hacerle.

Abro la puerta, lanzo la llave al suelo (sí, es de esos hoteles que todavía tienen llave), cierro la puerta de una patada y beso a Alexia apoyándola en ella. No me veo capaz de dar un paso más y llegar a la cama.

Tengo que poseerla ahora mismo. Me quema la piel solo de pensarlo. Le levanto el vestido con una mano y con la otra le bajo la ropa interior. Ella no lleva medias —gracias—, sé que se las habría roto. Le acaricio el muslo al desnudarla, tiene la piel más electrizante que he tocado jamás. Al subir la mano, le acaricio también la cintura, pero no puedo tocarla más. Si le toco los pechos, me correré.

—Ayúdame —es la petición que sale de mis labios. Mis manos se niegan a alejarse de ella.

Vuelvo a besarla, mi lengua tiembla y se estremece, es como si me estuviera diciendo: «Lo ves, así es como debo sentirme».

Y odio a Alexia...

Sus manos aparecen en mi cinturón y después en el botón y en la cremallera. Cuando noto que la tela negra se separa y que ella me acaricia por encima de la ropa interior, me convierto en el animal herido que soy desde que eché a Alexia de mi lado. Ahora ella está aquí conmigo y tiene que compensarme. Sí, pienso frenético al morderle el cuello, tiene que compensarme por tanto dolor.

Lamo la piel que he mordido y la siento temblar.

—José Antonio, yo...

Vuelvo a besarla. Echo de menos su sabor y no quiero oír nada que pueda hacerme olvidar lo que siento. Necesito estar así.

Sujeto mi erección con una mano y entro dentro de Alexia. No me detengo ni un segundo, no puedo. Y ella tampoco.

Alexia gime bajo mis labios y me rodea la cintura con las piernas mientras yo la levanto del suelo sujetándola por las nalgas. La apoyo contra la pared, coloco una mano detrás de la cabeza de ella para que no se haga daño y me aseguro de que mis muslos sujetan todo el peso. Después, me doy permiso para rendirme.

Alexia se aprieta a mi alrededor y la sacuden las primeras olas del orgasmo. El mío es inmediato, eyaculo y me estremezco de la cabeza a los pies. Grito, pero mi grito se pierde en la boca de ella. Mis caderas no pueden dejar de moverse, me tiemblan los muslos de lo firmes que mantengo los pies en el suelo.

Ella me muerde el labio, noto el sabor de la sangre y no me detengo. Es la herida más leve que me ha hecho. Me acaricia la nuca y desliza las manos por mi espalda con ternura.

Me está tranquilizando.

No, eso sí que no. No va a convertir esto en lo que no es.

Yo le muerdo el labio inferior y vuelvo a tomar el control del beso y de nuestros cuerpos. Sin salir de dentro de ella, la llevo hasta la cama. Me siento con ella encima de mí y con cuidado me tumbo encima del sedoso cubrecama. Aunque es de una tela carísima, me parece áspero comparado con la suavidad de la piel de Alexia.

Ella se tumba encima de mí, interrumpe el beso y apoya la cabeza en el hueco de mi cuello. Dejo que esté así unos segundos, hasta que coloca una mano encima de mi corazón y descubre lo deprisa que late. No volveré a mostrarme vulnerable. La sujeto por la cintura con ambas manos y nos giro a ambos. Ahora ella está tumbada en la cama y yo encima.

El calor de ella ha vuelto a excitarme y noto que Alexia tiembla de deseo. Me mira a los ojos; yo le aguanto la mirada. Ve demasiado, siempre ha visto demasiado.

Levanta una mano y me aparta un mechón que se me ha pegado a la frente con el sudor. Yo todavía llevo la camisa puesta. La americana la he dejado caer al entrar. Y ella lleva el vestido.

—Desnúdame —le pido.

Con dedos temblorosos, Alexia me desabrocha la camisa. Yo apoyo mi peso

primero en una mano y después en la otra para quitarme las mangas una a una. Sus manos me acarician el torso y yo quiero hacer lo mismo con ella. Vuelvo a apoyarme solo en una mano para quitarle el vestido, Alexia tiene que ayudarme, porque me niego a salir de su interior para desnudarla. Tras dos movimientos malabares, el vestido verde termina hecho un ovillo en el suelo.

Empiezo a moverme despacio, hundo el rostro en el cuello de Alexia para morderla y ella gime de placer. Levanta las rodillas para atraparme en medio; el gesto hace que la sienta apretándose a mi alrededor.

Me echo un poco hacia atrás para mirarla y veo que los ojos de ella están completamente oscuros. Está tan perdida como yo.

—Más —farfallo—. Otra vez.

—Sí, otra vez.

Arquea la espalda para pegarse a mí y llevarnos los dos de nuevo al orgasmo.

Unas horas más tarde, con la habitación completamente a oscuras, al fin me rindo y dejo de engañarme. Abrazo a Alexia, que está dormida a mi lado, y empiezo a besarla. Son todos los besos que no le he dado mientras nos poseíamos el uno al otro con desesperación. Antes han hablado nuestros cuerpos, ahora voy a hacerlo yo. Le beso el rostro con cuidado, el cuello, intento imaginarme dónde están las marcas de mis dientes y también las beso. Le beso los pechos y entonces noto las delicadas manos de ella en mi espalda.

—José Antonio. —Es mi nombre, pero ahora dicho de otra manera.

Busco sus labios y nos besamos. Y, sin dejar de besarnos, entro en ella y hacemos el amor. Es lento, sin reacciones estudiadas y sin barreras, sin juegos sexuales. Solo Alexia y yo haciendo el amor gracias a la oscuridad que me permite fingir que estoy soñando y que nada de eso no es real.

Porque no lo es.

Es solo una noche.

Al terminar, ella gime mi nombre y yo el suyo, temblamos y nos dejamos llevar por ese orgasmo que es mucho más duro y sincero que todos los demás.

Alexia se acurruca a mi lado y me da un beso en el pectoral encima del corazón antes de dormirse.

—Te he echado tanto de menos. Te he necesitado tanto —le oigo decir con la voz rota por la emoción. Y unas lágrimas me mojan el pecho.

Finjo estar dormido.

Solo ha sido una noche. Solo ha sido una noche. Solo ha sido una noche.

No dejo de repetírmelo cuando estoy en el aeropuerto varias horas antes de que salga mi vuelo.

ELLA

La sábana que tengo encima es muy suave, tiro de ella y me acerco la tela a la nariz medio dormida. Todavía huele a José Antonio. Reconocería su olor en cualquier parte; me he pasado cinco años intentando retenerlo en mis recuerdos.

Esta mañana es más real que de costumbre, normalmente me cuesta mucho más dar con la fragancia exacta. Y los besos... El sabor de los besos de José Antonio es el único que siempre han tenido mis labios. Él no lo sabe, pero no he dejado que nunca nadie más volviese a besarme. Hoy su sabor ha vuelto y es tan intenso como el primer día. No quiero volver a olvidarlo. Cada vez me resulta más doloroso recordar que lo perdí por mi culpa, porque era una niña malcriada de veintiún años que se puso impaciente y no supo entender, ni confiar, en lo que sentía.

Esa noche, la noche que cometí la estupidez de acostarme con Rubén y serle infiel a José Antonio, ya sabía que era un error, podía sentirlo en todos los poros de mi cuerpo. Lo que no sabía, y ahora sí sé, es que tendría que vivir toda la vida con las consecuencias de ese error. Mi comportamiento de entonces fue absurdo, pero, en mi defensa, ahora puedo decir que todavía no había asumido la infidelidad de mi padre hacia mi madre, y que la relación enfermiza que había mantenido en el pasado con el propio Rubén tampoco había ayudado en nada a mi autoestima.

José Antonio no se merecía mi desconfianza ni mi traición, y es el único hombre al que le he hecho daño en toda mi vida.

Pero voy a compensarle; ahora que he vuelto a encontrarle, le contaré todo lo que pasó y lo que he estado haciendo estos años. No sé si será capaz de perdonarme, y quizás a estas alturas, cinco años más tarde, ya no tenga sentido, pero voy a pedirle que me dé una segunda oportunidad. Si me la da, sé que podemos ser muy felices juntos.

Cuando me ha mirado en la galería y me he visto en sus ojos, he sabido que le perteneceré para siempre. Y él a mí; a pesar de mis miedos, de las inseguridades creadas por mi pasado, del miedo atroz que me da confiar en alguien y en el futuro que podamos tener juntos, voy a creer en él.

Me desperezo en la cama y la sábana resbala por mi piel desnuda. Lo de anoche no sé cómo explicarlo, ni siquiera sé cómo intentarlo.

Mi cuerpo enloqueció cuando él me tocó, perdí el control de todas mis reacciones y se las entregué a José Antonio. Él dominaba mis sentidos, anticipaba mis necesidades y me excitó hasta tal punto que me habría arrancado la piel para estar más cerca de él. Me sonrojo solo de pensarlo y sin embargo quiero volver a sentir ese fuego, quiero volver a perderme en la pasión que se crea cuando nos tocamos. Durante un instante, el deseo fue tan grande que temí que fuera a destrozarlo todo,

que solo fuera eso, deseo. Pero la última vez... moriré mil veces a cambio de que José Antonio vuelva a hacerme el amor de esta manera.

Cada beso, cada caricia, cada temblor de sus manos, cada gemido que ha escapado de sus labios ha sido distinto a los anteriores. He sentido que, mientras nos besábamos y hacíamos el amor de esa manera, José Antonio podía dejar atrás el resentimiento y pensar en mí sin que el error de esa noche se interpusiera entre nosotros. Hemos hecho el amor él y yo, nadie más, y ha sido maravilloso.

Por eso sé que va a escucharme. Para mí será una conversación muy dolorosa, una que no sería capaz de tener con nadie más, pero necesaria. Tengo que contarle toda la verdad a José Antonio y quiero que él me cuente la suya. Sin fantasmas en el pasado, sin rencores, tendremos un futuro. Y será maravilloso.

Busco a José Antonio con la mano y no le encuentro y al instante agudizo el oído en busca del agua de la ducha o de algún ruido en el baño. El silencio me hiela la sangre.

Tengo que tragar saliva y respirar hondo antes de atreverme a encender la luz de la mesilla de noche. Por suerte, la luz es de un suave tono anaranjado, es cálido y me reconforta un poco, como si me estuviese dando un abrazo. Me hace falta, se me ha helado la piel. Me incorporo y me siento en la cama con la sábana sujeta bajo los brazos.

José Antonio no está por ninguna parte y hay varios cajones abiertos y también el armario. Todos están vacíos. Mientras mi cerebro procesa esas imágenes, me resbala la primera lágrima.

Se ha ido.

Se ha ido sin más.

Las lágrimas puedo contarlas ahora por decenas y me las seco con un extremo de la sábana. Veo que me tiembla la mano.

—¿Por qué? —sollozo en voz alta.

¿Por qué se ha ido sin decirme nada? ¿Por qué vino anoche a la galería? ¿Por me ha hecho el amor si no estaba dispuesto a escucharme?

Tendría que haber hablado con él, exigirle que me escuchase. Después de tanto tiempo, tenía todo el derecho del mundo a contarle mi versión de lo que sucedió esa noche. Y tenía, y tengo, derecho a que me cuente qué pasó exactamente en Cádiz cuando murió su padre y por qué desapareció de Madrid al día siguiente sin decirme nada.

—Oh, mierda, soy una idiota.

Me seco las lágrimas y me sonrojo al pensar lo estúpida que he sido. Giro la cabeza, me duele el cuello, y algo capta mi atención.

Hay una hoja de papel en la almohada.

Sujeto la sábana bajo mis axilas y alargo la mano para cogerla. Odio que me siga temblando.

«El hotel está pagado hasta esta noche. Puedes quedarte si te apetece. Yo no

volveré».

No la ha firmado, por qué iba a hacerlo. Y tampoco le ha hecho falta escribir que cree que soy una cualquiera, lo ha dejado bien claro.

Arrugo la nota entre los dedos y me quedo sentada en la cama unos minutos más. Observo con atención la habitación.

El bloc de notas del hotel está encima de la mesa que hay a pocos metros de la cama. Al lado veo un bolígrafo, también del hotel, y una taza. Deduzco que José Antonio me ha escrito desde allí mientras se tomaba un café. ¿Qué habría hecho si me hubiese despertado? Seguramente me habría echado otro polvo y se habría escapado en cuanto me hubiese dormido de nuevo.

—Mierda.

Veo dos cajones abiertos y en el suelo del armario dos colgadores. Ha hecho la maleta a toda prisa y sin encender la luz. El muy cerdo se ha asegurado de no despertarme. Cobarde.

Llevo años sintiéndome culpable por lo que le hice, por haberle sido infiel. Pero yo solo tenía veintiún años y mi vida en esa época era un caos. No me justifico, he aprendido a vivir con las consecuencias de mis actos. Pero él... ahora... José Antonio es un hombre de veintinueve años que ha actuado sabiendo perfectamente lo que hacía.

Dios, seguro que en la galería ya había decidido que iba a follarme y a dejarme tirada sin decirme nada.

Y yo soñando con que iba a recuperarle.

—Cinco años, joder. ¡Cinco años! —exclamo sola y exasperada en medio de esa sórdida habitación de hotel.

Salgo de la cama y me dirijo al baño.

Evidentemente me pongo aún más furiosa cuando veo la toalla todavía húmeda que demuestra que él se ha duchado. Mierda, si no hubiera estado tan cansada seguro que me habría despertado y le habría pillado *in fraganti*.

Y le habría mandado a la mierda para siempre.

Habría dejado de soñar con él, de reservar una parte de mí solo para él. Menuda idiota.

Entro en la ducha y giro el grifo. Llegué a Nueva York hace dos días, nerviosa e ilusionada por formar parte del circuito de exposiciones de la galería Daguerreotype. Llevaba semanas subiéndome por las paredes en Madrid, preparando los envíos, eligiendo las obras, buscando nuevas ideas que dibujar. Cecilia no podía acompañarme y mamá tampoco, y eso me daba más miedo del que estaba dispuesta a reconocer.

Apoyo la frente en la pared de la ducha y el agua me cae por la espalda. Si mi hermana o mamá hubiesen podido estar conmigo... Pero mamá todavía no está lo suficientemente recuperada para hacer esta clase de viaje y Cecilia se inventó la excusa de que tenía que trabajar para quedarse con ella. Sé que Cecilia habría venido,



fui yo la que insistió en que mamá la necesitaba más.

Douglas vino a recogerme al aeropuerto; es un hombre encantador al que no había visto antes, solo habíamos hablado por teléfono y por correo electrónico. El dueño de la galería de arte donde suelo exponer en Madrid me lo recomendó, creo que con mucho acierto. Yo sola nunca habría sido capaz de llegar hasta aquí.

He llegado, y ahora, por culpa de José Antonio Nualart y de mi propia estupidez, voy a odiar para siempre este recuerdo.

Me enjabono el pelo y el cuerpo. Finjo no ver las marcas que los dedos de José Antonio me han dejado en la cintura y también ignoro el mordisco que me escuece un poco en el cuello. El sexo ha sido el mejor de mi vida, eso puedo reconocerlo, pero la nota de esta mañana lo ha convertido en algo absurdo y sucio.

Le odio.

Me quito el jabón y cierro el grifo. Después de secarme salgo a la habitación en busca de mi ropa interior y mi vestido. Es tan humillante que me arde la piel de la rabia. Si algún día vuelvo a encontrarme con él, le haré pagar por esto.

Ya vestida, cojo la nota que he arrugado antes y la guardo en el bolsillo de mi abrigo. Me irá bien tenerla a mano cuando mi estúpido corazón se atreva a recordar a José Antonio con cariño. Cierro la puerta de la habitación del hotel con demasiada fuerza, sé que no tiene la culpa, pero no puedo evitarlo. En el ascensor estoy acompañada por una mujer en traje chaqueta y un hombre con el mismo atuendo. Parecen sacados de una convención de negocios, pienso.

El timbre del ascensor nos avisa de que se ha detenido en el vestíbulo y los tres lo abandonamos en orden. De camino hacia la salida me detengo para dejar pasar a un empleado del hotel que lleva en brazos un caballete con un cartel que anuncia «Oncology: New Methods for the Future».

Una convención médica sobre oncología.

La mujer y el hombre del ascensor cogen sentido, y también la presencia de José Antonio en la ciudad de Nueva York. Leo el cartel mientras el botones se aleja. La convención termina hoy y en una de las mesas redondas de dos días atrás participó el doctor Nualart, procedente del prestigioso hospital de Cádiz.

Durante un segundo se me encoge el estómago y no puedo evitar sentirme orgullosa de él, pero de inmediato me digo que me ha tratado como a una cualquiera, que me ha utilizado y que se ha comportado como un cerdo. No se merece que me sienta orgullosa de él.

Mi mente, aturdida por la rabia y sí, también por el sexo de anoche, tarda unos segundos más de la cuenta en procesar el resto de la información. José Antonio es oncólogo.

Mamá.

La semana que viene mamá tiene por fin hora en el hospital de Cádiz para seguir allí el tratamiento. Cuando descubrió que tenía cáncer, y sucedió todo lo demás, se mudó a Madrid para estar conmigo y hacerse allí el tratamiento. Pero ahora, hace

unos meses, decidió volver a Cádiz.

No, ahora no puedo pensar en eso. Mamá solo tiene que hacerse revisiones y en Cádiz tiene que haber muchos médicos. Además, si José Antonio está participando en mesas redondas en Nueva York, es imposible que atienda a pacientes.

Decidida a aferrarme a esa teoría, el destino no puede ser tan cruel como para emparejar a mamá con José Antonio, me dirijo a la salida del hotel. Y vuelvo a detenerme antes de cruzarla.

Encima de la mesa del conserje hay un sofisticado marco plateado con el cartel de la exposición dentro. Es imposible no verlo.

Las piezas encajan de repente y las arcadas que han estado ausentes toda la mañana hacen acto de presencia.

José Antonio nunca ha querido encontrarme.

José Antonio nunca se ha interesado por mí ni ha seguido mi pista. Él no tenía ni idea de que pinto, o de que iba a exponer en Nueva York. Él, sencillamente, se tropezó ayer con el cartel de la exposición y se dijo: «Esta noche voy a echar un polvo».

Cierro los puños con fuerza y aprieto la mandíbula hasta que las náuseas desaparecen. Me odio por haberme sentido culpable tanto tiempo.

Es un cretino y un hijo de puta.

Salgo a la calle y levanto la vista para situarme. Ayer estaba tan idiotizada que apenas me fije dónde estaba. No estoy demasiado lejos de mi hotel, que sin duda es mucho más discreto que este, y sin ratas rastreras. Camino, y, cuando me detengo en un semáforo, me veo reflejada en un escaparate. El mechón lila resalta bajo la luz.

He pensado en quitármelo tantas veces, pero nunca me decido porque a José Antonio le gustaba tocármelo.

Incluso firmo los cuadros con el nombre de Lila. No se puede ser más patética.

Voy a dejar de serlo; mi firma me la quedo, me gusta, me siento cómoda con ella. Y así siento que tengo dos mundos, uno donde soy Alexia y el de mis cuadros donde puedo ser Lila. Sí, definitivamente, el nombre me lo quedo, pero el mechón no.

Basta de sentimentalismos y de tonterías. Mi primer amor fue un completo fiasco y ya va siendo hora de que lo asuma y pase página.

El escaparate pertenece a una peluquería. Sonríe ante el guiño del destino.

—Buenos días —me saluda una chica pálida y con el pelo rojo al entrar.

—Buenos días —le contesto, y veo que la peluquería es pequeña pero con indiscutible personalidad—. Me gustaría quitarme este mechón lila. —Lo levanto para enseñárselo.

—Es bonito.

—Sí, pero ya no me sirve.

La chica me mira a los ojos, después baja la vista y ve mi vestido de noche. No sé qué historia se imagina en su mente, aunque probablemente se acerca bastante a la verdad, a juzgar por su respuesta.

—Tienes razón. Pasa, solo tendrás que esperarte un minuto.

## **Segunda parte**

**Cádiz, ahora. Tres años después de Nueva York**

Porque hay amores de verdad y amores de mentira, amores de un instante y amores eternos.

Y amores que se te meten en el alma y te arrancan la vida... y te la devuelven.

El hospital de Cádiz estaba de enhorabuena. Celebraba su veinticinco aniversario y para ello, a lo largo de los meses siguientes, iban a tener lugar distintos actos y homenajes. Además, la junta había aprobado realizar pequeñas obras de reforma en distintas áreas y también una estudiada operación de *marketing* para dar a conocer sus magníficos servicios.

Todo eso a José Antonio no le importaba lo más mínimo, en realidad le molestaba. Las obras se las ingeniaban para perseguirlo por todo el hospital dificultando su ya de por sí complicado trabajo. Los actos públicos le enervaban porque no podía escaquearse de todos los que quería. Y cada día tenía que soportar algún que otro periodista, publicista o relaciones públicas merodeando por allí, haciéndole las preguntas más absurdas que cualquiera pudiese imaginarse.

Aparcó la moto en el lugar de siempre y tuvo el presentimiento de que iba a tener un día horrible. Esquivó un andamio para poder entrar y se dirigió a la cafetería para tomar el segundo café del día. El primero se lo había tomado en casa con su hermana, justo antes de salir. Esos minutos que pasaba con Gabriela cada mañana solían ser con frecuencia los mejores del día, y eso que, sin ir más lejos, esa misma mañana su hermana le había llamado torturador sádico y dos o tres cosas más. Y todo porque él le había pedido que pusiese orden en su habitación y que no se olvidase de ir al instituto.

Gabriela era así, completamente opuesta a él, divertida, relajada, feliz. José Antonio no la cambiaría por nada del mundo.

—Buenos días, doctor —lo saludó Leal, el encargado de la cafetería—. ¿Le pongo lo de siempre?

—Sí, por favor.

José Antonio se sentó en la barra y cogió el periódico con intención de ojearlo mientras esperaba su café. Lo abrió por la primera página y notó una mano en la espalda y un beso en la mejilla. Reconoció el perfume y giró el rostro para ver el de Mónica.

—Hola —le sonrió ella—, sabía que te encontraría aquí.

—Quizás un día te sorprenda —contestó él, también con una sonrisa, cerrando el periódico.

—No creo, por eso me gustas.

Mónica se acercó un poco más y le dio un beso en los labios. Hacía cuatro meses que salían juntos. Ellos dos tenían mucho sentido: Mónica era médico anestesista del hospital y cuando sus horarios se lo permitían salían a cenar o al cine, nada dramático ni exagerado. José Antonio ni siquiera le había hablado de ella a Gabriela.

En realidad, José Antonio nunca le había presentado ninguna mujer a su hermana, nunca había habido ninguna que se hubiese acercado tanto, pero sabía que Mónica, aunque tenía mucha paciencia y en ningún momento le había insinuado que fuera a

presionarlo, no era de la clase de mujer que toleraría eternamente que su relación no avanzase.

Y tal vez había llegado el momento de hacerlo, pensó José Antonio. Tal vez había llegado el momento de dar aquel paso.

—¿A qué hora acaba tu turno? —le preguntó él entonces.

—Ahora mismo. Iré a casa y me daré un baño, y después me acostaré hasta la hora de comer. Si quieres, ven cuando salgas.

No fue una invitación provocadora. Mónica era directa en todo y sabía que José Antonio vivía con su hermana pequeña y que nunca llevaba mujeres a su casa, él mismo se lo había explicado.

—Claro —aceptó José sin más—, pero no podré quedarme hasta muy tarde. Gabriela tiene un examen mañana —añadió para suavizar la situación, porque sabía que aunque Gabriela no hubiese tenido ninguna prueba el día siguiente, no se habría quedado a dormir.

—Está bien, no te preocupes. De todos modos tendré que despertarme pronto, vuelve a tocarme turno de noche.

José Antonio se terminó el café y dejó el dinero en la barra. El día no estaba yendo nada mal, pensó con otra sonrisa, y pasaría la tarde en compañía de una mujer lista, guapa, agradable y cariñosa con la que congeniaba a la perfección dentro y fuera de la cama. Quizás el mal presentimiento de antes había sido completamente injustificado.

—Me voy. Luján me ha citado en su despacho dentro de dos minutos. —Bajó del taburete y cogió el casco de la moto que había dejado en el de al lado—. Y antes quiero ir al mío y dejar estos trastos.

—Ponte la bata —le recordó Mónica—, ya sabes cómo se pone el director cuando nos ve vestidos de personas humanas.

—Sí, gracias. —Se agachó y le dio un beso en la mejilla antes de darse media vuelta e irse.

Mónica se quedó unos minutos más en la barra charlando con Leal; José Antonio la oyó reírse mientras se alejaba por el pasillo y pensó que sí, que había llegado el momento de relajarse y de hacer un esfuerzo por mantener una relación más íntima con Mónica.

Subió por la escalera, no perdió el tiempo esperando el ascensor, y fue directo a su despacho para dejar el casco y ponerse la bata blanca encima de la camisa y los vaqueros que llevaba. Se pasó las manos por el pelo mientras caminaba por el pasillo; el doctor Luján era infalible para detectar, y señalar, esta clase de detalles y no quería que el director del hospital le soltase un sermón como a un niño del colegio. Luján le toleraba muchas cosas y, aunque no era santo de su devoción, no quería provocarlo innecesariamente. A pesar de sus diferencias, Luján le había apoyado mucho en sus proyectos de investigación y había destinado una importante partida del presupuesto del hospital al departamento de oncología. José Antonio sospechaba que lo hacía para

aumentar su propio prestigio, pero si con ello conseguía lo que necesitaba su departamento, a él no le importaba que lo utilizase. Además, Luján parecía ser un hombre increíblemente listo y calculador. Lo más acertado sería tenerlo a su favor.

Llamó a la puerta y la abrió en cuanto la voz de Luján le dio permiso para entrar.

Y de repente comprendió que el mal presentimiento de antes estaba más que justificado.

Allí de pie, en medio del despacho del director del hospital, estaba Alexia.

Distinta, guapísima, impactante.

José Antonio se quedó sin aliento y tardó un segundo en reaccionar. Cuando lo hizo, mantuvo el rostro impassible y cerró la puerta a su espalda.

—Buenos días, doctor Nualart. —El director del hospital siempre era muy formal—. Pase, por favor.

—Buenos días.

—Quiero presentarle a alguien —siguió el director, y entonces José Antonio miró a Alexia de soslayo y vio que apretaba las manos nerviosa y evitaba mirarlo. Pero no estaba sorprendida, o no tanto como él—. Doctor Nualart, la señorita Alexia Ruiz-Belmonte.

—Lo sé, nos conocemos —dijo José Antonio, que, aunque no tenía ni idea de qué era lo que estaba pasando, no tenía intención de mentir—. ¿Cómo estás, Alexia? —Le tendió la mano.

Ella la miró un instante, y, cuando la aceptó para estrechársela, lo hizo solo un momento.

—Bien, gracias, ¿y tú?

—También bien.

«Sí, muy bien», pensó, y casi se pone a reír.

—Vaya, me alegro de que se conozcan —señaló Luján—, sin duda nos facilitará las cosas. Siéntense, por favor —les ofreció, mientras él también se dirigía a ocupar su propia silla en el otro lado del escritorio—. La junta directiva ha decidido organizar una exposición fotográfica sobre el hospital, una especie de antes y después acompañado de imágenes reales del día a día del centro —les explicó mirando solo a José Antonio—. La señorita Ruiz-Belmonte posee un prestigioso estudio fotográfico en la ciudad, o eso me han asegurado. —Sonrió en dirección a Alexia, que se limitó a intentar devolverle la sonrisa. Terminados los cumplidos, el doctor Luján fue directo al grano—. La señorita Ruiz-Belmonte tiene permiso para visitar cualquier sala del hospital, siempre que lo solicite antes y no moleste a nadie, por supuesto.

—Por supuesto —repitió ella.

José Antonio tuvo entonces la sensación de que la voz de Alexia sonaba menos vibrante, la miró y abrió los ojos al ver, o mejor dicho, al no encontrar el mechón lila. Ahora el pelo de ella era totalmente negro. Era bonito, y cerró las manos ante el cosquilleo que se extendió por sus dedos de las ganas que tenía de tocarlo, pero le faltaba algo.

—Sé lo mucho que le gustan a usted esta clase de cosas, doctor Nualart —añadió el director con sarcasmo—, y sé que la semana que viene tiene mucho trabajo.

—Como siempre. —José Antonio no pudo evitar interrumpirle.

—Como siempre —convino Luján, mirándolo fijamente a los ojos—. Por eso mismo le he sugerido a la señorita Ruiz-Belmonte que empezase con usted.

«Ah, por eso ella no se ha sorprendido al verme entrar».

—¿Empezar el qué?

—En la exposición habrá fotografías de todos nuestros médicos, doctor, y usted va a tener el honor de ser el primero.

—No tengo tiempo para estas tonterías —aseguró José Antonio poniéndose en pie de inmediato. Y ni loco iba a pasarse el día, unas horas, o un segundo más en compañía de Alexia. ¿Por qué había aparecido precisamente hoy que había decidido dar una oportunidad real a lo suyo con Mónica?

—Yo... —Alexia quiso decir algo, pero Luján la detuvo.

—Usted siga con su rutina habitual, doctor, la señorita Ruiz-Belmonte le seguirá y en cuanto haya tomado un par de fotografías le dejará en paz. ¿No es así, señorita?

—Por supuesto, pero si...

—No, el doctor Nualart estará encantado de que lo acompañe durante el día de hoy, así no tendrá que asistir a la cena que organiza mañana la planta de pediatría para celebrar la jubilación de la comadrona jefe. ¿No es así, doctor?

El doctor Luján era el director del hospital, pero no podía obligar a José Antonio, ni a ninguno de sus médicos, a asistir a una cena, pero podía hacerle la vida imposible si así lo decidía.

—Está bien. De acuerdo —accedió José Antonio a regañadientes.

—Fantástico, sabía que llegaríamos a un acuerdo. Si les parece bien —los miró a ambos—, pueden empezar de inmediato. Estoy seguro de que los tres queremos terminar cuanto antes con este proyecto.

José Antonio giró sobre sus talones y salió del despacho sin despedirse de Luján ni de Alexia, aunque a ella la esperó en el pasillo.

No tuvo que esperar demasiado, probablemente el tiempo que tardó Alexia en despedirse del director del hospital, pero notó cómo le hervía la sangre con cada segundo que pasaba. La puerta por fin se abrió y apareció Alexia, cargada con un bolso y con una cámara.

Ella lo miró y separó los labios para decirle algo, pero José Antonio se puso a caminar antes de que pudiera hacerlo. Estaba furioso; se suponía que no iba a volver a verla nunca más. No era culpa de Alexia, esa parte podía racionalizarla, pero eso no implicaba que tuviese que hablar con ella, u oír-la, o estar a su lado.

—¡Espera un segundo! —le pidió Alexia—. Yo tampoco tengo ganas de pasarme el día contigo.

José Antonio se detuvo en seco y la esperó. Estaba ante unas sillas de plástico blanco que había frente a una pared, una improvisada sala de espera de la sección de



administración. Se sentó en una y oyó crujir el plástico.

Alexia dejó la cámara en la silla contigua a la que ocupaba José Antonio y se colocó delante de él.

—He tenido que hacer el pino para que me diesen este trabajo, y tú, doctor Nualart, no vas a estropeármelo, ¿me oyes? Me importa una mierda lo que opines de mí, y la verdad es que me da absolutamente igual que tu fotografía no aparezca en la exposición, pero el doctor Luján ha insistido. Al parecer eres uno de los niños mimados del hospital. Así que voy a hacértela, de ti depende que quedes como un cretino corriendo por el pasillo o como el médico que se supone que eres, ¿de acuerdo?

José Antonio no podía respirar. No podía pensar. Tenía a Alexia a escasos centímetros de él y estaba magnífica. Furiosa y magnífica.

Los años que llevaba sin verla desaparecieron y en su mente viajó a esa habitación de hotel en Nueva York. Veía la piel de Alexia bajo sus dedos, podía sentir de nuevo su sabor en los labios. Después recordó de inmediato por qué decidió irse de esa habitación sin despertarla, por qué esperó más de siete horas en el aeropuerto a que saliera su vuelo y por qué se juró que cuando ese avión aterrizase en España no volvería a pensar en ella.

Lo había logrado.

«Eres un mentiroso».

—¿De acuerdo? —repitió Alexia; tenía los brazos en jarra y seguía estando furiosa. Más que antes.

José Antonio tragó saliva varias veces en busca de su voz.

—De acuerdo —pronunció con dificultad, aunque esta vez evitó carraspear—. No sabía que eras fotógrafa.

—Oh, no. —Alexia se apartó de él y fue a por la cámara—. No quiero hablar contigo. No quiero saber nada de ti, ¿me oyes? Absolutamente nada. Dime dónde puedo preparar mi equipo y ya está. Después te seguiré a lo largo del día, excepto si estás con una paciente. —Iba hablando a medida que repasaba el contenido de una bolsa de lona negra—. Si tengo suerte, bastará con hoy. Si no, mañana volveré a intentarlo.

—¿Y si tampoco hay suerte?

—La habrá, créeme. ¿Vamos? —Le miró tras cerrar una última cremallera.

José Antonio asintió y se puso a caminar. Él había intentado no imaginarse qué pasaría el día que volviera a ver a Alexia, pero cuando lo hacía (porque lo hacía) nunca se le había pasado por la cabeza que ella ni siquiera quisiera hablar con él. Como mínimo querría insultarle, ¿no?, sería lo más normal. Él no se sentía especialmente orgulloso de haberla dejado en esa habitación de hotel sin despedirse, cierto, pero ella no le había buscado ni antes ni después de esa noche en Nueva York, y José Antonio había dado por hecho que Alexia le había olvidado, o, como mínimo, convertido en un mal recuerdo.

¿Y si esa noche en ese hotel había significado algo para ella?, pensó de repente confuso.

Imposible. Alexia nunca había sentido nada profundo por él, por eso le había sido infiel la primera vez. Si ella hubiese querido verlo, explicarle lo que sentía, incluso insultarlo, le habría encontrado. Y, sin embargo, a lo largo de todos esos años no había recibido ni una llamada.

«Tú tampoco has hecho nada para verla».

Él no había dejado de verla. En su corazón, en las yemas de sus dedos, la veía a diario. Aunque después siempre lo negaba.

La miró de reojo y la vio caminando detrás de él tecleando algo en el móvil. No, Alexia Ruiz-Belmonte nunca había perdido un segundo pensando en él, y esa noche en Nueva York quizás él le había herido el orgullo, pero nada más.

Llegó a su despacho y abrió la puerta. Se hizo a un lado para que Alexia entrase primero.

—Puedes dejar aquí tus cosas. Es mi despacho, pero no estoy casi nunca. Espero que te sirva; si necesitas un lugar más grande o algo en especial, puedo llamar a administración y preguntar si hay alguna sala libre en alguna parte.

—No, aquí estaré bien. Solo lo utilizaré mientras te esté fotografiando a ti, después me iré.

Dejó la bolsa en una de las sillas que José Antonio tenía frente al escritorio y la abrió para sacar un cuaderno. Anotó algo y volvió a guardarlo. Se quitó la americana que llevaba. Alexia iba vestida con un pantalón muy estrecho, una camiseta con pedrería delicadamente esparcida por el cuello y una americana negra. En los pies llevaba unas botas negras que parecían ser muy cómodas. Dejó la americana doblada encima de la bolsa y se recogió el pelo en una coleta.

José Antonio miró al otro lado cuando el cuello de ella quedó al descubierto. Lo había mordido, había escondido allí su rostro para besarla mientras estaba dentro de ella y al terminar había marcado la piel blanca con los dientes.

Era absurdo y ridículo que Alexia siguiese causándole ese efecto.

—Cuando quieras —le dijo ella, volviéndose hacia él.

José Antonio se dirigió un momento hacia el escritorio para repasar su agenda, porque era incapaz de acordarse dónde se suponía que tenía que estar esa mañana. La agenda, un cuaderno de piel negra, estaba encima de la mesa, y, aunque José Antonio también tenía un calendario lleno de alarmas en el ordenador, prefería utilizar la de papel. Buscó un bolígrafo en el bolsillo de la bata e hizo un par de anotaciones. Por el rabillo del ojo vio que Alexia se movía por el despacho, despacio, sigilosa, observando el entorno. Se detuvo en una estantería que había detrás de él.

—¿Puedo? —oyó que le preguntaba.

José Antonio se giró y vio que Alexia estaba frente a la única fotografía que tenía en su despacho. Una que le había regalado Gabriela y que le había obligado a dejar allí para que «los pobres pacientes que iban a hablar con él supieran que era un ser

humano y no un androide».

—Tú misma —contestó, y volvió a concentrarse en lo que estaba escribiendo. O a intentarlo.

—Es la primera vez que veo a Gabriela de mayor —dijo Alexia dejando la fotografía. José Antonio pudo oír que el metal se apoyaba de nuevo en la madera—. Es muy guapa, y parece feliz.

Antes, Alexia le había dicho que no quería hablar con él sobre sí misma, ni sobre nada, y en ese instante José Antonio descubrió que él tampoco. Si empezaba, no podría parar. Y le gustaba mucho su vida tal como era, no quería volver a desbaratarla.

—Me esperan en el laboratorio, ¿quieres venir o prefieres quedarte aquí?

Creyó ver que ella se tensaba, pero debió de habérselo imaginado porque Alexia le contestó:

—Donde vas tú, voy yo.

José Antonio la miró fijamente a los ojos y al no ver nada en ellos cerró la agenda y caminó hasta la puerta de su consulta. La abrió, esperó a que Alexia saliera, y la cerró. Y se dispuso a pasar el día más largo de su vida.

Lo cierto fue que, al cabo de media hora, prácticamente se olvidó de que Alexia estaba con él, pero no porque no la viera, sino porque su presencia se fundió con su rutina diaria y la hizo, sin saberlo ella, y sin poder evitarlo él, más intensa.

Alexia caminaba detrás de él sin entorpecer su trabajo y, de vez en cuando, José Antonio oía el clic de la cámara. Tanto en el laboratorio como en la sala donde se reunió con otros miembros del equipo de oncología para evaluar casos, Alexia se mostró atenta y silenciosa, y muy interesada en lo que sucedía a su alrededor. Y, por extraño que pareciera, tenerla cerca le resultó muy estimulante. Él siempre quería acertar en su diagnóstico, encontrar la mejor solución, pero ese día, con Alexia mirándolo, sintió que quería ser invencible.

Llegó la hora de comer y José Antonio necesitó romper el silencio que ella había establecido.

—Voy a la cafetería a comer algo, dentro de una hora tengo que hacer la ronda y después volveré al laboratorio.

Alexia apretó unos botones en la cámara antes de mirarlo.

—De acuerdo, puedo reunirme contigo en tu despacho dentro de ¿cincuenta minutos? Yo también iré a comer algo.

José Antonio se preguntó por qué esa mujer siempre le obligaba a hacer lo imposible.

—¿No crees que sería más fácil comer juntos?

—¿Fácil? —Se rio sarcástica—. No, no creo.

—Mira, sé que has dicho que no quieres saber nada de mí y que no necesitas ni quieres hablar conmigo, pero si vienes a la cafetería conmigo, tal vez puedes hacerme allí la foto definitiva y ya no tendrás que soportarme mañana. Además, varios

miembros de mi equipo nos han visto juntos por la mañana, ¿qué crees que opinarán de mí si te ven comiendo sola en algún rincón? Creerán que soy el peor anfitrión del mundo y Luján se enterará, y no querrás que el señor director venga a regañarnos a los dos, ¿no?

Alexia lo sopesó unos segundos.

—Está bien, de acuerdo. Una fotografía tuya en la cafetería haciendo algo normal podría estar muy bien.

—Hago muchas cosas normales —refunfuñó él en broma.

Ella no dijo nada, pero José Antonio se dijo que la vio sonreír, aunque no podía estar seguro.

En la cafetería se sentaron en una mesa un poco apartada, una que quedaba justo al lado de una ventana que daba a la calle, y Alexia dejó la cámara con cuidado encima.

—Vaya, doctor, me alegro de que hoy venga acompañado —los saludó Leal—; buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes. —Alexia le sonrió y le tendió la mano—. Soy Alexia.

José Antonio observó el gesto y la sonrisa y notó la garra de los celos retorciéndole las entrañas.

—Un auténtico placer —le dijo Leal al estrechársela.

—Leal es el amo del hospital —bromeó José Antonio para fingir que no estaba afectado—. Hace lo que quiere con todos nosotros.

—No me cabe la menor duda. —Alexia le siguió el juego y José Antonio se relajó un poco.

Leal se fue tras comunicarles que iban a comer pollo con verduras porque era el mejor plato del día y José Antonio aprovechó para servir el agua.

—¿Puedo ver las fotos? —preguntó José Antonio señalando la cámara.

—No.

—¿No?

—Prefiero verlas yo antes y hacer una selección. Además, he comprobado que si alguien ve parte de las fotos de una sesión antes de que termine, empieza a comportarse de un modo raro; entrecierra los ojos, busca una mueca en concreto, hace poses. Pierde naturalidad, supongo. —Levantó una mano como si no supiera exactamente como explicarlo y cogió el vaso de agua para beber un poco.

—Está bien. No las miraré. —José Antonio se echó hacia atrás y se cruzó de brazos—. ¿Sesión?

Alexia dejó el vaso y le contestó con la misma profesionalidad de antes.

—Sí, así es como se llama una tanda de fotografías con el mismo sujeto.

Bueno, el tema de la fotografía era seguro, pensó José Antonio, y ella parecía estar dispuesta a contestar a sus preguntas.

—¿Desde cuando tienes un estudio de fotografía?

O no, se corrigió al ver que Alexia no le respondía.

—Oh, vamos, Alexia. Te has pasado la mañana viéndome trabajar, es normal que yo también sienta curiosidad por tu trabajo.

—Abrí el estudio hace dos años.

—¿Está en Cádiz?

—Sí. —Esta pregunta la respondió más rápido, aunque no le facilitó más información.

—¿Te va bien?

—Bastante.

José Antonio notó que no llegaba a ninguna parte y se preguntó por qué le molestaba tanto. Esa mujer que tenía delante era fría y distante. No era la Alexia que él recordaba, cariñosa y soñadora, y temeraria. Excepto en los ojos; los ojos de Alexia seguían siendo los más apasionados que había visto nunca, solo que ahora el fuego que ardía en ellos estaba contenido, domado incluso, aunque no del todo.

Ella los entrecerró y con el gesto le dejó claro que no le gustaba que la mirase.

—¿En qué consiste exactamente la exposición? —le preguntó para recuperar el terreno que había perdido—. La verdad es que no le he prestado demasiada atención a Luján. Nunca lo hago.

Un camarero les interrumpió al servirles la comida, y, cuando se retiró, Alexia contestó la pregunta de José Antonio.

Él la escuchó; no estaba especialmente interesado en la celebración del aniversario del hospital, estaba fascinado con esa versión de Alexia que no parecía encajar con la que recordaba de Nueva York ni tampoco con la joven de Madrid. ¿Quién era? ¿Era una combinación de las tres o una mujer completamente distinta? Había un mundo entero en sus ojos, en el modo en que apretaba los labios para no sonreír, en cómo observaba su entorno. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué tenía un estudio de fotografía en Cádiz y por qué no estaba exponiendo sus cuadros en Madrid? ¿Todavía pintaba?

¿Por qué diablos le importaba?

¿Por qué quería cogerle la mano y preguntarle por qué no llevaba el mechón de pelo color púrpura?

¿Y por qué? ¿Por qué, Alexia no le miraba?

Y lo peor de todo, ¿por qué le daba tanto miedo averiguar las repuestas de todas esas preguntas?

Después de comer se dirigieron al despacho de José Antonio. Él quería consultar unos expedientes antes de visitar a los pacientes ingresados en la planta de oncología y mandar un correo al laboratorio para que le preparasen unas mezclas para más tarde. Alexia dejó la cámara en la bolsa de lona negra y le pidió que la esperase mientras iba al baño a lavarse las manos.

José Antonio se sentó y aprovechó su ausencia para recuperar el aliento.

Había pasado la mañana entera con Alexia y, superada la impresión inicial, había sido estimulante, apasionante incluso. Le estaba volviendo a suceder, pensó entre confuso y furioso, estaba volviendo a caer en las redes de esa mujer. La mujer que, sorprendentemente, más daño le había hecho en la vida.

Tenía que dejar de pensar en ello. Al fin y al cabo había pasado mucho tiempo y ahora, tanto él como ella, eran personas distintas. Era absurdo seguir obsesionado con el pasado, y más todavía si ese pasado había sido tan doloroso y rocambolesco como el de ellos dos. Él ahora tenía una buena vida, y lo más probable era que ella también.

Cogió aire y lo soltó despacio. Mañana, cuando no la tuviera pegada a sus talones, todo volvería a la normalidad.

Puso en marcha el ordenador y leyó los expedientes. Al guardar el segundo, un nombre captó su atención y se maldijo por no haberlo recordado antes. Aunque en su defensa podía afirmar que ver a Alexia después de tanto tiempo le había aturcido el cerebro.

—Ya estoy aquí —dijo Alexia al entrar.

—Me alegro mucho de que tu madre esté bien. —Ahora que lo había recordado, no podía callárselo—. Me alegré mucho cuando los últimos análisis salieron completamente estables.

Alexia se había quedado petrificada frente a la puerta. Había palidecido incluso y José Antonio pudo ver que temblaba.

—Mi madre no sabe nada.

—¿Sobre qué? —le preguntó él confuso.

—Sobre... —con un dedo le señaló a él y después a ella—. Nadie lo sabe. Y quiero que siga así.

—De acuerdo —accedió José Antonio, porque temió que ella fuera a llorar o a desmoronarse si se negaba—. ¿Estás bien, Alexia?

—Sí —reaccionó y caminó hasta la bolsa con la cámara.

—Ella fue una de mis primeras pacientes cuando volví a Cádiz —siguió José Antonio, ignorando la alusión a Nueva York. No había dicho nada al respecto, pero tanto él como ella sabían que era de allí de donde había «vuelto».

—Lo sé.

—El doctor que la atendió en Madrid es de los mejores. A mí me tocó lo fácil —intentó bromear sin dejar de ser respetuoso.

—Basta. —Alexia levantó la cabeza y lo miró a los ojos—. No quiero hablar de mi madre ni de su enfermedad. Te agradezco el comentario y sé que ella está muy contenta contigo cuando le toca hacerse las revisiones, pero ya está.

—¿Ya está?

Dios, físicamente habían estado lo más unidos que pueden estar un hombre y una mujer y él incluso había llegado a decirle que la quería. ¿Y ahora no podía interesarse por su madre? Sí, él recordaba lo que quería recordar, pero estaba en su derecho de ser selectivo con sus recuerdos, había demasiados de dolorosos. Esa mujer siempre le había convertido en un completo idiota.

—Ya está. —Se colgó la cámara—. No pasaré consulta contigo, no me parece bien invadir así la intimidad de tus pacientes. —Cambió de tema radicalmente y dio por zanjado el de su madre—. Te seguiré hasta las habitaciones y te esperaré fuera. ¿De acuerdo?

No, no estaba de acuerdo. Quería gritarle, quería exigirle que dejase de comportarse como una máquina, pero no hizo nada. José Antonio apagó el ordenador y optó por ser tan indiferente como ella.

En el laboratorio, adonde fueron después de que él terminase su ronda por las habitaciones, Alexia mantuvo tal frialdad que José Antonio la sintió incluso en la piel. Disparó unas cuantas fotos, él pudo oír el clic de la máquina varias veces, pero fue como si ella sencillamente estuviera allí, sin importarle nada lo que estaba viendo. El cambio, comparado con la simbiosis de esa mañana, era palpable. Cuando terminaron, José Antonio estaba tan furioso que se dijo que más le valía a Alexia tener alguna fotografía que valiese la pena porque él no iba a dejar que lo siguiera ni un día más.

Volvieron en silencio a su consulta; José Antonio se planteó incluso decirle que tenía una reunión con alguien para dejarla allí plantada y no verla más, pero al final decidió terminar con eso lo antes posible y de la mejor manera. Le abrió la puerta del despacho, y, mientras ella recogía la cámara, él se acercó a su lado del escritorio para guardar unas notas y quitarse la bata.

Los dos se sobresaltaron cuando se abrió la puerta.

—Hola, cariño. Sorpresa.

¿Cariño? Era la primera vez que Mónica lo llamaba así en el hospital y a José Antonio le incomodó un poco. Y después se riñó a sí mismo por incomodarse. ¿Por qué no podía relajarse y dejar que Mónica le llamase de ese modo? Tenía derecho a hacerlo.

—Ups, lo siento —se disculpó Mónica sonrojándose.

José Antonio le sonrió afectuoso.

—No te preocupes, Mónica, pasa. No te quedes allí. —Entonces miró a Alexia y vio que sujetaba la cámara con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos y que le temblaba el pulso en el cuello—. Deja que te presente a Alexia Ruiz-Belmonte, está aquí para hacer unas fotografías para el hospital.

Mónica sonrió.

—¿Para la exposición?

—Sí —contestó José Antonio.

—Oh, me han hablado muy bien de ti —le dijo Mónica a Alexia, acercándose a ella—. Es un placer conocerte. Yo soy Mónica Quintana, la novia de José Antonio.

—Y anestesista del hospital —se apresuró a subrayar él de inmediato, para contrarrestar el último comentario de Mónica. ¿Por qué había tenido que definirse de esa manera y por qué a él le molestaba tanto?

—Es un placer, doctora Quintana. —Alexia le estrechó la mano y volvió a guardar la cámara—. Supongo que un día de estos también vendré a sacarle unas fotos.

—Trátame de tú, y no, no creo que a mí quieran fotografiarme. Yo no soy famosa como José.

Alexia arqueó una ceja en dirección a José Antonio y cerró la bolsa de lona.

—Bueno, yo ya he terminado por hoy —dijo mientras acababa de recoger, pero enfocó el cuerpo hacia José Antonio—. Miraré las fotografías esta misma noche y si hay alguna que sirva ya no volveré a molestarte.

—¿Hay alguna manera de que me hagas una copia de alguna? —le preguntó Mónica a Alexia, y José Antonio se quiso morir.

—Claro, te enseñaré las mejores y podéis elegir la que más os guste —utilizó el plural adrede, de eso José Antonio no tuvo la menor duda.

—Genial. —Mónica le sonrió contenta a Alexia y después se dirigió a José Antonio—: Lamento haberme presentado así sin avisar, pero me han cambiado el turno y empiezo a trabajar ahora. Tenemos que anular lo de esta tarde, cariño.

José Antonio vio que Alexia se cargaba la bolsa en los hombros tremendamente tensos.

—Espera un minuto, Alexia. —Ella se detuvo en seco y él la vio apretar los dedos—. No te preocupes, *Mónica*, nos veremos mañana.

Enfatizó el nombre para ver si así comprendía que no le gustaba el uso, o mejor dicho, el abuso de esos motes empalagosos.

—Si quieres, pasa por casa mañana por la mañana. Yo no tendré que volver a trabajar hasta la tarde —le sugirió Mónica.

—Claro. —En realidad, José Antonio no sabía muy bien a qué estaba accediendo, solo quería que Mónica se fuese de allí y le dejase hablar con Alexia.

—Me voy, me están esperando. —Mónica por fin se apartó del escritorio y se dirigió a la puerta—. Te perseguiré para conseguir esas fotografías, Alexia —le dijo al pasar por su lado.

—Por supuesto, Mónica.

Mónica salió con la misma naturalidad con la que había entrado y dejó a José Antonio y a Alexia encerrados de nuevo en el despacho.

—Le diré al doctor Luján que ya tengo tus fotografías —explicó Alexia dándole



la espalda a José Antonio.

—Pero si todavía no las has visto. Tú misma acabas de decírselo a la doctora Quintana.

—No me hace falta, y dile a *tu novia* que pase por mi estudio cuando quiera.

—No es mi novia.

Genial, ahora, en vez de un hombre de treinta y dos años, se estaba comportando como un adolescente.

—Ella cree que sí lo es.

—Sí, es curioso, ¿no crees? La única vez que yo creí tener novia ella se acostó con otro.

A Alexia le quedó la espalda tan rígida que José Antoni temió que fuera a romperse. Se arrepintió al instante de haberlo dicho, pero las palabras ya estaban en el aire hiriendo a Alexia y él no podía hacer nada para impedirlo. Salió de detrás del escritorio para evitar que ella se fuera, y no llegó a tiempo.

Alexia abrió la puerta y caminó decidida por el pasillo. José Antonio fue tras ella, pero Alexia era muy rápida y él no paraba de tropezarse con obstáculos que le impedían avanzar: un enfermero con una consulta, una familia preguntándole dónde estaba el ascensor. Era demencial. Iba a perderla.

De repente la vio frente a la salida del hospital, tenía los labios apretados y los ojos húmedos, pero estaba hablando con un médico, con el doctor Sergio Pol, para ser más exactos.

Se acercó a ellos y oyó que él le decía.

—Entonces qué, Alex, ¿vas a seguir torturándome o vas a venir conmigo esta noche a tomar una copa?

«¿Alex? ¿Por qué la llamaba Alex?».

—Mira, Sergio...

—Oh, vamos, ven. Será divertido.

Alexia giró el rostro y sus ojos se clavaron en los de José Antonio. Fue un contacto breve, aunque bastó para que él viera el daño que le había hecho.

—Está bien, dime dónde vais a estar y pasaré un rato. —Alexia volvió a girarse y contestó a Sergio sin disimular que sabía que José Antonio les estaba escuchando.

Sergio le dio la dirección de un bar muy conocido y José Antonio dio la vuelta sobre sus talones y volvió a su consulta.

Eran las once de la noche. José Antonio se había subido a su moto y se había presentado en ese maldito bar para ver a Alexia. Sí, claro, intentó engañarse y decirse que iba a tomar una copa con unos compañeros de trabajo, pero José Antonio podía contar con los dedos de una mano las ocasiones en las que había salido con gente del hospital.

Daba igual, esa noche era tan buena como cualquier otra para reparar su

reputación de hombre distante y estirado, y si daba la casualidad de que Alexia estaba allí, pues era eso, una mera casualidad.

Aparcó la moto y entró en el bar igual que si fuera un cliente habitual. No tardó en ver la mesa que ocupaban Sergio y un reducido grupo de empleados del hospital. Todos se sorprendieron al verlo, pero actuaron con cierta naturalidad.

—Vaya, creo que si salgo fuera veré volar vacas, el mismísimo doctor Nualart tomándose una cerveza con nosotros.

—No seas animal, Tomás —riñó Sergio al otro médico cuya especialidad era la pediatría, cosa que probablemente explicaba su lenguaje—. De vez en cuando los dioses se relacionan con los mortales.

—Está bien, meteos conmigo, supongo que me lo merezco.

—¿Supones? Creo que en los dos años que llevo en el hospital hoy es la primera vez que te he visto sonreír. —Esa frase la dijo Bruno, un radiólogo.

José Antonio aceptó las bromas con resignación y pidió una cerveza.

—Bueno, al menos has elegido la mejor noche para aparecer —señaló Tomás—; el bueno de Sergio ha quedado con una tía que está cañón.

—¿Ah, sí? —Apretó el cuello de la botella.

—Sí, quiere seducir a la fotógrafa que ha aparecido hoy en el hospital. Tú, cabrón, te has pasado la mañana entera con ella. Está buenísima —siguió Tomás, y José Antonio se planteó la posibilidad de darle una patada por debajo de la mesa.

José Antonio se terminó la cerveza y se puso en pie. Había sido un error ir allí esa noche, tal vez debería plantearse ser más cercano con sus compañeros, conocerlos mejor y dejar que le conocieran, pero si se quedaba allí un segundo más le haría daño a alguien.

—Me temo que estoy más cansado de lo que creía. Me voy a casa. —Se levantó y dejó dinero encima de la mesa para la cerveza—. Volveré otro día para que podáis seguir insultándome.

Los tres hombres se rieron y José Antonio salió del bar. Antes de ir en busca de la moto se apoyó en la pared del local y cerró los ojos. Respiró profundamente dos veces e intentó recuperar la calma. ¿Qué diablos pretendía hacer? Ahora mismo él tendría que estar en casa con su hermana, durmiendo o pensando en Mónica. En la mujer que sí...

—¿Qué estás haciendo aquí?

Cualquier pensamiento sobre Mónica desapareció de la mente de José Antonio al oír la voz de Alexia. Abrió los ojos y la vio delante de él. Llevaba un vestido de flores, un collar largo que colgaba entre sus pechos, una cazadora de piel para abrigarse y los labios pintados.

Estaba guapísima, deseable. Era pura tentación.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—No es asunto tuyo.

Dio un paso hacia un lado para dirigirse de nuevo hacia la puerta. José Antonio

reaccionó y la sujetó por la muñeca.

—Has quedado con Sergio.

—Suéltame.

—Quiere acostarse contigo.

—Suéltame.

—¿Le conocías de antes o le has conocido esta mañana?

—He dicho que me sueltes.

—Porque si le has conocido hoy y vas a acostarte con él...

Ella le abofeteó con la otra mano y José Antonio la soltó de golpe.

—¿Pero quién te has creído que eres? ¿Quién te has creído que soy para hablarme de esta manera? Tú no eres nada mío. Nada. Y si quiero acostarme con todos los hombres del planeta, uno detrás de otro, lo haré.

José Antonio la sujetó por las muñecas y la apoyó en la pared.

—Me vuelves loco. ¿Cómo es posible que lleve años sin verte y te baste con unas horas para destrozarme la vida otra vez?

—¿Destrozarte la vida? —se burló con la voz ronca—. Suéltame, José Antonio. Yo no te he destrozado nada.

Él la ignoró y se acercó más a ella; sus labios estaban a un mero suspiro.

—No entres allí. No te acuestes con Sergio.

—¿Estás oyendo lo que dices? Suéltame ahora mismo. —Alexia movió una pierna y José Antonio adivinó que si no la soltaba le daría un rodillazo en los testículos y seguramente terminaría en el suelo. Y haría bien, se estaba comportando como un animal, pero la parte racional de su cerebro se había rendido al verla y lo había reducido a puro instinto.

—No te acuestes con Sergio, por favor —farfulló con el pulso latiéndole en la sien.

—¿Por qué? Tú tienes novia, una doctora estupenda que te llama «cariño». Yo a ti no te importo, me lo dejaste claro en Nueva York y llevas años demostrándolo. Han pasado tres años desde de esa noche en ese maldito hotel y nunca has intentado buscarme. Así que ahora no me vengas con numeritos, José Antonio. Puedes abandonarme sin pestañear de lo poco que te importo. ¿A qué viene esto? ¿Acaso me estás tomando el pelo? ¿Se trata de una broma de mal gusto? —le preguntó alterada.

—No te acuestes con él, Alexia. Por favor. —Era lo único que podía decirle. Lo único que tenía sentido y que no paraba de repetirse en su mente.

Y tenía que hacérselo entender a ella.

La miró a los ojos, los tenía tan brillantes que sintió la caricia de su mirada en la piel. Empezó a inclinar la cabeza hacia abajo, tenía que besarla. Si la besaba, volvería a sentir su sabor, podría dejar de imaginárselo. Volvería a sentir sus labios, sus suspiros, sus...

—¿Vas a besarme? —lo retó ella—. ¿Vas a besarme cuando tienes a tu novia, a Mónica, esperándote? Vamos, hazlo, demuéstrame que tú también eres capaz de serle

infiel a alguien. —Levantó la cabeza, y, en cuanto sus labios se tocaron, José Antonio la soltó y se apartó—. No, ya sabía yo que alguien tan perfecto como tú no comete errores. Vete de aquí, José Antonio. Vuelve con Mónica y sigue fingiendo que no existo, que nunca he existido.

—Yo... —No podía hablar, sus labios le odiaban porque los había apartado de Alexia y las acusaciones y los reproches de ella no dejaban de repetirse en su mente.

—Vete de aquí y déjame en paz.

Alexia entró en el bar y José Antonio se montó en la moto. No quería quedarse allí y verla con otro.

Alexia entró y fue directamente al baño del bar, donde se encerró en uno de los cubículos a llorar. Salió, se echó agua en la cara, y cuando tuvo un aspecto más o menos presentable, abandonó el baño y se acercó a la mesa donde estaban Sergio y sus amigos para disculparse; les dijo que algo le había sentado mal y que tenía que irse a casa. Sergio se ofreció a acompañarla, pero ella insistió en que no era necesario y logró irse sola.

Después de lo de Nueva York, y aunque le había costado, Alexia había aprendido a ser feliz consigo misma, y sí, se había acostado con unos cuantos hombres. No demasiados, y siempre elegía a hombres que la hicieran reír y que no pidiesen más de lo que ella estaba dispuesta a darles. Sergio encajaba a la perfección; era encantador, educado, listo, guapo, y no quería nada serio con ella. Solo quería pasárselo bien.

No iba a permitir que José Antonio le echase a perder eso, pero esa noche, después del casi beso y de haberlo tenido tan cerca, no podría soportar estar con otro. La comparación sería inevitable y le resultaría imposible negar que José Antonio había sido el único capaz de hacerla sentir de verdad. Pero él tenía a otra, una chica que no tenía ninguna culpa de que ellos estuviesen destinados a encontrarse y a hacerse daño. A pesar de lo que le había dicho a José Antonio, Alexia no quería que él le fuese infiel a su novia, sabía que no se lo perdonaría, ni a ella ni a sí mismo, y entre ellos dos ya había demasiados reproches y remordimientos para añadir uno más. Pero, a pesar de todo, cuando él la encerró entre su cuerpo y la pared del bar, deseó besarlo. Le habría gustado sentir, aunque fuese por última vez, el calor que solo la consumía cuando José Antonio la besaba.

Era muy cruel que no hubiese encontrado a ningún otro hombre capaz de hacerla sentirse tan viva. Quizás era el modo que tenía su propio cuerpo de vengarse de ella por haberle sido infiel a José Antonio, o tal vez se debía a que jamás había sido capaz de perdonarse a sí misma, pero Alexia se prometió que intentaría hacerlo y que seguiría creyendo que algún día, en alguna parte, encontraría a alguien. Igual que José Antonio había encontrado a Mónica.

Se subió a su coche y volvió a casa. Su madre ya estaba dormida, así que aprovechó para ir al ordenador un rato y ver las fotos. Las observó con objetividad, no se torturó pensando en que, aunque no había llegado a dibujarle nunca, ahora tenía cientos de fotos de José Antonio. Eligió dos y se las mandó por correo electrónico al

doctor Luján con copia a José Antonio (el director del hospital le había facilitado los datos). En el correo escribió que esas dos fotografías eran las que ella proponía para la exposición; en una, José Antonio estaba anotando algo en una libreta que tenía al lado de un microscopio, se le veía muy preocupado e interesado en el resultado y transmitía la clase de actitud que cualquier enfermo quiere ver en su médico; en la segunda, estaba reunido con su equipo comentando un caso. En el correo escribió que ya no le hacía falta seguir con el doctor Nualart y que, por tanto, no volvería a molestarlo.

Cinco días sin hablar con él. Cinco días sin oír su voz pero sintiendo su mirada siempre que coincidían. Cinco días durante los cuales Alexia había fotografiado médicos, enfermeros, salas de espera, quirófanos y laboratorios. Se había pasado todos esos días intentando capturar el alma del hospital para que quedase reflejada para siempre en la exposición, y había acabado atrapando, casi sin querer, partes de José Antonio.

Él era un médico poco convencional. No le gustaban los actos oficiales y odiaba las reuniones con los miembros del comité de administración. Se pasaba demasiado tiempo con sus pacientes y había luchado con uñas y dientes para mejorar los equipos de oncología del hospital.

Adoraba a su hermana. Una tarde, Alexia vio entrar a Gabriela en el centro y la siguió a hurtadillas por el pasillo. La joven no la vio, menos mal, y, cuando se cruzó con José Antonio, corrió a abrazarlo y él la despeinó y la abrazó con fuerza. Si hubiera podido reaccionar, Alexia habría fotografiado en ese momento, con esa sonrisa en el rostro. Al día siguiente, y como si el destino se empeñase en demostrarle lo mucho que se equivocaba al seguir pensando en José Antonio, Alexia lo vio dándole un beso a Mónica antes de que la doctora entrase en una sala de reuniones. Mentiría si dijera que no le dolió, pero pensó con suma tristeza que José Antonio y Mónica tenían sentido. Mientras que ellos dos no lo habían tenido nunca. Ellos dos habían tenido ilusión, necesidad, fuego, pasión, incluso odio y tal vez amor, pero nunca sentido.

Ese mismo día, horas más tarde, cuando Alexia acudió al bar donde había vuelto a quedar con Sergio —con el que todavía no se había acostado—, apareció José Antonio. No le dijo nada, se sentó en la barra y pidió dos cervezas, primero una y después otra. Alexia, incapaz de contenerse, le preguntó a Tomás, otro de los médicos que estaba sentado en su mesa con ellos, si sabía qué le pasaba a José Antonio.

—Creo que tiene a un paciente muy grave, en fase terminal.

Alexia recordó entonces la noche que José Antonio perdió a esa niña en Madrid años atrás; en realidad, se corrigió mentalmente, jamás podría olvidar ese momento. Esperó a que Sergio y Tomás y una chica que también se había unido al grupo estuviesen charlando animadamente para levantarse, y entonces se acercó a la barra.

Dejó un taburete entre ella y el que ocupaba José Antonio y se sentó en silencio.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz muy baja.

—No —contestó él.

Alexia movió una mano y la colocó encima del taburete que los separaba y unos segundos más tarde sintió el peso de la de José Antonio encima. Giró la suya hasta que la palma quedó hacia arriba y entrelazó los dedos con los de él. Se quedaron así, sin decir ni hacer nada más, hasta que José Antonio aflojó la mano y se apartó. Cogió el casco de la moto que había dejado encima de la barra y la miró.

—Gracias.

Alexia no pudo decirle nada, asintió con cuidado para no derramar ninguna lágrima y dejó que se fuera.

Dos semanas más tarde José Antonio volvió a ese mismo bar en busca de Alexia, porque la señora Pallarés, la paciente que le había llevado allí la noche que Alexia le dio la mano, había muerto. Esa noche apenas hablaron, pero casi se besaron. Había encontrado a Alexia sola, como si hubiese estado esperándolo, y durante unos horribles minutos deseó ser capaz de olvidarlo todo y de entregarse a ella, a la pasión y al olvido que ella lograría hacerle sentir. La miró a los ojos y en ellos vio que también lo deseaba, y que necesitaba algo más, algo que ninguno de los dos era capaz de soportar esa noche ni nunca. Por eso se fue, y en cuanto cruzó la puerta del bar supo que jamás volvería a acercarse a ella. Y Alexia, que se quedó dentro conteniendo las lágrimas, supo que jamás volvería a tener a José Antonio tan cerca.

Alexia ya tenía todas las fotografías que le hacían falta para montar la exposición. De hecho, tenía suficiente material para dos exposiciones, un libro y varios monográficos, por lo que dejaría de ir al hospital a diario. Su relación con Sergio no prosperaría, el guapo médico ya se estaba cansando de esperarla y había echado el ojo a una nueva doctora.

Lo único que le faltaba a Alexia para dar por concluido ese trabajo era entregar su propuesta definitiva al doctor Luján y, si la aprobaban, asegurarse de que llegado el momento montaban la exposición como ella la había diseñado. Pero tanto si se quedaban con su propuesta como si le pedían otra, ya no tenía que volver al hospital.

Ya no volvería a ver a José Antonio pensativo por un pasillo, ni se cruzaría con él en la cafetería, ni fingiría no darse cuenta de que los dos estaban juntos en el mismo ascensor.

Ellos dos en ningún momento habían conseguido resolver los problemas del pasado, pero curiosamente habían vuelto a conocerse. Y tal vez en otra vida habrían tenido un futuro, pero no en esta.

A la mañana siguiente, Alexia llamó a la puerta del doctor Luján y en menos de media hora este la felicitó por su excelente trabajo, le aseguró que estaban muy satisfechos con las fotografías y se despidió de ella.

No, ya no tenía ningún motivo para volver al hospital.

Alexia le estrechó la mano al director y abandonó el despacho embargada ya por la añoranza, a pesar de que apenas había estado allí unas cuantas semanas. Era inquietante que en ese corto periodo de tiempo hubiese llegado a sentirse tan cómoda en ese lugar. Giró pensativa el primer pasillo sin prestar demasiada atención adónde iba y vio a José Antonio esperándola.

—¿Te vas? —le preguntó él sin rodeos.

—Sí, ya he terminado. Acabo de darle a Luján los archivos con todas las fotos.

José Antonio se apartó de la pared donde estaba apoyado, se acercó a ella e hizo algo inesperado: le acarició la mejilla y le apartó un mechón de pelo.

—¿Puedo verte algún día?

¿Qué había pasado? Después del modo en que la miró la noche que se fue del bar sin besarla, Alexia habría jurado que José Antonio no quería verla nunca más. «Quizá le pasa como a ti, quizá sabe que nunca sentirá con otra lo que siente estando contigo».

José Antonio, como si pudiera oír sus pensamientos, le tocó de nuevo el rostro con suavidad.

La ternura, la sinceridad de la caricia, emocionó a Alexia y fue más de lo que pudo soportar.

—¿Y Mónica?

—Alexia, yo...

—No, no puedes verme. —Dios, era una estúpida. Él no había reconsiderado nada. Lo más probable era que hubiese recordado lo que sucedió en Nueva York, la facilidad con la que la sedujo y se acostó con ella y quisiera repetir. Tal vez, el maravilloso doctor Nualart sí que era capaz de serle infiel a su pareja pensó, y, asqueada ante tal posibilidad, dio un paso hacia atrás y se apartó—. Adiós, José Antonio.

Él no la siguió.

Él nunca la seguía, se dijo secándose una lágrima, ni en Madrid, ni en Nueva York, ni en ninguna parte. Ya tendría que estar acostumbrada.

Alexia se pasó la noche llorando y se prometió —otra vez— que era la última vez. Se dijo que, a diferencia de las anteriores, ahora no había sido traumático, ni siquiera se habían besado, y que por fin podría olvidarlo.

José Antonio echaba de menos a Alexia, oír el sonido de su cámara en el momento más inesperado, verla de pronto en un pasillo, sonreírle desde el otro lado de la cafetería del hospital.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Mónica. Estaban en un restaurante del puerto; habían ido a cenar porque ella había insistido y él no había podido negarse.

No podía seguir haciéndole eso a Mónica, ella no se lo merecía. Desde la llegada de Alexia al hospital que no estaban juntos. José Antonio no había vuelto a acostarse con ella, no podía, y había intentado esquivarla, cosa que era vil y rastrea, porque Mónica era una chica fantástica.

—Creo que deberíamos dejar de vernos fuera del hospital —se sinceró de repente. Fue como si su boca tomase la iniciativa por él.

Mónica dejó el tenedor en el plato y bebió un poco de agua.

—¿Por qué? —le preguntó ella sin estridencias.

—Creía que estaba dispuesto a tener una relación seria, una relación con futuro, pero, si soy sincero conmigo mismo, tengo que reconocer que no es así. —La miró a los ojos e intentó ser lo más sincero y honesto posible—. Y no es justo para ti.



—Deja que decida yo lo que es justo o no para mí.

—Sí, por supuesto, pero tienes que saber la verdad. No puedes seguir tolerando mi distanciamiento, mi falta de compromiso contigo y creer que algún día voy a cambiar —se obligó a decirle—. No voy a quedarme a dormir contigo, no voy a presentarte a mi hermana y no vamos a empezar a ir los tres juntos de vacaciones. —Vio que ella abría los ojos y siguió adelante. Odiaba ser tan cruel con Mónica, tan desagradable, pero era necesario—. No voy a mudarme a tu piso, ni dejaré que tú vengas a casa con nosotros.

—Espera un segundo, José Antonio —le pidió sonriendo. La sonrisa desconcertó a José Antonio—. ¿Quién te ha dicho que quiero jugar a las familias? Formar una familia está muy bien, no me malinterpretes, pero no todas las mujeres queremos eso. Yo no lo quiero, de momento —puntualizó al final.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que si quieres que dejemos de vernos porque te has aburrido de mí o porque prefieres estar solo o salir con más gente, de acuerdo, dejamos de vernos. Pero que no hace falta que te sacrifiques por mi bien o tonterías por el estilo. Sé cuidarme sola y si tuviera la sensación de que me estás utilizando, te dejaría sin pestañear.

—Creía que querías que nuestra relación siguiera avanzando —le señaló él confuso y sin dejar de mirarla.

—Y quiero, pero me parece bien esperar. Sí, ya sé que has dicho que no vas a cambiar, pero tu hermana se hará mayor y las circunstancias cambiarán, tú serás el mismo, pero tu entorno no y entonces verás las cosas de otra manera.

—¿Y te parece bien conformarte con eso? —No pudo contener la pregunta.

—¿Y quién dice que me conformo? —Lo miró con una sonrisa algo triste y muy comprensiva—. No todo el mundo espera vivir una gran historia de amor. No es realista, José. Y, en mi opinión, las parejas más estables y duraderas se basan en la amistad, el respeto y la confianza.

«Estables. Duraderas. Confianza».

Palabras que sin duda no podían aplicarse a su relación con Alexia.

—Veo que te he sorprendido —dijo entonces Mónica—. La verdad es que nunca habíamos hablado del tema y me alegro de que lo hayas sacado.

—Sí —carraspeó José Antonio—, yo también me alegro de haber tenido esta conversación. —Cogió aire y dejó las cosas claras—: Eres una mujer magnífica, Mónica, lo creía antes y ahora veo que incluso me había quedado corto, pero no quiero seguir estando contigo. No puedo.

Mónica lo miró a los ojos sin que los de ella se enturbiaran los más mínimo.

—De acuerdo. —Mónica cogió la copa y bebió un poco de vino—. ¿Puedo pedirte algo?

—Por supuesto —no dudó en responder José Antonio.

—Cuando resuelvas todas las dudas que tienes, si decides que quieres una

relación conmigo, no te compliques y dímelo directamente.

José Antonio no intentó disimular ni negar que ella había acertado con lo de las dudas y cogió la copa para brindar con Mónica.

—Dalo por hecho.

Una semana más tarde, que se había hecho eterna, José Antonio vio un nombre anotado en la lista de pacientes que iba a recibir esa tarde y sonrió.

Patricia Ávila, la madre de Alexia.

La conversación que había mantenido con Mónica había sido muy liberadora, pero al mismo tiempo le había dado mucho que pensar. La opinión que tenía Mónica sobre la familia y lo que buscaba en su pareja tenía mucho sentido. Ellos dos se avenían muy bien, tenían opiniones muy similares en todo. Si algún día decidieran casarse y tener hijos, probablemente tendrían una buena vida.

Y si él no hubiera conocido nunca a Alexia, se habría lanzado de cabeza a por ello.

Pero la conocía y ahora podía afirmar que no lo cambiaría por nada del mundo. Por mucho que lo intentara no podía, ni quería, imaginarse su vida sin Alexia. ¿Qué habría sido de él si no la hubiera visto por los pasillos del colegio cuando se mudó a Cádiz o cuando le dieron la beca? ¿Qué sería de él ahora si nunca hubiera sentido la pasión que sintió en sus brazos? ¿Cómo podría vivir sin haberla tocado nunca, sin haberla visto dibujar, sin haberla oído suspirar?

Entonces, si tan seguro estaba de que no quería eliminar a Alexia de su pasado, ¿por qué no corría a buscarla para meterla en su futuro?

La respuesta era simple y humillante, y muy dolorosa.

Porque tenía miedo. Tenía miedo de confiar en ella, de volver a saltar al vacío. Esta vez no habría ninguna red, esta vez no podría volver a recomponerse. Cuando Alexia le falló en el pasado, él tuvo que centrarse a la fuerza porque su hermana Gabriela lo necesitaba. José Antonio se mudó de Madrid a Cádiz, pidió el traslado en la facultad, dejó el trabajo, lo hizo todo en un abrir y cerrar de ojos porque su madre le dijo que, si él no estaba en Cádiz ocupándose de Gabriela, ella se la llevaría a Galicia.

Gabriela no podía volver a mudarse, solo con mencionarle la posibilidad de abandonar su colegio y a sus amigas se ponía a llorar desconsolada. Además, Antonia, su madre, insinuó que en Galicia iba a internarla en el colegio al que acudían sus primas (unas primas que no había visto nunca). Gabriela ya había perdido demasiadas cosas: el abandono de Sebastián, su hermano mayor, seguía doliéndole, la muerte de su padre había sido un duro golpe, y ahora su madre, que ya apenas se preocupaba por ella, iba a desterrarla a un internado.

José Antonio reaccionó, decidió que a Gabriela no iba a fallarle. A Sebastián le había fallado, no había sabido estar a su lado cuando las cosas se complicaron y su hermano tuvo que irse de España. Pero a Gabriela no iba a fallarle. La quería demasiado... Y le proporcionó la excusa perfecta para abandonar Madrid y alejarse

de Alexia.

Esta vez, si quería que su historia con Alexia tuviese la menor oportunidad de salir adelante, iba a tener que contarle toda la verdad. E iba a tener que escucharla y perdonarla.

No sabía si era capaz, ni si podía llegar a serlo. Si Alexia volvía a fallarle, no iba a tener más remedio que asumirlo para siempre. Y entonces, ¿qué le quedaría? Ahora al menos podía soñar con la posibilidad de conseguirlo.

Tal vez la opción de Mónica era la más sensata, ellos podían seguir así hasta que Gabriela se independizase y entonces decidir hacia dónde llevar su relación.

Pero así también perdería a Alexia para siempre.

Alguien llamó a la puerta de la consulta y José Antonio agradeció la distracción, ver el nombre de la madre de Alexia le había llevado a deambular por los recuerdos.

—Adelante —dijo tras carraspear.

—Buenos días, doctor Nualart —lo saludó el doctor Luján.

José Antonio le devolvió el saludo y le ofreció que se sentara, intentando disimular su sorpresa. Podía contar las ocasiones en las que Luján se había presentado en su despacho.

—Supongo que se pregunta qué estoy haciendo aquí —adivinó Luján al tomar asiento.

—Sí, la verdad es que sí.

—Tengo que hacerle una propuesta y sé que no va a rechazarla —empezó enigmático—. Supongo que tiene presente que nuestro hospital mantiene una relación muy estrecha con el Monte Sinaí de Nueva York.

—Lo sé, hace unos años asistí a varios seminarios.

—Sí, y al parecer les causó muy buena impresión, doctor. Tan buena que nos han pedido que se lo cedamos durante un largo periodo de tiempo.

—¿Disculpe?

José Antonio se tensó y se inclinó hacia delante. Él había recibido algún que otro correo invitándole a participar en otro seminario o eventos similares, pero nada más.

—Sí, quieren que trabaje con ellos, en su hospital de Nueva York, durante cinco años. Como mínimo. Le escribirán a usted para detallarle todo lo que le ofrecen, por supuesto, pero le adelanto que están dispuestos a ser más que generosos. Al parecer han seguido de cerca su evolución y están impresionados con sus casos y con los artículos que ha escrito durante este tiempo. Están dispuestos a trasladar también a la doctora Quintana. Estos americanos están en todo y no quieren que tenga que preocuparse por su pareja. —A José Antonio le molestó que Luján se inmiscuyese en su vida privada, pero se mordió la lengua porque quería seguir escuchándolo—. Y también se harán cargo de todos sus gastos personales, le buscarán casa y colegio para su hermana.

No era ningún secreto que él se hacía cargo de Gabriela y que era más su padre que su hermano, pero tampoco le sentó bien que Luján y un ejecutivo norteamericano

al que no conocía hubiesen negociado sobre Gabriela.

—¿Y qué pasará con mi trabajo aquí, en el hospital? Tengo pacientes, no puedo irme de Cádiz así sin más.

—Su equipo se hará cargo, por supuesto. Y no tiene que irse así sin más, habría un periodo de transición. Si acepta, los americanos no le esperan hasta dentro de seis meses.

—¿Por qué está tan dispuesto a acceder? Creía que yo era uno de los *niños mimados del hospital*. —Se burló de sí mismo porque todo ese tema no acababa de gustarle—. ¿Qué gana usted, qué gana el hospital, a cambio de que yo me vaya a Nueva York? —José Antonio entrecerró los ojos. Luján no era famoso por su bondad.

—A cambio de que nosotros cedamos sus servicios, el Monte Sinaí nos cede a un equipo de tres médicos durante el mismo periodo de tiempo. Y claro está, después, cuando usted regrese, nuestra reputación, y nuestra lista de clientes, aumentará considerablemente.

—Pacientes —le corrigió José Antonio—. ¿Y si no acepto?

—¿Por qué no va a aceptar? No diga estupideces. —Luján se puso en pie y lo miró—. Tiene un mes para decidirse. Los del Monte Sinaí tienen a otro candidato en mente, un médico catalán, creo, pero le prefieren a usted. Y supongo que no hace falta que le diga que la junta directiva del hospital estará muy pendiente de su decisión.

—¿Está amenazando con despedirme si no acepto?

—No sea absurdo, doctor. —Luján sonrió—. Pero sin duda no estaremos contentos. Y ya sabe que todo funciona mejor cuando lo estamos. Me voy, seguro que tiene un día muy ocupado.

Luján se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Alégrese, hombre —le dijo al girar el picaporte—, si se va a Estados Unidos no estará aquí para la fiesta de aniversario del hospital.

Y con esa frase tan absurda, lo primero que pensó José Antonio fue que si se iba no vería la exposición de Alexia.

Alexia estaba muy nerviosa, le había prometido a su madre que la acompañaría al hospital a recoger los resultados de la última revisión y a hacerse el chequeo correspondiente. Se lo prometió porque vio que Patricia estaba asustada; su madre se negaba a decírselo tanto a ella como a su hermana, pero Alexia podía verlo en sus ojos.

Estaba asustada.

Alexia le había preguntado cientos de veces si se encontraba mal, si había notado algún cambio, y su madre siempre lo negaba, a pesar de que en ninguna ocasión lograba convencerla.

Tal vez eran imaginaciones suyas, pensó mientras se vestía, y lo único que sucedía era que estaba nerviosa porque iba a ver a José Antonio al cabo de más de una semana sin verlo. Sería la primera vez que lo veía en una situación «normal» después de que él le pidiera en ese pasillo si podía verla y ella se negase.

Él no la había llamado ni había ido a verla; suspiró, así que probablemente estaba feliz con Mónica y ya estaban planeando el montón de bebés médicos que iban a hacer juntos.

—¿Estás lista?

Su hermana mayor, Cecilia, entró sin llamar en su habitación.

—Casi.

Cecilia se sentó en la cama y la miró.

—Estás más delgada —señaló—. Y tienes ojeras.

—Gracias, tú también estás muy guapa.

—Lo digo en serio, Alexia, ¿estás bien? No me des un susto como mamá.

—Sí, estoy bien, solo un poco cansada. ¿Y tú?

Su hermana tardó varios segundos en contestar.

—Más o menos. —Se levantó de la cama y se acercó a su hermana para colocarle el pelo detrás de los hombros—. Me alegro de no haberme ido de viaje a Canarias, mamá está nerviosa y tú no pareces la de siempre. Me habría preocupado mucho por vosotras.

Cecilia había anulado un viaje que hacía meses que tenía previsto a las islas Canarias para estar con su madre y porque habían surgido problemas en Capitanía, donde trabajaba. Las tres mujeres siempre habían estado muy unidas, pero cuando su padre las abandonó se convirtieron en inseparables y lo hacían todo las unas por las otras.

—Yo también me alegro de que te hayas quedado —contestó Alexia sincera.

—¡Niñas! Ya estoy lista, ¿vais a bajar o me voy sola al hospital? —les gritó su madre desde la entrada de la casa.

Alexia y Patricia seguían viviendo en la casa familiar, Patricia se la había quedado tras el divorcio. Pero Cecilia se había independizado y vivía en una preciosa

casita cerca del mar. Alexia, de momento, no quería dejar sola a su madre y en casa tenía además su pequeño estudio de pintura. El único lugar donde a veces se permitía seguir soñando.

Alexia y Cecilia sonrieron y bajaron corriendo en busca de Patricia.

Durante el trayecto al hospital, las dos hermanas intentaron bromear para distraer a su madre, y Patricia se dejó distraer y se rio en más de una ocasión. Esos chequeos rutinarios siempre la ponían nerviosa, y respecto al de hoy tenía muy mal presentimiento. Había intentado ocultárselo a sus hijas, pero los síntomas que habían disparado la alarma la primera vez habían vuelto. Ella se había pasado las últimas noches rezando para estar equivocada, aunque dudaba que sirviese de algo.

Cecilia aparcó el coche y las tres bajaron y se dirigieron al hospital. Varios médicos y enfermeros saludaron a Alexia por el camino, y también se cruzó con Leal.

—Vaya, veo que eres famosa, hermanita —bromeó Cecilia.

—Es por la exposición, ya te lo conté —le explicó sonrojada—. Me pasé varias semanas persiguiendo a esta pobre gente por los pasillos del hospital.

Llegaron a la zona de consultas y una enfermera las acompañó de inmediato al despacho de José Antonio.

A Alexia se le encogió el estómago, pero siguió adelante.

—Buenos días, señora Ávila —la saludó José Antonio nada más verla—. Cecilia, Alexia. —La miró un segundo a los ojos y a Alexia se le paró el corazón.

Algo no iba bien.

En un acto reflejo, cogió la mano a su madre y se la estrechó.

José Antonio lo vio y tragó saliva. En aquel instante, Alexia deseó no estar tan conectada a él y no adivinar lo que estaba pasando.

—Sentaos, por favor. —José Antonio les señaló las sillas que tenía frente al escritorio.

Patricia y Cecilia se sentaron en las dos primeras y Alexia, en vez de ocupar la butaca que había un poco más lejos, se quedó de pie detrás de su madre.

—Han llegado los resultados de los últimos análisis, señora Ávila —empezó—. Y me gustaría repetirlos.

—¿Por qué? —le preguntó ella mirándolo a los ojos—. Y llámeme Patricia.

—Hay algo que no veo claro, Patricia. Quiero repetirlos para estar seguro.

—El cáncer ha vuelto, ¿no es así?

—Mamá... —Cecilia cogió la mano a su madre.

Alexia le apretó los hombros en silencio y miró a José Antonio.

—Sí, ha vuelto —contestó él.

—Y es peor que antes —adivinó Patricia con la voz firme.

—Sí. —José Antonio no intentó convencerla de lo contrario—. Pero desde que lo sufrió por primera vez se han hecho grandes avances. Existen nuevas técnicas que podemos...

—¿En qué fase está? —le interrumpió Patricia.

—Tendría que hacerle más pruebas, Patricia.

—¿Cuándo puede empezar?

José Antonio miró a Patricia y vio que estaba dispuesta a luchar por las dos hijas que estaban a su lado, y que estas dos estaban haciendo un esfuerzo sobrehumano para apoyar a su madre y no derrumbarse. Por desgracia, él había visto escenas como esa demasiadas veces, pero ninguna le había afectado tanto. Quería levantarse del escritorio y abrazar a Alexia, y después consolar también a Patricia y a Cecilia. Quería jurarles que podía curar a su madre, que lo lograría. Pero no podía... pensó furioso. Pero sí que podía hacer algo, insignificante tal vez, pero algo.

—Ahora mismo —afirmó sabiendo que en esos casos la sensación de plantarle cara a la enfermedad era lo que más tranquilizaba—. Puedo ingresarla ahora mismo y hacerle la primera prueba de inmediato, si usted está dispuesta.

—Por supuesto que lo está —dijo Cecilia.

—Iré a casa a por tus cosas, mamá —sugirió Alexia apretándole los hombros—. No tardaré. Dame las llaves del coche, Cecilia.

Su hermana se las dio junto con un abrazo antes de que se fuera.

José Antonio observó estupefacto la partida de Alexia, quería gritarle, detenerla.

—No creo que deba ir sola —sugirió a las otras dos mujeres cuando Alexia ya no estaba.

—No serviría de nada intentar detenerla —le explicó Patricia—. Alexia necesita llorar sola. Cree que así el resto del mundo no sabe que tiene sentimientos de verdad.

—Pues claro que los tiene —se sorprendió diciendo José Antonio y se maldijo a sí mismo por haber revelado tanto.

—Lo sé, doctor, pero al parecer tiene miedo de enseñarlos. —Patricia lo miró a los ojos y lo observó sin disimulo.

—Es por culpa de ese hombre, ese que dibujó en Madrid. Lleva años con el maldito esbozo de su nuca dentro del monedero. Una vez intenté quitárselo y casi me arranca la cabeza —señaló Cecilia, buscando consuelo en ese tema tan absurdo, al menos para ella.

Pero a José Antonio se le heló la sangre. No podía ser él, no podía. Y no podía tener esa conversación con la madre y la hermana de Alexia.

—Deja en paz a tu hermana, Cecilia. Todos tenemos nuestras cosas. Además, hace semanas que está distinta. Tal vez haya conocido a alguien, ¿no crees?

José Antonio notó que el brillo de la mirada de la señora Ávila cambiaba y se vio obligado a cambiar de tema.

—Si me acompaña, Patricia, pediré que la preparen para la primera prueba.

—Por supuesto.

Patricia y Cecilia se pusieron en pie y siguieron a José Antonio primero hasta administración, donde él le ordenó —sí, ordenó— a un administrativo que ingresase con efecto inmediato a la señora Ávila; después hasta una habitación donde apareció una enfermera que ayudó a Patricia a ponerse una bata en cuestión de minutos, y por

último hasta la zona en la que se encontraban los laboratorios y las máquinas de escáner y radiografías.

—Cecilia, tú tienes que esperarte aquí —le dijo José Antonio a la hermana de Alexia. Le recordaba lo bastante a ella como para que también tuviese ganas de abrazarla y consolarla.

—Claro.

—Iré a prepararme, enseguida vendrá una enfermera a buscarla, Patricia.

—Gracias, doctor.

José Antonio asintió y desapareció tras la doble puerta.

—Llama a Alexia, no dejes que se encierre otra vez dentro de sí misma —oyó que la señora Ávila decía a su hija mayor. Pero se alejó de allí porque no quería seguir espiando.

En la habitación, sin embargo, Cecilia contestó a su madre:

—Lo haré, pero no te preocupes por nosotras, mamá.

—¿Y por quién quieres que me preocupe?

—Por ti. —Cecilia la abrazó y se le escapó una lágrima.

—¿Señora Ávila? —Una enfermera las interrumpió—. Vamos, nos están esperando.

Patricia dio un beso a su hija y se fue con la enfermera.

En cuanto José Antonio terminó de practicar las pruebas necesarias a la madre de Alexia, sus peores temores se vieron confirmados: el cáncer había vuelto a extenderse. Patricia estaba exhausta y muy mareada y la llevaron dormida a la habitación. José Antonio acompañó la camilla porque quería asegurarse de que la enferma seguía descansado y porque quería, y necesitaba, ver a Alexia. Cuando llegaron, se encontró con Cecilia sentada en una silla hecha un manojo de nervios, una maleta en los pies de la cama, y ni rastro de Alexia.

—¿Cómo está? —le preguntó Cecilia de inmediato.

—Cansada —contestó José Antonio—. El cáncer se ha reproducido, pero al menos ahora sabemos contra qué luchamos. Y vamos a hacerlo. —Le colocó las manos en los hombros y los apretó unos segundos antes de soltarla—. Intenta descansar un poco.

—Mi hermana... —A Cecilia se le rompió la voz y José Antonio, que estaba ya en la puerta, se detuvo—. Ha dejado la maleta y se ha ido. Creo que ha ido a buscarte.

Se giró y la miró a los ojos. Los dos olvidaron cualquier disimulo, la vida acababa de demostrarles que podía ser muy cruel y desaparecer en cuestión de segundos.

—La encontraré, no te preocupes. Gracias por decírmelo.

Cecilia asintió y giró el rostro de nuevo hacia su madre.

José Antonio cerró la puerta con cuidado, pero después se puso a correr por el pasillo como un poseso. Si Alexia le necesitaba, tenía que estar con ella.



Tenía que estar con ella.

Llegó a su consulta y entró sin detenerse. Se le detuvo el corazón al no verla por ninguna parte... y entonces la oyó.

Estaba llorando.

—Alexia —pronunció su nombre mientras la buscaba con la mirada. La encontró sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la estantería que él tenía detrás del escritorio y el rostro hundido entre las rodillas—. Alexia, por favor, no llores.

Cerró la puerta con llave y se acercó a ella. Se sentó a su lado en el suelo y la cogió en brazos para tenerla en su regazo.

Le acarició el pelo y le depositó un beso en lo alto de la cabeza.

—¿Por qué no me pasa a mí? —sollozó ella histérica—. ¿Por qué no tengo yo cáncer? Mamá no se lo merece.

A José Antonio se le heló la sangre solo de pensarlo, y el convencimiento con el que Alexia decía algo tan horrible le encogió el alma.

—No digas eso, Alexia. —Se dio cuenta de que él también tenía la voz ronca—. No lo digas, no lo pienses. —La abrazó con fuerza—. Nadie se merece tener cáncer.

—No es verdad, hay gente que sí se lo merece —afirmó vehemente—. Hay gente que se lo merece. Yo me lo merezco.

José Antonio la apartó y le sujetó el rostro entre las manos. Lo tenía empapado de lágrimas, los ojos le brillaban y estaban enrojecidos, los labios le temblaban. Estaba furiosa y destrozada. Él nunca había visto a nadie tan destrozado por algo. Y no lo soportó; sintió el dolor de Alexia como propio y fue tan agudo que supo que iba a hacer cualquier cosa —cualquier cosa— con tal de borrarlo.

—¡No digas eso! ¿Me oyes? No lo soportaría. —Le temblaban tanto las manos que la cara de Alexia también tembló—. Y no te lo mereces. ¡No te lo mereces!

—Mi madre no ha hecho nunca daño a nadie —empezó ella furiosa—. Ella siempre ha sido buena con todo el mundo, incluso con el desgraciado de mi padre. Y él le fue infiel durante años. ¡Durante años! Y yo lo sabía, ¿sabes? Lo sabía y no dije nada porque quería protegerla. Fui una estúpida. Cuando mamá tuvo cáncer la primera vez, él, ese cretino miserable, se atrevió por fin a dejarla. Si se lo hubiera dicho antes a mi madre, si se lo hubiese insinuado, ella habría podido dejarle antes, pero no, el muy desgraciado, además de serle infiel, se dio el gusto de dejarla cuando estaba enferma. Es culpa mía, no tendría que haber callado. Le odio. Me odio.

—No es culpa tuya. ¿Cuántos años tenías cuando lo averiguaste? Seguro que eras una niña. Estoy convencido de que tu madre lo entiende y que se pondría furiosa contigo si te oyera decir que te mereces tener cáncer en su lugar. Y no digas que te odias, por favor.

José Antonio movió los pulgares y capturó algunas de las lágrimas de Alexia. No sirvió de mucho, pues no paraban de caer.

—¡Yo soy igual que mi padre! ¡Yo también le fui infiel al único hombre que he amado! ¿Qué clase de persona hace eso? ¡Dímelo! Tú precisamente deberías

entenderlo mejor que nadie. Jamás has podido perdonarme.

—Oh, Dios mío, Alexia. —José Antonio dejó de sujetarle la cara para estrecharla contra su pecho con todas sus fuerzas—. Dios mío, Alexia. —La acunó y no dejó que ella se soltara, aunque lo intentó durante unos segundos—. Lo siento. Lo siento.

Ella se puso a llorar desconsolada, con unos sollozos profundos y desgarradores que parecían no tener fin. Él le acarició la espalda y se maldijo por haber estado tantos años aferrado a su dolor y a su rencor, por no haberle dado nunca la oportunidad de explicarse... Por no haberles dado nunca a ellos dos la posibilidad de perdonarse.

Alexia se sujetó de la camisa de José Antonio y lloró todas las lágrimas que había contenido durante años. Una parte muy pequeña de ella sabía que lo que estaba diciendo era una estupidez, pero otra estaba convencida de que esa sería la mejor solución para todos: su madre no se merecía esa enfermedad y ella ya no podía seguir soportando los remordimientos. Y el vacío, el vacío era lo peor.

Después de Nueva York, pintar y dibujar se fue volviendo cada vez más difícil, no veía el sentido a dejar fluir sus sentimientos si la persona que los inspiraba los había rechazado sin darle la menor oportunidad. Sí, podía seguir pintando, poseía la técnica y los recursos necesarios, pero sus obras fueron perdiendo voz, veracidad, sentimientos. Hasta que un día se quedaron vacías y ya no consiguieron emocionar a nadie, ni siquiera a ella misma.

Por eso se refugió en la fotografía, al menos así conseguía captar las emociones de otros y no tenía que mostrar las suyas. Montó el estudio en Cádiz con la ayuda de su hermana Cecilia en cuanto pudo y volvió a vivir con su madre. Después de todos los años que se había pasado sola en Madrid, le gustó tener de nuevo el cariño de su familia. Así tampoco sentía tanto la ausencia de José Antonio. Salió con varios chicos, todos ellos absurdos, porque si la hacían reír y la seducían durante un rato no se sentía tan sola. Pero últimamente ni siquiera eso funcionaba. Ella no quería chicos divertidos y superficiales, quería a José Antonio, al hombre que se había atrevido a amarla cuando ella no estaba preparada.

El mismo que le había hecho daño y la había rechazado cuando sí lo estaba.

Y ahora su madre volvía a tener cáncer y ella, que unas semanas atrás había cogido un pincel, iba a perder de nuevo a José Antonio, y no podía soportarlo. Sencillamente no podía.

—Mírame, Alexia —le pidió él, sujetándole de nuevo el rostro—. Mírame.

Ella le miró y vio que él también tenía lágrimas en los ojos.

—Si te sucediera algo, lo que fuera, no podría soportarlo. —Apretó los dedos en las mejillas de Alexia—. Voy a cuidar de ti, de tu madre, de tu hermana. Haré todo lo que haga falta, pero no vuelvas a decir que te mereces estar enferma.

—Eres el mejor hombre que conozco —susurró Alexia confusa—, no sé cómo pude ser capaz de...

José Antonio la besó.

No quería oírle decir que le había sido infiel; eso, ahora, a partir de aquel instante, ya carecía de importancia. Necesitaba besarla, necesitaba que ella lo besase y sentir que ellos dos estaban allí, el uno en los brazos del otro, sintiendo, besándose, rindiéndose por fin al otro. Alexia le rodeó el cuello con los brazos y gimió ante la fuerza del beso de José Antonio. Los labios de los dos temblaban, se habían echado tanto de menos que se negaban a separarse. Los dientes chocaban con torpeza de lo desesperados que estaban por recuperarse, por no volver a perderse. José Antonio todavía tenía las manos en el rostro de Alexia y no dejaba de tocarla, de separarle más la mandíbula con los dedos de lo ansioso que estaba por meterse en ella.

¿Cómo había podido estar tanto tiempo sin besarla?

No iba a pasarse ni un día más sin besarla, ni uno. No iba a...

Alguien llamó a la puerta de la consulta y los sobresaltó. La voz que sonó a continuación hirió a Alexia.

—¿Estás ahí, José Antonio?

Él cerró los ojos y maldijo al destino.

Mónica.

—El doctor Luján me ha contado lo de Nueva York.

Alexia se tensó y apartó las manos de José Antonio.

—En seguida salgo, Mónica. Espérame en la cafetería, por favor. Antes tengo que resolver un asunto importante.

—De acuerdo —aceptó Mónica a través de la puerta. Y entonces añadió—: Estoy impaciente porque nos vayamos. Seremos muy felices en Nueva York, ya lo verás.

Los tacones de Mónica se alejaron por el pasillo y Alexia se levantó y se apartó del regazo de José Antonio.

—No es lo que parece —dijo él, levantándose—. Mónica y yo no estamos juntos, te lo prometo.

—Te creo —susurró Alexia con tristeza—, pero tal vez deberíais estarlo.

—No digas eso. —Se acercó a ella, pero Alexia lo esquivó.

—¿Qué es eso de Nueva York?

—No es nada —insistió él—. Prefiero hablar de nosotros, creo que ya va siendo hora. ¿Tú no lo prefieres?

—No.

—No nos hagas esto, Alexia. No te alejes de mí cuando estamos a punto de estar tan cerca. Por favor.

—Cuéntame lo de Nueva York.

José Antonio suspiró resignado, y, tras frotarse el rostro, le contó lo que le había dicho el doctor Luján aquella misma mañana, que ahora parecía a años de distancia.

—Es una buena oportunidad, tal vez deberíais aceptarla.

—¿Deberíais?

—Sí, tú y Mónica.

José Antonio se acercó a ella y la cogió por los brazos para obligarla a mirarle. La

sujetó con suavidad, acariciándole la piel de los brazos con los pulgares, pero asegurándose de que lo miraba a los ojos.

—No lo dices en serio. —Le pidió con la mirada que se lo confirmase.

—Sí que lo digo en serio.

—Después de todo lo ha pasado, después de ese beso, ¿estás dispuesta a dejar que me vaya con otra sin más?

—Serás feliz con Mónica.

—Lo sé, pero te quiero a ti, Alexia.

A ella le tembló el labio inferior.

—Yo... —balbuceó—, ya no siento nada. No puedo pintar —confesó, explicándole así, en pocas palabras, lo vacía que estaba.

—Oh, amor mío. —Volvió a abrazarla y la sintió estremecerse—. Lo solucionaremos, volverás a pintar. No tengas miedo y confía en mí.

—Volveré a serte infiel —dijo entonces con la voz firme—. Lo sé.

Entonces, José Antonio la soltó.

—¿Qué has dicho?

—Mónica nunca te será infiel, será la mujer perfecta para ti. Es médico. Podrás llevarla a todas partes y tendréis unos hijos preciosos.

—¿Qué estás diciendo, Alexia? —Había conseguido ponerlo tan furioso con tanta rapidez que José Antonio ni siquiera podía pensar.

—Después de lo que sucedió en Madrid estuve mucho tiempo sola, pero al final asumí que el sexo forma parte de la naturaleza y empecé a salir por allí y a acostarme con muchos chicos.

A José Antonio se le heló la sangre.

—Durante un tiempo —siguió Alexia, ahora que había empezado no podía parar — no dejé que me besaran. Me dije que eso convertía el sexo en amor y no era lo que buscaba, pero al final también cedí en eso.

—¿Por qué me estás contando esto, Alexia? —La retó cruzado de brazos. Sabía que ella estaba exagerando, que el dolor la obligaba a elegir las peores descripciones posibles, pero no entendía por qué—. ¿Qué es lo que pretendes?

—Seguro que Mónica nunca ha hecho nada parecido a esto, créeme. Seguro que ella ha tenido dos o tres novios formales y nada más.

—Mónica no tiene nada que ver con esto. No estoy con ella, ya te lo he dicho.

—Mónica es perfecta para ti.

—Mira, Alexia, sé que estás sufriendo y comprendo que sientas la necesidad de hacerme daño, pero no es necesario, de verdad. No voy a dejarte. Nada de lo que digas hará que me aleje de ti.

—Siempre me dejas, José Antonio. Siempre.

José Antonio tuvo que tragar saliva y sintió una profunda vergüenza al comprender que era verdad.

—Ya no.

—Después de Nueva York me acosté con muchos hombres.

Cerró los puños con fuerza y se obligó a mantenerse impasible.

—En Nueva York me comporté como un cretino. No tendría que haberme ido del hotel sin hablar contigo.

Alexia sollozó y se secó unas lágrimas.

—Quiero ir a ver a mi madre.

José Antonio suspiró y se pasó las manos por el pelo. Esa conversación no había acabado, los dos lo sabían, pero le permitió el descanso.

—Está bien, te acompañaré a su habitación.

—No, quiero estar sola. —Alexia se secó el rostro—. Iré al baño a asearme un poco y después iré a verla. No me acompañes, por favor.

La miró; si seguía presionándola, la perdería para siempre.

—De acuerdo. —Se puso las manos en los bolsillos y se dirigió hacia el escritorio para colocar cierta distancia entre ellos—. Yo tengo que irme a casa, le prometí a Gabriela que hoy cenaría con ella, pero volveré más tarde y pasaré a veros, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Alexia estaba dándole la espalda y abrió la puerta del despacho—. Gracias por cuidar de mi madre —susurró—. La primera vez te eché mucho de menos.

Desapareció del despacho rompiéndole a José Antonio el último pedazo de corazón que le quedaba intacto.

Él cogió la cazadora, y sin pasar por la cafetería, porque se había olvidado por completo de Mónica, se montó en la moto y fue a su casa, donde lo estaba esperando la última sorpresa del día: su hermano mayor, Sebastián, había vuelto a España.

## ÉL

No sabía lo mucho que había echado de menos la presencia de Sebastián hasta que nos ha abrazado, a mí y a Gabriela, en la cocina de casa. Él y yo nos llevamos tres años y a pesar de sus problemas siempre sentí que era mi hermano mayor.

Cuando se fue tuve que crecer a la fuerza, y sí, le odié un poco por ello, pero también pensé que si algún día volvía le pediría perdón por no haber estado a su lado en lo que fuera que le obligó a marcharse.

Sebastián está muy cambiado, no solo físicamente, obviamente, sino que ahora parece un hombre distinto. Muy fuerte. Y lo cierto es que me irá bien contar con esa fuerza en mi bando, porque Sebastián nos ha dejado claro que ha venido para quedarse y que quiere formar parte de nuestras vidas. Gabriela se ha alegrado mucho y le ha abrazado, y yo también. Cuidar de Gabriela todos estos años ha sido muy gratificante, pero también he pasado miedo. Sé que nuestra madre es la culpable de que Sebastián se fuera y no haya vuelto hasta ahora, pero esta noche no se lo he preguntado. No me veo capaz de soportar otra tragedia y estoy impaciente por volver al hospital y estar con Alexia.

Mientras me ducho, pienso en la extraña reacción de Sebastián cuando le he dicho que mi paciente era Patricia Ávila. Ha insistido en acompañarme y ver a Cecilia; de hecho, lo que he visto en sus ojos cuando le he contado lo que sucedía reflejaba exactamente lo que había en los míos.

¿Sebastián y Cecilia? ¿Cómo es posible? ¿Cuándo?

Me quito el jabón y cierro el grifo. Supongo que del mismo modo que es posible lo mío con Alexia. Dios, por culpa de nuestra maldita madre, en esta casa estamos todos encerrados dentro de nosotros mismos. Espero que Gabriela no sea así, no quiero que nuestra hermana sea tan inaccesible emocionalmente como nosotros.

Vamos en coche al hospital. No interrogo a Sebastián acerca de Cecilia porque intento meterme en su piel, y si a mí, ahora alguien me preguntase por qué quiero estar con Alexia, creo que le daría un puñetazo. Lo único que hago es advertirle de que no le haga daño. No quiero tener que explicarle a Alexia que mi recién aparecido hermano mayor ha hecho sufrir a su hermana en estos momentos.

—Espérame dentro de dos horas en la cafetería. Si quieres irte antes, coge el coche. —Le lanzo las llaves mientras entramos en el hospital—. Yo me las apañaré para volver a casa.

—No te preocupes. —Coge las llaves al vuelo—. Te esperaré.

Me despido de Sebastián fascinado por lo fácil que nos ha resultado sincronizarnos como hermanos y odio a mi madre por habernos separado. Sé que ella fanfarronea de mí, que cuenta que tiene un hijo médico que es muy brillante, pero no

puedo soportarla. Lo que intentó hacerle a Gabriela me hiela la sangre y el modo en que siempre ha despreciado públicamente a Sebastián me repugna. Si pudiera verlo ahora, convertido en capitán de la Capitanía de Cádiz y lleno de medallas, seguro que cambiaría de opinión. Es falsa, egoísta, y nunca nos ha querido. Es casi un milagro que nosotros tres nos queramos tanto.

Sigo andando por el pasillo, quiero detenerme en mi despacho un segundo antes de ir a la habitación de Patricia. Voy a repasar de nuevo los últimos análisis y voy a escribirle un correo a uno de los médicos del Monte Sinaí. Si tantas ganas tienen de que vaya con ellos, van a tener que demostrármelo y se me ha ocurrido el modo perfecto para que lo hagan. Leí hace meses que existía un nuevo tratamiento para el tipo de cáncer que sufre Patricia, así que, si quieren que me plantee la posibilidad de irme con ellos, van a tener que dejar que lo pruebe con ella.

No voy a contarles nada a ellas, ni a Patricia, ni a Alexia, ni a su hermana, prefiero esperar a recibir la respuesta.

Escribo el correo, adjunto todos los datos, no sé si estoy incumpliendo algún protocolo del hospital, y lo cierto es que no me importa lo más mínimo. Tras apagar el ordenador, me levanto y voy directamente a la habitación de Patricia. Cuando entro, veo que sigue dormida, es buena señal, significa que el dolor no es tan fuerte como para que no pueda descansar.

Alexia, en cambio, está despierta. Está sentada frente a la ventana con la mirada fija en la noche. Me acerco a ella y la rodeo por la cintura; Alexia suspira despacio y se apoya en mí.

Por fin.

—Deberías descansar —le susurro al oído tras darle un beso en la mejilla.

—No puedo.

—Vamos, ven. —Me aparto y le tiendo la mano. Ella la acepta y noto que tiembla. La acompaño hasta la butaca que hay junto a la cama y me siento en ella con Alexia en mi regazo. Antes, en mi despacho, me he dado cuenta de que ella respira de otro modo cuando está mis brazos, como si se aflojara una cuerda que la hubiese estado asfixiando. Lo cierto es que a mí me pasa lo mismo. Cuando estoy con ella y solo con ella, el corazón me late de otra forma, respiro distinto. Siento de otra manera.

Creo que así podré conseguir que Alexia descanse un rato, y la verdad es que tiene que descansar. Si todo sale bien y los de Nueva York me contestan, le esperan unos días difíciles. Y si sale mal, lo serán todavía más.

—No creo que...

—Cállate —le digo con un beso en los labios.

—Si entra alguien.

Otro beso, este más largo, sensual, lento, muy lento e inacabable. Seguiré besándola toda la noche, entre quien entre en esta habitación, si es necesario. Alexia me acaricia el rostro con una mano y entonces suspira y se aparta. Apoya la mejilla

en el hueco de mi cuello y noto que las pestañas me acarician la piel.

Empiezo a contarle qué sucedió cuando murió mi padre, lo horrible que fueron esos días en Cádiz cuando llegué y Gabriela no paraba de llorar porque mi madre quería mandarla a un internado. La discusión que tuve con mi madre sobre los sacrificios que había hecho ella por nosotros y que iba a dejar de hacer a partir de ahora. No le digo nada acerca de lo mucho que necesité llamarla, de lo ridículo que fue que no consiguiera su número, sé que lo sabe. Después le cuento que pedí el traslado a la Universidad de Cádiz para estar con mi hermana Gabriela y que tuve la suerte de poder acabar mi curso en el tiempo previsto. Tampoco le digo que aceleré el proceso para no verla, para alejarme lo más rápido que pudiera de ella.

La respiración de Alexia va relajándose, se vuelve más lenta. Se está durmiendo.

Le cuento que Gabriela me llama doctor Maligno porque no le dejo hacer nada, que a menudo me siento perdido intentando educar a una adolescente, que tengo miedo de estar haciéndolo todo mal. Y de repente me descubro contándole que siempre pienso en ella, que nunca he dejado de hacerlo, que en Nueva York me comporté como un cobarde cuando no la dejé hablar y le hice el amor de esa manera. Que me arrepiento de haberme ido esa madrugada y de no haber ido a buscarla... Que no lo hice porque tenía miedo de que ella me odiase.

Le digo que la amo.

Y me doy cuenta de que está dormida y no ha oído nada. Pero yo lo he dicho, lo he dicho porque lo siento, llevo años sintiéndolo y no voy a seguir negándolo, ni voy a buscarme excusas, ni voy a tomar el camino fácil o más seguro. Voy a luchar por ella y por mí como tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo. La sujeto con fuerza entre mis brazos y me pongo en pie. Camino hasta el sofá que convierten en cama para los acompañantes y la tumbo con cuidado. Le acaricio el pelo y le doy un beso en la frente antes de alejarme.

—Doctor...

La voz ronca de Patricia me detiene en la puerta. Me doy media vuelta y la miro a los ojos.

—¿Cómo se encuentra, Patricia?

—Todo esto que le ha dicho a mi hija...

—¿Sí? —Intento no sonrojarme.

—Vuelva a decírselo cuando esté despierta.

Patricia cierra los ojos y se deja llevar de nuevo por los efectos del sedante, y yo me voy de la habitación decidido a hacerle caso.

El problema es que, a partir de esa noche, Alexia se ha convertido en una auténtica especialista en evitarme y en fingir que no se desmoronó en mis brazos, que no me necesita, que ella sola puede con todo. No hemos vuelto a discutir, ni tampoco a besarnos, sencillamente ella me esquivo y se asegura de que nunca podamos estar a solas. Mis horarios en el hospital no ayudan demasiado, y Alexia se escuda también en su trabajo o en que está cuidando de su madre. Pero no va a seguir haciéndolo, no



voy a permitírselo, han pasado ya tres días y hoy voy a aprovechar que he recibido la respuesta de Nueva York para hablar con ella.

Y va a escucharme.

La intercepto en el pasillo cuando sale de visitar a Patricia; antes he visto entrar a Cecilia y deduzco que las dos hermanas hacen turnos para que su madre no se quede sola.

—Hola, Alexia —la saludo sin apartarme de la pared donde estoy apoyado con los brazos cruzados.

—Ah, hola, José Antonio, no te había visto.

Sí, seguro, por eso ha acelerado el paso. Le sigo la corriente y suelto los brazos para poner las manos en los bolsillos.

—Me gustaría hablar contigo un segundo —le digo.

—Ahora no puedo, tengo...

—Es sobre tu madre. —Se calla de inmediato—. He estado investigando y creo que he encontrado algo que podría, y digo podría, ayudarla.

—Voy a buscar a mi hermana. —Empieza a girarse.

—No, antes me gustaría contártelo a ti sola. Por favor. Es importante.

Espero, sé que ella lo está sopesando y que me comunicará su decisión a su debido tiempo.

—De acuerdo.

—¿Vamos a mi despacho? —Empiezo a andar y no tardo en oír sus pasos. Llegamos enseguida y abro la puerta para que entre. La cierro con llave detrás de mí, y, antes de que Alexia dé otro paso, la rodeo por la cintura, le doy la vuelta y la beso.

Ella, gracias a Dios, reacciona al instante y me besa. Me rodea el cuello con los brazos, me acaricia la nuca, pega su torso al mío y me devuelve el beso con más pasión y anhelo del que puedo asimilar. Me necesita, tanto como yo a ella. ¿Por qué insiste en mantenerme lejos de ella? La estrecho en mis brazos, mis labios quieren derretirse en los de ella, la muerdo sin querer, pero el gemido que escapa de la garganta de Alexia me hace enloquecer. Deslizo las manos hacia las nalgas de ella y la atraigo más hacia mí. La pasión y el deseo que creamos con solo tocarnos es incontrolable, y ni siquiera lo intento. Alexia aparta las manos de mi nuca y las coloca en mi torso para desabrocharme un botón de la camisa, y luego otro, y otro. Cuando siento su piel en la mía, mi erección se estremece y siento que voy a perder el control. Le sujeto las muñecas e interrumpo el beso.

—No, Alexia, aquí no. —Ella me mira dolida y me odio por ser tan torpe. Vuelvo a besarla y no dejo de hacerlo hasta que Alexia suspira—. Te deseo, te deseo tanto que no puedo pensar, no puedo hacer nada. De noche no consigo cerrar los ojos; si lo hago, te veo en esa cama de Nueva York, en Madrid, y me vuelvo loco de deseo. —Le cojo una mano y la pongo encima de mi erección—. No puedo más, Alexia.

Ella me aprieta con los dedos y apoya la frente en la piel de mi torso que aparece por entre los dos extremos de la camisa.

—Te necesito, José Antonio. Necesito sentirte —me pide ella, dándome un beso en el esternón.

—Y yo a ti, Alexia, pero aquí no. No quiero hacerte el amor aquí y que después digas que te dejaste llevar porque estabas triste o porque necesitabas alejarte del dolor. —Le sujeto el rostro entre las manos y la aparto de mí para mirarla—. Ahora voy a contarte lo que he averiguado sobre un posible tratamiento para tu madre y después, esta noche, mañana, cuando tú quieras, podemos hablar de nosotros y...

No puedo terminar la frase. Alexia me muerde el torso y la mente me queda en blanco. Después me lame la marca que ha dejado con los dientes y sigue desabrochándome la camisa. Me la quita del interior de los pantalones y me acaricia la piel de la cintura y después la de la espalda. Yo cierro los ojos y las manos con las que le sujetaba el rostro caen a ambos lados de mi cuerpo. El deseo que siento es tal que no puedo hacerlo retroceder. Mi cuerpo lleva demasiados años echando de menos a Alexia y no me permite negarme.

Alexia me besa todo el torso, me acaricia la espalda, los hombros y después el estómago. Noto que me desabrocha el cinturón y después el pantalón de los vaqueros, y cuando desliza la mano por encima de la tela de los calzoncillos.

—Dios, Alexia... para —digo como un idiota—, tenemos que hablar.

—No —susurra ella pegada ahora a mis labios. Se ha puesto de puntillas y todo su cuerpo se confunde con el mío—. No.

—Dime que estarás conmigo después de esto.

Me besa tras morderme el cuello y acariciarme la erección con fuerza.

—Te necesito ahora, José Antonio.

Ese «ahora» me preocupa, pero no puedo pensar, me está volviendo loco con sus besos y con sus caricias. Se aparta, por fin se aparta. ¿Por qué se aparta? Abro los ojos y veo que se desabrocha el vestido que lleva y que la prenda cae al suelo. Tardo unos segundos en reaccionar, creo que incluso estoy a punto de correrme solo con verla. Y cuando Alexia, solo en ropa interior, vuelve a abrazarme para besarme, dejo de resistirme. Por qué voy a hacerlo si es lo único que tiene sentido... Mi consulta no es el lugar donde quería volver a hacerle el amor por primera vez, pero Alexia tiene razón, los dos lo necesitamos, más que respirar, más que seguir vivos un segundo más. La cojo en brazos y me dirijo al escritorio, no quiero volver a hacerle el amor de pie contra una puerta, se parece demasiado a lo que sucedió en Nueva York, y aunque fue increíblemente erótico, no es lo que quiero ahora. La mesa tendrá que servir.

La siento encima y la suelto un segundo para quitarme la camisa, los zapatos, los vaqueros y la ropa interior. Alexia me mira; esa mirada puede ponerme de rodillas, y me acerco a ella. Le sujeto las piernas, las separo, me tiemblan los dedos al tocarla. Alexia acaricia mi erección y la coloca en la entrada de su cuerpo.

—Alexia —pronuncio su nombre con reverencia—, te amo.

Ella me besa, posee mis labios al mismo tiempo que se acerca al borde de la mesa para que mi miembro entre dentro de ella. Antes me he equivocado, no soy yo el que

le está haciendo el amor a Alexia, ella me lo está haciendo a mí.

No deja de besarme mientras mi cuerpo se pierde en el de ella. Sus dedos me recorren la espalda, y, de vez en cuando, con los de una mano me aparta los mechones de pelo que el sudor pega en mi frente.

Mis manos las tengo en su cintura, sujetándola, o sujetándome a mí para no caer al suelo. Noto el orgasmo acercándose, la tensión se acumula al final de mi espalda y me tiemblan los muslos de la fuerza que hago para contenerlo. Quiero retrasarlo, sentir la entrega de Alexia tanto como me sea humanamente posible, pero entonces ella me muerde el labio inferior y pronuncia mi nombre.

—José Antonio...

Su cuerpo se estremece alrededor del mío y me provoca el mayor y más doloroso orgasmo de mi vida. Me pierdo dentro de ella, mis caderas se mueven frenéticas, violentas, porque quieren marcarla por dentro, quieren hacerle saber que nunca —nunca— permitirán que se aleje.

Alexia es mía. He sido un estúpido por no haberlo visto antes, por no haber comprendido que, a pesar de lo que sentimos, los dos cometimos errores. Dios, he estado a punto de perderla.

—Alexia, Alexia, Alexia —no puedo dejar de pronunciar su nombre—, te amo, no...

Ella vuelve a silenciarme con un beso y es tan intenso, tan carnal, tan sincero que me lleva a perderme de nuevo.

Al terminar, me aparto de ella con cuidado y sigo abrazándola. Alexia también me abraza y me susurra al oído:

—Mi madre quiere irse del hospital.

No sé la conversación que esperaba, pero estoy demasiado aturdido para decírselo.

—Puede irse, de hecho, creo que será lo mejor —accedo—. He encontrado un tratamiento que puede funcionar. Si Patricia accede a hacérselo, puede venir aquí al hospital para las sesiones y después volver a casa. Yo me encargaré de todo.

Alexia no me pregunta nada más, y supongo que debería sorprenderme, pero me besa los hombros y me acaricia el pelo.

—Gracias —me dice antes de besarme en la mejilla.

Es ridículo que después de todo lo que hemos hecho esos besos vuelvan a excitarme, pero lo hacen. Y mucho.

Alexia me acaricia la erección y con delicadeza vuelve a introducirme dentro de ella. Voy a morir de placer allí mismo.

—José Antonio —pronuncia mi nombre, cada sílaba me acaricia.

Me retiro un poco hacia atrás y vuelvo a penetrarla despacio. Ella me recorre los brazos con las manos y después también el torso. Las baja despacio hacia el estómago y me clava suavemente las uñas en los abdominales.

—Vas a matarme, Alexia —gimo.

Creo que la veo sonreír antes de besarme. Y, mientras con la lengua me está convirtiendo en adicto a su sabor, me rodea la cintura con las piernas que hasta ahora tenía separadas en el escritorio y me aprieta hacia ella.

Eyaculo prácticamente al instante; la entrega de Alexia, tenerla por fin en mis brazos, me ha reducido a un hombre sin ninguna técnica ni capacidad de contención, y no me importa. Tengo toda la vida para aprender a controlarme con ella. Aunque la verdad es que me temo que ni siquiera voy a intentarlo. Noto que ella tensa los muslos y que me clava las uñas en los pectorales. Y saber que, a pesar de todo, he conseguido llevarla también al orgasmo, me hace gritar de placer.

Alexia captura mis labios y vuelve a besarme, una y otra vez. No puedo decirle de nuevo que la amo, que la adoro, que la deseo, que quiero estar con ella el resto de mi vida. Pero tiene que sentirlo en mis besos, nunca he besado así a nadie. Solo a ella en el pasado y no podía compararse con lo que siento ahora.

Esta vez, cuando recupero cierta calma, la abrazo y la cojo en brazos. Recorro a las últimas fuerzas que me quedan para llevarla a la butaca que hay en mi consulta y la deposito con cuidado en ella. Me agacho para recoger su ropa y se la entrego antes de ir a por la mía. Me pongo la camisa y la dejo desabrochada, mientras me ocupo de los calzoncillos y los pantalones.

Estoy dándole la espalda, así que no la veo acercarse, pero al cabo de unos segundos noto que me acaricia por encima de la camisa. Me doy media vuelta y veo que está vestida. Voy a decir algo, ella lo sabe y me pone un dedo en los labios para callarme. Obedezco y Alexia me abrocha la camisa. Al terminar, se pone de puntillas y me da un beso muy suave en los labios.

—Voy a decirle a mi madre que puede irse a casa. —Se aparta y se dirige a la puerta—. Le diré que te llame o venga a verte mañana para hablar de ese tratamiento. Gracias, José Antonio.

Cierra la puerta.

¿Gracias?

Me agacho y me pongo los calcetines y los zapatos lo más rápido que puedo, dispuesto a ir tras ella a perseguirla, si es necesario.

¿Qué diablos significa ese «gracias»?

Mi mente repasa frenética lo que ha sucedido. Alexia, a pesar de los besos, de la pasión, del modo tan descarnado en que se ha entregado a mí, no me ha dicho nada.

Y no me ha dejado que le dijera que preguntase por nuestro futuro.

—¡Mierda!

Oigo que abre la puerta y miro hacia allí aliviado. Ha vuelto, se ha dado cuenta de que no podía irse así, sin más.

No es Alexia, son Mónica y Luján y mi decepción no podría ser más evidente.

—Felicidades, doctor Nualart, ya sabía yo que no me equivocaba con usted —me dice Luján, tendiéndome una mano—. Le echaremos de menos, pero no se preocupe, cuando vuelva le haremos pagar por ello.

Le estrecho la mano por la fuerza de la costumbre, a pesar de que no entiendo nada de lo que me dice.

—Sí, claro —farfullo—, si me disculpa, tengo un poco de prisa.

Ya averiguaré más tarde de qué diablos me está hablando.

—Ha tenido una idea brillante al sugerir que los americanos le dejen probar su nuevo tratamiento con una de sus pacientes.

Se me hiela la sangre y me detengo en seco.

—¿Qué ha dicho? —Miro a Luján y a Mónica. ¿Qué está haciendo ella aquí?

—Sí, lo de probar ese tratamiento con la señora Ávila. Una idea excelente. En el Monte Sinaí le están esperando ansiosos. A los dos, a usted y a la doctora Quintana.

—¿Qué has hecho? —Sé, en lo profundo de mis entrañas, que Mónica tiene algo que ver con esto.

—Quiero ir a Nueva York, es una oportunidad única para mi carrera.

Cierro los dedos para no pasármelos por el pelo o para no coger a Mónica y zarandearla hasta que me cuente qué diablos ha hecho. No me resulta difícil deducirlo, sin embargo. Ella es muy ambiciosa, siempre lo ha sido, y seguro que Luján le contó también lo de la oferta del Monte Sinaí.

No sé cómo han averiguado el resto de detalles y me da igual. Alexia es la única que me preocupa. Ahora entiendo esos besos, esas caricias... Me ha dicho adiós.

¿Por qué?

—¿Qué le has dicho a Alexia? —le pregunto directamente a Mónica sin disimular el odio que me quema en los ojos—. Dímelo.

—Nada —afirma, aunque su sonrisa le lleva la contraria.

—¿Y usted?

—Doctor Nualart, me temo que no sé de qué me está hablando. La doctora Quintana ha venido a verme esta tarde para decirme que ustedes dos aceptaban la invitación del Monte Sinaí. El resto, y citando una de sus frases preferidas, no me importa. Pero —añade Luján ante mi sorpresa, desviando la mirada de mí hacia Mónica para luego regresar a su punto de origen— siempre he creído que es usted un hombre muy listo, José Antonio, y dudo que permita que le utilicen. ¿Me equivoco?

—No, señor, no se equivoca.

Al parecer, llevo años equivocado respecto a ese tipo. Luján no está nada mal.

—Me alegro, venga a verme a mi despacho cuando lo haya resuelto.

Asiento y Luján, tras sonreírme a mí y a Mónica, se va de mi consulta cerrando la puerta a su espalda.

—No puedo creerme que durante un segundo me plantease la posibilidad de irme contigo a Nueva York y crear una familia a tu lado. ¿Pero qué clase de persona eres? —estallo.

Mónica, muy propio de ella, ahora me doy cuenta, no disimula ni finge no entenderme.

—La clase de persona que sabe lo que quiere y está dispuesta a todo para

conseguirlo.

—¿A todo? ¿Acaso no te importa el daño que puedas haberle hecho a Alexia o el que ibas a hacerme a mí?

—No —contesta sincera—. Ese daño del que hablas es superficial, se pasa con el tiempo.

—¿Superficial? —Creo que al final sí que voy a zarandearla—. Estás hablando de los sentimientos de otra persona, de los míos.

—Los sentimientos son pasajeros, tú deberías saberlo. Al fin y al cabo, y según he podido deducir, conociste a Alexia en Madrid hace años y nunca has llegado a estar con ella. Lo que debiste sentir o no por ella se pasó y decidiste centrarte en algo mucho más sólido y de fiar: tu carrera profesional como médico. Yo estoy haciendo lo mismo, con la diferencia de que, además, quiero hacerlo contigo.

—No tienes ni idea de lo que hablas. —Aunque me duele que me eche en cara que he dejado escapar a Alexia demasiadas veces—. Yo no antepongo mi carrera como médico ante todo, y tú no quieres hacer nada conmigo. No te confundas. Tú quieres utilizarme para ir a Nueva York.

—Llámalo como quieras, pero, cuando se te pase el enfado, verás que tengo razón, cariño. —Se acerca a mí y me pone un mano en el pecho. Me aparto porque no soporto que me toque. ¿Por esa mujer me negué a besar a Alexia hace semanas?—. En Nueva York podemos ser muy felices, Gabriela irá a un colegio excepcional y los dos podremos centrarnos en nuestras carreras.

—Tú puedes irte a Nueva York cuando quieras, pero mantente alejada de mí, Mónica. No quiero volver a verte nunca más. ¿Me oyes?

Esa última frase, la frialdad que desprende, el modo en que habla de Gabriela como si fuera un mueble, me recuerda demasiado a mi madre y al daño que nos ha hecho a todos. A Sebastián, a Gabriela, a mí, y sé que tengo que echar a esa mujer de mi vida para siempre.

—Pero José Antonio...

—Sal de mi consulta. —Abro la puerta—. No le diré nada de esto a Luján porque no quiero perjudicarte, pero si vuelves a acercarte a mí o a Alexia, iré a decírselo y me encargaré personalmente de que en Nueva York no te quieran ni como turista. ¿Me has entendido?

Sale echa una furia, fulminándome con la mirada e insultándome por lo bajo. No pierdo ni un segundo pensando en ella, me aseguro de tener las llaves de la moto conmigo y salgo a buscar a Alexia.

ELLA

Estaba en la habitación del hospital con mamá cuando ha aparecido Mónica Quintana. Al principio me he sorprendido, pero, cuando he visto el modo en que me miraba, me he inquietado. He desviado la vista hacia mamá y Mónica también, y cuando ha visto que estaba dormida se ha acercado decidida hacia mí.

—Vengo a hablar contigo —ha dicho sin rodeos.

—¿No puede esperar?

—No.

—De acuerdo. —Me he levantado resignada de la silla que ocupaba al lado de la cama y me he acercado a la ventana haciéndole una seña para que me siguiera—. Tú dirás.

—José Antonio rompió conmigo hace unas semanas.

—Lo siento.

—No es verdad.

—Tienes razón —he reconocido—. No es verdad.

—Sabía que era por ti. —Se ha regodeado satisfecha—. Pero eso ahora da igual. La verdad es que no me importa, como si se ha acostado mil veces contigo.

—No se ha acostado ninguna —le he dicho furiosa de que le dé igual contar o no con la fidelidad de José Antonio. Él ni siquiera me besó ese día en el pasillo y yo deseaba que lo hiciera.

—Tal como te he dicho, me da igual. Lo que tenemos José Antonio y yo no se basa en eso. —El presente me ha molestado. Mucho—. José Antonio y yo tenemos una relación que se basa en el respeto y en la confianza, tenemos un objetivo común: prosperar, labrarnos un futuro.

—Felicidades, me alegro por vosotros.

—Le han ofrecido irse a Nueva York, a uno de los mejores hospitales del mundo, en lo que a su especialidad se refiere.

—Lo sé, me lo ha dicho.

He sentido una gran satisfacción al ver que la cogía desprevenida.

—¿Y te ha dicho que les ha pedido información sobre un método experimental para tratar el cáncer?

Supongo que, en aquel instante, Mónica también se ha sentido satisfecha de cogerme desprevenida.

»—Sí, eso ha hecho. Al parecer les ha dicho que considerará su oferta si lo ayudan con una paciente, con un caso muy difícil y muy importante para él. José Antonio es así, un caballero, estoy segura de que quiere ayudar a tu madre, porque las dos sabemos que ella es la paciente de la que habla, antes de irse.

—Es completamente libre de irse.

—Lo sé. Además, hoy mismo han contestado los del Monte Sinaí diciéndole que nos esperan, a él y a mí, cuanto antes, y que están impacientes por dejarle probar cualquier método que quiera con esa paciente tan *especial*.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Porque quiero explicarte cómo funciona esto. Si José Antonio rechaza ahora irse a Nueva York, su carrera no se recuperará jamás. Ni allí, ni aquí en España. Él está dispuesto a ayudar a tu madre, y eso le honra, supongo, pero no creo que quieras que se quede contigo por lástima, ¿no?

Cuando Mónica me ha dicho eso, me he acordado de las veces que mi padre me dijo que estaba con mi madre por lástima y he querido morir. Por nada del mundo querría que José Antonio sintiera algo tan vacío y tan poco sincero como la lástima. La lástima no sustituye al amor, termina amargándolo, y destrozando a la persona que la recibe. Mi padre le fue infiel a mi madre, una vez tras otra, y se escudaba diciendo que no la dejaba porque le tenía lástima.

En realidad, el que daba lástima era él, por supuesto, pero yo tardé años en comprenderlo. Pero lo hice, al final lo hice y le planté cara, y le grité y le insulté cuando la abandonó porque el cáncer hacía que fuese muy poco práctico seguir casado con ella.

Yo no iba a darle lástima a nadie.

—Vete de aquí, Mónica —le he dicho entre dientes—. Vete de aquí y no vuelvas a acercarte a mí o a mi madre. Lo que suceda o no entre José Antonio y yo no es asunto tuyo.

—¿Sucede algo, doctora? —La voz de mi madre nos ha sorprendido a ambas.

—No —Mónica ha reaccionado la primera—, solo he pasado a ver cómo estaba.

Mónica se ha despedido y se ha ido sin mirarme, y cuando hemos vuelto a quedarnos solas, mamá me ha hablado con voz mucho más firme que antes.

—Esa mujer no me gusta.

—A mí tampoco. —He conseguido sonreír.

—Quiero irme de aquí, Alexia. Quiero estar en casa. Pregúntale a ese médico tuyo si podemos irnos, seguro que a ti te hará más caso que a mí.

He sonreído y al cabo de unos minutos ha llegado Cecilia. No le he contado lo que ha sucedido con Mónica, porque nunca he llegado a explicarle lo que pasó —pasa— entre José Antonio y yo, pero además hoy ha llegado con el rostro desencajado y he preferido buscar un tema de conversación más divertido para todas. Cuando el ambiente se ha relajado un poco, me he despedido de mamá y de Cecilia y les he prometido que volvería más tarde.

Y en el pasillo me he encontrado con José Antonio.

Le he seguido a su despacho consciente de que iba a contarme lo de Nueva York y de que iba a ocultarme las consecuencias que tendría para él no aceptar la invitación de ese prestigioso hospital. Y me he dado cuenta, otra vez, de lo mucho que lo amo.



Y del daño que puedo hacerle.

No he podido soportarlo; saber que terminaría perdiéndole me ha roto el corazón y he necesitado —oh, Dios, cómo lo he necesitado— estar con él. Aunque fuera solo una vez más.

Le he hecho el amor, no le he ocultado nada de lo que siento, de lo que siempre he sentido por él y siempre sentiré, pero no se lo he dicho. Espero que algún día lo entienda, que cuando se acuerde de mí sea con cariño y sin el resentimiento de antes.

Me he ido sin dejarle hablar, sin darle la oportunidad de detenerme.

Y él no me ha seguido.

Cecilia y yo nos hemos llevado a mamá del hospital; al salir, mamá le ha dicho a la enfermera de José Antonio que llamaría para concertar una cita. La mujer, una señora encantadora que es la que nos ha facilitado el alta, nos ha prometido que mañana a primera hora el doctor Nualart se pondría en contacto con nosotras.

Y aquí estoy ahora, en mi estudio, pintando por primera vez en años.

Son las diez de la noche cuando oigo el timbre de casa y asomo la cabeza por la puerta del estudio para ver quién es. Mamá ha ido a abrir, se ha negado a acostarse tan pronto porque dice que está harta de estar en la cama.

—¿Quién es, mamá?

Oigo que se cierra la puerta y llego a la conclusión de que era alguien que se había perdido o equivocado de casa. Cojo un pincel y lo empapo con pintura roja. Lo coloco sobre el lienzo cuando su voz me detiene.

—Soy yo.

Me giro y el pincel me resbala por los dedos hasta el suelo.

—José Antonio...

—Sí, no voy a permitir que vuelvas a alejarte de mí, Alexia. —Entra en el estudio y cierra la puerta con el pie—. He cometido ese mismo error dos veces y no habrá una tercera. Si no me quieres, tendrás que echarme de tu vida, y créeme, te lo pondré difícil. Muy difícil.

Está pegado a mí, sus manos me sujetan la cintura y noto que flexiona los dedos.

—Voy a hacerte daño —farfullo.

—Lo harás si me echas de nuevo de tu lado —reconoce él—. No lo hagas.

—José Antonio, yo... —me pongo a llorar desconsolada y él, el muy idiota, me abraza y me pega a él con todas sus fuerzas— yo... yo.

—Lo sé. He sido un estúpido, no puedo creerme que te dejase escapar así, sin más. Lo único que puedo decir en mi defensa es que era joven, idiota, y que mi orgullo no se tomó nada bien que no confiarás en mí y que —tiene que terminar esa frase, por el bien de los dos tiene que terminarla— que te acostaras con otro.

Cuando le oigo decir eso en voz alta, vuelvo a sentir la desolación de hace unos años, la frustración por no poder volver atrás en el tiempo e impedirme a mí misma cometer ese error.

—Lo siento, José Antonio. Lo siento tanto. —Creo que son las palabras exactas

que le dije hace años.

Él me abraza con fuerza. No sé quién de los dos tiembla más, pero poco a poco me suelta y me acaricia el pelo mientras yo sigo llorando. Noto sus manos apartándome el pelo, secándome las lágrimas con los pulgares, y con cuidado me echa la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Lo sé, Alexia, sé que lo sientes. Y yo también. Siento no haberte escuchado, no haberte dado la oportunidad de explicarte y siento no haber sabido encontrar el modo de convencerte de mis sentimientos, porque si lo hubiera hecho... —Se queda sin voz y se humedece el labio antes de continuar—. Ahora sé que, si lo hubiera hecho, tú no habrías dudado de mí.

—Oh... No, no, por favor. —Flexiono los dedos en su camisa arrugada y empapada por mis lágrimas—. Tú no tuviste nada que ver. En Madrid, cuando estuvimos juntos, fue maravilloso. No dudé de ti. Dudé de mí.

—¿Dudaste de ti?

—Mi padre vino a verme unos días después de que te fueras —empiezo a explicarle, y me cuesta asumir que hubo una época en la que ese hombre, mi padre, tenía tanto poder sobre mí—. Me dijo que te había visto en Cádiz.

—Vino al funeral de mi padre —me explica José Antonio resolviendo así otra duda.

—Yo no podía entender que hubieras ido a Cádiz sin decírmelo.

—Fui a tu piso antes de irme, pero no estabas.

Le miro y no puedo evitar ponerme de puntillas y darle un beso. Cuando me aparto él, vuelve a apartarme el pelo y me mira a los ojos.

—Tuve que irme, tenía que coger el tren hacia Cádiz. Mi hermana me había llamado histérica diciéndome que mi madre quería enviarla a un internado en Galicia porque no estaba dispuesta a quedarse en Cádiz y seguir cuidando de ella.

—Dios mío —farfullo atónita. Recuerdo que, en el pasado, José Antonio me contó que su madre era una materialista que no se preocupaba por sus hijos, pero amenazar así a Gabriela, que entonces tenía doce años, justo después de la muerte de su padre, me parece una crueldad.

—Si hubiera podido, te habría esperado.

—¿Por qué no me llamaste? —me atrevo al fin a preguntarle.

—Esa es la parte más ridícula de la historia. Cuando salía de mi apartamento, vi a un niño que iba a cruzar la calle sin mirar. Le habrían atropellado, así que le sujeté por el cuello del abrigo y le aparté de la acera. Al hacerlo, se me cayó el móvil al suelo y un coche le pasó por encima. Lo destrozó. No me sabía tu número, apenas acababas de dármelo. Cuando llegué a Cádiz, las tiendas de los móviles estaban cerradas, tampoco había tantas como ahora, y después empecé una especie de cruzada para conseguir un duplicado. Supongo que podría habérselo preguntado a tus padres o a tu hermana, pero entre el funeral, ocuparme de tranquilizar a Gabriela, discutir con mi madre para que me dejase hacerme cargo de ella...

—Shh, no digas nada más. No fue culpa tuya —le aseguro y le abrazo de nuevo. Quiero esconder mi rostro en su torso y volver a absorber su calor—. Mis inseguridades sacaron lo peor de mí, me sentí abandonada y rechazada, cuando en realidad tú habías hecho todo lo contrario. Y reaccioné mal, pensé que eras igual que mi padre, que, por cierto, vino a Madrid para decirme que estaba pasando unos días con su amante y que si mi madre me llamaba tenía que cubrirle las espaldas. Me pasé días esperando tu llamada, que vinieras a verme, negándome a creer lo evidente. Mi padre te había visto, tu vecina me dijo que tenías novia, y al final me rendí. Tendría que haber confiado más en ti.

—Mírame, Alexia, por favor —me pide muy serio, y aparto el rostro para buscar sus ojos—. Sí, daría lo que fuera para que no te hubieras acostado con Rubén esa noche.

Se me llenan de nuevo los ojos de lágrimas y espero a que continúe.

—Pensé en ti —le confieso—. Mientras estaba con Rubén pensé en ti. —Es un detalle sórdido, pero es lo único que me ha ayudado a soportar el recuerdo de esa noche desde entonces.

José Antonio aprieta la mandíbula y tras coger aire vuelve a hablar.

—Odio que te acostaras con él, lo odio con todas mis fuerzas. Eso no va a cambiar jamás. Pero a ti te amo, Alexia. Sí, odio ese recuerdo, pero no lo bastante como para perderte a ti. Sé lo que se siente al estar sin ti; me muero por dentro. Dejo de sentir hasta que me convierto en un hombre miserable que, cuando el destino le concede el regalo de volverte a ver, se acuesta contigo sin dejarte hablar. Odio que te acostaras con Rubén, pero ese odio es insignificante, ridículo, prácticamente inexistente si lo comparo con todo el amor que siento por ti. Te amo; de adolescente, tus miradas me salvaron la vida en los pasillos del colegio. En Madrid, cuando me enamoré de ti, descubrí que era capaz de amar y fue maravilloso. En Nueva York, cuando te encontré, aprendí que la pasión no puede forzarse, que solo la siento por ti, que me haces perder la cabeza y que me reduces a puro instinto. Y ahora, ahora que por fin creo que he aprendido a hacerlo bien, he aprendido que lo que siento por ti no depende de si es cómodo o práctico, ni siquiera me importa si tiene sentido. Te amo, Alexia. No voy a dejarte ir; si me alejas de ti, te seguiré. No volveré a dejar que un estúpido error, por doloroso que sea, se entrometa entre nosotros. Y si tú me amas, ningún error podrá hacerlo jamás.

No puedo hablar, el corazón me golpea las costillas, y tiemblo tanto que creo que voy a romperme.

—¿Cómo sabes que no voy a volver a serte infiel?

—Oh, Alexia. —Agacha la cabeza y me besa. Me besa con toda el alma, me separa los labios con la lengua y la introduce en mi boca buscando cada rincón, sin dejarme nada libre de su sabor. Suspira pegado a mi boca, le siento meterse dentro de mí, su propio aliento corre ahora por mis venas—. Sé que no lo serás.

—¿Por qué?

Necesito saberlo.

—¿Tú crees que yo te seré infiel? ¿Crees que si me das la oportunidad de pasar el resto de mi vida a tu lado me iré con otra? ¿Que te dejaré igual que tu padre hizo con tu madre?

José Antonio ve dentro de mí, siempre ha sido así. Por eso, cada vez que nos hemos separado me ha dolido tanto... y por eso cada vez que nos hemos encontrado nos hemos enamorado.

—No —le digo estupefacta.

—¿Estás segura? Tal vez lo sea algún día —me provoca.

—Estoy segura, tú nunca me serás infiel.

—¿Cómo lo sabes? —Creo que intenta contener una sonrisa.

—Oh, Dios mío... —Me llevo una mano a los labios para contener el llanto.

—Vamos, Alexia, dímelo. Dime porque nunca voy a serte infiel.

—Porque me amas. —Una lágrima me resbala por la mejilla.

—Exacto, y por eso mismo tú no vas a serlo, porque me amas.

Tal vez debería molestarme que él haya adivinado mis sentimientos antes que yo, pero no me importa. José Antonio está dentro de mí, nunca ha dejado de estarlo.

—Te amo —le confieso en voz baja, como si fuera un secreto.

La sonrisa de él le ilumina el rostro. Está tan guapo que se me encoge el corazón y se lo entrego, torpe y magullado, con mi mirada.

—Vuelve a decírmelo.

—Te amo. Te amo. —Le rodeo el cuello con los brazos—. Te amo.

Él me levanta del suelo y me aprieta con fuerza entre los suyos. Busca mis labios, se los doy desesperada y muriéndome por sus besos.

Nos besamos. Creo que es la primera vez que alguien me besa y sonrío al mismo tiempo. Y es maravilloso.

Cuando me deja de nuevo en el suelo, entrelaza los dedos con los míos y me dice:

—Enséñame lo que estabas pintando.

José Antonio abandonó el estudio de Alexia después de besarla, pero antes de perder el control y hacerle el amor entre los lienzos. Le costó parte del alma dejarla allí esa noche, pero no podía quedarse. Bajó la escalera, y tal como había anticipado, Patricia lo esperaba.

—Esta vez estaba despierta —le aseguró a la madre de Alexia con una sonrisa.

—Me alegro.

Patricia le invitó a que lo acompañase a la cocina un instante. Quería hablar con él y que no lo oyera su hija pequeña.

—Dime una cosa, José Antonio —empezó Patricia después de ofrecerle algo de beber, a lo que él respondió que solo quería un vaso de agua.

No quería nada que pudiese alterar el sabor de Alexia que todavía le quedaba en los labios.

—La que quieras, Patricia.

—Este tratamiento experimental, ¿funcionará?

—No lo sé —le dijo sincero—, pero es nuestra mejor opción.

—¿«Nuestra»?

—Nuestra —recalcó José Antonio cogiéndole la mano—. Ahora estoy aquí con vosotras y me temo que mi hermano Sebastián también tiene intención de quedarse.

Patricia sonrió y le dio unas palmaditas en el reverso de la mano.

—Sí, me temo que sí. El capitán tampoco va a rendirse fácilmente. Y me alegro, mis dos hijas se merecen a dos hombres que luchen por ellas.

—Cierto, pero te advierto, Patricia, que tanto Sebastián como yo también vamos a luchar por ti. Y también Gabriela.

—Sí —reconoció Patricia emocionada, llevaba demasiados años siendo la fuerte de la familia—. La conocí el otro día cuando tu hermano vino a verme. Es una chica fantástica, has hecho un gran trabajo con ella.

—Gracias. —Ahora le tocó a él emocionarse—. Volveré mañana para explicarte los pasos que vamos a seguir.

—Claro, aquí estaré —le aseguró ella, tomándose la situación con el poco humor que le quedaba.

José Antonio se despidió de ella y volvió a su casa.

Cuando entró, estaba a oscuras y primero se dirigió al dormitorio de su hermana Gabriela para verla acostada y darle un beso en la frente. Estaba a punto de cumplir dieciocho años, pero para él siempre sería su hermana pequeña. Después fue a su dormitorio y se acostó pensando que tenía que encontrar la manera de no pasar más noches, ni más días, separado de Alexia.

A la mañana siguiente, José Antonio acudió pronto al hospital. Desayunó con Gabriela, y cuando su hermana le preguntó si podía ir a visitarlo al mediodía para comer también con él, aceptó encantado. Siempre disfrutaba de la compañía de

Gabriela y a lo largo de los últimos días no había podido pasar mucho tiempo con ella.

Lo primero que hizo al llegar fue ir al despacho del doctor Luján. Sabía lo que iba a decirle y, aunque no le importaba demasiado el resultado de la conversación, confiaba en haber sabido interpretar el mensaje que le había dado el director ayer antes de irse de su consulta.

Llamó a la puerta y cogió aire.

—Adelante —contestó Lujan desde el interior.

—Buenos días.

—Buenos días, doctor Nualart. Le confieso que me estaba preguntando cuándo vendría a verme. Siéntese —le señaló una de las sillas—, siéntese. Me tiene en ascuas.

—¿Por qué tengo la sensación de que lleva años tomándome el pelo, doctor Luján?

—No lo sé, doctor Nualart —se rio—, pero creo que se debe a que lleva años viviendo solo a medias, y eso, mi querido doctor, enturbia la vista.

—Llámeme José Antonio. Si tiene intención de sermonearme, llámeme por mi nombre.

—No voy a sermonearte, pero sí, creo que al menos hoy dejaré el «doctor» aparcado. Dime, ¿qué has decidido respecto a la oferta del Monte Sinaí?

—Nada, no he decidido nada. O, mejor dicho, he decidido que mi decisión depende de lo que suceda en los próximos meses.

—Explícate.

—Voy a aplicar un tratamiento experimental a la señora Ávila. Ella reúne todos los requisitos y ha aceptado seguirlo.

—Lo sé. Y estoy de acuerdo contigo, es la mejor candidata, la única en realidad.

—Mientras ella esté en tratamiento, no me iré a ninguna parte.

—De acuerdo —accedió Luján, que en ningún momento había tenido intención de oponerse.

—Si el tratamiento funciona y la señora Ávila sale de esta, solo me plantearé irme a Nueva York si Alexia viene conmigo.

—¿Alexia? ¿La hija de la señora Ávila, la fotógrafa? —le preguntó Luján enarcando una ceja.

—Sí.

—¿Y si el tratamiento no funciona?

—Eso no cambiará mi respuesta; solo me plantearé irme a Nueva York si Alexia viene conmigo.

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo, José Antonio? Si rechazas la oferta del Monte Sinaí, no volverán a interesarse por ti nunca más. Estas cosas solo pasan una vez en la vida.

—No, Alexia solo sucede una vez en la vida. Lo demás, tiene arreglo. Dígame, si

al final no voy a Nueva York, ¿qué pasará con mi trabajo en el hospital? —No le importaba demasiado la respuesta de Luján, pero antes de volver a hablar con Alexia quería saber a qué atenerse.

—Oh, no sé —Luján entrelazó los dedos—, eres el niño mimado del hospital. —Le sonrió—. Creo que aunque solo sea para llevarles la contraria a los americanos dejaremos que te quedes aquí y seguiremos apoyándote. ¿Qué te parece?

José Antonio parpadeó atónito.

—Me parece muy bien —le contestó poniéndose en pie. Y entonces hizo algo que nunca se había imaginado hacer con Luján: le tendió la mano y le dio las gracias.

Luján se la estrechó con sinceridad y le dijo:

—Y ahora largo de aquí y ponte a trabajar.

José Antonio se fue e hizo exactamente eso. A lo largo del día consiguió reunir la información necesaria para empezar a preparar el tratamiento de la madre de Alexia. Al mediodía comió con Gabriela en la cafetería del hospital, y sí, Mónica los fulminó con la mirada las dos ocasiones que se cruzaron por el pasillo, pero le dio completamente igual.

Gabriela no tardó en darse cuenta de que estaba distinto, y así se lo hizo saber a su hermano.

—¿Sabes una cosa? Creo que el nombre de doctor Maligno ya no te vale.

—¿Ah, no? ¿Por qué lo dices? Ahora que empezaba a cogerle cariño... —Se burló de ella y bebió un poco de agua.

—Durante la comida has sonreído cuatro veces, cinco si cuento la de ahora.

—Cuéntala.

—Y me tomas el pelo, ni siquiera sabía que eras capaz de hacerlo.

En aquel instante les interrumpió Leal, quien siempre que aparecía Gabriela se acercaba a saludarla porque le recordaba mucho a su hija pequeña.

—Hombre, mira quién está aquí, la manitas que me rompió la última cafetera.

—Hola, Leal, no la rompí, la arreglé —le contestó Gabriela, sonriéndole como hacía siempre.

—No sé, no sé. ¿Qué te apetece hoy de postre? ¿Vas a variar o te traigo directamente el pastel de chocolate?

Gabriela lo miró como si se hubiera vuelto loco y Leal fue a por el pastel.

—¿Vas a contarme por qué estás tan contento o tengo que sonsacártelo?

José Antonio nunca le había contado a nadie que estaba enamorado y se dio cuenta de que era difícil, o que lo sería si la persona que tuviera delante no fuese Gabriela.

—¿Te acuerdas de cuando murió papá?

Gabriela dejó de sonreírle y lo miró a los ojos. Esos días habían sido muy difíciles para ambos, y a pesar de la edad que tenía en ese momento, se le habían quedado grabados en la mente.

—Por supuesto que me acuerdo.

—¿Recuerdas una noche que estaba muy triste y me preguntaste por qué?

Gabriela enarcó una ceja y levantó la vista en busca de ese recuerdo en concreto.

—Sí, estábamos en la cocina. Tú me habías preparado leche caliente y te vi muy preocupado. Creo que habías llorado, aunque lo negaste, y te pregunté qué te pasaba.

—Hizo una pausa y entrecerró los ojos—. Y me dijiste que echabas mucho de menos a una persona, a una chica, y que no podías hablar con ella.

—Exacto.

—Después —siguió Gabriela, ahora que había dado con ese detalle el resto de la historia apareció en su mente—, te fuiste a Madrid un fin de semana y cuando volviste te pregunté si habías encontrado a esa chica. Y tú me dijiste que no, que la habías perdido para siempre y que no te volviese a preguntar por ella. Es verdad, lo había olvidado.

—Yo no —señaló José Antonio, fascinado con la capacidad memorística de Gabriela.

—Y bien, ¿la has encontrado?

—La he encontrado y esta noche voy a pedirle que venga a cenar a casa.

Gabriela se levantó de la mesa, olvidándose por completo del pastel de chocolate que un camarero le había puesto delante, y abrazó a su hermano.

Después de despedirse de Gabriela, que no dejaba de sonreírle y de decirle que ya era hora de que se hubiese convertido en humano, José Antonio llamó a Alexia. Notó una leve presión en el pecho al llamarla de esa manera, porque sí, por primera vez. Le parecía tan maravilloso tener esa normalidad con ella, que durante un segundo temió que se echara todo a perder.

Alexia tardó muy poco en contestarle.

—¿Sí?

—Hola —la saludó mientras se la imaginaba.

—Hola —respondió ella con un suspiro, y José Antonio casi se olvida de respirar—. ¿Cómo estás?

—Bien —creyó adivinar que Alexia se sonrojaba—, ¿y tú?

—También bien, más o menos.

—Necesito verte —dijo entonces él, porque sencillamente era la pura verdad, pero Alexia le malinterpretó y se asustó.

—¿Le ha sucedido algo a mi madre? ¿Ha pasado algo con el tratamiento? ¿Te han prohibido hacerlo?

—Eh, no, tranquila, siento haber sido tan misterioso. No quería asustarte.

—¿Mamá está bien?

—No sé nada de ella, así que supongo que está bien. Si sucede algo, la enfermera que la atiende en vuestra casa se pondrá en contacto conmigo y con vosotras. Puedes estar tranquila.

—Oh, de acuerdo. Lo siento.

—No, no pasa nada. Lo entiendo —hizo una pausa y dejó que ella le oyese soltar



el aliento—, pero sigo teniendo ganas de verte. Me gustaría contarte lo de Nueva York —se apresuró a añadir—. Y esta noche quiero que vengas a cenar a mi casa. Quiero que conozcas a Gabriela.

La línea se quedó en silencio y José Antonio esperó.

—¿Te gustaría ver mi estudio de fotografía? —le sorprendió ella entonces.

—Claro —afirmó—, dame la dirección y voy.

Alexia se la dio y José Antonio se apresuró a concluir el trabajo que tenía pendiente para poder ir a verla.

El estudio fotográfico de Alexia era muy pequeño y acogedor. Estaba cerca de una librería y de una zona poblada de cafés. Alexia había acudido allí esa mañana para terminar un par de encargos que iban a recogerle en los próximos días y porque, por primera vez en mucho tiempo, se había planteado la posibilidad de adecuar una de las salas que tenía para hacer fotografías para documentos de identidad en un pequeño estudio para pintar. Después de lo que había sucedido el día anterior con José Antonio, y en especial desde que él le había dicho que la amaba, sentía un cosquilleo casi incontenible en los dedos y en su mente había empezado a imaginar trazos de vivos colores.

Podía incluso tocarlos.

Cuando le sonó el teléfono y vio que era él, primero se asustó, y no solo por su madre, sino porque pensó que José Antonio había cambiado de opinión. Se reprendió a sí misma, se dijo que él no haría tal cosa y que no lo haría porque ella era increíble y le quería. Y él jamás encontraría a una mujer que lo amase como ella.

Eso del amor, pensó sorprendida, daba mucha seguridad, además de felicidad y de un deseo prácticamente insoportable. Alexia siempre había deseado a José Antonio, desde el principio, desde el mismo día en que comprendió qué significaba sentirse atraída por un hombre... Pero ahora, ahora era ridículo, bastaba con que José Antonio apareciera y le sonriera para que ella tuviese ganas de arrancarle la ropa, besarle y poseerlo allí donde estuviera.

—¿Hola?

Ya estaba, había oído su voz y se le habían derretido las rodillas. La sangre le circuló más espesa por las venas y corrió a buscarlo.

José Antonio cerró la puerta a su espalda y tuvo el tiempo justo de reaccionar y coger a Alexia por la cintura antes de que ella lo besara. Ella le sujetó el rostro, le acarició las mejillas un segundo y después enredó los dedos en la nuca para besarle y no parar nunca. Fue él el que tuvo que apartarse para coger aire.

—Dios, Alexia, ¿qué tengo que hacer para que me beses así cada día?

—Nada —le aseguró ella sin más—, estar a mi lado.

Él se agachó para darle otro beso, suave y arrollador por su ternura.

—¿Así que este es tu estudio? No puedo creerme que en estos últimos años no

nos hayamos cruzado nunca por Cádiz.

—Yo tampoco. —Alexia se apartó y fue a cerrar la puerta. Giró el cartelito que ponía «cerrado»—. Ven, quiero enseñarte algo.

José Antonio la cogió de la mano y se dejó llevar. Alexia le contó la clase de fotografías que hacía y que había sido la única manera que había encontrado de compaginar su eterno amor por el arte y su ausencia de ganas de pintar.

—Pero ayer estabas pintando —le señaló él.

—Sí, ayer fue la primera vez en más de dos años que cogí un pincel. Y quiero volver a hacerlo. Quiero convertir esta parte del estudio en un taller para pintar y dibujar. ¿Crees que es buena idea?

Que ella le preguntase su opinión en algo tan profundo y significativo, le emocionó profundamente y le costó encontrar la voz.

—Me parece que es una idea brillante.

—Gracias. Llevo toda la mañana con ganas de pintar, de dibujar. Cuando vivía en Madrid, siempre llevaba un cuaderno conmigo.

—Me acuerdo. —Se acercó a ella porque no podía seguir alejado y le dio un beso—. Me dibujaste en el metro. Y en el parque —añadió después de otro.

—Sí, en esos dos dibujos estás de espalda. Llegué a sospechar que, si algún día te dibujaba de frente, desaparecerías. No lo hice, y desapareciste de todos modos.

José Antonio vio que ella tenía un escalofrío y la abrazó.

—No desapareceré, ni ahora ni nunca.

—Lo sé —le aseguró, aunque todavía le costaba creerlo—. ¿Qué es eso de Nueva York que querías contarme?

José Antonio se dio cuenta de que cambiaba de tema y la soltó.

—Te propongo algo —le sugirió—. Yo te cuento lo de Nueva York si tú, mientras, me dibujas.

—¿Ahora, aquí? No tengo nada.

—¿No tienes un lápiz y una hoja de papel? No te creo, antes me has dicho que hacías sesiones infantiles, así que seguro que tienes cientos de ceras de colores y algún que otro papel. Tú misma; si no me dibujas, no te cuento nada.

Vio que había un taburete, probablemente el que utilizaba para sacar las fotos de los pasaportes, y se sentó en él.

—A veces odio que seas tan listo —farfulló Alexia mientras cogía un cuaderno y un lápiz—. Siéntate y no te muevas.

Alexia empezó de mala gana, molesta por la manipulación de José Antonio, porque él la conociera tan bien que sabía cómo hacerlo, pero la voz de él la tranquilizó y al cabo de unos minutos se estaba dejando llevar por los trazos del lápiz de carbón.

Dibujó cada plano del rostro de José Antonio, las curvas que enmarcaban sus ojos y sus labios, el mentón y la mandíbula, las cejas, y se quedó perdida en sus ojos. No se dio cuenta de que él se había callado hasta que notó que le acariciaba el pelo. Ni

siquiera había visto que se había levantado.

—¿Puedo verlo? —le preguntó.

Alexia no contestó, apartó la mano con la que de un modo inconsciente protegía el dibujo y se quedó sin habla al ver lo que había creado con sus propias manos. Era tan obvio que amaba al hombre que había dibujado, que notó que se le humedecían los ojos cuando le pasó el cuaderno a José Antonio.

—Gracias —dijo él.

José Antonio miró el dibujo, acercó los dedos a la hoja pero al final no la tocó, y con la mano un poco insegura dejó el cuaderno encima del taburete en el que había estado sentado. Él y Alexia estaban en la habitación que ella utilizaba para hacer fotos de estudio; había almohadones en el suelo, una especie de paraguas blanco, un par de cajas llenas de pañuelos de colores y dos sillas. Y una cama de hierro blanco que hacía las veces de banco.

—Me da igual lo de Nueva York; lo único que me importa es estar contigo, José Antonio. Te necesito —le dijo ella de repente—. Te amo. Sé que ahora mismo mi vida es complicada, y sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero voy a hacerlo. Espérame, por favor. Dime qué tengo que hacer para no perderte otra vez, por favor.

—Alexia —suspiró—, tú puedes pedírmelo todo. Y no tienes que hacer nada, absolutamente nada, para estar conmigo. —Le dijo lo que ella le había dicho antes—. No tienes que hacer nada. Si me amas...

—Te amo.

—Entonces todo saldrá bien. ¿Confías en mí?

—Tanto como tú en mí.

Fue la mejor respuesta que ella podría darle, y José Antonio la comprendió y la atesoró dentro de él. La besó, y cuando ella le devolvió el beso no hizo nada para contener las ansias que dominaban su cuerpo siempre que Alexia lo tocaba. La besó, entró en sus labios mientras le desabrochaba el vestido, le acarició la piel y se estremeció cuando notó que ella tiraba de la camisa que llevaba para sacarla del interior de los pantalones.

—Prométeme que volverás a pintar —le pidió él antes de recorrerle el cuello a besos—. Prométemelo.

—Trata de impedírmelo —susurró ella acariciándole por encima del pantalón.

José Antonio movió las caderas en busca de más presión.

—Pero el dibujo que acabas de hacer es mío, ¿de acuerdo? Ese dibujo no va a verlo nunca nadie más.

La cogió en brazos y la besó apasionadamente.

—¿Por qué? —le preguntó ella, intrigada, cuando José Antonio la tumbó en la cama y empezó a desnudarse.

—Porque es mío y porque no quiero que nadie más vea lo mucho que me amas y me deseas.

Alexia le habría dicho que era un engreído si no fuera la pura verdad; además, él

se había quitado la camisa y le costaba pensar.

José Antonio le quitó los zapatos y la ropa interior, y después hizo lo mismo con los suyos y con los pantalones, y también con los calzoncillos. Se tumbó junto a Alexia y le recorrió el cuerpo a besos, le hizo cosquillas, y descubrió que a ella le volvía loca que le susurrase al oído. Después, cuando ninguno de los dos pudo seguir soportando que el deseo aumentase, entró dentro de ella y le hizo el amor.

Igual que quería hacérselo durante el resto de su vida.

Apoyó el peso de su cuerpo en los antebrazos y besó a Alexia con los sentimientos que siempre había sentido por ella. Se apartó un poco, la penetró despacio, y volvió a hacerlo. Una y otra vez. Ella gimió debajo de él, le suplicó que siguiera, que parase, que acabase con ese tormento. El sudor de sus cuerpos les había pegado el uno al otro, o quizás eran sus pieles que se negaban a separarse. Su erección estaba tremendamente excitada y temblaba cada vez que Alexia se apretaba a su alrededor.

—Mírame, Alexia —le pidió, y, cuando ella abrió los ojos, se permitió impregnarse del amor que veía en ellos antes de decirle—: Te amo.

Ella se estremeció, pero él retrocedió lo justo para evitar que alcanzase el orgasmo.

—Dios, José Antonio, no puedo más. Haz algo.

Él sonrió y repitió.

—Te amo. —Y volvió a retroceder.

—Yo también te amo —sollozó ella—. Te amo.

José Antonio la recompensó besándola, pero siguió controlando los movimientos de sus caderas, y cuando ella movió las manos, las capturó y entrelazó los dedos con los de ella para que tampoco pudiera moverlas.

—Por favor, José Antonio.

—Tranquila, amor, solo necesito que me des algo más.

—¿Qué más quieres? —le preguntó; el placer le dominaba el cuerpo, el amor la mente y el alma—. Te lo he dado todo.

—Y yo a ti —le aseguró él, besándola de nuevo. Esta vez él también se estremeció y tuvo que apoyar la frente en la de ella y apretar la mandíbula para no terminar—. Alexia, necesito... necesito que me prometas que vamos a vivir juntos.

—Sí —sollozó Alexia.

—A partir de hoy. —José Antonio movió las caderas y empezó a perder el control—. Prométemelo. No puedo estar una noche más sin ti. No puedo. No puedo.

Alexia, que hasta entonces se había rendido a los besos y a las caricias de José Antonio, tomó la iniciativa un segundo y capturó el labio de él entre los dientes. Lo mordió y pasó la lengua suavemente por encima.

Él la miró con los ojos negros, brillantes, ardiendo.

—No tienes por qué.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó José Antonio quedándose inmóvil un

segundo. Una gota de sudor le resbaló por el torso y cayó en la piel de Alexia—. Dime que lo dices en serio.

—Puedes quedarte en mi casa, o, si quieres, yo puedo ir a la tuya. No me importa. Solo tengo una condición.

—¿Cuál? La que quieras —añadió.

—Termina de hacerme el amor.

José Antonio dejó de contenerse, la besó con todo el cuerpo, estrechó los dedos que seguía sujetándole, y se entregó a ella.

Le hizo el amor; en realidad, siempre se lo había hecho.

## Epílogo

*Unos meses más tarde.*

ÉL

Alexia ha vuelto a pintar; todavía no le ha enseñado ningún cuadro a su antiguo marchante ni tampoco a sus viejos amigos de la Facultad de Bellas Artes, pero no creo que ese momento tarde en llegar. Está tan contenta y sus obras están tan llenas de vida que tengo la sensación de que saldrán solas del estudio. No la presiono, sé que con Alexia todo lleva su tiempo y que lo hará cuando crea estar lista.

Patricia está bien, el tratamiento funcionó, o tal vez fue ella quien decidió que no se iría de aquí hasta asegurarse de que todo estaba como quería. La madre de Alexia es capaz de plantarle cara a la muerte y mucho más.

Esta noche tengo una sorpresa para Alexia y la verdad es que estoy nervioso. No puedo creerme lo nervioso que estoy.

Alexia cumplió su promesa y desde aquella tarde que hicimos el amor en su estudio no hemos vuelto a dormir separados. Patricia ni se inmutó cuando una mañana me vio salir del dormitorio de su hija; sencillamente se limitó a preguntarme cómo tomaba el café por las mañanas. En realidad, dormimos unas noches en su casa y otras en la mía. Gabriela insiste en que puede dormir sola, pero ni Sebastián ni yo estamos cómodos con esa solución, así que cuando yo no estoy en casa se queda él, o Gabriela se va con él y Cecilia.

Sí, mi hermano también ha conseguido recuperar a la mujer que ama, y que al parecer lleva amando desde los dieciocho años. Sí, nuestros padres probablemente fueron el peor ejemplo del mundo, pero al final, y quizá gracias a ellos y no a pesar de ellos, tanto Sebastián como yo solo hemos amado a una mujer en el mundo.

Mónica pidió que la trasladasen a Madrid; según ella, en Cádiz ya había aprendido todo lo que tenía que aprender, y quizá fuera cierto. Quién sabe, supongo que le deseo lo mejor, pero en realidad no me importa demasiado.

Camino por las calles de Cádiz hasta llegar al estudio de Alexia y siempre sonrío cuando veo el nombre en la puerta: «Lila».

No la he convencido de que vuelva a teñirse un mechón de pelo de ese color; dice que ya no encaja con ella. Al principio no la entendía, pero por fin lo he hecho y sé a qué se refiere. Alexia ya no es la chica que llevaba un mechón de color lila y que se asustó cuando se enamoró, igual que yo no soy el chico que se asustó cuando ella le hizo daño y no supo escucharla. Y tampoco es la mujer que encontré en Nueva York, y yo no soy aquel cretino que la abandonó en ese hotel después de hacerle el amor. No somos esas personas, pero ellos forman parte de nosotros y nos han permitido llegar hasta aquí.

Y aquí es precisamente donde quiero estar, dispuesto a pasar el resto de mi vida con Alexia. Cojo aire y abro la puerta del estudio. La cierro detrás de mí y pongo el cartelito de cerrado con el horario.

—¿Alexia?

—Estoy aquí, en el estudio —me contesta, y me la imagino sonriendo y con una mancha de pintura, o varias, en el rostro.

Entro e, igual que me sucede siempre, no puedo contener las ganas de cogerla en brazos y besarla. Y no lo hago. No me contengo y la rodeo por la cintura y la beso.

Y después vuelvo a besarla, porque estar unas horas sin ella es insoportable, y porque necesito respirar entre sus labios. Nada más.

—Hola —susurro cuando nos apartamos.

—Hola —contesta ella—, te he manchado.

Me pasa el pulgar por la mejilla, y cuando lo aparta, veo que tiene rastros de color naranja. Yo tardo unos segundos en entenderlo; ha sido sentir su caricia en mi rostro y mi cuerpo ha empezado a rendirse al deseo. Tengo que decirle lo que he ido a decirle antes de que sea demasiado tarde. Sé que llega un momento en que ni siquiera yo mismo soy capaz de detenerme.

—Quiero vivir contigo, Alexia —le digo sin respirar—; quiero estar a tu lado siempre que pueda y quiero que tú estés a mi lado. Sé que quieres estar cerca de tu madre, y yo quiero seguir cuidando de Gabriela. —Me acerco a ella para cogerle las manos. Las tiene heladas y le tiemblan como cuando está nerviosa—. Por eso he pensado que, si quieres, podríamos buscar algo a medio camino entre la casa de tu madre y la mía.

—¿Y Nueva York?

La pregunta me coge tan desprevenido que me cuesta comprenderla.

—¿Nueva York? —repito confuso.

—¿No quieres irte a Nueva York? —me aclara ella.

—¡No! —suspiro—. ¿Por eso estás tan nerviosa? ¿Creías que quería irme a Nueva York? ¿Sin ti?

Alexia asiente; odio que sigan apareciendo esos pequeños atisbos de inseguridad.

—Podría acompañarte.

—¿Tú quieres ir a Nueva York?

—No —contesta sin dudar, corrigiendo mi asunción de antes y demostrándome que se siente segura de sí misma y de mí.

—Entonces, no vamos. Y si algún día nos lo replanteamos, nos lo replanteamos juntos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —conviene ella.

—Está bien. Pero para calmar mi pobre e inseguro ego, ¿te importaría confirmarme que aceptas vivir conmigo?

Lo he conseguido; he conseguido hacerla sonreír.

—Acepto.

Agacho la cabeza y vuelvo a besarla. Alexia me rodea de inmediato la cintura con las manos y me acerca a ella.

Me aparto porque todavía no he terminado.

—En realidad —le digo tras carraspear—, quería preguntarte algo más.

—Ah, bueno —coge un trapo y se limpia la pintura de las manos—, ¿de qué se trata?

—Hace años, cuando coincidimos en Madrid, en el parque, dijiste que el destino se empeñaba en separarnos y yo te pedí que no le dieras la razón. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto que me acuerdo. Parecías estar muy seguro de ti mismo, ni siquiera se me pasó por la cabeza no acudir a nuestra cita. Además, me moría de ganas de verte.

Siento el calor extendiéndose por mi piel a medida que Alexia me recorre con la mirada.

—Yo también me moría de ganas de verte —confieso, y ella me sonrío y se acerca a mí—. ¿Todavía crees que el destino está empeñado en separarnos?

—No —me contesta de inmediato—, si lo está, no me importa. No voy a darle la razón.

—Entonces, quédate con esto. —Saco la cajita del bolsillo del pantalón y se la doy. Veo que ella la abre con las manos temblorosas y que al ver su contenido busca mi mirada. La de ella está llena de lágrimas, la mía probablemente también—. Llámalo como quieras, anillo de compromiso, de casada, de pareja, de alma gemela. Me da igual. Lo único que quiero es que te lo pongas y que no te lo quites nunca.

—Es lila —balbucea tocando la piedra preciosa en el centro.

—Lo sé, ¿de qué otro color iba a ser? —Me acerco a ella y le sujeto el rostro con las manos de esa manera que sé que tanto le gusta, aunque no me lo ha dicho nunca—. No me hace falta casarme, sé que a ti no te gusta la idea. Sí, estoy tan dentro de ti que lo sé sin que hayas tenido que decírmelo nunca. Igual que tú sabes que no me importa lo más mínimo ir a Nueva York. Tú y yo, Alexia, nos pertenecemos. Dime que eres mía y que te pondrás el anillo. Y que vivirás conmigo para que deje de comportarme así y pueda hacerte el amor siempre que quiera.

—¿Solo por eso? —me pregunta entre lágrimas pero con una sonrisa.

—No, dime que sí porque me amas tanto como yo a ti.

—Te amo. —No puedo contenerme y la beso, y cuando me aparto para coger el anillo y ponérselo, ella me susurra—: Pero no te amo tanto como tú, te amo más.

—Oh, no, Alexia —le pongo el anillo y le beso el dedo—, ahora voy a tener que demostrarte lo equivocada que estás.

La oigo reírse antes de cogerla en brazos y llevarla a esa cama donde tantas veces le he hecho el amor desde que estamos juntos. Y cuando me tumbo encima de Alexia, buscando su calor, desesperado como siempre por estar con ella, comprendo que el destino jamás ha tenido la menor posibilidad de separarnos.

Después de hacer el amor, y después de hacerlo otra vez, Alexia está acurrucada



en mis brazos. Su mano descansa en mi torso, cerca de donde mi corazón siempre ha latido por ella. Creo que está dormida, pero me pregunta con voz soñolienta:

—José Antonio...

—¿Sí? —Le acaricio la espalda.

—¿Qué crees que habría pasado si no me hubieran contratado para hacer la exposición del hospital? Quizá no habríamos vuelto a vernos nunca —susurra.

Por el modo en que se me retuercen las entrañas, sé que esa opción es imposible. Jamás lo habría permitido.

—Habríamos vuelto a vernos —le aseguro abrazándola con fuerza.

—¿Cómo lo sabes? —Alexia apoya la barbilla en mi torso y me mira a los ojos. Veo que está preocupada de verdad, que no es una conversación al azar.

Levanto la cabeza para darle un beso y después vuelvo a dejarla caer en la almohada para continuar.

—Porque te amo, Alexia. Me enamoré de ti cuando apenas tenía quince años y siempre has estado en mi corazón. Siempre he sido capaz de encontrarte. Te habría encontrado, créeme. El día que rompí con Mónica —la siento tensarse en mis brazos y la acaricio hasta que se relaja—, le dije que no me parecía justo seguir con ella porque no estaba dispuesto a que nuestra relación siguiera avanzando. Ella me contestó que le daba igual, que de momento estaba bien así y que en su futuro más inmediato no se planteaba jugar a las familias. ¿Y sabes qué pensé? Pensé que yo jamás querría dar aquel paso con ella. Y lo mismo me ha sucedido siempre con todas las mujeres que he estado.

—No sé si quiero seguir oyendo esto, José Antonio —farfulla apoyando de nuevo la mejilla en mi torso.

—No, escúchame, Alexia. Con esas mujeres tenía que obligarme a llamarlas, a quedar con ellas, a cumplir con los —busco la palabra— «requisitos mínimos» de una relación. Pero contigo —suspiro y me río de mí mismo—, contigo no puedo parar. Cada vez que te veo tengo ganas de desnudarte y entrar dentro de ti y no salir jamás. Cuando estamos hablando, como ahora, en mi mente se amontonan las preguntas que quiero hacerte sobre tu pasado o sobre cualquier tontería. Cuando dices algo sobre tu futuro, incluso la cosa más ridícula, como por ejemplo que la semana que viene tienes que ir al dentista, me pregunto si puedo acompañarte, si estaré a tu lado. Cuando me incluyes en una conversación con tu madre, o con tu hermana, y das por hecho que yo formo parte de ella, te cogería en brazos y te besaría allí mismo hasta dejarte sin aliento. —Veo que ella ha vuelto apoyar el mentón en mi torso y que me mira—. Y cuando pienso en mi futuro, busco desesperado la manera de meterte en él y no dejarte escapar. —Le cojo la mano con el anillo y le doy un beso—. Y seguiré haciéndolo hasta el día que me muera. Así que créeme, Alexia, si no te hubieran contratado como fotógrafa, te habría encontrado.

—Te amo, José Antonio —me dice con una lágrima resbalándole por la mejilla.

—Y yo a ti, Alexia. —Vuelvo a incorporar la cabeza y le doy un beso—. Ámame

un poco más.

Y se coloca encima de mí y me hace el amor como solo ella es capaz de hacérmelo.

ELLA

Miro a José Antonio; está dormido a mi lado. Mi mano descansa encima de su torso y el anillo con la piedra color lila destaca en su piel morena. De repente, recuerdo una conversación que tuvimos en Madrid justo al principio y siento la imperiosa necesidad de despertarle.

Le beso en los labios y él suspira despacio.

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste de qué color eras? —le digo apartándome un poco.

—¿Qué?

Me mira confuso mientras parpadea, pero después me sujeta el rostro con las manos y tira de mí para besarme de nuevo. Este segundo beso me resulta casi imposible de interrumpir, me pierdo en él de inmediato, pero me recuerdo que lo que voy a decirle es importante.

—En Madrid, hace años, me preguntaste de qué color creía que eras —le explico y José Antonio entrecierra los ojos al recordarlo.

—Sí, es cierto. Me dijiste que tú eras lila y que tu hermana era... ¿rojo?

—Sí, así es, Cecilia es el rojo —le recompenso con un breve beso en el torso—. ¿Quieres saber qué color eres tú?

Noto que se le acelera el corazón.

—Sí, claro que quiero saberlo —confiesa con la voz ronca acariciándome la espalda.

—El blanco.

—¿El blanco?

Me aparto de su torso, apoyo las manos a ambos lados de la cabeza de José Antonio y le miro a los ojos; a juzgar por su tono de voz, no termina de gustarle el color con el que le identifico.

—Sí, el blanco —le repito.

—¿No te parece muy soso? ¿No puedo ser el azul marino, el verde de los bosques o el gris que está tan de moda?

—No. —Agacho la cabeza y le beso el rostro entre palabra y palabra—. Eres el blanco, porque es el único color que no tiene ni un ápice de oscuridad. Eres el blanco porque es el único color que no puede conseguirse mezclando los demás.

Mueve le rostro en busca de mis labios y le dejo besarme. El color empieza a gustarle.

—Alexia...

—Eres el blanco porque para mí siempre lo has significado todo, incluso cuando

cometí ese estúpido error. —Me tiembla la voz y él me acaricia el labio inferior—.  
Eres el blanco porque sin ti yo no podría existir.

—Yo sin ti tampoco, Alexia. Es más, sin ti, no quiero existir. Te amo.

—Yo también te amo.

Vuelvo a besarle y después de hacer el amor me levanto y empiezo a pintar.

Será un cuadro precioso.



ANNA TURRÓ CASANOVAS (Calella, Barcelona, 1975) es una escritora y abogada española que escribe también bajo el seudónimo de Emma Cadwell para firmar sus novelas con elementos paranormales. Como Anna Casanovas escribe novela romántica. Fue miembro fundadora de la Asociación de Autoras Románticas de España (ADARDE). Graduada en Derecho, ha sabido combinar su trabajo en una entidad financiera con su carrera literaria.